

ALFAGUARA

Lars Mytting

Los dieciséis árboles del Somme

Narrativa Internacional · Traducción de Cristina Gómez Baggechun



Lars Mytting

Los dieciséis árboles
del Somme

Traducción del noruego de Cristina Gómez Baggethun

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Take me disappearing
through the smoke rings of my mind.
Down the foggy ruins of time
far past the frozen leaves
the haunted frightened trees.
Out to the windy beach
far from the twisted reach
of crazy sorrow.*

BOB DYLAN

I.

Tal como el viento esparce la ceniza

MI MADRE ERA PARA MÍ UN OLOR. Era un calor, una pierna a la que me aferraba, un soplo de algo azulado, un vestido que creía recordar que usaba. Me decía a mí mismo que mi madre me había lanzado a la vida con un arco y, cuando moldeaba mis recuerdos sobre ella, no estaba seguro de si eran correctos ni verdaderos, sencillamente la recreaba tal como creía que un hijo debe recordar a su madre.

Era en ella en quien pensaba cuando ponía a prueba mi añoranza, rara vez en mi padre. En ocasiones me preguntaba si él habría sido como los demás padres del pueblo, esos hombres a los que veía con uniforme de la reserva o con zapatillas de deporte en los entrenamientos de fútbol para adultos, tipos que madrugaban los fines de semana para participar en las jornadas de trabajo colectivo de la Asociación de Caza y Pesca de Saksum. Sin embargo, permití que mi padre se desvaneciera sin sentir remordimientos, cosa que durante muchos años me tomé como prueba de que mi abuelo había tratado de hacer todo lo que podría haber hecho mi padre y de que realmente lo había conseguido.

La navaja del abuelo era una bayoneta rusa partida. Su mango de abedul flameado era el único trabajo de carpintería fina que había hecho en la vida. Por la parte de arriba, la hoja estaba roma y la usaba para raspar óxido y doblar alambres. El otro lado lo mantenía tan afilado que podía usarlo para cortar tiritas o desgarrar grandes sacos de cal, una maniobra que llevaba a cabo con rapidez para que los granos blancos no se salieran demasiado pronto y a mí me diera tiempo a maniobrar el tractor por el prado.

El lado afilado y el romo se unían en una punta de daga, con la que remataba a los grandes peces que cogíamos en el lago de Saksum. Primero iba desprendiendo las fuertes truchas de los anzuelos de la línea, mientras ellas se agitaban furiosas al sentir que se ahogaban en el aire. Luego las apoyaba contra la regala, les clavaba en la cabeza la punta de la navaja y presumía de la anchura de sus lomos. En ese momento, yo siempre levantaba los remos y me quedaba mirando cómo corría la sangre por el filo, un fluido denso que caía lentamente, a diferencia del agua que se deslizaba veloz por los remos.

Sin embargo, ambos líquidos acababan mezclándose en la misma agua de

montaña, mientras las truchas se desangraban y pasaban a ser *nuestro* pescado cogido en *nuestro* lago.

El primer día de colegio, encontré un pupitre con mi nombre y allí fue donde me senté. Una mano desconocida había escrito *Edvard Hirifjell* con rotulador en un papel doblado por la mitad para que se mantuviera en pie. Mi nombre aparecía tanto por delante como por detrás, como si no solo el profesor sino también yo necesitara que me recordasen quién era.

Cada dos por tres me volvía hacia el abuelo, aunque sabía perfectamente que estaba allí. Los demás niños ya se conocían, de modo que yo me conformaba con mirar al frente, al mapa de Europa y la gran pizarra vacía, tan verde como un océano del mundo. Una de las veces que miré hacia atrás caí en la cuenta de que el abuelo doblaba en edad al resto de los padres. Ahí estaba él, con su jersey de faena de punto, y viejo al modo de Fridtjof Nansen, el explorador que aparecía en los billetes de diez coronas. Tenía su mismo bigote y sus mismas cejas, y los años no le pesaban, al contrario, parecían multiplicarse y proporcionar vigor a su rostro. El abuelo nunca sería viejo, o al menos eso decía él, que yo lo mantenía joven y que se rejuvenecía para mí.

LOS ROSTROS DE MIS PADRES NUNCA ENVEJECÍAN. Vivían en una fotografía que teníamos junto al teléfono, sobre una cómoda. Mi padre sale con pantalones de campana y chaleco a rayas, reclinado sobre el Mercedes. Mi madre está en cuclillas, acariciando a Pelle, nuestro perro pastor, que parece cortarle el paso, como si no quisiera dejarla marchar. Quizá los animales entiendan este tipo de cosas.

Yo estoy en el asiento trasero, saludando con la mano, así que es probable que la foto se tomara el día en que nos marchamos.

Aún creo recordar el viaje en coche hasta Francia, el olor a escay procedente de los asientos recalentados y el aroma de los árboles pasando a toda velocidad por delante de la ventanilla. Durante mucho tiempo, creí recordar también el peculiar olor de mi madre aquel día, y las voces de ambos por encima del estruendo del aire.

Todavía guardamos el negativo de esa fotografía. El abuelo no la mandó a revelar enseguida. Al principio creí que era por ahorrar, porque a la que sería la última fotografía de mis padres le siguieron la Nochebuena, la pesca con red de mediados de verano y la recogida de la patata.

Pero qué era lo que realmente estaba ahorrando no resulta obvio. Creo que esperó a revelarla porque nunca sabes cómo saldrán las fotos de un carrete, no lo averiguas hasta que vuelven del laboratorio y, hasta entonces, solo tienes una

intuición, una expectativa de cómo aparecerá lo fotografiado. Así fue como mi abuelo logró que mis padres vivieran más, dentro de la emulsión, hasta que el baño del revelado los tornó definitivos.

Yo creía a mi abuelo cuando, hacia el final de mis arrebatos de furia, me aseguraba que tenía pensado contármelo todo cuando fuera «lo bastante mayor». Puede que sencillamente no se enterara de que yo estaba creciendo, pero el caso es que averigüé la verdad demasiado pronto y, para entonces, ya era demasiado tarde.

Ocurrió a principios del tercer curso. Un día bajé en bicicleta a la granja Lindstad y me encontré la puerta abierta, de modo que entré y dije «hola». La casa estaba vacía, debían de estar en el establo, así que continué hacia el salón y, en una estantería de madera oscurecida, vi un equipo de música con el plato cubierto de polvo, unos mapas de carreteras de la Federación Automovilística Noruega, unas novelas abreviadas y una fila de libros de color burdeos con letras doradas en los lomos. *Sucedió*, ponía en cada tomo, seguido de una cifra que indicaba un año, de modo que entendí que contenían un repaso de los principales acontecimientos de cada año.

Evidentemente, no fue casualidad que sacara el tomo de 1971 y el propio libro dio la impresión de querer hablarme porque se abrió por el mes de septiembre. Las hojas brillaban por la grasa de los dedos, tenían las esquinas deterioradas y, en el doblado, había briznas de tabaco.

Mi madre y mi padre, un sencillo retrato de cada uno. A pie de foto aparecían sus nombres y, entre paréntesis, ponía *Reuters*. Me pregunté quién sería ese Reuters y sentí que debería saberlo, puesto que se trataba de mis padres.

El texto decía que una pareja franco-noruega, «ambos residentes en Gudbrandsdal», había fallecido el 23 de septiembre en Authuille, en el norte de Francia. A pesar de las vallas, se habían adentrado en un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial y los habían encontrado muertos en un río. La autopsia mostró que habían inhalado gas venenoso procedente de una vieja bomba y que habían caído inconscientes al agua; ya no lograron salir.

El anuario explicaba que todavía quedaban millones de toneladas de explosivos a lo largo de las viejas líneas del frente y que muchos de los terrenos se consideraban imposibles de limpiar. Más de un centenar de turistas y campesinos habían muerto en los años precedentes por pisar estos artefactos no detonados.

Todo eso ya lo sabía por la escueta explicación de mi abuelo. Lo que no me había contado era lo que ponía a continuación.

«Ciertos objetos hallados en el coche indicaron a la policía que la pareja

llevaba consigo a un niño de tres años.» Pero como el niño no aparecía, organizaron una batida. Perros sabuesos peinaron en vano el viejo campo de batalla, un equipo de buzos dragó el río y varios helicópteros colaboraron en la búsqueda.

Entonces leí la frase que calcinó lo que me quedaba de infancia. Fue como echar hojas de periódico a la chimenea, la letra aún puede leerse mientras se prende el papel, pero el más leve roce la transforma en ceniza.

Cuatro días más tarde, encontraron al niño en la consulta de un médico a ciento veinte kilómetros de distancia, en la pequeña ciudad portuaria de Le Crotoy. Las intensas pesquisas policiales no arrojaron resultados. Se supuso que el niño había sido secuestrado, aunque estaba ileso salvo por algunos rasguños.

A partir de ahí, el texto volvía a esa verdad que yo conocía, puesto que afirmaba que mis abuelos de Noruega se hicieron cargo de mí. Sin embargo, yo estaba estupefacto. Con la mirada fija en las páginas del libro, pasé las hojas hacia delante para ver si después contaba algo más, las pasé hacia atrás para ver si decía algo antes. Quitó el tabaco del doblez. La gente había hablado de mí. Cuando algún vecino se pasaba a tomar un café por la granja Lindstad, sacaban el *Sucedió 1971* y rememoraban la época en que alguien de la familia Hirifjell había salido en los periódicos.

Y a mi rabia le quedaba mucho camino que recorrer. El abuelo dijo que no sabía más, así que tuve que llevarme mis preguntas a un bosque de abedules flameados situado por encima de nuestra granja. ¿Por qué me habían llevado mis padres a un sitio repleto de bombas? ¿Y qué pintaban ellos allí?

La respuesta se había esfumado igual que lo habían hecho mis padres, tal como el viento esparce la ceniza. Así fue como me hice adulto en Hirifjell.

HIRIFJELL SE ENCUENTRA EN LA UMBRÍA DE SAKSUM. Las granjas grandes están al otro lado del río, donde la nieve se retira pronto y el sol acaricia la madera de las casas y la «aristocracia» rural que albergan. Entre ellos y nosotros, corre el Laugen. El frío húmedo que emana del ancho cauce del río es la frontera que cruzamos al empezar la escuela media o cuando vamos al pueblo a hacer la compra.

La umbría queda en sombra la mayor parte del día. La gente bromea con que los que vivimos a este lado nos dedicamos a disparar a las camionetas de reparto de pescado con nuestras viejas escopetas Krag y a atarles los cordones de los

zapatos a los borrachos que duermen la mona en las pilas de heno. Pero la verdad es que los de las granjas grandes de Saksum tampoco pueden presumir de costumbres parisinas, ni siquiera abundan en la ciudad de Hamar, que queda aquí al lado. La televisión nunca ha emitido un reportaje sobre Saksum. Es un pueblo en el que encuentras lo mismo que en cualquier otro: la Cooperativa de Abastecimiento, la mercería, la oficina de correos, el supermercado de la cooperativa, un camino que corre por encima del pueblo en el que se atascan las ambulancias y casas desconchadas habitadas por gente que se resiste a pagar sus impuestos.

Solo el instalador de las líneas telefónicas y los del Consejo de Tierras saben que, en realidad, en nuestra granja hay sol todo el día. Hirifjell está situada allí donde la ladera del valle vuelve a tender hacia abajo, es una especie de solana en el interior de la umbría, un jardín en el interior del bosque, con el camino de acceso cortado por una barrera. Allí vivíamos nosotros, apartados de todos los demás.

Al abuelo le gustaba acostarse tarde. Yo me echaba en el sofá mientras él se sentaba a fumar con sus libros y sus discos. Las cantatas de Bach y los cofres con las sinfonías de Beethoven y Mahler, dirigidas por Furtwängler o Klemperer. En la estantería, los libros viejos y nuevos revueltos. Del atlas mundial de Andree y del diccionario enciclopédico de Meyer asomaban tantos papelitos que daba la impresión de que les crecían nuevas páginas por dentro.

Yo me quedaba dormido al runrún de todo aquello, en una bruma en la que solo el chasquido de su mechero interrumpía de vez en cuando la música, hasta que el abuelo finalmente soltaba *Der Spiegel* y me cogía en brazos. Al entreabrir los ojos, veía las paredes y el techo girando como la aguja de una brújula. Luego volvía a tenderme en la cama, me plegaba las piernas y los brazos y me arropaba con el edredón. Y cada mañana, su rostro aparecía de nuevo. La luz del pasillo relucía sobre sus mejillas aún sin afeitarse y sobre el bigote poblado y amarillento de tabaco, y su sonrisa me indicaba que, antes de despertarme, había estado un rato mirándome.

Su único punto irracional era que me tenía prohibido recoger el correo. Cuando el cartero se retrasaba, se desconcentraba, y todos los días sobre las once empezaba a otear la carretera regional esperando la llegada del coche rojo. Más tarde decidió contratar un apartado de correos abajo, en el pueblo. Su explicación fue que algún forastero había forzado el buzón de casa.

Yo solía encargarme catálogos por correo. Adjuntaba unos sellos y llegaban los catálogos, con información sobre los kits de construcción de altavoces, las armas de caza Schou, los equipos de pesca, material fotográfico o sets para el montaje

de moscas de pesca. Aprendía más en esos catálogos que en los libros del colegio. El mundo exterior llegaba a mí a través de mi abuelo, en pesados sobres que traía sobre el asiento recalentado del coche cuando regresaba del pueblo. Así funcionó la cosa durante una eternidad, hasta que de pronto un año, al volver de la reunión anual de la Liga de Ganaderos de Ovino y Caprino, anunció que otra vez tendríamos el buzón en casa, porque estaba harto de ir hasta Saksum a buscar el correo.

Mucho antes de eso, nos recuerdo recortando la culata de la escopeta de mi padre y saliendo a cazar patos. Era una paralela de Sauer & Sohn, de calibre 16. Se la habían regalado a mi padre por su confirmación, pero, al parecer, nunca la usó. A medida que fui creciendo, fuimos pegándole láminas de la parte recortada y el día de *mi* confirmación, la culata de nogal tenía una serie de finas ranuras que representaban mi infancia con el abuelo. Eran mis anillos de crecimiento.

Aun así, yo sabía perfectamente que si los abetos crecen muy rápido, los anillos se hacen demasiado anchos y se parten cuando adquieren el tamaño suficiente para que los agarre el viento.

Toda mi vida había oído un silbido procedente del bosque de abedules flameados. Y una noche de 1991, ese silbido creció hasta formar un viento que hizo que me tambaleara. Parte de la historia de mis padres seguía moviéndose, despacio, como una gruesa culebra entre la hierba.

II.

Solsticio de verano

1.

ESA NOCHE LA MUERTE REGRESÓ A HIRIFJELL. No es difícil adivinar a quién vino a buscar, no había muchos entre los que elegir y yo tenía veintitrés años. Más adelante, al recordar aquel verano, llegué a la conclusión de que la muerte no siempre es una asesina ciega y atroz. A veces, antes de marcharse, deja unas llaves.

El problema de que te liberen es que puede acarrear mucho dolor. En este caso, sobre todo porque no sucedió un día cualquiera, no era un día normal de sudor, trabajo y sol de tarde, un día en que la batuta de Furtwängler nos adormeciera lentamente. Al contrario, la víspera de la muerte del abuelo, alguien pintó una esvástica en su coche.

Yo llevaba toda la semana esperando para recibir un paquete de Oslo y, por fin, esa mañana, encontré en el buzón el aviso para recogerlo contra reembolso. Volví rápidamente hacia la casa por el atajo entre las ortigas y crucé el patio. Entorné la puerta del almacén de herramientas y dije que tenía que ir al pueblo a recoger algo y que me iba enseguida.

El abuelo enderezó la espalda ante el banco de trabajo, soltó las tenazas y dijo que teníamos que pasarnos por la Cooperativa de Abastecimiento.

—¿Qué te parece si cogemos el Estrella? —dijo cepillándose el serrín de la chaqueta—. Así ahorras gasolina.

Me di la vuelta y cerré los ojos. Era uno de esos días en que le apenaba que bajáramos al pueblo en dos coches.

El abuelo cruzó el patio con andares rígidos para coger la chaqueta de la compra. Como a la gente no le gustaba que llevara navaja, cuando íbamos al pueblo se ponía una chaqueta de tres cuartos.

Y así nos fuimos, en el espectacular Mercedes negro que compró de primera mano en 1965. Aunque las ramillas del camino le habían rayado la pintura y tenía manchas de óxido alrededor de la cerradura del maletero, seguía destacando en el aparcamiento del centro. Mientras avanzábamos despacio entre los patatales, íbamos estudiando el florecimiento de las plantas, cada uno por su lado.

El abuelo y yo cultivábamos patatas. La verdad es que también teníamos ovejas, pero *lo nuestro* eran las patatas. Todos los años, el abuelo se consumía

mientras esperaba que brotaran los campos, a pesar de que los patatales de Hirifjell se encontraban a una altura de quinientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, por lo que los insectos que propagan las plagas rara vez llegaban tan arriba.

El abuelo era un hacha con las patatas y consiguió que yo también lo fuera. Vendíamos patatas de siembra y patatas de consumo. Las Mandel eran las que daban más dinero, aunque las Ringerik eran mejores. Las Beate eran patatas para tontos, enormes y sin ningún sabor, pero a la gente le encantaban. Nosotros acabábamos comiendo las Pimpernel en todas las comidas. Maduraban tarde, pero luego eran duras y recogerlas suponía un verdadero placer, su piel rojiza y violácea contrastaba con la tierra oscura.

Las ruedas vibraron cuando pasamos sobre la rejilla que cortaba el paso al ganado y el abuelo se incorporó a la carretera sin fijarse en si venía alguien. A la altura de la granja Lindstad, el bosque se abrió y, como siempre, estudiamos el río.

—El Laugen ha bajado —dijo el abuelo—. Podríamos largar unas líneas de anzuelos por debajo del *camping*.

—El timalo no pica cuando el agua está tan verde —respondí.

Luego los abetos se cerraron a nuestro alrededor y el río desapareció de la vista hasta que el pavimento pasó a ser de macadán. Nos precipitamos por las cuestas abajo y, como siempre que me acercaba a Saksum, sentí un temblor en el estómago. La estación de tren, la escuela media, la serrería, los establos de la solana... Los otros.

Cuando cruzamos el puente de madera, el aire fresco del río entró por la ventanilla.

—¿Vamos primero a la Cooperativa de Abastecimiento? —preguntó.

Pero cuando el abuelo entraba allí, se le iba el tiempo. No escatimaba y siempre nos marchábamos con el maletero del Mercedes cargado hasta arriba y un recibo de medio metro de largo.

—Ahora que lo pienso... —dijo—. Mejor nos pasamos primero a recoger tu paquete. Eso hacemos.

Acabábamos de salir de correos cuando vi la esvástica.

En realidad iba estudiando la caja de cartón marrón que llevaba mi nombre, pero noté que al abuelo se le cambiaba el paso y, al levantar la vista, vi la torpe pintada de espray rojo sobre la puerta de su Mercedes.

Y me fijé en que eso fue lo que pensé: ahora que tenía una esvástica, pensé que era *su* Mercedes, mientras que esa misma mañana, y de toda la vida, siempre había pensado en el Estrella como *nuestro*.

La gente nos miraba. Junto al tablón de anuncios de la asociación deportiva varias personas permanecían de pie con las manos en los bolsillos. Børre Teigen y su mujer. Las hermanas de la granja Bøygard. Jenny Sveen y los chicos de Hafstad. Miraban fijamente algo por encima de nuestras cabezas, como si hubieran cambiado el tejado de la oficina de correos.

La esvástica empezó a chorrear y finas líneas corrieron por la puerta del coche.

Uno de los chicos de Hafstad miró de soslayo la esquina de la mercería. El revuelo de un abrigo, alguien que se escabullía. El único movimiento perceptible en esos segundos petrificados de aquel sábado en Saksum.

El abuelo me cortó el paso con el brazo, como una barrera en el camino.

Supongo que en ese momento pude elegir entre seguir pensando que el coche era *suyo* y dar la cara por él. El pueblo nos miraba, estaba a la espera. Una vez más, elegí a mi abuelo. Como había hecho siempre, y no me habían faltado ocasiones. Aparté su brazo, solté el paquete y eché a correr. A la carrera, como llevaba haciendo toda mi vida, atravesé el centro con la gente mirándome, crucé la carretera y tomé la pista de gravilla por detrás de la gasolinera. Allí le di alcance. Un chico que corría torpemente, con los brazos pegados a los costados y una chaqueta de nailon gris ondeando a su espalda.

Como es obvio, tendría que haberle sacado partido a mi ventaja, a mi velocidad, para adelantarlo y cortarle el paso. Tendría que haberlo parado de frente, haberlo detenido por mi tamaño y haber frenado como frena un jugador de fútbol después de meter un gol.

Pero no hice eso. Lo que hice fue ponerle la zancadilla de modo que cayó de bruces al suelo. Chilló al caer y siguió chillando cuando se quedó tirado en el suelo. Lo agarré de la chaqueta y le di la vuelta.

Janikken.

En realidad se llamaba Jan Børgum, pero todo el mundo le llamaba Janikken porque no paraba de asentir con la cabeza, *nikke*, al tiempo que hablaba consigo mismo. Se había hecho unos rasguños que se le habían llenado de tierra y tenía arena en el pelo. Sus lágrimas se mezclaban con la sangre que le brotaba de la nariz, y unas gotas rosadas caían por cada sollozo. Tenía los dedos y la manga de la chaqueta manchados de pintura, en la mano sostenía un papel con un burdo dibujo a lápiz de una esvástica.

Maldije para mis adentros.

—Jan —le dije—. ¿Te ha pagado alguien por hacer esto?

Balbuceó algo que no entendí.

—Habla normal, Jan.

Pero el chico no podía hablar normal y yo lo sabía.

Traté de ayudarlo a levantarse, pero cayó hacia atrás y lloró aún más. Tenía el pantalón desgarrado a la altura de la rodilla, uno de esos pantalones grises que usan los viejos y los taxistas. Su madre llevaba toda la vida escogiéndole la ropa. En el colegio iba dos cursos por delante de mí y ya vestía igual, siempre siguiendo al profesor de educación especial, bizqueando los ojos y con la boca entreabierta. Cuando pasé a la escuela media, Jan ya no estaba allí. Jan estaba en otro sitio.

Unas personas aparecieron a nuestra espalda y se apostaron en la rampa de cambio de aceite de la Esso.

—Venga, Jan —dije—. Levanta.

Antes de levantarse, el chico se sorbió los mocos y se enjugó la sangre de los labios. Cuando le pregunté si le dolía, asintió con la cabeza, así que le di un billete para que se comprara otro pantalón.

—¿Quién te ha encargado que lo hagas? —pregunté.

—Lo ponía en el libro —respondió.

—¿En qué libro?

Murmuró algo.

—Si vuelven, díles que quiero hablar con ellos. ¿Puedes decírselo?

—¿Decir qué?

Una vez le hube cepillado la espalda, se quedó mirándome con la boca abierta, así que eché a andar y, cuando enfilé hacia la Esso, las hermanas de Bøygard se dieron la vuelta. A continuación se marcharon los chicos de Hafstad y al final se disolvió el resto del grupo. Todos volvieron a las bolsas de la compra que tenían en los maleteros y a las tazas con los culillos de café que habían abandonado.

Si por lo menos se me hubieran echado encima... Ojalá me hubieran agarrado y me hubieran reñido, eso al menos me habría permitido *responderles*, me habría dado la oportunidad de pelear en el centro de Saksum, un día de compras.

Por otro lado, ¿qué podría haberles dicho? Además, ya habían terminado de mirar. Habían visto a la chusma ajustando sus cuentas y, ahora que había pasado todo, tenían dos imbéciles menos por los que preocuparse.

El abuelo se había sentado en el asiento del copiloto. No dijo nada. No bajó la ventanilla. Sencillamente se quedó quieto, como una figura de cera en un caza alemán, y señaló el volante. No había tocado la pintura. No hacía falta ser adivino para saber que Sverre Hirifjell nunca le daría a la gente el gusto de pedir un trapo o de ir a la tienda de pinturas a comprar disolvente, controlando su cabreo y murmurando algo como «chiquilladas». Ni siquiera creo que conociera esa palabra.

Abrí la puerta del coche. La gente se tomaba su tiempo en el aparcamiento del

supermercado.

—Así no nos vamos a ir —dije—. Hay que limpiarlo. O pegarle algo encima.

—Arranca —murmuró—. Derecho a Hirifjell.

Mi paquete estaba en el asiento trasero. Una de las esquinas estaba aplastada y arrugada.

—Que te montes en el coche, coño. Arranca de una vez —me espetó—. Derecho a casa. Por el centro. A Hirifjell.

Aun así no protestó cuando tomé otra ruta. Me dirigí hacia el silo de grano y salí a la pista de gravilla que corría paralela al río de Saksum. Seis kilómetros adicionales, pero por allí no había casas y la esvástica quedaba en el lado de la montaña.

—Ha sido Janikken —le dije.

Pero el abuelo se limitó a mirar el río y supuse que ya estaba practicando algo que se le daba realmente bien: obligarse a olvidar.

El cielo detrás del establo de las ovejas estaba ya oscurecido. Atravesé despacio el patio y me senté en la escalera de entrada de la casa pequeña. El Mercedes estaba aparcado bajo la rampa de acceso al pajar. El abuelo se había retirado.

Nunca me han gustado los quejicas. Casi todo tiene remedio. El tabaco y el café pueden ayudarte, igual que poner las cartas sobre la mesa. Si lo que tienes es un dos de tréboles y un tres de diamantes, eso es lo que hay. Ese día pierdes y se acabó. Lo único que justifica que te quejes es que te hayan repartido cuatro cartas si te corresponden cinco.

Había humedad en el aire y estaba deseando que rompiera a llover. Quería ver cómo el agua caía en tromba por el costado del valle, acompañada de un viento fuerte que lo limpiara todo. Quería que lloviera y quería prepararme un café, salir al porche acristalado y oír las gotas de lluvia golpear el tejado que había hecho yo mismo, mientras me tomaba el café con un cigarrillo, sintiéndome seco y guarecido.

Me acerqué al hórreo y cubrí la sierra circular con una lona. Esa semana había cambiado los tapacanes y los canecillos del tejado, ya solo me quedaba pintarlos y podía hacerlo pasado el fin de semana.

La lluvia estaba cerca. Una lluvia buena. Lo notaba por el olor. Ni demasiado fuerte ni demasiado intensa, una lluvia persistente que ablandaría la tierra. Había pensado llevar los aspersores al patatal del norte, pero ahora podía ahorrarme el esfuerzo. Así que me quité los zapatos y me puse unos calcetines de lana. Mientras esperaba a que se hiciera el café, despejé la mesa, le pasé un trapo y cogí el paquete.

En Oslo Kameranerbetjening conocían bien su oficio, el destello de su pericia se percibía hasta en Saksum. Habían cerrado el paquete meticulosamente con cinta americana, mi nombre estaba escrito a máquina, los sellos escogidos con cuidado y el impreso del contra reembolso, relleno sin abreviaturas.

Abrí el paquete con un cuchillo. Dentro había otra caja de la que saqué un objetivo envuelto en un suave papel blanco.

Leica Elmarit 21 mm. Un gran angular.

El peso. La resistencia en el enfoque. Los insondables cambios de color de la lente. La pintura satinada, los números grabados de la distancia y la apertura.

Mi abuelo me había regalado la Leica cuando cumplí los dieciocho: caja M6, objetivo Summicron y diez carretes de película. No existía cámara mejor, a menos que tuvieras cerca al propietario de una Hasselblad. Lo único que le irritaba era que el objetivo indicara la distancia tanto en metros como en pies.

—Es innecesario —decía—. Ningún pueblo espabilado mide en pies.

Desde entonces, yo me compraba un objetivo nuevo al año, por un precio que a la mayoría de la gente le parecía disparatado incluso para un televisor. Pero, para mí, el mundo se renovaba por cada distancia focal. El teleobjetivo acercaba el objeto y dejaba lo irrelevante en bruma. El macro hacía que una flor albergara un planeta entero. Y ahora tenía un gran angular que desplegaba los horizontes, reduciendo lo mediano y transformando los detalles superfluos en polvo ocular. Un aparato que requería nuevos motivos, una renovación de mis ideas sobre el primer y el segundo plano.

Y sin embargo, esa tarde no miré por el visor. Si hubiera levantado la Leica, solo habría visto lo de siempre: mi colección de tebeos de *El hombre enmascarado*, la puerta del cuarto oscuro, el equipo de música con sus altavoces caseros, el armario de puertas de cristal donde guardaba el resto del equipo fotográfico, la foto de Joe Strummer en el rodaje de *Straight to Hell*, el enorme póster de The Alarm con la portada de *68 Guns* en la que nadie mira a la cámara, y la serie de mis propias fotografías de la naturaleza.

Sabía dónde quería usar el objetivo, en el bosque de los abedules flameados, pero no lo haría hasta la mañana siguiente.

ME MUDÉ A LA CASA PEQUEÑA A LOS DIECISÉIS AÑOS. El edificio llevaba vacío desde la época en que vivía allí con mis padres. Un día le di una patada a la puerta hinchada de humedad, sin pensar que estaba ocurriendo algo histórico. Sencillamente le di uso a la casa. Cambié el revestimiento de madera de las paredes interiores y construí un porche acristalado desde el que se veía la linde del bosque.

La casa era mía y, al mismo tiempo, era nuestra.

Quedaban algunas cosas de mis padres: el robot de cocina, las botas de agua de mi padre, la ropa de cama... Pero la foto de familia la dejé en la casa principal. Aún entonces, cada vez que pasaba por delante, me sentía obligado a pararme.

Cuando era pequeño, esa foto constituía una esperanza, la esperanza de que mis padres en realidad no hubieran muerto. Más tarde se convirtió en el recordatorio de que nunca me llamarían y durante mucho tiempo me pregunté por qué mi abuelo la habría colocado junto al teléfono, en vez de colgarla en la pared. ¿Sería para acordarse de ellos? ¿O para que la fotografía nos influyera cuando hablábamos por el aparato? ¿Quizá quisiera recordarnos que quienes nos llamaban también tenían en mente la historia de mis padres cuando elegían las palabras que usaban?

La abuela se llamaba Alma y siempre la llamé por su nombre. Era una mujer callada y comedida, como un viejo reloj de pared. Pero una enfermedad la postró pronto en la cama y hubo que trasladarla a una residencia. La enterramos cuando yo tenía doce años.

De vez en cuando, Alma me hablaba de mi madre. Me contó que toda su familia había muerto en la guerra y que por eso jamás hubo disputas por mi adopción, ni podíamos tampoco esperar visitas de familiares franceses. Nunca reparé en lo escueta que era al hablar de mi madre. Tampoco en la familia de mi padre había más que algún primo segundo. Lo cierto es que nunca viajábamos, salvo para acudir a algún entierro y siempre nos íbamos antes de que sirvieran el café.

Sin embargo, aunque no tuviera familia materna, me resultaba incomprensible que hubieran desaparecido *todos* los que rodearon a mi madre.

Esas eran las cosas en las que pensaba cuando los mayores se echaban la siesta en los divanes y yo abría el atlas para estudiar el mapa de Francia. Me decía a mí mismo que en *algún lugar* tenía que haber alguien que recordara a mi madre, al fin y al cabo llegó a vivir casi veintisiete años. Así que buscaba Authuille en el mapa, leía sobre la Primera Guerra Mundial en la enciclopedia del abuelo y me imaginaba el pueblo y la guerra.

De vez en cuando íbamos al cementerio. El olor a brea de la madera de la iglesia medieval nos acompañaba hasta una lápida de granito azul de Saksum. *Walter Hirifjell. Nicole Daireaux*. Mi madre nació en enero de 1945, mi padre en 1944. Ambos murieron el 23 de septiembre de 1971.

Pero siempre me daba la vuelta antes de pisar demasiado cerca. Y cuando me preguntaba cómo se habrían conocido mis padres, reprimía la curiosidad. No les permitía que emergieran ante mí, diciéndome a mí mismo que no podía echar de

menos algo que no había tenido. Quizá fuera una fuerza de la naturaleza que llevaba dentro. Sabía que los terrenos talados no debían dejarse baldíos, la tierra negra es una herida abierta que atrae las malas hierbas y estas acaban cubriéndola.

Aun así, cuando estaba en la casa pequeña, de cuando en cuando mis padres salían de las sombras. Una vez encontré un disco de vinilo con canciones infantiles francesas y, al ponerlo, me vino a la cabeza una imagen de mi madre.

Me las sabía todas. Canté «Frère Jacques» en francés, no en noruego, e intuí el significado del texto de «Au clair de la lune» y de «Ah, vous dirais-je maman». Aquella lengua agitada me resultaba sencilla y me di cuenta de que de pequeño debía de hablar francés. Mi madre cantaba conmigo y nuestras voces habían llenado la casa. Mi lengua materna era el francés.

En la escuela media me dieron a elegir entre alemán y francés. Fue la primera vez que tuve la sensación de tener que elegir entre mis padres y el abuelo, y lo cierto es que nunca le conté que escogí el francés. El idioma de mi madre renació en mí tan deprisa que la profesora creía que le tomaba el pelo.

Más tarde encontré otros vestigios suyos en una enorme caja de cartón en el desván. Un neceser con maquillaje, una maquinilla de afeitar, un reloj de pulsera... El modo en que estaban apiladas las cosas indicaba que el proceso de recogerlas había sido doloroso.

En el fondo de la caja había un libro, *L'Étranger* de Albert Camus. Fui retrocediendo por sus páginas, estudiando las frases e imaginándome cómo lo leería mi madre. Luego sentí un sobresalto, seguido de una expectativa, como cuando ves un pez saltar a lo lejos y sabes que no puedes atraparlo. En la primera página en blanco, con bolígrafo azul, ponía: *Thérèse Maurel, Reims*. Debía de ser una amiga de mi madre. En algún momento, las manos de las dos chicas debieron de sostener aquel libro, prácticamente al mismo tiempo. Por fin dejé de ser la única prueba de la existencia de mi madre.

Ese día empecé a trazar un plan: quería visitar el lugar en el que habían muerto mis padres para ver si podía despertar algo en mi memoria. Lo cierto es que había un testigo privilegiado de todo lo ocurrido, yo mismo, y los hechos tenían que estar ocultos en algún lugar de mi memoria, como la emulsión de una película que en algún momento ha estado en contacto con la luz.

En ocasiones, la urgencia por marcharme era tan intensa que me resultaba dolorosa. Pero mi mundo terminaba en Søre Ål, a las afueras de Lillehammer. Todo lo que quedaba al sur del taller mecánico de Helge Menkerud me resultaba desconocido, nunca había viajado y carecía de una explicación que darle al abuelo. Sabía que sus ojos adquirirían una expresión dolida. Él lo había dado

todo por mí, ¿y ahora resultaba que no era suficiente para mí?

De niño era yo quien necesitaba al abuelo, igual que lo necesitaba la granja. Más adelante, conforme fui creciendo y me tocó hacerme cargo de mi parte del trabajo, Hirifjell y las ovejas pasaron a necesitarme *a mí*. Cuanto más demoraba la partida, más envejecía el abuelo y, cuando tenía alrededor de veinte años, las necesidades estaban tan entrecruzadas que me resultaba igual de difícil partir que permanecer allí. Desde ese momento, todo quedó fosilizado en la senda que recorría, una senda que cada vez era más profunda y más cotidiana.

SALIÓ CON DISOLVENTE. La esvástica se fue disolviendo mientras la eliminaba con un trapo, una guarrería rosada que parecía contagiosa. Aunque me estaba mareando, empapé otro trapo, desprendí un grano de arena de la pintura y froté más fuerte. Pero al final la emanación, que era más ligera que el aire, se me coló en los pulmones y tuve que soltar el trapo y salir corriendo bajo la lluvia. Cuando me detuve y volví la vista hacia el Estrella bajo la rampa del pajar, vi que aún se distinguía el contorno de la esvástica.

Volví a penetrar la pestilencia del disolvente y seguí frotando con fuerza. Al acabar, crucé el patio todavía mareado y subí la escalera de piedra ante la puerta de la casa de troncos.

—Ha salido —grité, pero no obtuve respuesta.

El reloj de cuco marcó las cuatro y media. Por el olor a tabaco, deduje que el abuelo había pasado por la entrada. Empecé a subir las escaleras, me paré a media altura y oí sus pasos en la tercera planta. ¿Qué se le habría ocurrido *ahora*? Nunca usábamos las habitaciones de arriba, estaban siempre frías y polvorientas. Me había detenido junto al mapa de nuestros bosques.

—Voy a darme una vuelta por el pueblo —dije, como quien le habla a la escalera.

Sus pasos se interrumpieron un momento, pero enseguida continuaron.

El centro estaba desierto. Era previsible, nadie salía en la hora muerta entre el cierre de las tiendas y la cena. El único movimiento que se percibía era el tráfico de paso por la carretera general, donde los coches se arrastraban a cincuenta por hora mientras sus ocupantes miraban por las ventanillas, aliviados de no vivir en Saksum.

Y sin embargo, ellos no sabían lo que teníamos.

Teníamos espacio. Había espacio para mí, igual que lo había para Carl Brænd, un loco de la electrónica que, a sus cincuenta y cinco años, seguía viviendo con su madre, pero al mismo tiempo construía unos amplificadores geniales, un tipo

capaz de coger el coche cinco minutos antes de que la gasolinera echase el cierre para llevarse a mitad de precio las pálidas salchichas que habían sobrado.

En el pueblo nuestros defectos eran visibles. Los conocíamos y los utilizábamos para fastidiarnos los unos a los otros, pero al mismo tiempo las habladurías nos mantenían unidos. Todos teníamos nuestros agujeros y nos dedicábamos a buscar los de los más soberbios porque era por ellos por donde el pueblo cosía sus hilos.

Me di una vuelta con el coche por el centro hasta la altura de los locales del Ejército de Salvación, pero lo único que vi fue mi viejo escúter delante de la gasolinera y dos niños que subían corriendo desde el campo de fútbol. Dirigí el coche de regreso hacia el Laugen y, al pasar por delante de la escuela media, bajé la ventanilla y noté el frescor del aire.

Oí el murmullo del agua, vi su brillo y saqué de la guantera el casete de Bob Dylan que se había dejado Hanne. *Knocked Out Loaded*. El disco nos había decepcionado a ambos, a excepción de «Brownsville Girl», pero aun así lo puse. Hanne había regresado al pueblo y, cuando empezó a sonar la canción, decidí reconocérmelo: era a ella a quien estaba buscando. Unos días atrás la había visto delante de la mercería, con una chaqueta de ante marrón claro, como un antílope, con su melena castaña y sus largas piernas, además de esa agilidad tan suya. Quizá ella me viera primero, el caso es que se metió en la tienda, donde yo no podía seguirla porque llevaba ropa de faena. Nos miramos durante un segundo, al siguiente ya no.

Hanne era una de esas chicas que son adultas desde que nacen. A los catorce, le birlaba el escúter a su hermano para subir a verme y se detenía a la altura del buzón, desde donde me hacía señales con el faro, como un contrabandista en la costa avisando un buque cargado en la noche.

Nos acostamos mucho antes del límite oficial, pero a la larga empecé a tener la sensación de que pretendía *salvarme*, de que me veía como un cachorrillo empapado del que debía ocuparse. Me daba la lata con una palabra que yo despreciaba: *estudios*, un camino forzado que pasaba necesariamente por Oslo, por Bergen o por Ås. Todos parecíamos tener la obligación de reunir algo con lo que regresar al pueblo e impedir así que este decayera. Y sin embargo, yo no quería que me llenaran como un termo. En mi opinión, no tenía más obligación que la de ir a Francia. Pero cuando le conté mis tribulaciones a Hanne, su única respuesta fue un *por qué*.

—Déjalo correr —me dijo—. Volviste a casa sano y salvo. Solo encontrarás vieja escoria que te atormentará y, en cualquier caso, ¿qué puedes averiguar tú, casi veinte años después, que no descubrieran en su momento los investigadores profesionales?

Me irritó su elección de palabras: *investigadores profesionales*, como si lo estuviera sacando de un libro. Me cortaba el paso como una bonita verja de jardín. Aunque, cuando rompimos, no me marché a Francia, me limité a arrancar de nuevo el tractor y salí a los prados.

Ya habían pasado unos años, pero su número de teléfono seguía vivo en mis dedos. El 84 de Saksum, seguido de su número en diagonal por las teclas. Esta misma noche se enteraría de todo en alguna fiesta. Alguien se abriría una cerveza y empezaría a insinuar cosas sobre mí. Las chicas agolpadas en el sofá, perfumadas y medio bebidas, la mirarían de soslayo cuando se mencionara mi nombre, el chico que se había puesto en ridículo en el centro. ¿Qué pensamos de él? ¿Alguien lo va a defender? ¿Alguien *puede* defenderlo?

El Ford Taunus de Yngve se acercaba de frente. Me hizo señales con los faros y aparcamos con los coches en paralelo, unidos uno al otro por el lado del conductor, junto a la estación de bomberos. Al bajar la ventanilla, me pillé mirando a mi alrededor. Efectivamente tenía la *esperanza* de que alguien me viera con el hijo del farmacéutico, el chico que acabó el bachillerato con tantos seises, la nota máxima, que la gente empezó a llamarlo «Repóquer». Yo, en cambio, me había conformado con acabar la escuela media.

—El Laugen está bajando —dijo.

Siempre me había gustado estar así, un sábado sobre las cinco de la tarde, coche contra coche. El maletero elevado de mi Commodore GS/E azul y la rejilla delantera de su Taunus M20, que relucía intensamente por acción de dos botes enteros de abrillantador. Siempre que hubiera conocidos por el pueblo, las cinco era una hora despejada y agradable, una hora que no distinguía entre quienes trabajaban y quienes estudiaban, haciendo que la única diferencia entre nosotros fuera que él fumaba Marlboro y yo tabaco de liar. Yngve había estado saliendo con una chica estupenda de Fåvang que se llamaba Sigrun, pero acababa de cortar con ella. Decía que «era muy pesada».

—Sigrun no era pesada —le dije.

—Ya, pero la cosa ha salido así —respondió.

Nos quedamos un rato callados.

—Pues es un poco raro —dije—. Como alguien a quien no le gusta Bruce Springsteen.

—A mí no me gusta Bruce Springsteen.

Empezamos a hablar de si sería mejor apostarnos con las cañas en la desembocadura o si debíamos equiparnos para una empresa mayor y largar unas líneas de anzuelos desde una barca. No le pregunté si más tarde iría a alguna fiesta. Probablemente sí. Yngve era de los que podían llegar tarde y, aun así,

congregar a la gente a su alrededor.

—Nos vemos a las siete —dije, mirando el salpicadero—. Lo que tarde en cenar algo.

Pero él no subió la ventanilla.

—He oído que ha habido jaleo ahí arriba —apuntó con la cabeza hacia la oficina de correos.

—¿Jaleo? —repetí—. Ha sido una puta mierda.

Bajó la mirada hacia el costado de la puerta y soltó la ceniza del cigarrillo.

—¿Qué se cuenta? —le pregunté.

—Solo que os ha hecho una pintada y que tú te has cabreado.

—Anda ya. Lo que se cuenta es que el chungo del chico de Hirifjell le ha pegado una paliza al pobre Janikken.

—No le pegaste una paliza.

—¿Cómo lo sabes?

—Las habladurías dicen que *no* le pegaste una paliza, que al ver que era él, te contuviste, le cepillaste el polvo y le dejaste marchar. Eso es lo que dice la gente.

Di una última calada al cigarrillo y lo solté entre los coches.

—La gente sabe —dijo Yngve—. Conocen a Janikken, saben que vive en la casa de acogida y que se inventa cosas.

—Nos vemos en el remolino —dije—. Y largamos unas líneas.

El agua de cocer las patatas empezó a hervir. Aparté la cacerola del fuego, eché un puñado de sal gorda y escogí unas Pimpernel de tamaño homogéneo, algunas de más para que sobraran para el día siguiente. Para desayunar, siempre freíamos las patatas cocidas de la cena de la víspera, las sazonábamos con especias de barbacoa y nos las comíamos con panceta fresca y tres huevos cada uno. Así podíamos trabajar hasta que llegara el periódico, incluso cuando llegaba tarde.

El abuelo estaba roncando en el sofá, con los pies sobre un amarillento *Lillehammer Tilskuer*, un periódico local. Tenía la bayoneta rusa sobre la mesa y un cigarrillo apagado en el cenicero de cristal, debía de haberse quedado dormido antes de que le diera tiempo a fumárselo entero.

Lo arrojé con la manta del sillón y luego eché un vistazo al pastillero sobre la cómoda para comprobar si se había tomado las medicinas. Volví a la cocina y saqué unos escalopes vieneses. Del huerto cogí una lechuga y unos guisantes mollares. Rehugué los guisantes y puse la mesa. Di una voz hacia el salón para avisarle de que la comida estaba servida, pero no se despertó. Por mí estaba bien, la conversación no habría fluido de todos modos. Cené y me levanté todavía con comida en la boca. En la entrada, di un buen portazo para que se espabilara.

ME DESPERTÉ CON LA LEICA SOBRE LAS PIERNAS. La luz de la mañana estaba en camino. Me encontraba al otro lado del sol.

Esta era mi hora. La hora de la Leica.

Salí. La lluvia había hecho que la hierba tuviera un olor frío y húmedo. Una urraca alzó el vuelo sobre los despojos de pescado que había tirado a las ortigas. La víspera habíamos pasado cuatro horas largando líneas de anzuelos en el Laugen. Primero a los pies de la negra montaña, donde abundaban las truchas; más tarde en medio de la corriente, donde los timalos picaban sin previo aviso. Entre risas, habíamos fumado, bebido Coca-Cola y charlado rodeados del humo azulado del fueraborda Evinrude. Al volver a casa, me había frotado los dedos bajo el agua del grifo hasta que recuperaron la sensibilidad. Luego me había sentado en el sofá con la Leica y me había quedado dormido.

Ahora estaba subiendo por los patatales. Más abajo, la granja asomaba de entre la bruma. El farol de la casa de troncos estaba encendido. Miré el establo y las casetas de herramientas antes de continuar en dirección al bosque de abedules flameados.

De niño me daba miedo subir hasta allí. En primavera, oía restallidos procedentes de ese bosque, como si alguien estuviera disparando una escopeta. El abuelo también los oía, enderezaba la espalda y dirigía la mirada hacia arriba.

—Son los hierros de mi hermano, están reventando —me dijo un día y, a continuación, volvió a agacharse sobre lo que estaba haciendo.

Fue la primera vez que le oí pronunciar la palabra *hermano*. Más tarde averigüé que se llamaba Einar y que acabaron enemistados. Lucharon en bandos distintos durante la guerra, el abuelo en el Frente Oriental y Einar en Shetland. Mucho más no me contaron, salvo algún comentario suelto de Alma, como cuando se hizo un rayajo en la mesa del salón. «La hizo Einar», se limitó a decir, y cuando quise averiguar más, me contó que había sido ebanista, que había trabajado en París en los años treinta y que lo mataron en 1944.

Lo que quedaba de él era un taller de carpintería. Estaba algo apartado, en una casita alargada, con la pintura roja desconchada y las ventanas cubiertas de polvo por dentro. Era el único edificio de la granja en el que la hierba crecía libremente alrededor de los cimientos. Sin embargo, el día en que me enteré de la existencia de Einar no pregunté por él, sino por lo que el abuelo quería decir con «los hierros».

—Mi hermano colocó anillos de hierro alrededor de los árboles —dijo—. Ahora están oxidados. En esta época del año sube la savia, los árboles crecen y los restallidos que oyes son los abedules liberándose.

Me resultaba incomprensible que Einar quisiera torturar a los árboles.

—Mantente alejado de ese bosque —dijo el abuelo—. A veces los fragmentos de hierro salen disparados y te aseguro que lo último que quieres ver en la vida son pedazos de hierro volando.

Y entonces se le puso esa mirada que tenía muy rara vez, una mirada que me chocaba al mismo tiempo que me privaba de compasión, y que sabía que era un guiño hacia el pasado y la guerra. Con frecuencia luego se arrepentía y pasaba a tener un semblante inusualmente benigno, algo inseguro, que hacía que de pronto se bajara del tractor y me preguntara qué me apetecía cenar.

Dije que me alegraba de que los árboles no pudieran quejarse y que de lo contrario no podría dormir, la ventana de mi cuarto daba a un bosque entero que gritaba de dolor. Pero solo lo dije para contentar al abuelo y ni siquiera le pregunté por qué Einar había colocado anillos de hierro alrededor de los troncos.

Más adelante leí *Sucedió 1971* y, en las largas horas que pasé enfadado sin entender por qué, tuve la sensación de aliarme con Einar porque él había estado enemistado con el abuelo. Cuando estallaba la primera tormenta de primavera y la savia se ponía en marcha, de lo único que estaba pendiente al acostarme era de los restallidos del bosque de abedules. Y una noche sentí el impulso de ver a Einar. Me levanté de la cama, pasé de puntillas por delante del dormitorio del abuelo y me puse algo de ropa que había dejado en la entrada. Luego eché a correr hacia el bosque, mirando hacia atrás por si veía luz en la ventana.

La ladera estaba empapada por la lluvia. Casi había luna llena y arrojaba largas sombras a mi paso. Mucho más arriba, vislumbraba un frondoso follaje que contrastaba con las agujas de los abetos que me rodeaban. Al acercarme, me agaché. Los arbustos estaban tupidos y me pincelaron de rocío.

De pronto me encontraba entre los troncos de los abedules. Einar había colocado anillos alrededor de todos los árboles, unas cintas de hierro planas y oxidadas que aprisionaban la corteza blanca, mientras un sinfín de hojas verdes temblaba en las copas. Era un bosque grande y debía de haber por lo menos cien abedules con cintas de hierro, cinco o seis por cada árbol, distribuidas a distintas alturas. Debió de usar una escalera para colocarlas. Seguramente el plan era ir ajustando los anillos a medida que los árboles crecieran, porque unos largos tornillos con enormes tuercas de mariposa en los extremos servían para tensarlos. Pero a Einar lo mataron en 1944 y nunca pudo regresar para aflojar los anillos. La mayoría estaban ya corroídos por el óxido o colgaban flojos de los troncos; los árboles habían engullido algunos, y otros se habían caído y yacían en el suelo del bosque.

¿Por qué había torturado así a los árboles? Esa noche pasé allí mucho rato, rodeado de los blancos troncos que parecían un mar de astas de bandera y

practicando el enfado con un hombre muerto, un enfado que no tardé en descartar cuando me di cuenta de que solo estaba imitando el del abuelo.

Y de repente, a mi espalda, sonó un restallido. Salí corriendo hacia la granja por la misma senda que había marcado al subir, pero, al meterme bajo el edredón, no logré calmarme y tuve que hacer algo que no había hecho en muchos años: me colé en el dormitorio del abuelo y me tumbé en su armario, con la mirada clavada en las camisas y los pantalones que colgaban de las perchas.

Estaba asustado, asustado de verdad. El restallido del bosque había despertado algo en mí, un miedo intenso y un recuerdo se agitaban en mi interior. Tuve la sensación de oír unas voces en la lejanía y, al cabo de un rato, entre el miedo y la confusión, emergió el recuerdo de un perrito de juguete, un recuerdo tan nítido que me pregunté si me lo estaría inventando. Era de madera, le colgaban las orejas y podía mover la cabeza y el rabo.

Pero ¿sería un recuerdo auténtico o solo un anhelo con el que encariñarme? Yo nunca había tenido un perro de juguete, aunque quizá fuera de alguien a quien hubiéramos visitado y estuviera mezclando los recuerdos. Supuse que también *nosotros* habríamos ido a sitios, visitado a gente.

Habríamos sido normales antes de morir.

Al día siguiente le planteé una pregunta al profesor de pretecnología, y el hombre se cepilló las virutas del delantal.

—¿El abedul flameado? —dijo—. Es el mejor material de carpintería que tenemos en este país. Se saca de árboles dañados. El dibujo de la veta es como lenguas de fuego, salen cuando el árbol se sana a sí mismo.

Esa fue la expresión que usó: sanar.

Nunca había oído al profesor de pretecnología hablar así. Por lo general solo hablaba de la importancia de ahorrar en materiales, siempre insistiendo en que tomáramos aún mejor las medidas. Sin embargo, en ese momento se fue al trastero y volvió con una pequeña puerta de armario que relumbraba en tonos dorados. La veta serpenteaba produciendo juegos de sombras y matices negros contra el luminoso fondo de color ámbar.

—Lo que ves son cicatrices —dijo—. El árbol tiene que encapsular la herida para seguir creciendo. Los anillos de crecimiento se buscan rodeos y se estiran por encima de la herida. El dibujo es impredecible. Hasta que empiezas a serrar las tablas, no sabes cómo va a quedar.

Se me daba bien la carpintería, sabía ensamblar la madera sin dejar grietas y tallar pequeñas caras a pulso.

—En tu familia lleváis la carpintería en la sangre —dijo el profesor con aire

pensativo y, al oírlo, sentí un tirón, el tirón de una cuerda que no acababa en Hirifjell, sino mucho más allá.

A partir de entonces, aunque nunca lo contaba, visitaba a menudo el bosque y me sentaba a mirar los árboles de Einar, encadenados como presos. Aquello pasó a ser nuestro sitio, mi sitio y el de Einar, y cada vez que me peleaba con el abuelo, Einar me venía a la cabeza y me lo imaginaba bajando del bosque de abedules flameados para defenderme. Me sentaba entre los árboles a mirar los pájaros, a escuchar el murmullo de las hojas y me inventaba explicaciones para lo que había sucedido en Francia. Me imaginaba que mis padres estaban vivos, que seguían allí y me habían cambiado por otro niño, que me habían colocado con los abuelos porque padecía una grave enfermedad que no tenían fuerzas para ver.

Más adelante, fui matando una a una mis mentiras y, en los años siguientes, los restallidos fueron amainando. La mayoría de los anillos cedieron ante los árboles y reventaron, y al mismo tiempo mis imaginaciones se fueron desvaneciendo.

El abuelo evitaba aquel bosque. Lo natural hubiera sido que talara los árboles para leña, que cuidara el bosque y lo mantuviera despejado, pero jamás se acercaba por allí y me dejó muy claro que tampoco le gustaba que yo lo frecuentara con el serrucho.

Pero una vez sucedió algo que no pude explicarme hasta muchos años más tarde. La noche antes de mi décimo cumpleaños, me despertaron unos gritos en la planta baja. Me levanté y salí al pasillo. Oí a mi abuelo. Estaba enfadado y decía algo que no capté del todo, pero que sonó como «no me mortifiques con eso» o «no lo mortifiques con eso». El resto desapareció en un furioso exabrupto y, cuando lo oí subir las escaleras, volví corriendo a mi cuarto.

Desde la ventana vi un coche que no conocía, oí unas voces y cómo arrancaba el motor. Luego lo vi maniobrar y las líneas rojas que trazaron las luces traseras al alejarse.

A la mañana siguiente, el abuelo me dijo que unos vagabundos se habían presentado en la puerta pidiendo indicaciones a unas horas intempestivas. Sobre la mesa de la cocina había una tarta de nata y comida para pasar dos días en la montaña. Era una sorpresa de cumpleaños, íbamos a celebrarlo en la cabaña.

De camino hacia allá me dio la impresión de que Alma y el abuelo tenían miedo de irse de la lengua y, por la noche, soñé que me encontraba en medio de un círculo de personas que se reían de mí. Llevaba algo escrito en la espalda, aunque no conseguía quitarme la chaqueta para ver qué ponía.

Pocos días después, volví a subir al bosque, y al adentrarme entre los troncos, tuve la sensación de que habían alterado el lugar, casi como si lo hubieran

profanado. Luego descubrí los tocones. Habían talado cuatro árboles y les habían quitado las ramas. El serrín estaba amarillo y reciente, las superficies de los cortes supuraban savia y las moscas zumbaban por encima.

Me arrodillé y dejé que el serrín me corriera entre los dedos. Era redondo y de grano grande, de una sierra de arco de dientes bastos. Las ramas que quedaban en el suelo dibujaban las siluetas de los troncos y, por la distancia entre los montones de serrín, deduje que los habían cortado en longitudes de dos metros. Los troncos habían dejado un rastro en la hierba, saltaba a la vista que los habían arrastrado hasta una pendiente y luego los habían rodado hasta la carretera. No era una tala clandestina porque había árboles más cerca de la carretera. Quien lo hubiera hecho sabía lo que estaba buscando.

UNA VEZ MÁS ME ENCONTRABA EN EL BOSQUE DE ABEDULES flameados, ahora con la Leica en la mano, rodeado de las enhiestas columnas blancas de los troncos con sus cintas oxidadas. Desde mi última visita, algunos más habían logrado liberarse, otros habían abandonado la batalla contra los anillos y los estaban devorando. Cambié de posición, estudié la dirección en la que caían las sombras, buscando con los ojos el encuadre.

Llegó el sol. Me tumbé boca arriba y miré hacia las alturas. A través del gran angular vi los troncos estirándose hacia el cielo. Las fotos serían buenas. *Veía* exactamente lo que quería ver. El follaje, la capa de nubes, los troncos y el elemento foráneo, el hierro, lo que haría que fuera una *fotografía* y no una imagen cualquiera.

El obturador pronunció su breve susurro, el ruido que hace la Leica cuando captura algo que es *ahora* y lo convierte en algo que *fue*.

Me incorporé y presioné el dedo contra un anillo astillado. Luego succioné la gota de sangre y enfilé hacia Hirifjell.

El abuelo no estaba en la cocina. Eso fue lo primero que vi.

Allí era donde debería estar, con su jersey de faena azul marino, con los huevos fritos sobre el fogón y dos tazas de café sobre la mesa. Debería haber levantado la vista del *Lillehammer Tilskuer*. Debería haber estado *allí*, tan firme como las paredes de troncos a su espalda, y, al verme entrar, debería haber doblado el periódico.

Pero la mesa seguía puesta para la cena. El agua de la jarra estaba turbia de burbujas de aire. Los guisantes del cuenco, arrugados. En la sartén, dos escalopes resecos.

Me dirigí despacio hacia el salón.

Lo vi tumbado bajo la misma manta, con los pies sobre el periódico. Me detuve en medio de la habitación y pensé: Ahora empieza.

Porque el abuelo yacía en el diván y el abuelo no estaba dormido.

2.

ME HABÍA HECHO A LA IDEA DE QUE YA ESTARÍA EN LA tumba, o al menos de que ya no podría conducir. Pero era él, Magnus Thallaug, el viejo párroco. Con el Rover de color azul marino mate que recordaba de las clases en las que nos preparó para la confirmación. El coche se acercaba por las curvas del camino desde la barrera y tembló al pasar por encima de la rejilla del ganado.

Me metí la camisa por dentro del pantalón. Me pasé la mano por el pelo.

El párroco tenía los ojos entornados detrás del polvoriento parabrisas y ambas manos sobre el volante. El Rover se detuvo en medio del patio, en el mismo sitio en que había aparcado el coche fúnebre. La portezuela se abrió, el párroco sondeó el suelo con un bastón y sacó una pierna flaca. La piel, pálida como leche desnatada, relumbró en la franja entre los calcetines y el deslucido pantalón del traje. Salió con dificultad y echó un vistazo a su alrededor.

—Tienes que comer, Edvard —dijo cuando sus ojos se posaron sobre mí, como si ya hubiera dado el visto bueno al establo y al hórreo—. De lo contrario, Hirifjell se va a quedar sin granjero.

Le estreché la mano con gesto vacilante. Se diría que la piel le quedaba dos tallas más grande. Cuando abrió la puerta trasera, percibí un olor a coche viejo recalentado. Sobre el agrietado asiento de cuero había una Biblia con algunas páginas sueltas.

—La Carta a los Efesios —murmuró mientras metía las hojas sueltas en su sitio—. Llevan así desde aquel sermón de Año Nuevo de 1956, cuando las Escrituras cayeron al suelo a los pies de Reidun Ellingsen, que estaba echándose una cabezadita en la primera fila. Desde entonces ha sido creyente.

—Supongo que habrá sido lo mejor para ella —dije.

—Por descontado. Escucha, Edvard, resulta que he cogido un trabajo de verano, uno de esos puestos que ofrece últimamente el seminario conciliar para sustituir a los sacerdotes, que ahora tienen derecho a vacaciones —se cambió la Biblia de mano—. En mis tiempos, trabajaba todo el año. La verdad es que lo hacía para campesinos ateos o para bancos de iglesia vacíos, pero yo estaba siempre en mi puesto.

—Desde luego —dije, sabiendo que me incluía en ambos reproches.

—Y ahora voy a officiar el entierro de Sverre Hirifjell.

Recorrí el prado con la mirada.

—Escucha. Comprendo que andes desorientado, pero para planear el entierro de tu abuelo, tenemos que *sentarnos*. Y además tienes que comer algo, ya te lo he dicho.

—Arreglaremos lo que haga falta —respondí.

Y dicho así, sonaba sencillo. Pero por la mañana no había sido tan fácil. Me había pasado por lo menos un cuarto de hora oyendo el tictac del reloj de pared y observando al abuelo, la bayoneta rusa en su funda sobre la mesa y la foto aérea sobre el diván, una foto aérea de nuestra granja, que ahora era mía.

Luego había hecho algo que me sorprendió a mí mismo. Había ido por la Leica y, con manos temblorosas, había fotografiado al abuelo en su muerte.

Allí donde yacía.

Tal como estaba.

Las comisuras de sus labios tenían un gesto que nunca tuvieron en vida. Los ojos secos. Era él y, aun así, no lo era. Como una estatua de sí mismo y de su vida.

Después había llamado a las autoridades y a la funeraria Landstad y, cuando volvía a la primera planta, me había parado con la Leica en la mano y había pensado que ahí dentro, en el interior de la cámara, el abuelo estaba menos muerto.

Hasta ese instante no me había dado cuenta de que el amplificador Grundig estaba encendido. En el tocadiscos se hallaba el primer acto del *Parsifal* de Wagner.

El abuelo siempre me miraba raro cuando le pedía que lo pusiera. Pero por la mañana yo había llevado la aguja al primer surco del disco, la música había empezado a sonar y así me había quedado, yo de pie y él tumbado, hasta que noté que venía gente.

Al salir a la entrada, los oí hablar. Tuve la impresión de que el comisario de policía pretendía saber más que el médico. Dijeron algo de un derrame cerebral y luego transcurrió una hora o dos, sin que yo supiera si había alguien más en la casa o si ya se habían marchado, antes de que aparecieran Rannveig Landstad y su hijo. A lo largo de tres generaciones, la familia Landstad había llevado la funeraria de Saksum. El hijo estaba destinado a hacerse cargo del negocio. Medía metro sesenta, así que se le conocía como el Minienterrador. Yo mismo lo había llamado así en alguna fiesta, pero en ese momento, ese día en que su recado de pronto me incumbía a mí, el apodo me sonó barato y mezquino.

Madre e hijo se limitaron a agarrarlo con la ropa con la que murió y se lo llevaron en una camilla, lo bajaron por los escalones de piedra y lo metieron en el coche fúnebre. Sentí que trabajaban demasiado rápido. Estábamos en Saksum,

no corrían el riesgo de que apareciera otra funeraria presumiendo de hacer mejor el trabajo por menos precio.

Luego volvieron a entrar y usaron palabras como «apoyo» y «un momento difícil», y no tuvieron prisa por marcharse hasta que me vieron más o menos en condiciones.

—¿Cómo hacemos a partir de ahora? —pregunté.

—Bueno, el ataúd ya está listo —dijo Landstad hijo, como ansioso de demostrar su posición, pero se calló cuando Rannveig lo fulminó con la mirada.

—Pásate cuando tengas fuerzas —dijo—. Y ya lo arreglamos todo.

Miré el diván en el que ya no había abuelo.

—¿Sabía que iba a morir pronto? —pregunté.

Ella frunció el ceño.

—Si ya había escogido ataúd... —dije.

Rannveig Landstad estuvo a punto de decir algo. Cruzó una mirada con su hijo y, por un segundo, tuve la sensación de que estaba incómoda. Luego negó con la cabeza.

—Baja a vernos cuando te venga bien —dijo—. Estas cosas hay que hacerlas por su orden.

Lo dejé correr. Salieron al patio y encendieron la luz de la cruz sobre el techo del coche.

—Esperad —grité y corrí al salón a buscar la bayoneta rusa.

Abrí la puerta trasera del coche fúnebre y me monté a su lado. La luz que brillaba a través de las cortinas amarillo claro proporcionaba un color más saludable a su rostro y me pareció que el abuelo volvía un momento conmigo. Le solté la hebilla del cinturón y le enganché la funda con la bayoneta rusa.

—Nunca fuiste tan viejo como para necesitar ayuda para vestirte —dije en voz baja mientras introducía la aguja de la hebilla en el ajado agujero del cuero, pensando que por fin el abuelo iba a bajar al pueblo con cuchillo sin que nadie protestara—. Buenas noches, abuelo —susurré al fin, tan bajo que ni yo mismo lo oí.

TODO ESTO SEGUÍA BULLENDO EN MI INTERIOR, y probablemente estaba más ido de lo que yo mismo entendía porque el viejo párroco me agarró del hombro y levantó la voz:

—Oye, ¿allí o allí? —señaló con la Biblia primero en dirección a la casa de troncos y después hacia la casa pequeña.

Acabamos en la casa de troncos. El párroco enfiló hacia la cocina.

—Veo que aquí sigue todo como siempre —dijo mientras miraba el armario

del rincón con el urogallo disecado, la puerta azul de la alacena y el fogón de leña. Luego cogió una banqueta y se sentó en el lado corto de la mesa. Probablemente estaba entrenado para hacer esto. No debía sentarse en un sitio que pudiera ser el del difunto.

—No he podido quitar la mesa —dije y empecé a recoger.

—No, espera —replicó, posando su bastón sobre mi muñeca—. Ese plato, ¿era de Sverre?

No tenemos costumbre de ponerle plato al gato, pensé.

—¿Anoche le preparaste la cena y no pudo comérsela?

—Yo preparaba la cena todos los días, para los dos.

—Oye, Edvard, me han dicho que ha sido un derrame cerebral. Ese... ¿Cómo llamarlo? Ese *incidente* de ayer en el centro, eso de la esvástica, ¿lo sabía el comisario?

—El comisario de Saksum lo sabe todo —dije.

—¿Y qué? ¿Está relacionado?

—Janikken no sabe lo que hace. No tiene sentido echarle la culpa. Y no es la primera vez que la gente hostiga al abuelo con esvásticas.

—Hum —dijo el párroco—. Será mejor que te sientes a comer, Edvard. Coge su plato. No desperdicies los regalos de la creación. Sobre todo la última cena de Sverre Hirifjell, que no se pudo comer.

Calenté los escalopes del abuelo y preparé café. El párroco sacó un pañuelo con finas rayas violetas y se sonó la nariz.

—No puede faltar algo de música mientras la gente entra en la iglesia —dijo—. Aunque hay que controlar un poco al organista. Acaba de salir del conservatorio y aún no entiende que en los entierros tiene que haber *Schwung*.

Thallaug apoyó el bastón en el suelo, se fue cojeando al salón y se acercó a la estantería de la música. Luego se puso las gafas y empezó a mirar entre los discos más gastados.

—Las sonatas para trío de Bach —dijo encorvado—. Mientras la gente se sienta. Luego algo con chispa —sacó un LP y pasó el índice por los títulos de las obras—. Quizá Buxtehude. Dudo que debamos esperar mucha afluencia, así que podemos elegir algo en el verdadero espíritu de Sverre.

Creo que no ha pensado en que yo estaré allí, pensé, y en que voy a tener que soportar la música.

—¿Y la *Música para un funeral masónico*? —pregunté—. Estaría bien.

—¿Mozart? —respondió desde el salón.

—Sí. ¿Podemos usarla aunque no fuera masón?

—Por supuesto. Esto avanza.

—Sverre entendía de música —dijo al cabo de un rato el párroco, mientras yo masticaba los escalopes—. Uf, cuántos conciertos de órgano hemos montado en la iglesia de Saksum y todos han sido un fracaso. Apenas venía un alma. Podríamos haber programado a Peter Hurford y nadie habría sabido quién era. Pero tu abuelo no faltaba nunca. Siempre se sentaba en el sitio con mejor acústica. Cuarta fila, cerca de la nave central. Por lo demás no pisaba la iglesia. En realidad era tan artista como su hermano, solo que... En fin. Una buena pieza de música acerca a la gente más a Dios de lo que nunca conseguirá un párroco. Muchos hablamos del cielo, pero pocos pueden entender la eternidad.

Me levanté para coger la cafetera.

—¿Cuándo llegaste al pueblo? —dije—. Si me permites la pregunta.

No respondió enseguida. Sus ojos se pasearon por la habitación y estudiaron las paredes de troncos al otro lado de la ventana.

—Llegué en 1927 —dijo—. Durante cincuenta y cinco años serví a la parroquia de Saksum. Casé a Sverre y a Alma. Bauticé, confirmé y, lamentablemente, también enterré a tu padre. Enterré a tu madre junto a él. Y a ti te he bautizado y confirmado. Pero supongo que tu abuelo y tú no habréis hablado mucho de tus padres.

Bajé la mirada a la mesa. Daba la impresión de estar midiéndome.

—Ayer el abuelo tenía ganas de pescar —dije—. Debería haber intentado despertarlo.

—Edvard, no te fustigues pensando que deberías haber hecho las cosas de otro modo el último día. Si miras la vida en conjunto, nuestro comportamiento es casi siempre de segundo rango. Estamos ciegos para lo bueno que intenta darnos la gente. Escuchamos a medias cuando alguien nos cuenta algo que le cuesta decir. La muerte no manda cartas anunciando su llegada con tres semanas de antelación. Llega cuando estás comiendo caramelos de frambuesa o cuando vas a salir a cortar la hierba. Ahora ha venido aquí y se ha llevado lo suyo. Pero puedes consolarte con que tardarás mucho en volver a verla. Por eso, después del entierro, me gustaría que tuviéramos una charla sobre tus padres.

—¿Sobre mis padres? —dije.

—Sí. Cuando te venga bien.

—Creo que no llevo la ropa apropiada para hablar de esas cosas —dije—. Pero por mí podemos hacerlo ahora. Así termino de llenarme los fardos.

—No, será mejor esperar.

—Hablo en serio —dije—. ¿Qué quieres contarme?

—Bueno, ¿cuánto sabes sobre ellos, en realidad?

Tenía unos ojos a los que era imposible mentirles. Me encogí de hombros.

—Sobre todo se trata de cuánto *quieres* saber —dijo el párroco—. En porcentaje, si podemos usar esa palabra, has visto más muerte en tu familia que un hombre normal en cien años. Cuando murieron tus padres, no conseguí entender que Dios fuera tan duro. Era algo casi del Viejo Testamento, como una venganza. Luego los tres extraños días que estuviste desaparecido. Sverre paró el tractor en medio del prado y se marchó directo a Francia. Cogió un vuelo regular que le costó una fortuna. Recé por ti seis veces al día. Solo Dios sabía dónde estabas y aún me pregunto si solo Él sabrá la verdad. Pero al final te encontraron y más tarde vi la luz divina junto al mostrador de verduras del supermercado. Brillaba sobre un niño pequeño y su abuelo. Estas palabras pretenden ser un consuelo, Edvard. La verdad es que fuiste *tú* quien salvó a Sverre Hirifjell.

Decía que pretendía consolarme, pero me estaba empezando a molestar el rumbo que tomaba la conversación. Parecía estar hablando sobre otra persona con el presidente del consejo parroquial, con esa mezcla de chismorreo y tacto que siempre ha proporcionado a los cristianos una excusa para hurgar en la vida de la gente.

Entonces el párroco empezó a hablar de la posguerra, de que mi padre no soportaba estar en la granja porque reprochaba a su padre el apellido y el rencor que había heredado.

—A Walter le pegaban en el colegio —dijo el párroco— porque su padre había estado en el bando equivocado. A los quince años se marchó a Oslo y se buscó un trabajo. Sverre y Alma se pasaron la posguerra solos, aquí, en la granja. Nunca bajaban al pueblo. En Saksum los miraban mal, les escupían y hablaban mal de ellos, incluso en la iglesia.

De pronto comprendí por qué el viejo huerto de Hirifjell era tan grande, por qué estaba todo montado para que fuéramos autosuficientes, con gallinero, porqueriza y granja de conejos, con establos para vacas, ovejas y cabras. Era porque Alma no soportaba ir al supermercado. La razón por la que el abuelo siempre compraba cosas caras, preferiblemente alemanas, era que quería evitarse tener que bajar al pueblo a que se las repararan. Thallaug me contó que durante muchos años ni siquiera estuvieron abonados al periódico.

—Sé que siempre has pensado que el pueblo estaba resentido con él —dijo—. Pero eso no fue definitivo. Todo cambió cuando te adoptó. Por primera vez en veinticinco años, Sverre empezó a aparecer por el pueblo. Un viejo testarudo que se hacía cargo de un niño de tres años. Al margen de lo que hubiera hecho durante la guerra, la opinión de la gente cambió al veros juntos. De pronto se dieron cuenta de que Sverre Hirifjell nunca había hecho nada malo directamente. Nunca delató a nadie de la resistencia. Estuvo en el Frente Oriental, y su elección de coche y de tractor dejaba claro que era germanófilo, pero tampoco

más. A partir de entonces solo hubo incidentes aislados: algo de cotilleo en la época en que se recogen las ovejas, cosas pequeñas, como eso de que Jan Børgum le pintara una esvástica en la puerta del coche.

Thallaug observaba mis movimientos. Me veía cortar las patatas, estudiaba cómo me estiraba para coger el salero. Me estaba llevando un tenedor de guisantes a la boca cuando la mano se me paró a medio camino y nuestras miradas se encontraron.

No estaba de acuerdo en que fueran incidentes *aislados*. Nada había marcado tanto mi vida como el hecho de que hubiera un máuser alemán escondido en el desván. Yo siempre había defendido a mi abuelo, pero la cosa se puso seria en la escuela media, en la clase de historia en la que Halvorsen dijo lo que dijo sobre él. En realidad no lo dijo sobre él, pero toda la clase comprendió que cada palabra podía aplicarse a mi abuelo.

—Quizá los soldados del Frente Oriental —dijo Halvorsen— no supieran lo que estaban haciendo. Pero traicionaron al Gobierno legítimo y se pusieron al servicio de los alemanes.

Halvorsen vivía en el pueblo de al lado y, a partir de séptimo, fue nuestro tutor. Desde el primer día se mostró muy contundente en sus clases. Nunca colaba un *quizá* cuando tenía ocasión de hacerlo y en historia solo hablaba de guerras, sobre todo de esa en particular. Se plantaba ante nosotros con su bata gris y su desagradable piel llena de eccemas y, cuando podía decir «soldado del frente», prefería decir siempre «colaboracionista». No solo eso, le encantaba usar la expresión «traidor a la patria» y disfrutaba explicándonos que, al acabar la guerra, en otros países también empezaron a usar la palabra *quisling*.

Así se las gastaba, con los bolsillos de la bata blancos porque se limpiaba en ellos la tiza, la puta tiza con la que escribía la verdad: *Terboven, Nasjonal Samling, la liberación, los procesos a los traidores a la patria*, las palabras de la verdad que moteaba de saliva cuando más despotricaba.

Los rumores decían que el padre de Halvorsen había sido torturado durante la guerra. Aun así, en tanto que profesor, podría haber dicho algo como que la gente era joven y no fue fácil elegir, que hubo muchos que en 1945, cuando ya no corrían peligro, fueron tan valientes que se armaron con tijeras y fueron rapando a las chicas que también se habían equivocado.

Pero la historia de Noruega era como era y la clase de 7.º A no podía saltarse el periodo de 1940 a 1945 solo porque yo estuviera en el aula.

Recuerdo el día en que la cosa reventó. Yo sentado en la fila de la ventana, el sol primaveral afuera, el asfalto ya sin nieve, el hielo del Laugen que no tardaría en romperse. Halvorsen seguía con su cháchara y me miraba de soslayo, como para ver si perdía pie.

—La Legión Noruega. ¿Alguien puede explicarme lo que era?

Sé que varios levantaron la mano. Las empollonas junto a la puerta. Alguno que otro al fondo de la clase. Pero Halvorsen dijo:

—Edvard, ¿estás con nosotros?

Nosotros.

—La Legión Noruega, Edvard. ¿Qué sabes sobre ella? Estaba en los deberes.

—¿Que qué sé sobre la Legión Noruega? —dije.

—Sí, eso te estamos preguntando.

—¿Me lo preguntáis *vosotros*? —dije.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Que me lo preguntas como si toda la clase estuviera aliada contigo —respondí.

—En cualquier caso, Edvard. ¿Qué sabes sobre la Legión Noruega?

—De eso sé más que tú.

—Ve respondiendo, Edvard. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que deberías haber estado allí y que, después, es fácil dárselas de listo, gilipollas.

Y me dirigí rápidamente hacia la puerta intentando contener el llanto, pero al llegar al umbral no pude evitar un sollozo y, cuando corrí por el pasillo de paredes de ladrillo, había pasado a importarme una mierda si alguien me oía.

PERO NO VENÍA A CUENTO DARLE AHORA LA LATA AL sacerdote con eso. En su lugar dije algo completamente distinto, sin pararme a valorar si sería adecuado. Se me escapó a través de todos mis candados, como un perro que quiere pasar una cerca y aguarda al acecho su oportunidad.

—¿Viste muchas veces a mi madre? —pregunté.

No le desconcertó la pregunta, no hizo crujir los dedos ni se rascó el mentón.

—Unas pocas —dijo sencillamente—. Cuando me enteré de que Walter había conocido a una francesa y había vuelto a la granja, vine a saludarlos. Nicole, sí. No habló mucho, la recuerdo tímida. Se quedó un buen rato con los animales aunque sabía que el párroco había llegado a la granja. Pero cuando por fin vino... Bueno, no se me olvida su cara. No paraba de mirar a su alrededor, como si todo fuera huidizo. Era como un cervatillo en alerta. Te pareces a ella. La misma boca, las mismas cejas... También tienes su pelo.

—Ni siquiera sé cómo se conocieron —dije.

—Por lo visto, llegó... como una especie de turista.

—¿A Oslo?

—No, creo que se conocieron aquí. Sé que Sverre apreciaba mucho a Nicole.

Alma no tanto. Recordarás que tu abuela era una persona más reservada. Tu madre era... En fin, será mejor que nos concentremos en el entierro.

—¿Qué era mi madre? —dije—. Cuenta.

Thallaug carraspeó y se llevó la mano al costado.

—Bueno, en realidad no era nada. Aquella primera vez que la vi, solo hablaba unas pocas palabras de noruego.

—Pero ¿más tarde?

—¿Hum?

—Has dicho la primera vez. ¿Y después?

El sacerdote empezó a hurgar en un desconchón de la taza. Vi los cambios de expresión de su rostro. No lo atosigué. Se enderezó en la banqueta y clavó la mirada en el tablero de la mesa, como si hubiera allí una Biblia, algo que quisiera consultar antes del sermón, aunque supiera perfectamente lo que ponía.

No dijo más.

Yo quería que siguiera hablando sobre mis padres. Pero me resultaba doloroso, a la vez que me avergonzaba, tener que preguntarle a otro cómo era en realidad mi madre.

—El entierro —dijo el párroco—. ¿Has oído lo del ataúd?

—El hijo de Rannveig Landstad se fue de la lengua —respondí—. ¿El abuelo había escogido un ataúd?

—Lleva muchos años preparado.

—Nunca me dijo nada.

—Es que él no lo sabía.

Atravesé la patata con el cuchillo y el acero resonó contra la porcelana.

—¿No lo sabía? —repetí.

Thallaug negó con la cabeza.

—Entonces ¿quién lo arregló? ¿Alma?

El sacerdote se rascó el lagrimal.

—Fue Einar. Le hizo un ataúd a su hermano.

—¿Por si el abuelo moría en el Frente Oriental?

—No, debió de ser más tarde.

Se despistó y empezó a limpiarse las gafas con el mismo pañuelo con el que se había sonado la nariz. De pronto tuve miedo de que estuviera un poco senil y acabara haciéndose un lío durante el entierro.

—Oye —dijo el sacerdote—. Tú haces fotos, ¿no?

—Sí —respondí, aunque no me animé a preguntarle cómo lo sabía. ¿Se lo habría contado el abuelo? ¿Sabría él que yo merodeaba por el bosque de abedules flameados?

—Hay algo de Einar en ti —dijo el sacerdote—. Él era capaz de extraer las

formas de lo que veía y usarlas en otro contexto. En esto, Einar era completamente distinto a Sverre. Einar interpretaba todo lo que vivía, era un filósofo y un soñador.

—Pero ¿cuándo hizo el ataúd? —pregunté.

Miró al vacío. Cuando respondió, fue como si no hubiera captado mi pregunta.

—A Einar lo perdimos —dijo el sacerdote—. Dos veces desapareció. Era el mejor ebanista del pueblo. Y uno de los mejores de todo Gudbrandsdal.

—¿Incluidos los de Skjåk? —pregunté.

—Incluidos los de Skjåk.

—¿Desapareció *dos* veces?

—Bueno, esto nos llevará un buen rato. ¿Qué hora es ya? —preguntó antes de sacar una funda y ponerse otro par de gafas.

—Casi las tres —dije.

—A las cuatro tengo que estar de vuelta para tomarme las pastillas.

—Te lo recordaré.

—Hazlo. De lo contrario, mi labor como sacerdote se habrá acabado a y cuarto.

El sacerdote empezó a hablar sobre el hijo pródigo de la granja y, al mismo tiempo, daba la sensación de estar contando también algo sobre *mí*, como si yo solo hubiera sustituido el lápiz de carpintero por una cámara, el taller de carpintería por un cuarto oscuro.

Einar no ponía interés en los estudios. En su cuaderno de preparación de la confirmación había frases que se interrumpían por la mitad, pero los márgenes estaban llenos de bocetos de muebles, casas, ciudades y más muebles.

—¿Qué iba a decirle? —se preguntó el sacerdote—. ¿Que dejara de hacerlo? ¿A un chico que, en 1928, estaba en Saksum soñando con ser ebanista? Afortunadamente sus padres aceptaron su talento, a pesar de que era el primogénito y le correspondía heredar la granja. Lo enviaron a Hjerleid para que aprendiera el oficio de carpintero. Tenía unas capacidades extraordinarias y un deseo de experimentar tan intenso que incluso los maestros más extravagantes sentían que lo frenaban.

El sacerdote me contó que, al cabo de un par de años, Einar estaba ya harto de los adornos recargados y el estilo de las granjas señoriales, así que se marchó a Oslo, donde consiguió un puesto de aprendiz, aunque no tardó en cansarse de eso también. En 1931, con apenas diecisiete años, se marchó a Francia para buscar trabajo.

—No volvimos a recibir noticias tuyas —dijo el párroco—, pero más tarde me enteré de que trabajó mucho tiempo con Ruhlmann, uno de los diseñadores

de muebles más destacados de París. Einar fue uno de sus maestros ebanistas.

—¿Pasó mucho tiempo en Francia? Creía que solo había sido un viaje corto.

—No, Einar acabó siendo prácticamente francés. ¡Y qué tiempos aquellos en París! En aquella época no usaban la palabra, pero trabajaban el estilo que más tarde se llamó *art déco*. La verdad es que pensé que Einar había encontrado su sitio en el mundo. Entre tanto, el granjero Sverre creció y se casó con Alma. Se hicieron cargo de Hirifjell sin que nunca se aclarara la cuestión de la herencia. Oye, Edvard, ¿Sverre hablaba mucho de esa época?

—Prácticamente nada —dije—. Para nosotros, el tiempo empezaba a contar a partir de mis cuatro años.

El viejo párroco se tomaba el café a la antigua. Mojaba un terrón de azúcar en la superficie reluciente, esperaba hasta que se pusiera marrón, se lo metía entre los labios y lo chupaba, antes de verter el café en el platillo de la taza y darle un sorbo. Me di cuenta de que en su interior pasaba algo parecido. El párroco estaba clasificando las cosas para que solo saliera lo más dulce.

—Poco antes de la Navidad de 1939 —continuó Thallaug—, Einar se presentó en la puerta diciendo que tenía pensado mudarse de vuelta a Hirifjell.

Dejé de masticar. Esto era nuevo para mí. Einar se presentó en nuestra puerta. Me lo imaginé con una maleta y una sofisticada caja de herramientas, y me hice una idea de cómo debieron de mirarlo los viejos cuando les interrumpió la cena.

—El regreso de Einar no podía alegrar a Sverre y Alma —dijo el párroco—. Primero porque había vuelto el primogénito, que tenía derecho a heredar la granja, pero carecía de experiencia a la hora de llevarla y, probablemente, tampoco era apto para hacerlo. Einar había respondido a pocas cartas y no había venido al entierro de su padre, que de hecho fue quien le costeó la formación. Pero además estaban sus costumbres... Estamos hablando de un hombre que a los catorce años ya pensaba que esto era un valle estrecho que no daba cabida a las grandes ideas. Imagínatelo y añade casi ocho años en París en la década de los treinta y una arrolladora seguridad en sí mismo que resultaba un poco petulante. No es que mirara por encima del hombro a la gente del pueblo, pero llevaba un reloj que podía girarse de modo que el cristal quedaba contra la muñeca. La gente de Saksum no lo entendía, creían que llevaba pulsera. Y se peinaba el pelo en una especie de remolino extraño, con unas onditas sobre la frente. Mientras que Alma y Sverre habían estado aquí, con sus carnés del Nasjonal Samling, dejándose la piel catorce horas al día. Aun así, Einar no exigió mucho. Pidió un terreno de bosque del que sacar materiales y permiso para ampliar el taller de carpintería.

—Y se lo dieron —dije—. Por encima de los patatales, hay un bosque de abedules del que pensaba sacar madera.

—Son impresionantes, ¿verdad? Empezó a cultivar ese tipo de árboles con solo trece años. Los muebles del despacho de la parroquia están hechos con esa madera. Se los encargué en 1939. En tanto que creyente, me guardo de usar la expresión «milagro divino», pero el fulgor del tablero de esa mesa me hace vibrar. De entre todas las imágenes insondables, pocas pueden medirse con una madera tan vetada. Es como mirar el fuego, siempre descubres caras nuevas. Eso mismo le dije a Einar cuando me entregó el escritorio y, en respuesta, me hizo un tablero de ajedrez que todavía conservo. Abedul flameado en los cuadros blancos y nogal en los negros. Y así es como te veo a ti, Edvard. Veo a tu padre y a tu madre. Lo sureño y lo nórdico. La luz y la oscuridad. Una lucha en tu interior.

—¿Qué quieres decir con una lucha en mi interior?

—Se ve a la legua, pero en el espejo desaparece.

Esas insinuaciones... Como si estuviera midiendo cuánto podía soportar. ¿Hasta dónde podría ver mi interior? Solo había tenido contacto cercano con él durante las clases para la confirmación, pero esos fueron los años en los que estuve más desgarrado por la añoranza. En aquella época entregaba los exámenes en blanco y me saltaba las clases. Cogía el autobús a Vinstra y abandonaba la mochila en la parada. Hacía autostop hasta la tienda de discos de Otta y compraba más de lo que me podía permitir. Aunque, si pasaban más coches en dirección al sur, cruzaba la carretera general y pedía que me acercaran hasta el puesto de comidas de Lillehammer y luego me paseaba por el polígono industrial pidiendo folletos que decía que eran para mi padre. Me pasaba por los concesionarios, por Stavseth, Skansaar, Motorcentralen, por todos. Unas veces me inventaba un padre que tenía un Citroën D Special, otras uno con un Ford Granada. A veces, en medio de la jornada, me iba a la tienda de deportes Melby, en Ringebu, a mirar escopetas de aire comprimido o a elegir cañas de pescar y decía que mi madre me había prometido quinientas coronas para mi cumpleaños y que solo quería mirar un poco.

El párroco había sido testigo de todo eso, pero ya era agua pasada. Yo había seguido adelante. Pero *¿se veía a la legua?*

—¿Cómo eran? —pregunté—. Einar y el abuelo, cuando vivían aquí juntos.

—Fueron distintos desde que nacieron —dijo el párroco sirviéndose más café—. Pero no se enemistaron hasta 1940.

—¿Cuando llegaron los alemanes?

Asintió despacio.

—Una columna larga y oscura. Vehículos feos y cuadrados. Iban a Kvam para coger a los ingleses, pero tenían miedo de que la carretera general estuviera

minada. Así que tomaron la que va por encima del pueblo e iban como locos. Cuando pasaron por delante de la iglesia, yo estaba en la sacristía. Las paredes empezaron a temblar.

El párroco desplegó los brazos y me contó que oyó un enorme estrépito procedente del coro y trescientos libros de salmos cayeron de los estantes. Creyó que había llegado la hora de enfrentarse al Juicio Final, pero al acercarse a la nave principal vio que se trataba del retablo y del crucifijo grande, que se habían desprendido de la pared y habían caído al suelo. Llevaban siglos ahí colgados, habían sobrevivido tanto a las inundaciones de Storofsen como al incendio forestal de 1748, pero ahora el retablo estaba hecho añicos y la cruz se había roto por el medio. Jesús se había partido a la altura del ombligo, tenía la cara desfigurada hasta el cuello y un brazo le colgaba suelto. En ese momento, el párroco oyó que se acercaba otra columna y salió corriendo.

—Los vi acercarse —contó Thallaug—. Camiones grises sobre orugas, con la cruz de hierro en los costados. La iglesia volvió a temblar, la araña del techo tintineó y Jesús yacía con la espalda partida. Cogí en brazos al Redentor y volví a salir corriendo. Los hombres tenían los nervios de punta y los cerrojos resonaron cuando todos los soldados de infantería de un camión me apuntaron con sus máuseres. Yo los miré abrazado a un Jesús con la espalda partida y, en alemán, les grité que debían frenar un poco si querían que siguiera siendo válido lo que ponía en las hebillas de sus cinturones: *Gott mit uns*.

—Pero supongo que eso les daría igual —dije.

—No te creas. Estaban aterrados, imagínate. El frente estaba a pocas horas de distancia. Aunque yo fuera un sacerdote joven, ya sabía que la cruz puede infundir tanto consuelo como miedo. Y los alemanes frenaron y pusieron a unos soldados a dirigir el tráfico que pasaba por delante de la iglesia. Pero a mí me habían entrado las prisas. Pensé que como había estallado una guerra, incluso mis parroquianos acudirían a Dios. Y si descubrían que se había roto el retablo bajo el que los habían bautizado, perderían la esperanza. Así que me llevé el crucifijo de vuelta a la iglesia y eché la llave. Luego cogí la bicicleta y, en sotana, subí hasta aquí, hasta Hirifjell, para buscar a Einar. Él y Sverre estaban sentados en la cocina y me di cuenta de que los hermanos estaban enfrentados porque estaban discutiendo a gritos. Sverre estaba convencido de que los alemanes habían venido para salvarnos de la ocupación inglesa. Einar decía que él seguiría al rey y al Gobierno. Yo estaba en la puerta y tenía un Jesús que necesitaba cola de carpintero. Einar me acompañó afuera y le expliqué lo que pasaba. Llenó una mochila con herramientas y todos los gatos que tenía en el taller, y se pasó la noche entera trabajando en la iglesia. La madera estaba seca y era imposible encontrar todas las astillas, de modo que tallaba piezas

minúsculas, las untaba con cola y mezclaba colores. A velocidad de vértigo, fabricaba astillas del tamaño de una aguja de abeto. Consiguió recomponer a Jesús y le devolvió el rostro. En suma, los alemanes llegaron la madrugada del sábado y, cuando tocamos a misa el domingo por la mañana, el retablo y Jesús habían vuelto a su sitio. Einar dormía en la sacristía mientras yo oficiaba lo que más adelante entendí que sería mi mejor misa. El único que no estaba en la iglesia era Sverre.

Me había acabado la comida y aparté el plato vacío. Me sentía más solo que nunca. Todo esto debería haberlo contado yo, era la historia de *mi* familia. Pero mi vida estaba agujereada de preguntas que nunca había planteado.

—¿Cuándo se marchó Einar a Shetland? —pregunté—. ¿En qué año de la guerra?

—1942.

—Entonces el abuelo seguía en el Frente Oriental, ¿no?

—Sí. Einar se marchó de la granja pocos días antes de que volviera Sverre. Supongo que pensaba colaborar con la resistencia. A mí me extrañó porque Einar no era ni un guerrero ni un idealista. En las discusiones, siempre se mantenía a la sombra de su hermano, que sí acudía a reuniones y reclamaba que se pasara a la acción.

—¿Volviste a tener noticias tuyas durante la guerra? —pregunté.

—Ni una palabra. En 1944 me enteré de que Sverre iba a hacerse cargo de Hirifjell. Por medio de los alemanes, les había llegado la noticia de que Einar había muerto en Francia. Había colaborado con la resistencia, pero lo habían ejecutado los suyos. Todavía tengo la carta, con el águila alemana y todo. La línea del libro parroquial en la que aparece la fecha de defunción está emborronada. Lo cierto es que lloré. Pero en 1971, cuando volví a abrir el libro para introducir la fecha de defunción de tus padres, me llevé una sorpresa y empecé a hurgar en los archivos. Desde entonces me han inquietado dos cosas. La primera, que Einar Hirifjell muriera en Authuille, el lugar donde tú desapareciste y donde murieron tus padres.

—¿Qué estás diciendo?

Frunció el ceño y se rascó la oreja.

—La otra es cómo pudo Einar hacer un ataúd después de muerto. Puede que ejecutaran a Einar en 1944, pero está claro que la bala no pudo alcanzarlo en el corazón ni en el cerebro. Porque en 1979 llegó a la funeraria un camión que entregó un ataúd espectacular. Era de abedul flameado y venía de Shetland. Ve a la funeraria y lo verás.

3.

UN OPEL MANTA BLANCO SE DESVIÓ DE LA CARRETERA regional. Todo el verano sin visitas y, ahora que estaba muerto, no paraban de llegar coches. ¿Venían porque había muerto o porque *estaba* muerto?

Los faros delanteros brillaron en el día encapotado haciendo relucir la hierba de las cunetas. Había vuelto la lluvia. Aunque, en realidad, no podía tratarse de la *misma* lluvia. Ese era el tipo de pensamientos que me rondaba la cabeza desde que el párroco se marchó y me dejó vagando por la casa de troncos.

Me asomé a la puerta preguntándome a qué vendría *ese*. Hasta que el Manta no estuvo muy cerca y los limpiaparabrisas aclararon el cristal, no me di cuenta de que era ella la que venía con el coche de su hermano, que estaba haciendo la mili en Porsangmoen. Los faros se apagaron y Hanne abrió la puerta, pero se quedó sentada, dejando que la música saliera del coche. Cowboy Junkies, «Blue Moon». Conocía ese truco. Era su manera de explicar su estado de ánimo sin decir una palabra.

Estaba más guapa. Llevaba un vestido amarillo claro, algo poco habitual en ella. Cuando vivía en Saksum, casi nunca se arreglaba, siempre llevaba unos viejos Levi's sobre su bonito trasero algo estrecho. No se teñía el pelo y nunca se maquillaba. Se vestía con sensatez, normalmente a la moda del año anterior con ropa que se compraba en las rebajas. Pero tenía los muslos firmes de jugar al balonmano, con el calor del verano a veces le brillaba el cuello y, cuando hacía falta, era brutal.

—Venga, pasa —le dije—. No te quedes ahí demostrando que puedes marcharte en cuanto quieras.

Se paseó por mi salón con aire familiar y se detuvo ante las fotografías enmarcadas que colgaban por encima del el sofá.

—¿Es de este año? —preguntó señalando la foto de las farolas de Saksum por la noche.

Una tarde había agarrado los esquís, un trípode y la cámara y, con gran esfuerzo, había subido a un escarpado repecho en la ladera del valle. Allí instalé la Leica y esperé a que se hiciera de noche. Cuando apareció un coche solitario, le di treinta segundos de exposición. El pueblo quedó iluminado en tonos amarillos y los faros traseros dibujaron una larga línea roja que se extendía hacia

el sur.

—La saqué hace dos años —dije—. Verás que falta el edificio nuevo junto al colegio.

La televisión estaba encendida. Hanne la apagó y salió a la terraza acristalada.

—¿Quién te lo ha contado? —pregunté.

—Uno que estaba sentado en el bar con Garverhaugen. Por lo visto estaba pescando túmalo y ha visto pasar primero el coche del comisario, luego el del médico y al final el de Rannveig Landstad.

—¿Y no ha visto al viejo párroco? —pregunté.

—Imagino que a esa hora ya estaba en el bar. Dime, Edvard, ¿cómo estás?

—Supongo que me recuperaré. Lo que es una putada es la mierda esa de la esvástica.

—De verdad que creía que ya lo tenías superado —dijo.

—Nunca me peleaba hasta la tercera vez que alguien decía «nazi» —repliqué.

Habíamos hablado muchas veces del tema. Fiestas del pueblo en las que yo defendía al abuelo y acabábamos peleándonos nosotros dos, discusiones en plena noche entre las adelfillas de las cunetas de la carretera, cuando teníamos que volver a casa a pie porque no me gustaba la jeta de los que se ofrecían a llevarnos.

El año en que Hanne acabó el bachillerato, nos fuimos cada uno por nuestro lado. Yo al patatal y ella a Oslo. Hanne entabló nuevas amistades y sacó buenas notas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Hanne, aún no está enterrado. No empieces, por lo menos ahora.

Sabía que, como no la parara, volveríamos a enzarzarnos. Ella repetiría lo que me había dicho mil veces, que nunca me marcharía a ningún sitio y jamás pasaría página. Pero ¿y ella? Es cierto que cambió al mudarse a Oslo, pero el cambio consistió fundamentalmente en que empezó a usar botines de tacón alto con chapas en la puntera y jerséis ajustados bajo la cazadora de cuero. Por dentro había una chica que ya había apostado por regresar al pueblo. Sus estudios no eran más que un lazo de regreso por una pista segura, una carrera de media distancia que le aseguraría un trabajo estable aquí o en el pueblo de al lado.

¿Y quién era yo para criticarlo? ¿Iba a empezar a lamentarme? ¿Exigirles todo a los demás y nada a mí mismo? Hanne tenía derecho a hacerme la pregunta que me había hecho yo esa misma tarde cuando, por hábito, me había preparado una cafetera grande: *¿Y ahora qué?*

En fin. No quedaba más remedio que mirar por la ventana.

Pasar el aporcador por los bancales de las patatas. Cambiar el filtro del diésel del Deutz nuevo. Apuntalar la pared de la caseta de herramientas, que se había

torcido. Llevar una piedra de sal a las ovejas que pastaban sueltas por las montañas. Cambiar los canalones de la pared sur del establo. Quitar las malas hierbas del huerto. Averiguar por qué el motocultor no arrancaba cuando estaba caliente. Organizar el entierro del abuelo y fumigar los patatales para prevenir el mildiu. Tenía que hacerlo todo esa semana porque la siguiente, si no llovía, era la única en la que podía cambiar las ventanas de la cabaña de la montaña.

Solo una tarea destacaba. Tenía que bajar al pueblo y pasarme por la funeraria de Rannveig Landstad para ver el ataúd de abedul flameado.

Hanne se acercó y me cogió la cabeza entre las manos.

—Pobrecito —dijo—. Ni siquiera se te nota.

—Pues yo sí que lo noto —dije—. Hasta lo más profundo del pecho.

—Pero se te ve igual que siempre. Quizá has sufrido ya tanto que no te cabe más.

Fue todo lo que hizo falta. Solté amarras, apoyé la cabeza contra la pared y rompí a llorar. Me desbordé como un sótano inundado. ¿Qué habría pasado si hubiera *tenido* a alguien? ¿Qué tipo de hombre habría sido de haber tenido padres, quizá hermanos, gente joven a mi alrededor, familiares que pensarán que merecía la pena dedicarme tiempo?

Las manos y los pies dejaron de formar parte de mi cuerpo. Me sentía como un corazón gigante, una bola desbordada y amorfa que bombeaba lágrimas que llevaban veinte años esperando a salir.

Sollocé durante una hora seguida. Cuando acabé, estaba tan exhausto como después de una caminata desde el pueblo a la cabaña de la montaña.

Hanne me estaba mirando. Sin reproches. Sin falsa compasión.

Solo la pregunta que seguramente le había rondado la cabeza mientras estaba en la Facultad de Veterinaria: ¿un chico y una chica se encuentran porque de verdad *encajan* o, en el fondo, en biotopos tan pequeños como Saksum, solo se conforman con lo que está libre en el momento adecuado?

—Hanne —dije—. Tengo algo para ti.

Abrí la vitrina y saqué el pendiente de perla.

—Fíjate —alargó el brazo—. *Esto*. Después de tanto tiempo.

Cuando se acercó a mí, se habían esfumado las distancias y los aires urbanos. Volví a ver a la chica que pasó *aquel* verano conmigo, allí, en Hirifjell, y me acordé de otra excepción a su costumbre de no arreglarse. Lo hizo aquel verano, mientras el abuelo estaba en lo que llamaba su «semana de oficina», en la reunión anual de la Liga de Ganaderos de Ovino y Caprino.

Desde que cumplí los trece, mi abuelo se marchaba todos los años una semana y yo me quedaba encargado de «llevar la granja solo». Para mí era una aventura.

Cogía la bicicleta y me iba al Laugen a pescar timalos, me preparaba la comida y mantenía mi palabra de no arrancar el Deutz nuevo ni jugar con fuego. Solo tenía que procurar estar en casa entre las cinco y las seis de la tarde, cuando él llamaba para ver qué tal andaba la granja.

Más adelante, aquel verano con Hanne, mi único deseo fue que las reuniones anuales de ganaderos de ovino y caprino duraran tres semanas. Ella tenía quince años y ya llevaba uno haciendo lo que le daba la gana. Recuerdo cada uno de aquellos días, cómo los llenamos a reventar de *nosotros*, los dos solos en la granja. Y esos días se arregló. Nos despertábamos con Flimre metido en la cama, un gato atigrado. Y su presencia, sin necesidad de hablarlo, nos hacía sentir que teníamos un hijo, de ese tamaño, ese peso y ese calor.

Fuimos adultos cuando nos apeteció y jóvenes cuando nos convino. Adquirimos modos de hablar, por la mañana bebíamos café y por la noche cerveza del sótano, y comprábamos cigarrillos liados que luego compartíamos, tres caladas cada uno. En realidad, a ninguno de los dos nos gustaba fumar. Lo hacíamos porque lo veíamos en las películas. Y porque lo suyo era fumar Pall Mall después del sexo, el tabaco de liar no habría estado a la altura.

Conservaba recuerdos limpios y bonitos de ella. Una mañana la vi envuelta en una sábana ante la ventana de la segunda planta, sabía que estaba asimilando las vistas de Hirifjell, una vasta imagen a la que solo podían hacerle justicia los ojos de una joven o de una Leica: los arbustos repletos de bayas, el camino de piedras que conducía a la poza del río, el arroyo que cortaba los patatales y se perdía de vista por detrás del establo de las ovejas, los frutales y las vainas de los guisantes, que se columpiaban como medias lunas cuando nos acercábamos a ellas, tan tupidas que podíamos hartarnos a comer sin movernos ni un metro. La fruta morada de los ciruelos y las frambuesas de las zarzas, que colgaban pesadas a la espera de que llenáramos dos platos y nos las comiéramos con azúcar y nata líquida. El tractor viejo y el nuevo, el uno al lado del otro, con las ruedas relucientes después de haberlas limpiado con agua a presión.

Ya en ese momento me había dado cuenta de cómo Hanne lo asimilaba todo. En Hirifjell no había ni rastro del barro y las tareas pendientes entre las que se movían año tras año los demás granjeros del pueblo, hasta que un día dejaban de ver los surcos de las ruedas del tractor ante la casa, las horcas oxidadas que llevaban diez años abandonadas y los depósitos de estiércol agrietados a la vista de la carretera general. Hirifjell era una granja modelo, con la hierba recortada hasta los bordes de los cimientos pintados de blanco y un columpio que se movía al viento.

Una granja en la que podías sentirte en casa.

Probablemente porque no estaba acostumbrada a arreglarse, Hanne no había

descubierto que le faltaba un pendiente hasta tres días después. Y ahora, al cabo de tantos años, lo cogió y lo rodó entre los dedos.

—Lo has tenido todo el tiempo —dijo—. Estaba aquí.

Negué con la cabeza.

—Lo he encontrado en la cómoda del abuelo, en el viejo joyero de Alma. Seguramente lo encontró y creyó que era de ella.

—Edvard, no habrás empezado a recoger sus cosas, ¿verdad? ¿Tan pronto?

—Necesitaba algo que hacer.

—No quiero ser bruta, pero es un poco pronto.

—Ponte el pendiente —dije.

Retrocedió unos pasos y apoyó el pie contra la pared, de modo que su rodilla desnuda apuntó hacia mí.

—No te hagas ilusiones —dijo, ladeando la cabeza, y luego se puso el pendiente con las dos manos.

—Oye —dije después, mientras compartíamos un Pall Mall—. ¿Te acuerdas de Einar? ¿El hermano del abuelo?

Se incorporó en la cama, sosteniendo el cigarrillo en alto para que no cayera la ceniza, y se sopló un rizo que le caía sobre un ojo.

—¿El que construyó el taller de carpintería?

—Sí. Creo que está vivo.

—No puede ser, ¿no?

Le conté lo del ataúd.

—¿Qué edad tiene el viejo párroco? —preguntó.

—Casi noventa.

—Pues será eso.

—No. Está bastante lúcido, pero sabe algo sobre mi madre que no me quiere contar, y también sobre Einar.

Hanne me pasó el cigarrillo, salió de la cama y se vistió de espaldas a mí. Era imposible hablarle de mi historia. Cambiaba de tema en cuanto la conversación giraba alrededor de aquellos cuatro días de 1971. Era como los anillos que se forman en la superficie de un lago en cuanto se zambulle el Draugen, el trol del agua. Si te das la vuelta y esperas un momento, desaparecerán. Hanne era una chica para lo bueno de la vida, para el sol de Semana Santa, las polainas rojas de los esquís y las joyas de plata heredadas con el traje regional.

Salimos al patio. Hanne pasó un dedo por las gotas de lluvia del maletero de mi Commodore y miró hacia la casa de troncos. De la ventana del salón partía una luz amarilla que caía sobre los arbustos de grosellas. También en la tercera planta brillaba una luz solitaria. El abuelo se había olvidado de apagarla cuando

subió.

—Tienes razón —dijo—. Será mejor que empecemos ya.

—¿A qué?

—A quitar las sábanas.

—¿Ahora?

—No vas a ser capaz de hacerlo solo. Vamos a recoger.

La casa vieja olía ya a cerrado y seco. La nevera estaba desenchufada y tenía la puerta entornada. Eso era lo único sensato que había logrado hacer después de que se marchara el párroco: sacar la comida y llevarla a mi nevera, aunque igualmente podría haberla dejado en la *suya* y haberla cogido a medida que fuera necesiéndola.

En el salón, el periódico seguía en el diván con arena seca de sus zapatos sobre el papel.

Hanne subió a la segunda planta. Oí el *clic* cuando giró el interruptor de lazo y el crujido de la tarima del suelo. Sus pasos eran tanto o más ligeros que los del abuelo... Volvió a bajar con la ropa de cama del abuelo en un enorme bulto en los brazos, iba apoyando el cuerpo contra la barandilla porque no veía los peldaños.

—De paso he cogido también la ropa sucia —dijo—. ¿La lavadora sigue en el sótano?

Empecé a ver lo nuestro con otros ojos. Una vida con una chica que se orientaba con las caderas. ¿Qué tenía de malo escoger lo fácil, lo bueno?

—La tiramos —dije—. Ya nadie la va a usar.

—¿Usar? Era de tu abuelo.

—Es la ropa de cama de un tipo que está muerto.

Frotó una esquina de la sábana entre los dedos.

—Es lino bueno —dijo—. Si tú no la quieres, me la quedo yo.

—¿No hablarás en serio?

—Sverre siempre me trató bien, aunque supiera lo que nos traíamos entre manos.

—Ya.

—Una vez que vine y no estabas en casa, me ofreció helado con crocante y me dijo que le gustaba ver mujeres por la granja. Y eso que yo solo tenía catorce años y usaba el escúter sin tener la edad.

—No lo entiendo —dije—. Hace tres años que no vienes y de pronto estás por aquí como Pedro por su casa.

Se encogió de hombros.

—Estás aquí porque te doy lástima —insistí.

—¿Y qué?

—Deja de hacerlo —dije.

Cogí el periódico del diván, con cuidado para que la arena se deslizara hacia el doblez. Empujé la puerta de la entrada con el hombro y eché la arena al patio, como si fueran las cenizas de una cremación, como si el umbral de la puerta fuera la regala de una embarcación, como si el patio fuera el Atlántico.

HANNE TRAJO UN AIRE FRESCO. Abrió las ventanas del dormitorio, abrió las puertas y generó corriente, dejó entrar el aroma de la apacible lluvia veraniega. Pero no me fijé en sus quehaceres femeninos, sino en el modo en que llenaba la casa. Esa solidez suya, que antes me había resultado robusta y de mujerona, había dado paso a algo más libre, como si hubieran talado unos árboles y hubieran surgido nuevas vistas.

Pero cuando empujó la puerta corredera del ropero del abuelo, el que cubría toda la pared larga del dormitorio, se me volvió a nublar la vista. La oscuridad del armario abrió un abismo hacia algo polvoriento, oscuro y añejo. Ropa que ahora carecía de un cuerpo.

De pronto me vino una sensación, un recuerdo que no sabía si era verdadero o no. Mi madre, vestida de azul.

Cuando Hanne metió los brazos entre las oscuras sombras del armario, salió un olor a viejo. Volcó unas cuantas prendas sobre el colchón desnudo: camisas descoloridas, camisetas interiores, ropa de faena. Sacó otro montón. Luego frunció la nariz, se inclinó hacia el interior del armario y descolgó una bolsa de tela negra con cremallera.

—Madre mía —exclamó.

Incluso yo me daba cuenta de que era un traje caro. Un tejido tupido sin una sola arruga. Rayas gris claro de la anchura de un cabello contra un fondo gris oscuro. Esa hechura haría que cualquier hombre pareciera un banquero. Levantó la solapa de la chaqueta y señaló la etiqueta del sastre: ANDREAS SCHIFFER, ESSEN.

—Edvard —dijo—. ¿Sería el traje de...?

—No —la atajé—. Mi padre era más alto que el abuelo. Y estaba muy flaco.

—Este es un traje caro —dijo Hanne—. Quiero decir *muy* caro.

Sacó la chaqueta de la percha y me la puso sobre el pecho. Reculé sacudiendo la cabeza.

—¿Seguro que no era para ti? ¿Una especie de regalo?

—Ni a mí ni al abuelo nos interesaba la ropa. Tú misma lo decías.

Rebuscó en los bolsillos. El forro reflejó suavemente la luz de la lámpara cuando extrajo un papel de color azul celeste, una entrada. Me incliné hacia

delante y lo leímos a la vez.

Bayreuther Festspiele.
Vierte Nacht: Götterdämmerung.
Samstag 30. Juli 1983.

Me sobresalté, igual que ella. Hanne había reconocido la fecha, también para ella había sido lo bastante importante como para recordarla. Fue el verano que estuvimos solos en la granja, cuando el abuelo estaba en la reunión anual.

Aunque en realidad no. Nunca me extrañó que los ganaderos de ovino y caprino organizaran reuniones anuales tan largas. Cuando el abuelo me llamaba, quizá me preguntara por qué la conexión era tan mala, pero probablemente pensaba que era normal que la línea fallara un poco teniendo en cuenta lo lejos que se celebraba la reunión.

Götterdämmerung. Recuerdo cuando fue a correos a recoger la enorme caja de veintidós discos. Le costó varios miles de coronas. Con delicadeza y valiéndose del lado afilado de la bayoneta rusa, cortó el papel de la Norsk Musikforlag y dejó las cajas sobre la mesa del salón. «Mira, Edvard —me dijo entonces—. *El anillo de los nibelungos* es la única música que se mantiene por su propio pie».

Agarré el traje como quien le arranca la chaqueta a un ladrón y revisé los bolsillos buscando más cosas que me pertenecieran.

En el otro bolsillo lateral había más entradas. *La pasión según San Juan* en Hannover. *Tannhäuser* en Múnich. La *Missa solemnis* dirigida por Karajan, cinco piezas de Bach en el órgano Hildebrandt de Sangerhausen. Las fechas coincidían con una silla vacía en la reunión anual de la Liga de Ganaderos de Ovino y Caprino.

Entre las entradas grabadas a buril había un fino recibo agrietado. La humedad había borrado el texto en bolígrafo, lo único legible era *Hotel Kveldsro*. Sonaba como una pensión del oeste del país.

—Quizá fuera a un entierro —dijo Hanne, como queriendo maquillar el silenciado engaño que habíamos descubierto.

—¿Quieres decir de algún compañero de trinchera del Frente Oriental?

Hanne se hurgó un poco en el ojo.

—¿Tiene alguna importancia?

—¿No era más sencillo decirlo? —pregunté—. Abiertamente. Que tenía ganas de ver a Karajan dirigir una orquesta y que eso llevaba una semana.

—Quizá quería que sintieras que la granja era tuya —dijo—. Dejarnos solos.

—O quizá quería escuchar el *Tannhäuser* tranquilo, así de fácil —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy raro. Todo lo que hacíamos lo hacíamos juntos. Pero era solo trabajar en la granja. Nunca viajábamos, como si tuviera miedo de que encontrara algo que me alejara de él.

—¿Existe algo que hubiera podido alejarte de él? —preguntó Hanne.

¿Se estaba haciendo la ciega? En ese caso, estaba ocupando el lugar de quien me había tenido atado a Hirifjell.

—A mí no me habría importado que Sverre hubiera tardado tres semanas en volver —dijo, acariciándome el brazo.

—Bueno, pues ahora está en el auditorio para siempre —repliqué.

Me había quedado quieto con su traje en las manos, como si sostuviera un envoltorio. De repente me vinieron a la cabeza sus pasos.

—Anoche estaba haciendo algo en la tercera planta —dije, soltando el traje.

Y al poco estábamos en el salón de las visitas, un lugar desconocido para mí. El pasillo de la tercera planta siempre había estado oscuro como el pozo de una mina, con las cortinas echadas y las bombillas muertas. Pero ahora, una lámpara de techo inundaba la habitación desnuda con una luz amarilla y, en el rincón más alejado, había un secreter abierto.

—Mira cuántos papeles —dijo Hanne—. Debía de estar buscando algo.

Se acercó y hojeó al tuntún el sinfín de sobres y documentos: facturas de accesorios para el tractor, viejas declaraciones de la renta...

—Aquí hay unas diapositivas —me pasó una caja de plástico naranja en la que ponía AGFACHROME.

—Son cajas vacías —dije—. Siempre pasaba las diapositivas a marcos con vidrio. Las tenemos abajo, junto al proyector.

Hanne levantó una diapositiva contra la luz del techo.

—Pues en esta caja sí que hay fotos.

Me sorprendí. El abuelo nunca había mostrado mucho interés por la fotografía, aunque me ayudó a leer las doscientas treinta páginas de *Leica-technik*. Él tenía una Rollei y usaba un carrete al año, siempre de veinticuatro fotos. Pero de cada una de aquellas cajas Hanne fue sacando doce fotos en marcos de cartón. Cogí la navaja, extraje la película y miré la numeración.

Efectivamente, el abuelo solo sacaba un carrete al año, pero no de veinticuatro fotos, como me decía a mí, sino de treinta y seis. Las últimas doce las tomaba durante su semana secreta en el extranjero.

Por eso nunca podíamos ver las diapositivas del año al momento. Cuando el paquete de Agfa llegaba de Suecia a finales de verano, siempre me pedía que esperara y se subía al salón de las visitas a meter las fotos en marcos con vidrio. Nunca hacíamos trampas. Teníamos que echar las cortinas, encender el

proyector y, en el polvoriento haz de luz entre nosotros y la pantalla, contemplar el año que habíamos pasado juntos.

Hanne me fue pasando las diapositivas una a una. Las fotos personales del abuelo coincidían con los billetes de los conciertos. Aceras barridas y limpias, ayuntamientos con entramados de madera, edificios de la ópera, el escenario del Festival de Bayreuth...

Me lo imaginé. Esa única semana del año en la que podía pasearse por Alemania, entendiendo o sintiéndose entendido, con un traje gris de Andreas Schiffer. Un hombre erguido de algo más de sesenta años junto con todos los que perdieron la guerra.

Nos abalanzamos sobre el resto de las cajas. Todas las fotos parecían sacadas en Alemania, solo destacaba una. Tenía el número 18b y era tan diferente que podría ser de otro fotógrafo. Un año, imposible distinguir cuál, el abuelo había sacado una única foto de un tramo de costa desolado y anodino, con una pequeña isla en el horizonte.

—¿Edvard? —dijo Hanne en voz baja—. Mira esto.

Me levanté del suelo y cogí los cinco sobres que me pasaba. Con su esmerada caligrafía, el abuelo había escrito: *Walter. Nicole. Alma. Einar. Edvard*. Todos los sobres, salvo el mío, estaban cerrados, como regalos sorpresa para los muertos.

—¿Los abrimos? —preguntó Hanne.

Era como sostener cinco puntiagudos cartuchos. El sobre de mi madre era fino; el de mi padre, mucho más abultado. En el interior del sobre de Alma se movía algo, quizá un pequeño libro.

—Estás sudando —dijo Hanne—. ¿Te encuentras bien?

Sentí su tacto, pero solo podía pensar en los cinco nombres. En algún momento, el abuelo había preparado aquellos sobres, a la espera de que yo fuese lo bastante mayor.

O de que lo fuese él.

—Vamos a bajar —dijo, dejando los sobres.

Al salir de la habitación, Hanne se volvió en la puerta, como buscando una excusa para quedarse. En la segunda planta, se dirigió de nuevo al dormitorio del abuelo.

—¿Qué haces? —pregunté.

—De pronto tengo una sospecha —dijo, y empezó a buscar en el armario. No veía lo que hacía, pero oí que movía algo de cartón y el crepitar de un papel de seda—. Mira —me enseñó el vestido de novia—. Mira qué encajes. Qué finura. Qué preciosidad.

—Tenía que ser de Alma —dije.

Cogió una manga con dos dedos y desplegó la tela, luego echó el torso hacia atrás y se apoyó el vestido encima. Fue bajando la mirada por su propio cuerpo, observando cómo la tela se curvaba sobre sus pechos.

—Cierra los ojos —dijo.

Estuve a punto de negarme, pero al final me senté en la cama del abuelo con los ojos cerrados. Me sentía como si me hubiera embarcado en un viaje ineludible y me parecía oír que algo llamaba a la puerta desde el fondo de mi memoria. Algo indecente, algo sobre nosotros dos.

Oí su ropa caer, la tela de algodón contra su piel, el roce de la seda, percibí que contenía la respiración y luego soltaba el aire, después un murmullo de tela fina deslizándose por la habitación.

—Mírame, Edvard.

Estaba inclinada sobre mí como si quisiera montarme, con la cara desdibujada tras un velo de malla fina, la piel tensa contra los omóplatos, tul blanco contra los pechos y el pelo cayendo ondulado sobre las mejillas.

Contuve mi atoramiento, lo disfracé de excitación.

Hanne se enderezó y sentí un nudo en el estómago. Sabía que, dentro de no mucho, ella avanzaría por el pasillo de la iglesia de Saksum con ese aspecto y que yo podía ser el que la esperara junto al altar. Desde ese instante me convertiría para siempre en el campesino de patatas Edvard Hirifjell.

—Ponte el traje —susurró.

Nos quedamos parados el uno junto al otro. Yo vestido con el Andreas Schiffer y ella tan fascinada con nuestro reflejo en el espejo que no se habría movido aunque se declarara un incendio.

—Imagínate —dijo—. Nosotros podríamos ser *ellos*.

—No. No puedo verlo.

—Claro que puedes. Este eres tú, el que podrías ser.

Ese era el tema. Hanne me quería, pero no tal como era.

Nos miré en el espejo. Vi que Hanne devoraba el momento como si fuera una tarta de mazapán y vi mis propios ojos devorar la imagen de mí mismo.

Olía a tarde. Desde la ventana del salón de las visitas, observé cómo se alejaban sus pilotos traseros. Contemplé la penumbra que se extendía sobre los campos y los diversos edificios de la granja. Había sido novio de la oruga y ahora la mariposa alzaba el vuelo.

Me acerqué al secreter y formé un abanico con los sobres.

Nicole. Cerrado con celo amarillento.

Walter. El mismo celo.

Alma. Cerrado con un celo más nuevo.

Einar. Cerrado con cinta de carrocero.

Eché un vistazo rápido al interior del mío. Cartillas de vacunación. El libro de calificaciones del colegio. La denuncia que me pusieron por destrozos después de la pelea en el centro social de Venaheim, cuando rompí una puerta. Mi certificado de bautismo, en el que una máquina de escribir había martilleado mi nombre: *Edvard Daireaux Hirifjell*. ¿Podía ser? En la declaración de la renta solo me apellidaba Hirifjell, igual que en el resto de los papeles que me enviaban las autoridades cuando me buscaban.

Reconocí la firma. La historia entera de nuestra familia corría por la pluma del viejo párroco.

Dejé los sobres y empecé a ojear los papeles sobre la explotación de la granja. Quería encontrar algo escrito por él, algo que me dijera que el abuelo era el abuelo y nadie más, que era un hombre estable que confiaba en llevar un buen archivo privado y una correspondencia sin erratas redactada con una máquina de escribir Adler.

Tractor/accesorios 72-75. El manual de instrucciones de una cosechadora de forraje que habíamos llevado al desguace un par de años antes. Una copia en papel de calco de una reclamación enviada al servicio de reparaciones de Fron por el viejo Deutz; a la semana de que expirara la garantía empezó a bloquearse la marcha atrás.

«Fui uno de los primeros que os compraron un Deutz y, desde entonces, me he mantenido fiel a la marca, y lo seguiré siendo siempre que este tedioso asunto de la caja de cambios se resuelva amigablemente.»

La recolectora de patatas, cada litro de diésel, accesorios para tractores comprados en Ottamartnan, facturas por la venta de patatas de siembra a Strand Brenneri... El secreter estaba repleto. ¿Pretendían esos cien kilos de papeles viejos ser una barricada contra mi curiosidad? ¿Hasta que por fin, la víspera, se había dado por vencido y había abierto todas las cerraduras?

Abrí el sobre de Alma con la navaja. La historia de una larga enfermedad contada por medio de su correspondencia. El resultado de unas radiografías. La copia de una carta que el abuelo le había enviado al médico comarcal. La factura del entierro. Café y merienda para quince invitados en la pensión de Saksum.

Un enorme almanaque que resultaba evidente que había utilizado durante casi una década. Empezaba en abril de 1961 y la última línea era de 1969. Empecé a pasar las hojas; se trataba, ante todo, de un diario de la granja. La siembra y la cosecha, el nacimiento de los corderos y la matanza. También había unos números que al principio no supe interpretar, luego comprendí que indicaban su peso, mes a mes.

Recordaba la piel de Alma, su basto delantal de algodón. Pero en algún momento fue una mujer que quería mantener la línea.

En las últimas páginas había escrito fechas de cumpleaños y números de teléfono. Algunos nombres estaban tachados con otro bolígrafo, junto a ellos había añadido *fallecido*.

Seguí hojeando. En las anotaciones de 1967 encontré una línea que se destacaba. Estaba escrita en diagonal, en el margen, tan cerca del canutillo que el óxido había teñido la tinta.

Einar: Lerwick 118.

¿Lo habría escrito en 1967? No decía que hubiera fallecido, aunque toda nuestra historia familiar confirmaba, una y otra vez, que Einar había muerto durante la guerra. ¿Podía 118 ser el apartado de correos de Einar?

Dejé el almanaque, abrí un cajón y saqué otros montones de papeles viejos. Estaban atados con un cordón y envueltos con unas hojas blancas sobre las que había escrito el año a lápiz. El mismo sistema desde 1942 hasta el final. La vida del abuelo no cabía en un cuaderno.

Me quedé mucho rato en aquel salón frío, pasando hacia atrás las páginas de la vida en Hirifjell. Los años se iban haciendo más oscuros. Denegación de compensación por daños de fuego en la cabaña de la montaña. La sentencia por traición a la patria de 1946. Abrí los paquetes de la guerra. Sus carnés del partido Nasjonal Samling. Un montón de cartas agarradas con una goma reseca. Esvásticas, águilas y sellos de la censura. Había por lo menos cien. Varios de los sobres llevaban grandes sellos rojos en los que aparecía un soldado con casco alemán, bajo el que ponía *La Legión Noruega*. Por un valor de veinte más ochenta céntimos. Veinte céntimos por el porte y ochenta para la buena causa, los sellos de los colaboracionistas. Leí de pasada algunas de las cartas de sus compañeros del frente. El *Feldwebel Haraldsen* le agradecía sus servicios.

Dejé las cartas a un lado. Oía a Grubbe maullar en la planta baja. Al bajar, lo vi paseándose por la casa, entró en el salón, saltó al diván y miró a su alrededor.

—Es que se ha muerto —le dije.

Me lo tumbé sobre las piernas y le acaricié la barriga. Grubbe era la única mascota que nos quedaba, un gran gato de bosque con el pelaje tan largo que a veces tenía miedo de que la protectora de animales lo confundiera con un lince. Antes habíamos tenido gallinas, cerdos y conejos, pero a medida que pude decidir más sobre la explotación de la granja, fui reduciendo la presencia de lo que yo llamaba «animales de compañía».

Subí de nuevo a la tercera planta y seguí buscando. Encontré un testamento de 1951. El abuelo me había hablado alguna vez de ese año. Tuvo que someterse a

una operación quirúrgica y el asunto debió de preocuparle lo bastante como para declarar que «Todas las pertenencias son para Alma y la granja para Walter cuando alcance la mayoría de edad. A ser posible, prefiero cremación».

Lo último nunca me lo había mencionado, aunque tampoco era un tema que encajara en las conversaciones que manteníamos en torno a la mesa de la cocina. La idea de que el abuelo pudiera morir nos había resultado muy remota. Pero ahora debía comunicarle su deseo de cremación a Rannveig Landstad.

Me levanté y miré hacia fuera. Eran las doce y media de la noche. Necesitaba comer y necesitaba cigarrillos. La Texaco de Otta era el único sitio del valle que estaba abierto a esas horas de perdición. ¿Tres cuartos de hora de coche para comer una hamburguesa congelada preparada en el microondas y comprar dos paquetes de Pall Mall?

No. Podría quedarme dormido al volante, y además al día siguiente quería ir a la funeraria tan pronto como abrieran.

Había llegado la hora de hacer lo difícil.

Con el estómago vacío, abrí el sobre de mi madre. Encontré una hoja finísima, tan raída que en el doblez estaba casi rota. Un certificado de bautismo de marzo de 1945 expedido en Malmö, de una chica llamada *Thérèse Maurel*, la misma que le había prestado el libro a mi madre. ¿Qué hacía allí su certificado de bautismo? ¿Y quién sería esa mujer que tuvo que enseñar tantas veces su certificado de bautismo que acabó tan fino como un papelillo de fumar?

La fecha de nacimiento era el 15 de enero de 1945, el mismo día que mi madre. La cabeza empezó a darme vueltas. Me pregunté si sería la compañera de viaje de mi madre, pero en el fondo sabía que no.

La siguiente línea contaba que la madre de Thérèse se llamaba Francine Maurel. El nombre del padre, desconocido. El lugar de nacimiento, Ravensbrück, Alemania.

Una niña nacida en un campo de exterminio.

Sentí un temblor diferente a cualquiera que hubiese sentido antes, algo que daba tirones a mis anclajes. Necesitaba agarrarme a algo firme, inamovible, así que cogí el pasaporte de mi madre. El año en que murió lo habían troquelado para anularlo. Uno de los agujeros atravesaba la foto por la mejilla, pero podía verle los ojos. El pasaporte estaba expedido en París en 1965. Ponía muy claro que mi madre se llamaba Nicole Daireaux, con dirección en Reims.

¿Reims? Siempre había creído que era de Authuille.

Le habían hecho la foto de frente. Llevaba el pelo corto y tenía un gesto extraordinariamente serio. Veinte años. ¿Por qué tenía una mirada tan severa una chica que se iba de vacaciones a Noruega, donde conocería a mi padre?

Volví a mirarla a los ojos, luego deslicé la vista hacia otro papel. Me

temblaron las manos. Una desconocida había entrado en la habitación: la verdad encarnada en un documento con tres sellos. Un certificado del registro civil francés que atestiguaba un cambio de nombre.

Thérèse Maurel había sido, efectivamente, la compañera de viaje de mi madre, un séquito constante en su pasado. Poco antes de que le expidieran el pasaporte, se había cambiado el nombre por el de Nicole Daireaux.

Mi madre nació en Ravensbrück. El campo de exterminio para mujeres situado al norte de Berlín. Las imágenes empezaron a dar vueltas por mi cabeza. Fotos granuladas en blanco y negro de personas escuálidas y semidesnudas. *Padre desconocido.*

Hasta ese momento, la imagen de mi madre había permanecido inmutable. Había sido un personaje vestido de azul, una bondad y un calor que se limitaban a ser, formando parte de una época, de un capítulo que se cerró pronto, pero que había sido bueno.

Sin embargo, ahora su pasado se abría y me presentaba sus demandas. Lo único que quedaba en el sobre era un carné de identidad descolorido y agrietado, el carné de presa de Ravensbrück de una mujer llamada Isabelle Daireaux, nacida en Authuille. De nuevo ese lugar, un campo magnético del que nunca podría escapar, un punto de fuga incandescente.

¿Qué habría sido de Isabelle? Esos carnés no se traspapelan, son el tipo de cosa que o se quema o se custodia dentro de una cámara acorazada. O en el interior del sobre de mi madre.

Comprendí que mi madre, al igual que la persona que veía cada mañana en el espejo, también había crecido en una familia de acogida. En cualquier caso tenía una pista, un nombre en una ciudad.

Francine Maurel, en Reims.

Aunque me vino a la memoria algo que Hanne me había dicho en una ocasión. *Solo encontrarás vieja escoria que te atormentará.*

Me senté con el montón de cartas del abuelo, con los sobres con esvásticas y sellos de la censura. Sentí el impulso de quemarlo todo y salir a los campos a cultivar patatas. ¿Cuándo averiguaría quién era yo, mi *auténtico* yo? En mi interior, las cosas flotaban en una poza enorme, cubierta por una mezcolanza de sangre de soldado y aceite para armas, una mezcla que formaba una capa tan gruesa que acabaría ahogándome si no lograba sacar la cabeza y volver a tierra convertido en mí mismo.

Seguí buscando y encontré una foto verdosa y desenfocada de mi madre y el abuelo en los escalones de piedra de la casa pequeña. No daban la impresión de ser conscientes de que los estaban fotografiando. Ella llevaba un pañuelo en la

cabeza y estaba tan flaca que casi parecía hueca.

Al acercar la foto a la lámpara, me di cuenta de que tenía un papel pegado por detrás. Con delicadeza, empecé a desprenderlo con la navaja y apareció la letra de Alma.

... da francesa

El papel se desgarró y una parte siguió adherida al pegamento. Introduje la navaja desde el otro lado. Los restos del papel me recordaron a las manchas de nieve que en primavera se resisten a derretirse. Los raspé levemente con la uña.

La vagabunda francesa. Abril 1966.

¿Qué había querido decir con eso? ¿Insinuaba que mi madre era una cazafortunas? Más tarde alguien había pegado un papel sobre el comentario. ¿Habría sido el abuelo? ¿O habría sido la propia Alma, que se había arrepentido?

Seguí buscando en el sobre, pero no encontré más información acerca del pasado de mi madre que las copias de las cartas que había enviado el abuelo al comisario de policía de Saksum, en la que remitía a la «Ley de acceso al Reino para extranjeros».

«Nicole Daireaux sigue viviendo y trabajando aquí, en Hirifjell, y no supone ninguna carga para las arcas públicas, de modo que la Ley de Extranjería le garantiza el derecho a residir en Noruega también el año próximo.»

Fui a buscar la lupa y estudié más detenidamente la foto. La ropa que llevaba mi madre era gris y andrajosa; el pelo bajo el pañuelo, desgredado, y, contra el pecho, sostenía una abultada bolsa de plástico.

Estaba mucho más flaca que en la foto del pasaporte. ¿Quién sería esa chica que llegaba con la ropa metida en una bolsa de plástico de supermercado francés? Alma apenas sabía usar una cámara de fotos; aun así, ¿habría sido ella quien fotografió a mi madre a escondidas? ¿O sería mi padre quien sacó la foto?

Imposible, en aquella época mi padre trabajaba en Oslo y Alma no habría llamado vagabunda a mi madre si hubiera llegado con mi padre a la granja, después de que se conocieran en otro sitio. Y mi madre tampoco habría tenido ese aspecto de llevar días vagando por las vías del tren. La única explicación posible era que hubiese llegado a la granja *antes* de conocer a mi padre.

Eso planteaba una pregunta mayor.

¿Por qué una chica francesa, adoptada y pobre, había llegado a una granja perdida de las montañas noruegas?

4.

LAVÉ EL ESTRELLA CON AGUA A PRESIÓN DEL SISTEMA DE riego y me dirigí hacia Saksum. Eran las ocho y media, probablemente fuera demasiado temprano, pero siempre me había parecido imposible determinar si *H. Landstad e Hijos* estaba abierto o cerrado y jamás había visto movimiento detrás de las cortinas, aunque tampoco es que me hubiera fijado mucho. Había evitado el frío aliento de la funeraria como una tumba abierta.

La puerta estaba cerrada, así que volví al coche y, mientras esperaba, empecé a estudiar los papeles de la guantera, con sus cuidados sellos de las revisiones en el taller mecánico de Lillehammer. ¿Qué podría valer el coche? Un clase S que recorría menos de cuatro mil kilómetros al año. Con una salvedad. En 1971 recorrió nueve mil.

Sé que Sverre apreciaba mucho a Nicole, había dicho el viejo párroco.

De hecho, la apreciaba tanto que sus sentimientos quedaron reflejados en la cartilla de revisiones periódicas del coche. El abuelo conocía sus planes de viaje y les había prestado su coche nuevo.

Me volví hacia los asientos traseros. Allí iba sentado yo. La noche anterior había encontrado el billete a Francia del abuelo, solo ida. En un billete de ferri de unos días más tarde, aparecía el número de matrícula del Estrella. El regreso a casa, los dos solos.

Cerré los ojos, intentando invocar los recuerdos de aquellos cuatro días, pero no pasó nada. A veces me parecía recordar que había ocurrido algo peligroso en un coche, oía una voz histérica que se mezclaba con el olor de los gases de escape y del cuero viejo de los asientos. Pero no pudo ser en el Mercedes, yo asociaba el olor a escay de los asientos y el melancólico zumbido del motor con un sentimiento de seguridad. Si es que recordaba bien.

Encendieron las luces dentro de la funeraria.

No había timbre. Los pasos quedaban amortiguados por una alfombra oscura. La luz era uniforme y tenue, quizá un cuarto de segundo y apertura 2,8. Cuatro sillas alrededor de una mesa negra. Al parecer, si tenías el monopolio de los difuntos del pueblo, no necesitabas muchos muebles.

Rannveig Landstad salió de la trastienda vestida con ropa de oficina de tonos

gris oscuro y, cuando rodeó el mostrador y me estrechó la mano, ya no la soltó. No dijo nada, pero me dio a entender que me estaban esperando. Lo primero que pensé fue que aquel era el silencio que le dedicaba a cualquiera que hubiera perdido a alguien, tanto a unos padres destrozados de por vida tras encargar un pequeño ataúd, como a las viudas de los déspotas más terribles, encantadas de librarse por fin del cabrón. Pero el silencio de Rannveig Landstad me sentó bien, fue como una anestesia de calidad, y de pronto, por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de tener algo en común con el resto de la gente del pueblo, otras personas que también habían pasado por allí, sintiéndose igual, gente desgarrada y destrozada en el despacho que precedía al cementerio. Y ya no me dio vergüenza tener los ojos enrojecidos y el cuerpo desencajado después de pasar la noche en vela, primero hurgando entre los papeles y, más tarde, en la cama, mirando el reloj.

La mujer me soltó la mano antes de que empezara a sudar y me invitó a sentarme. Traía una carpeta forrada en piel, a la que enganchó una hoja con un clip. A continuación activó el resorte de un bolígrafo dorado.

—El ataúd —dije.

Pareció un poco abrumada. Volvió a presionar el resorte del bolígrafo.

—Me lo ha contado el párroco —insistí—. Alguien envió un ataúd al abuelo.

—Sí. Tenemos... un ataúd. Bueno, evidentemente tenemos ataúdes, por todas partes. Lo que quiero decir es que no recuerdo haber tenido nunca otra..., digamos, otra *disposición previa* de este tipo. Pero te sugiero que primero abordemos los temas prácticos.

Y de nuevo estaba encarrilada. Hizo uso de su experiencia y empezó por lo más sencillo, para no desbordar al que pasaba su duelo ni hacerle sentir que la tarea era insuperable. Cuando le comuniqué el deseo de cremación, asintió y lo apuntó. La elección de la lápida también fue fácil. Éramos una familia ahorradora y previsoras, habíamos dejado espacio en la de Alma, que era igual que la de mis padres: granito de Saksum de color gris azulado, una roca que solo había visto en un promontorio en la vera del Laugen, junto al puente del ferrocarril.

—Flores —dije—. Tiene que haber flores junto al ataúd, ¿no?

—Por supuesto. Y además colocamos las coronas que envían los amigos y la familia.

—En este caso, apenas hay familia —dije.

Quizá alguien de la familia de Alma en Ringebu mandara una corona. Eso sería todo. Era poco probable que la Liga de Ganaderos de Ovino y Caprino enviara flores a un miembro pasivo en Saksum.

Rannveig esperó un par de segundos, luego rotó el bolígrafo en la mano.

—Nosotros podemos encargarnos de los ramos. Los de la floristería de Jarles Blomster hacen un buen trabajo. Y eligiendo bien y usando los colores adecuados, no pasa nada por ahorrar un poco.

—No pretendo ahorrar —dije—. ¿Cómo crees que quedarían unas flores de patata?

—¿*Flores de patata*?

—En esta época hay muchísimas. Puedo llenar el maletero. Flores violetas de las Pimpernel y blancas de las Mandel.

Rannveig Landstad volvió a rotar el bolígrafo.

—No veo ningún impedimento para usar flores de patata. La verdad es que creo que podría quedar bastante bien.

—De acuerdo —asentí.

—¿Estás con alguien? —preguntó—. ¿Alguien... cercano?

Me pregunté si de pronto se le habría escapado la curiosidad pueblerina. ¿Querría la mujer averiguar lo que pasaba entre Hanne y yo?

—Los amigos se pasan por casa —dije.

—Mantente cerca de ellos. Es duro enfrentarse a esto solo. Seguramente, los próximos días serán los peores.

De pronto me vi echando de menos la conversación sobre los detalles prácticos. Prefería hablar del abuelo que de Hanne y me había acordado de que como es lógico Rannveig *cobraba* por esa voz suave, que estaba incluida en el precio y que, en cuanto acabara su trabajo y el abuelo estuviera en su tumba, ya no recibiría pago por consolarme.

Rannveig Landstad volvió a rotar el bolígrafo entre los dedos. Leves temblores recorrían su blusa recién planchada.

—En la primavera de 1979 —dijo—, llegó una furgoneta de Linjegods que entregó una caja alargada de madera basta. Dentro había un ataúd envuelto en una lona y, enganchado a uno de los asideros, un sobre que contenía una carta y una suma de dinero para cubrir los gastos de almacenaje. Era todo muy... inusual.

—Pero ¿por qué no se lo contasteis al abuelo?

—La carta decía que él no debía saberlo y que *tú* tendrías que decidir si el ataúd se usaba o no.

—¿*Yo*? ¿Era de alguien que quería atormentarlo?

—No, no, querido. En ese caso, jamás habríamos aceptado el encargo. Por Dios, no hay nada indecoroso en esto. Al contrario. Es un ataúd realmente extraordinario. Sin desmerecer los demás que hemos usado a lo largo de los años, diría que es el mejor ataúd que ha habido nunca en Saksum, digno de un fastuoso funeral de Estado.

—Se lo mandó su hermano —dije—. Einar. Yo creía que estaba muerto. Levantó la vista hacia mí.

—Lo lamento si todo esto hace que el momento te resulte aún más duro. Solté el aire de los pulmones.

—En mi familia tendemos a hacer regalos prácticos —suspiré—. ¿Dónde está ahora el ataúd?

—En el almacén. Esta misma mañana le he quitado la lona. Si te soy franca, sería un alivio despachar por fin el asunto.

—¿Guardas la carta? —pregunté.

Y la guardaba. No solo eso, sino que esa misma mañana la había metido en la carpeta de piel. Estaba escrita a máquina, con las líneas muy pegadas, y me la tendió con la misma mirada que me dirigía el abuelo cuando estaba a punto de hacerme perder a las cartas.

Ataúd para Sverre Hirifjell. Él desconoce el regalo y no ha de ser informado al respecto. A la muerte de Sverre, Edvard decidirá si el ataúd debe usarse. Si se diera la trágica circunstancia de que Edvard muriera antes que Sverre, solicito que Edvard pueda disfrutar de él para su último descanso. En tal caso, habría que mostrar esta carta a Sverre. Si el ataúd no llegara a emplearse, habría que quemarlo, sin más testigos que los empleados de la funeraria. El ataúd no debe ser pintado ni barnizado. Fuego o tierra. Nada más.

—¿Le enseñasteis la carta al viejo párroco? —pregunté.

—No, hasta ahí podíamos llegar. Pero sí hemos mantenido cierta... colaboración a lo largo de los años. Solía pasarse por aquí cada dos días a tomar un café. Cuando llegó el ataúd, lo estudió detenidamente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo reaccionó?

—Dijo: «Tiene que ser de Einar. Solo él trabaja así».

Seguí a Rannveig Landstad hasta el final del pasillo. El almacén estaba fresco y olía a piedra y hormigón. Viejos archivadores de anillas y una caja de candelabros chapados en plata. Los ataúdes estaban distribuidos en profundos estantes por las paredes, a dos alturas. La mayoría estaban lacados en blanco brillante, algunos eran de pino y un par de ellos, negros. En diagonal, contra la pared, estaban las muestras de lápidas, como maletas abandonadas en el andén de la muerte.

—Oficiará el viejo párroco —dije mientras cruzábamos el almacén—. Por lo

visto, el párroco nuevo está de vacaciones.

—¿De vacaciones? —repitió Rannveig Landstad, abriendo una puerta.

—Eso me ha dicho él, que el nuevo párroco tenía derecho a vacaciones.

—Puede ser, pero acaba de volver de Rodas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Creo que Thallaug realmente desea hacerse cargo de tu familia —dijo mientras encendía una lámpara cenital. Luego me cogió del brazo y me indicó la dirección en la que debía girarme.

El ataúd estaba sobre una enorme mesa cubierta con un mantel blanco que llegaba hasta el suelo. Me quedé atónito.

Una cosa era la forma, poligonal y con una infinidad de ángulos que jugaban con la luz, pero lo que realmente me impresionó fue la madera: de abedul resplandeciente y dorado como el ámbar. En la penumbra del local parecía casi fosforescente. Sobre el intenso color del fondo, la veta serpenteaba creando largas lenguas anaranjadas e impredecibles, densas estructuras de formas cambiantes y protuberancias como garras, que parecían diferentes desde cada ángulo de visión. En la tapa había una filigrana de rombos apenas perceptible, ornamentos que hacían que la luz y las sombras arrojaran constantemente nuevos matices de brillo y color.

Me acerqué. Los ángulos de la madera eran tan afilados que parecían cortantes y la tapa estaba ensamblada con tal precisión que era imposible distinguir la junta. A primera vista había pensado que estaba barnizado, pero en realidad la madera estaba encerada y *pulida*.

Primavera de 1979. Un año después de que el abuelo impidiera a Einar verme el día de mi décimo cumpleaños. En respuesta, taló cuatro árboles del bosque de abedules flameados, los suficientes para un ataúd.

Pero me di cuenta de que no era un regalo de reconciliación. El ataúd era un mensaje. Un mensaje de temporización precisa que me llegaría tan pronto como el abuelo falleciera.

—Un ataúd *art déco* —dijo Rannveig Landstad—. Fíjate.

Le clavé la mirada.

—¿Existen los ataúdes *art déco*? —pregunté.

—Probablemente esto sea la prueba.

—¿Lo habéis abierto alguna vez? —pregunté.

—Incluso nosotros somos humanos —respondió Rannveig Landstad.

Entonces tocó uno de los surcos y apareció una rendija que fue creciendo hasta formar una abertura negra. Sin esfuerzo, terminó de abrir la tapa. Dos muelles cromados la mantenían en equilibrio. Había una bisagra de piano, hecha en latón, encajada a lo largo del ataúd y me fijé en que todas las muescas de los

tornillos estaban alineadas, una virtud que había tratado de inculcarnos el profesor de pretecnología.

El ataúd no estaba forrado de terciopelo como yo había esperado. Estaba chapado en la misma madera de la que estaba hecha la culata de mi escopeta, un material parecido al abedul flameado, pero más salvaje e indomable. Como el fulgor del fuego del infierno. O las flores encorvadas durante una tormenta.

UNA MAÑANA APACIBLE. Me desperté en el sofá, vestido y algo sudado.

Fui a la cocina y empecé a mirar los papeles que había cogido del secreter del abuelo. Antes de desplomarme la noche anterior, los había clasificado. Pero aunque había sacado las hojas una a una hasta cubrir el suelo entero del salón de las visitas, no había encontrado más que cartas viejas del Consejo de Tierras y contratos con la compañía de seguros Gjensidige.

El abuelo había sido honesto. Todo lo que trataba sobre la familia estaba reunido en los sobres. Con una posible salvedad. En un rincón de un cajón, había encontrado un llavero. Tres pequeñas llaves de candados de la marca O. Mustad & SØn, además de una llave de hierro forjado. El llavero estaba enganchado a una madera alargada y parecían las llaves de algo que estuviera en una cabaña de montaña o en un barco. Sin embargo, un impulso me llevó a estudiar más detenidamente la tablita, que era de una madera estriada de color castaño y, al ponerla a la luz, reconocí la veta: era nogal.

En el sobre de mi padre solo había encontrado certificados y cartillas de calificaciones, mi padre en cifras y letras, tal como aparecería ante un funcionario de hacienda, tal como seguía apareciéndose ante mí.

El único, además de mi madre, que había cobrado vida con aquellos papeles era Einar, a pesar de que su sobre solo contenía tres cosas:

Un telegrama, enviado desde París el 12 de julio de 1938. «Hermano mío. Acabo de recibir noticia tras 1 mes de viaje. De duelo por padre. Por favor, pon flores sobre su tumba. Einar.»

Una foto amarillenta, de un hombre junto a un enorme aparador de tallas recargadas que supuse que sería él. Se parecía al abuelo en la foto de carné de miembro del Nasjonal Samling, aunque era menos robusto y tenía una extraña medio sonrisa, como si le hubieran planteado una pregunta inesperada.

Un impreso. «Notificación de defunción para el párroco emitida por el Tribunal de Sucesiones. Nombre completo del difunto: Einar Hirifjell. Fallecimiento: La noche del 2 al 3 de febrero de 1944. Lugar: Authuille, Francia.» Junto a la pregunta de si se prefería entierro o cremación, solo había una raya.

Enganchado al impreso con un clip oxidado, estaba el certificado de defunción alemán, que no era mayor que un carné de pesca. El punto número cinco indicaba la causa de la muerte: *Hingerichtet*. «Ejecutado.» Sellado con el águila alemana y la esvástica.

Rodeé el hórreo y me dirigí hacia el taller de carpintería. Ese edificio siempre había estado así, apartado de todo lo demás, con su pintura roja desconchada, las ventanas sucias y el tejado cubierto de musgo, como si estuviera solo, pensando en sus cosas. La llave siempre había colgado en un armario de la casa de troncos, accesible, pero aun así prohibida. De niño entré en una ocasión, pero no me gustó la oscuridad del interior ni el vago contorno de las herramientas y los materiales. La capa de polvo era tan gruesa que en un primer instante pensé que había una alfombra en el suelo.

Ahora la puerta estaba hinchada de humedad, pero cedió a un par de patadas. Me quedé parado en el umbral. El taller olía a seco y las ventanas estaban cubiertas de un color graso, amarillento.

En el suelo vi mis huellas de cuando era niño, unos zapatos pequeños, y en el torno de carpintero, un surco en el polvo. Debí de pasar el dedo para ver el color que había debajo. Más huellas no había. Si Einar volvió alguna vez a la granja, era evidente que no entró allí.

Cogí un foco de trabajo de la caseta de herramientas y me encaminé de vuelta al taller, desenrollando el alargador por la hierba. Cuando llegó la luz, la habitación adquirió un propósito y un sentido: el banco de carpintero, las herramientas de mano en la pared, los materiales almacenados bajo el techo, una silla a medio terminar en un rincón. La capa de polvo hacía que todo pareciera una fotografía en tonos sepia.

Cogí dos botellas del alféizar de la ventana y cepillé las etiquetas. *Aceite de linaza #8. Goma laca #2*. El contenido se había secado hacía mucho, formando unas capas de color hueso; al evaporarse el disolvente, los restos de pintura habían formado costras en el fondo de las botellas. Estornudé a causa del polvo, pero el movimiento de mi cuerpo levantó aún más polvo, que me hizo estornudar de nuevo, así que meforcé a quedarme quieto. En todo lo que tocaba surgían colores.

La partida para Shetland no había sido precipitada. El serrín del suelo estaba barrido, no había virutas en los rincones del banco de carpintero y las herramientas estaban colocadas en su sitio.

Entonces miré hacia fuera, hacia lo que habían sido las vistas de Einar. Siempre había pensado que la capa de polvo de las ventanas impedía que miráramos hacia *dentro*, pero de pronto sentí que era la *granja* la que se

difuminaba a través de los cristales cubiertos.

Fui a buscar una mascarilla y una escoba y barrí la capa de polvo más gruesa. Luego lavé los cristales y finalmente coloqué una escalera de mano contra la toma de luz bajo el alero del tejado. Los cables estaban cortados y señalaban hacia el cielo como dedos agarrotados. Antes de cubrirlos con cinta aislante, los conecté a la electricidad. A través de la ventana, vi cómo se encendían las bombillas.

Había un montón de herramientas que podrían habernos sido útiles en la granja. Una sierra de cinta acabada en pintura martillada verde, un cepillo de desbaste, todo tipo de herramientas de mano: gubias, destornilladores, serruchos. El torno, con su enorme mecanismo de cuero y poleas desgastadas, el polvo de serrín adherido a la grasa seca, gruñó cuando lo encendí. Le di un empujón al husillo y olió a quemado durante unos segundos, pero después el motor arrancó y silbó en el aire.

De niño, rompí una vez una de las sillas buenas y le dije al abuelo que podría arreglarla si tuviéramos un torno. Su respuesta fue que no necesitábamos uno. Una hora más tarde, había cambiado las patas torneadas en espiral por dos bastos palos rectangulares. Así hacía la carpintería el abuelo, con las cabezas de los clavos visibles y *excesivamente* sólida, como si hubiera alguien a quien no quisiera parecerse.

En un armario había una hilera de libros viejos. *L'Art du Menuisier Ébéniste. Anatomie du Meuble*. Diseños de muebles. Ambiciosos proyectos con una infinidad de detalles. Cómodas con cuarenta cajoncitos. Un armario redondo de puertas correderas de finas láminas.

Lo más gastado era el catálogo de una exposición de muebles organizada en París en 1925. El texto estaba en francés y sentí un cosquilleo al darme cuenta de que lo comprendía casi todo. En la portada había un dibujo de una niña, o quizá fuera una ninfa, que llevaba un cesto de flores y corría junto a un antílope por un prado con un vestido suelto.

Me senté al calor del sol naciente y leí. Una corneja se adentró en el bosque, batiendo las alas entre graznidos.

Allí se sentaba él. Justo allí. Quizá oyera a las cornejas alzar el vuelo en el pinar del que estaba condenado a sacar materiales con los que hacer muebles de madera blanca, pájaros de la familia de las cornejas que revoloteaban ahora por allí. Pero él soñaba con otras cosas, con suntuosos muebles radicalmente distintos a nada que yo hubiera visto. Era probable que, en toda mi vida, jamás llegase siquiera a conocer a nadie que *poseyera* muebles como esos. El diseño,

los adornos y las tallas eran más fabulosos en cada página que pasaba y, para colmo, había alguien que intentaba superarlos: en cualquier espacio libre del folleto, Einar había plasmado sus ideas. Había ido más allá de un estilo que ya era osado de por sí, sombreando otros tipos de madera, cambiando el diseño de las puertas de cristales traslúcidos, sustituyendo unos tulipanes tallados por un sofisticado diseño de rombos.

En una hoja suelta aparecía su plan para el bosque de abedules flameados: la distancia entre los troncos, cómo ir ajustando los anillos. «Aflojar A, D y E en años alternos. B y C cada cinco años.»

A continuación abrí *Anatomie du Meuble*. En la primera página en blanco ponía Einar Hirifjell, París, 1933. ¡Qué letra tenía! Recta y firme, la raya que cruzaba la H corría a todo lo largo del apellido. Una H que también era mía. Un apellido que hasta entonces había visto arrastrado por el fango de la historia bélica fascista, pero que aquí aparecía erguido y elaborado.

Podríamos haber sido una familia. Podríamos haber celebrado fiestas de Navidad, rodeados del humo de los cigarrillos y contando relatos de largos viajes. Podríamos haber jugado bajo la mesa y haber agarrado las faldas de mayores que estuvieran apostados junto a la ventana, esperando la llegada de coches con matrículas extranjeras.

¿Qué haría falta para que yo pudiera escribir *Hirifjell* con ese orgullo?

Solté bruscamente el libro. La realidad del abuelo era cada día que se despertaba y la tierra que cultivaba. ¿Por qué no hacía yo lo mismo?

Saboreé la posibilidad, la posibilidad de que no existieran los sobres del secreter, de que no hubiera llegado ningún ataúd de Shetland, de que yo siguiera observando la floración de los prados y, cada mañana, sacara un Deutz reluciente que hubiera limpiado con agua a presión la noche previa.

Quizá la mentira sea como el aguardiente, me dije. Tienes que beber con regularidad para ocultarte a ti mismo el hecho de que bebes. Pero quizá con la verdad pase algo parecido. Hay que beberla hasta apurar la botella.

—LO SIENTO, pero ese nombre no aparece en los registros. En Shetland no hay ningún Einar Hirifjell.

Las respuestas del Servicio de Información sobre el Extranjero de la compañía telefónica eran frías y contundentes.

—Pero eso no significa —dijo la mujer al otro lado de la línea— que la persona no exista o no haya existido.

—Tenía un apartado de correos en Lerwick —dije—. El número 118. ¿Puede servir?

—¿Cuándo? —preguntó la mujer, que hablaba con acento de la capital, pero tenía cierto deje de Trøndelag.

—En 1967 —respondí.

—De eso hace más de veinte años —dijo, sin el menor sarcasmo.

Me imaginé que en su lugar de trabajo habría una escala de rangos, algo similar a la diferencia entre la sección de aficionados y la sección de profesionales de Oslo Kameraner. Service.

—Déjame que lo investigue —dijo—. Te llamo yo. Puede llevarme un rato.

Colgué y levanté la foto de mis padres. Me dije a mí mismo que debería trasladar la foto o el teléfono a la casa pequeña. Luego me senté en la escalera y abrí un pequeño álbum de fotos que había encontrado en el taller de carpintería. Fotos de las calles de París.

Una entrada para ver *Nosferatu* en Le Grand Rex. Estaba claro que era una sala de cine muy grande, le había tocado el asiento 48 de la fila 60.

Una foto de un taller gigantesco, en la que cuatro hombres con ropa de faena rodeaban un armario enorme. Un primer plano de un joven con guardapolvos que hacía muecas y amenazaba al fotógrafo con un formón. *Charles B.* La siguiente foto mostraba a un hombre de gafas redondas y raya en medio. *Ruhlmann.* Sobre su escritorio se distinguía una escuadra y unos bocetos para un diván.

Las siguientes fotos mostraban a dos hombres de camisas sudadas que iban en una balsa. *Bonsergent y E. Hirifjell en Gabón, 1938. Cierre del acuerdo con Lacroix para la entrega de 300 m³ de madera de bubinga al año.*

Un pequeño cuaderno de bocetos de 1926. ¿Cuántos años tenía entonces? ¿Doce? A esa edad ya dibujaba calles urbanas y magníficos edificios, además de dos grandes salones con muebles espléndidos. En la contraportada había una lista.

—*Encargarme de los animales del establo antes de que me lo pidan.*

—*No hacer caso a Sverre cuando busque pelea.*

—*Entrenar 30 min de caligrafía y de letra técnica.*

—*Ayudar a madre si tiene demasiada tarea.*

—*Tallar alguna cosilla a pulso.*

—*Ensayar por lo menos una hora de ensamble de cola de milano o de horquilla.*

—*Ser más educado en la mesa. Recoger.*

—*Proponer reparaciones en la granja antes de hacer cosas nuevas.*

Nos imaginé juntos en la granja, cómo habríamos sido de haber sido *nosotros*

los hermanos. Al cabo de una hora sonó el teléfono, un ruido duro y metálico.

—Regine Anderson, del Servicio de Información sobre el Extranjero. Disculpa la tardanza. ¿Estás *seguro* de que Lerwick 118 guarda relación con el hombre al que estás buscando?

—Muy seguro.

—El problema es que es imposible que esa fuera su dirección. En 1967 solo había ochenta apartados de correos en Lerwick. Casi todas las cartas se entregaban por nombre y dirección. Sin embargo, he descubierto otra cosa. Lerwick 118 era el número de teléfono de una peluquería en St. Sunniva Street.

—¿Una peluquería?

—Sí. St. Sunniva Hairdressers. Cerca del cruce con King Haakon Street. He estudiado el plano.

—Ya —dije con desánimo—. Bueno, gracias por investigarlo.

Fue entonces cuando Regine Anderson hizo una pausa teatral y tomó carrerilla para otorgarme un espectáculo que seguramente compensaba largas series de días con preguntas ingratas.

—Me ha dado la impresión de que era importante —dijo—. Así que le he pedido a un colega de la British Telecom en Aberdeen que buscara en los archivos del sótano. Y ha encontrado algo interesante.

—¿El qué?

—A la peluquería le asignaron ese número en 1937. Pero durante veintiún años, de 1946 a 1967 incluido, la guía telefónica de Shetland tenía *dos* entradas que remitían a Lerwick 118. Una era St. Sunniva Hairdressers. La otra un tal E. Hirifjell.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Así que si buscabas la *H* en la guía, ¿él aparecía con el número Lerwick 118? —pregunté.

Oí que pasaba unas hojas al otro lado de la línea, apuntes de sus búsquedas diarias entre números extranjeros de catorce cifras.

—Sí —respondió—, pero a partir de 1968, ya no.

Alma debió de encontrarlo en 1967, pensé. Al año siguiente, cuando nació yo, Einar había eliminado su nombre de la guía telefónica.

—¿Sigues ahí? —preguntó Regine Anderson.

—Desde luego. ¿Cerraron la peluquería al mismo tiempo?

—No, siguió funcionando hasta 1975. Entonces pasó algo interesante. Los números viejos se ponen en cuarentena durante tres años antes de reutilizarlos, porque mucha gente se los sabe de memoria y llama pensando que el negocio continúa abierto. Lo llamativo es que este número nunca se desactivó. Se transfirió a una señora llamada Agnes Brown, en St. Sunniva Street.

Probablemente viva en la segunda planta, encima de la peluquería.

—Debía de ser la dueña, ¿no? —pregunté, se me ocurrió que quizá hubiera estado casada con Einar, pero que más tarde él se había mudado.

—Muy probablemente. Esta Agnes Brown sigue apareciendo en la guía telefónica de este año, con la misma dirección y el mismo número, solo que con un prefijo nuevo desde que se automatizó la centralita. Es un poco raro que no cambiara de número. Cuando te jubilas, normalmente prefieres que no te despierten a todas horas, ¿no?

—Quizá estaba esperando que la llamara alguien —dije.

—Para eso tiene teléfono la gente —zanjó Regine Anderson—. ¿Quieres el número?

—Gracias —dije—. Habría sido una gran detective.

—Ya lo soy, jovencito. Llevo treinta y nueve años trabajando para el Servicio de Información sobre el Extranjero.

Por primera vez en mi vida marqué un número de teléfono extranjero. Un fuerte crepitar en la línea, las señales intentando avanzar por debajo del mar del Norte, y por fin empezó a sonar en el otro extremo, con un ruido distinto al de los teléfonos noruegos.

Esperé con el auricular en la oreja.

No hubo respuesta.

Colgué y empecé a darle vueltas al número de teléfono. Bajé a mirar el atlas del abuelo y calculé las distancias. Sabía que las islas Shetland habían sido noruegas en algún momento y ahora entendía por qué. Lerwick estaba más cerca de Bergen que de Aberdeen.

Entonces volvió a sonar el teléfono. Subí corriendo las escaleras y descolgué.

—Yes —dije—. *Hello?*

—¿Cómo? —dijo la voz al otro lado.

—¿Hum?

—Soy Rannveig Landstad. ¿Eres tú, Edvard?

—Ah, sí, hola.

—Hola. Verás, lo siento mucho, pero han surgido complicaciones.

Me dijo que no podían usar el ataúd, que era demasiado ancho para el horno crematorio. Probablemente estaba hecho según medidas inglesas porque tenía exactamente cuatro pies de ancho.

Ningún pueblo espabilado mide en pies, me había dicho el abuelo.

—Por cierto, ¿la idea era enterrarlo con el cuchillo? —preguntó.

—Le habría gustado.

—Bueno, siempre podríamos haberlo metido en el ataúd, aunque no sea del

todo conforme a las reglas. Pero para la cremación... Bueno, ya me entiendes.

Para aclararme las ideas, me paseé por la granja durante alrededor de una hora. Pasé por los arbustos de bayas y me saqué de frutos, mirando por encima de los prados, hacia el taller de carpintería.

Fuego o tierra. Nada más.

Volví a llamar a la funeraria.

—Soy yo —dije—. ¿Podemos usar el ataúd en la iglesia? ¿Y luego sacar al abuelo antes de la cremación? ¿Podría ser?

—Pero en ese caso —dijo Rannveig Landstad—, nos sobraría un ataúd usado.

—Pues me lo traéis aquí, a Hirifjell, y metéis dentro la navaja.

—Edvard, en mi oficio no solemos preguntar *por qué*, pero creo que hoy va a ser necesario.

—El ataúd se usará más adelante —dije.

SABÍA QUE VIVÍA EN EL CALLEJÓN JUNTO A LA COOPERATIVA de Abastecimiento, en una casa negra de una sola planta, rodeada de abetos. Probablemente, cuando él se instaló en la casa, no fueran más que pequeños árboles de Navidad, pero ahora se habían apoderado de todo el terreno. El tejado estaba cubierto de musgo y los canalones llenos de agujas de abeto. Aunque el Rover estaba en el garaje, no acudió cuando llamé a la puerta. Rodeé la esquina de la casa y lo encontré en el jardín.

—¿Quién era Thérèse Maurel? —pregunté.

Cambió de postura en la desvencijada silla de *camping*.

—Tu madre era tu madre —dijo mientras señalaba una silla que estaba plegada junto a la bajante.

La abrí y me senté frente a él. Bebía algo de una botella de litro y me la ofreció. Por cortesía, no limpié el borde antes de beber. Zumo de naranja, denso y dulce.

—¿Por qué no me lo contaste todo el otro día? —pregunté.

—El dolor es más puro cuando tienes algo firme a lo que agarrarte. Pensé que era preferible esperar. En la familia Hirifjell, los entierros nunca han sido sencillos. De lo del ataúd ibas a enterarte de todos modos, pero no tenía nada claro lo que sabías y lo que no sabías de tu propia historia. Ni cuánto *quieres* saber. A menudo, a la verdad le sienta bien cierto aplazamiento.

La hierba pincelaba los asientos floreados de las sillas.

—Creo que ha llegado la hora —dije.

—Tu abuela se llamaba Isabelle Daireaux, Edvard. Dio a luz a tu madre en Ravensbrück, justo antes de la capitulación. En algún momento debieron de

separarse porque a tu madre la adoptó una mujer francesa y creció pensando que era su hija legítima. A los diecisiete, encontró unos papeles que demostraban que no era así y, a los veinte, se cambió el nombre por el de Nicole Daireaux.

—¿Te lo contó el abuelo?

—No, me lo contó Walter. Para emitir tu partida de bautismo, necesitaba sus documentos de identidad y sus números identificativos. Fue entonces cuando me enteré de la historia, porque tuvieron que enseñarme sus viejos papeles.

—¿Qué fue de ella? ¿De mi verdadera abuela?

—Eso nunca lo supe. Pero si sobrevivió a uno de esos campos y perdió a una hija, es imposible que saliera bien parada.

Le hablé de los papeles del secreter y de la foto de mi madre.

—Lo que no entiendo —dije— es por qué mi madre vino precisamente *aquí*.

—Ese es un secreto que se guardaron. Walter sostenía que había llegado como turista.

—Pues sería la primera y última turista que se interesó por la parte de atrás de Saksum.

—No infravalores el pueblo. Belén tampoco era una metrópoli.

Busqué con la mirada una piedra o algo que toquetear, pero no encontré nada. Sin darme cuenta, me quedé con las manos agarradas y, al advertirlo, las separé.

—Me pregunto por qué escogió el nombre de Nicole —dije.

—Ya.

—En el certificado de bautismo de mi madre pone «padre desconocido». Cuando hablaste con ella, ¿sabía algo más del asunto?

—Nada que me contara a mí, lamentablemente.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Siempre digo la verdad. Solo que no siempre lo digo todo.

—He ido a ver el ataúd que mandó Einar —dije—. Creo que estuvo aquí por mi décimo cumpleaños y que taló los árboles con los que lo hizo.

El sacerdote recorrió con la mirada el césped asilvestrado.

—¿Ah, sí? —dijo sorprendido—. Lo único que sé es que Einar volvió a Saksum el año antes de que nacieras. Toma un poco más de zumo. Tenía pensado contártelo cuando llegara el momento adecuado.

DURANTE EL VERANO DE 1967, Einar se había presentado en la puerta de la casa del párroco. Magnus Thallaug estaba leyendo el periódico con un café, convencido de que Einar había muerto en 1944. Si no fuera porque hablaba el dialecto de Gudbrandsdal, el sacerdote no lo habría reconocido, tenía la cara tan surcada de arrugas como la corteza de un acebo. El hombre ágil y sano que

reparó el crucifijo y el retablo estaba andrajoso, tembloroso y muy avejentado para la edad, la piel parecía un cuero de vaca tendido sobre un madero. El párroco había intuido en él un profundo sufrimiento. Años de sueño escaso, comidas rutinarias y poco jabón. Lo único que distinguía a Einar de un vagabundo era que llevaba el pelo acicalado.

Al final, el párroco logró sacarle que había vivido solo en Shetland desde que acabó la guerra.

—Pero me comunicaron que habías muerto —le había dicho el párroco.

—Qué más quisiera yo —fue la respuesta de Einar—. En cualquier caso, tengo que ver a la chica que ha llegado a Hirifjell.

En el patio, había aparcado un coche gris y abollado con matrícula inglesa, que estaba igual de deteriorado y maltrecho que Einar. Thallaug creyó que Einar había vuelto a Saksum para ver su tierra por última vez, por lo que le pidió que repitiera su voluntad. Pero, efectivamente, a quien quería ver era a Nicole. Ya había estado en Hirifjell, pero había tenido que marcharse porque mi madre se había puesto furiosa con él. El sacerdote le preguntó por qué y Einar respondió que eso era un asunto entre él y Dios.

—En ese caso, soy el hombre indicado para ayudarte —le había dicho Thallaug—. Más cerca de Dios de lo que estás ahora, no llegas sin estar muerto. Dime qué puedo hacer por ti.

Einar guardó silencio, como desconcertado. Evidentemente no tenía un plan, se había limitado a acudir a la casa del párroco, como si esta fuera un faro donde las buenas ideas podían surgir por sí mismas.

—Déjame papel y lápiz —dijo Einar al cabo de un rato—. Voy a tratar de escribirle.

El párroco reconoció en Einar algo que, por lo demás, era poco habitual en Saksum: se había vuelto religioso. Pero la fe que lo colmaba no era de las de cánticos y cestas de flores en la puerta. Su doctrina era dura como la piedra y estaba llena de dolor y remordimiento, aunque Einar se negó a contarle por qué se sentía tan desesperado.

El consejo parroquial tenía planeada una reunión para ese día, así que Thallaug le ofreció la comida que había preparado para ellos y se fue a la cocina a hacer más café. Cuando regresó, Einar lo había devorado todo, como si no hubiera comido en una semana, circunstancia que el párroco consideraba bastante plausible. Einar se sentó en el despacho de Thallaug, escribió su carta y se marchó.

Thallaug se dijo que los párrocos de Gudbrandsdal veían de todo; y aun así, según me explicó, aquel incidente despertó en él la necesidad de intentar que la Iglesia contribuyera un poco más a paliar las miserias de sus feligreses. Así que,

al día siguiente, cogió el Rover y se fue a Hirifjell. Allí se encontró la granja aparentemente abandonada, no se veía un alma. No obstante, al poco oyó unas voces procedentes del huerto. Mi madre y Einar estaban bajo un ciruelo, hablando alto en francés. El tono sonaba atormentado, pero no se estaban peleando. Cuando llegó el párroco, se quedaron callados. Mi madre le hizo una reverencia e intercambiaron unas fórmulas de cortesía en noruego, a continuación ella se encaminó hacia la casa pequeña y Thallaug se dio un paseo por la granja con Einar, que le contó que mi madre al fin había entendido «lo que le convenía», aunque el párroco no llegó a enterarse bien del asunto. Sin embargo, la enemistad entre los hermanos parecía mantenerse porque Sverre y Alma se habían marchado a la cabaña y Walter se había ido con ellos.

Sobre la vida de Einar, el párroco tampoco averiguó casi nada, más allá de que estaba asentado en Shetland. No le quedó claro dónde vivía, los únicos topónimos que mencionó fueron «Scalloway» y «Unst». El párroco conocía el nombre de Scalloway porque era el puerto desde donde partía el tráfico marítimo a Noruega durante la guerra, pero tuvo que consultar más tarde el atlas para averiguar que Unst era la isla que quedaba más al norte del archipiélago, un lugar desolado y prácticamente deshabitado. El sacerdote le había insinuado que Shetland era una extraña elección para un hombre que había sido maestro ebanista con Ruhlmann, pero no consiguió que Einar le contara prácticamente nada sobre su vida a partir de 1942 y tampoco averiguó qué relación tenía con mi madre, ni por qué había tenido que escribirle una carta para que ella quisiera hablar con él.

Einar estaba ensimismado y raro, y la conversación no tardó en estancarse, del mismo modo que lo había hecho en el despacho del párroco. Sin embargo, Thallaug se quedó con la sensación de que Nicole y Einar tenían algo en común, algo que ninguno de los dos había resuelto. Cuando el sacerdote se marchó, Einar se quedó solo en el patio, mirando hacia el bosque. Al poco, mi madre volvió a salir de la casa pequeña.

—¿Y TENÍAS PENSADO CALLARTE TODO ESTO? —le pregunté.

El párroco se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Pensé que te convenía enterarte de la verdad en pequeñas dosis —dijo mientras se ponía de nuevo las gafas—. Nadie puede subir una escalera inestable corriendo, pero ahora te estoy contando absolutamente todo lo que sé.

Agarré una brizna de hierba.

—Has dicho algo sobre su pelo, que lo llevaba acicalado.

—Sí, me fijé en eso. Por lo demás, tenía muy mal aspecto. Llevaba unas botas

de agua amarillas y feas. La última vez que lo había visto, cuando regresó de París en los años treinta, era coqueto y vanidoso.

Le conté lo de Agnes Brown y St. Sunniva Hairdressers.

—¿A qué piensas que se debía la enemistad entre Einar y el abuelo? — pregunté—. Se trataba de algo más que la guerra, ¿verdad?

El párroco apuró la botella de zumo.

—Permíteme preguntarte primero por aquellos cuatro días —dijo el párroco—. ¿Lo que te agobia es el miedo a lo que *sucedió* o más bien el hecho de no *saber* lo que sucedió?

—¿Hay alguna diferencia?

—Desde luego. Hay quienes viven mejor si consiguen reconstruir una verdad. Aunque sea una verdad sesgada y llena de grietas, les puede valer; de hecho, a muchos les vale para toda la vida.

—Estoy decidido —dije—. Cuéntame todo lo que sepas.

—Al principio, la pelea entre los hermanos debía de ser por política y por la herencia de Hirifjell. Pero creo que la enemistad se reavivó después del accidente de 1971 y también cambió de cariz. La sangre es más espesa que el agua, como solemos decir, y ese es el gran problema en este asunto. Disculpa que especule, pero creo que Einar sabía lo que pasó cuando murieron tus padres y no quiso contarlo.

Un temblor recorrió mi frente, pasó a los párpados y continuó extendiéndose hasta apoderarse de todo mi cuerpo. Se me hizo un nudo en el estómago, pero a continuación se deshizo y el remordimiento tiñó cada uno de los nuevos pensamientos que se me pasaron por la cabeza. Me había dejado llevar por una curiosidad estúpida. Solo por la gracia de hacerlo, había derribado algo muy valioso y de pronto me di cuenta de que ya no podría recomponerlo.

El sacerdote se enderezó.

—Me has pedido que te lo cuente todo, Edvard. Así es como uno se siente al conocer la verdad. Y todavía no he acabado. Tienes que quedarte con todo, Edvard, tienes que pasarte todas las piedras a la mochila.

—¿Por qué piensas eso sobre Einar? —murmuré.

—No vino al entierro, no sé si porque no estaba invitado o porque le faltaron las fuerzas. En cualquier caso, ambas posibilidades apuntan a que estaba implicado, porque hasta ese momento estuvo obsesionado con ver a tu madre.

—Quizá no le avisaron —dije.

—No creo que necesitara que le avisasen —replicó el párroco.

Me contó que el abuelo, que normalmente era más callado que una tumba, le había exigido que enterraran a mis padres en el mismo ataúd y bajo la misma lápida, a pesar de que no estaban casados. Cuando por fin estuvieron bajo tierra,

tanto él como Alma cayeron de rodillas y sollozaron.

—En realidad fue una reacción buena y saludable, pero también oí a Sverre repetir una y otra vez el nombre de Einar mientras lloraba. Dijo algo como «ese maldito bosque», lo dijo varias veces con una mezcla de furia y compasión, como si quisiera castigar y aceptar a su hermano al mismo tiempo.

—¿De verdad dijo «ese maldito bosque»?

—Varias veces.

—¿Se refería al bosque de abedules flameados?

—No. Me dio la impresión de que hablaba del lugar donde murieron tus padres, donde tú desapareciste.

Me levanté y me acerqué a la valla. El temblor de mis párpados se había apaciguado, pero sabía que a partir de ese momento nada sería como antes.

—¿No iría más tarde al cementerio? —dije—. Einar, quiero decir.

—No. Te confieso que estuve bastante atento a la tumba, pero solo la visitaba una persona.

—¿El abuelo?

El sacerdote negó con la cabeza.

—Él no era así, ya lo sabes. En 1971 la nieve llegó pronto y, ese invierno, las únicas huellas que conducían a su tumba eran bastante pequeñas. Alma.

—Así hacía las cosas el abuelo —dije—. Se volcaba en el trabajo.

—¿Y tú? —preguntó el párroco—. ¿Cómo lidias con ello?

Tragué saliva, comprendía que en la vida se presentan unos pocos puntos de inflexión en los que miras las nubes y te prometes a ti mismo que a partir de ese instante todo será distinto. Pero incluso las decisiones más severas se suavizan con el tiempo, por eso hay que hacer el juramento en caliente, cuando aún sientes el dolor. Mi cabeza y mis costumbres me empujaban en dirección al abuelo, me llevaban a convertirme en una estatua. Pero mi cuerpo quería otra cosa, mi cuerpo pedía llanto y colapso, truenos y osadía, aunque solo fuera para demostrar que no era un hombre mutilado ni acobardado. Y me di cuenta de que mi mayor anhelo era sentir un anhelo auténtico.

Quizá pasó un minuto, tal vez pasaron diez. Yo de pie junto a la valla y el viejo párroco sentado en su silla plegable. Me miraba como quien mira a una mascota a la que hay que sacrificar a pesar del cariño que se le tiene, parecía estar calculando cuántos hachazos harían falta para derribarme.

—Ya solo queda una piedra —dijo.

—Adelante —respondí, y volví junto a él.

—El problema es que es la más pesada y puntiaguda de todas. Se trata del asunto sin resolver de tu madre.

—¿El asunto sin resolver?

—Te he mencionado que Einar le escribió una carta en mi despacho. Resulta que apoyó el papel sobre la revista parroquial, que en aquella época aún podíamos permitirnos imprimir en un grueso papel satinado. Cuando Einar se marchó y recogí la mesa, descubrí que había apretado tanto el lápiz que algunas de las palabras se dejaban leer en la revista.

El párroco se levantó y lo seguí hacia el interior de la casa. Cruzamos una cocina que olía a moho y entramos en un pequeño despacho, pequeño porque las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías, y de los libros y las carpetas asomaban papeles escritos a máquina con infinidad de correcciones y comentarios. Thallaug se arrodilló con dificultad y sacó un archivador marrón. Dentro había una vieja revista parroquial.

—La he tenido aquí guardada —dijo—. Por si se daba el caso poco probable de que alguien de la familia Hirifjell quisiera escarbar en el pasado.

La luz del sol entraba en oblicuo por la ventana, arrojando minúsculas sombras sobre las letras. Las fibras del papel se habían enderezado con los años, pero al sostener la hoja contra la ventana, distinguí el débil contorno de la elaborada caligrafía de Einar. Las líneas se cruzaban y unas palabras cubrían a otras, pero aún se podían leer parcialmente. En un espacio en blanco bajo un dibujo de la iglesia de Saksum, vi dos nombres. *Oscar Ribaut*, seguido del año 1944, e *Isabelle Daireaux*.

—¿Quién es Ribaut? —pregunté.

—No sé —respondió el párroco mientras se arrancaba un pelo de la nariz, luego añadió—: Puede que reciba un duro castigo por mis palabras, porque voy a abrir la puerta que tu abuelo, probablemente por buenos motivos, mantuvo cerrada durante veinte años. Si te fijas bien, verás que hay una palabra que se repite tres veces. Ahí, ahí y... ahí.

Seguí su uña amarillenta por las débiles huellas del lápiz de Einar. La palabra que se repetía era *l'héritage*.

—¿La herencia de quién? —pregunté.

El viejo párroco carraspeó y me dio a entender que en este asunto quizá se hubiera excedido en su papel de pastor de almas. Aquel día de 1967, había echado ceniza sobre la revista parroquial para intentar descifrar el mensaje de Einar. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que se trataba de una herencia que correspondía a la familia Daireaux. Parecía muy valiosa, ya fuera en sentido pecuniario o afectivo, y el párroco llegó a la conclusión de que se trataba de algo muy viejo, de varios siglos de antigüedad. Pero las letras se superponían constantemente y no le quedó claro si mi madre tenía la clave de dónde se encontraba aquella herencia o si Einar pensaba que ella era la heredera. En

cualquier caso, el sacerdote interpretó que mi madre tenía pensado quedarse en la granja, pero que Einar le metió otras ideas en la cabeza.

—Creo que Einar preparó el terreno para aquel fatal viaje a Francia de 1971 —dijo el párroco, devolviendo la revista al archivador—. No sé en qué consistiría la herencia, pero oí que Einar le decía algo a tu madre bajo el ciruelo. No es que yo hable mucho francés, pero lo que dijo encajaba con lo que en aquel momento pude leer en la revista: le dijo que toda la herencia seguía existiendo y había suficiente para llenar un camión.

—Entonces, ¿el plan era volver a la granja de Authuille? ¿Al lugar de donde procedía el apellido Daireaux?

—Puede dar esa impresión.

—¿Crees que Einar está vivo?

—Es muy posible. Al fin y al cabo, yo lo estoy. Su cuerpo estaba demacrado, pero vi en él una de esas obsesiones capaces de mantener a un hombre con vida durante cien años. Y él todavía no habrá cumplido los ochenta.

—Aun así, sigo sin entender por qué mi madre vino precisamente a Hirifjell.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero he de hacerte una advertencia. Al principio tu madre se apellidaba Maurel. Lo que no sé es si cambió de apellido para presentarse como la legítima heredera o si se enteraría de lo de la herencia por Einar.

EN CASA ME ESPERABA EL MANTA BLANCO, la hierba le llegaba hasta los tapacubos de las ruedas. El capó seguía caliente. Hanne estaba sentada en el porche, leyendo un manual de pienso para cochinitos. Llevaba unos vaqueros rotos y se rascaba una picadura de mosquito en el muslo bronceado. Grubbe estaba tumbado sobre un almohadón, tapándose el hocico con la pata.

—¿Quieres grosellas? —me preguntó, señalando con la cabeza un cuenco limpio y una fuente repleta de frutos.

—Estaría bien —respondí.

—La llave estaba donde siempre —dijo.

—Ahora ya solo lo sabes tú —repliqué mientras me quitaba la cazadora vaquera.

Me empapé de la nueva imagen que tenía de ella: posibilidad de Hanne Solvoll, ese verano. El resto de ese año. Para toda la vida.

Esa noche había soñado con ella. Hanne salía de espaldas, morena, joven y tersa por todas partes, la columna vertebral como una cuerda nueva, pero cuando se dio la vuelta, estaba arrugada, desabrida y se parecía a Alma.

Me aparté el recuerdo de la mente y abrí una carta dirigida al abuelo. Era del

inspector, que nos citaba para la inspección anual de las patatas de siembra el lunes siguiente a las nueve de la mañana.

—El párroco me ha contado que Einar vino buscando a mi madre —dije al tiempo que soltaba la carta.

—¿Cuándo?

—En 1967.

Me miró largo rato, luego se levantó, me cogió la cabeza y me miró a los ojos.

—Querido, querido mío —dijo—. Saca la calculadora. Han pasado veinticuatro años. El final fue turbio y horrible. ¡Por Dios! ¡Mira a tu alrededor! Es verano, acabas de heredar una granja y tu chica está ovulando.

—¿Mi chica? —dije con una sonrisa de medio lado.

—Si tú quieres.

Le di un beso y me serví grosellas en el cuenco.

—Dos cosas te quiero decir —dijo—. Tienes tendencia a darles demasiadas vueltas a las cosas y a martirizarte a ti mismo. Si empiezas a buscar y *no* averiguas lo que pasó, vas a pasarte el resto de tu vida como quien juega la final del campeonato mundial de ajedrez. Tus padres murieron, Edvard, y lo cierto es que no van a volver. En cualquier caso, *esa* es la verdad más importante y ya la conoces. Ahora debes aceptar lo nuevo que te ofrece la vida.

Vertió nata líquida sobre mis grosellas, y el fluido denso y amarillento las cubrió por completo. Al cabo de unos segundos, los frutos volvieron a asomar y empezaron a flotar: rojo sobre blanco.

Grubbe notó el olor. Se desperezó y bostezó mostrando los colmillos.

—A los gatos no les conviene tomar leche —dijo Hanne cuando cogí el bote de nata y le serví un poco en un cuenco.

—¿Y nata? —pregunté.

—Viene a ser lo mismo. Luego les duele la barriga.

Se la di de todos modos y, mientras se tomaba la nata, barrió el suelo lentamente con la cola.

—Tengo que ir a Authuille —dijo—. Y a Reims.

—¿A Reims? ¿Eso dónde está?

Le hablé de Francine Maurel.

—Por Dios, Edvard, ni siquiera has enterrado a Sverre. Puestos a irnos a algún lado, podíamos ir a un sitio agradable. Has perdido tu punto de anclaje en la vida. ¿Por qué quieres cargarte con aún más pesadumbre?

—Francine es muy mayor. Y es la única que puede hablarme de mi madre.

Se retorció un mechón de pelo con el dedo corazón.

—Eso puedo entenderlo —dijo—. Pero deberías empezar escribiéndole una carta.

Tenía más cosas que contarle, pero resultaba demasiado largo. Además incluía una palabra escrita hasta tres veces sobre una revista parroquial de 1967. *Herencia*. Y otra radicalmente alejada del cálido verano noruego: *Ravensbrück*.

—Escucha —dijo, dejando a un lado el manual—. Las ovejas están sueltas por las montañas y Grubbe se apaña solo. ¿Qué te parecería si nos fuéramos de viaje después del entierro?

—¿Adónde?

—Pues al sur, claro. O a nuestra cabaña en Sørlandet. Con eso podría bastar, bañarnos y tomar el sol. Venga. *Ese* es el tipo de cosas que hace la gente.

—Acompáñame afuera —le dije al día siguiente, cuando el sol estaba en lo más alto—. Te voy a enseñar algo.

Nos dirigimos hacia los ciruelos. Los frutos ya no estaban duros, pendían de las ramas con la promesa de un otoño dulce. Observamos el verde follaje y las ciruelas que no tardarían en ponerse rojas y jugosas. Pero ella pensaba hacia delante y yo pensaba hacia atrás.

Hanne se tumbó en la hierba.

Ay, Hirifjell. Contigo. Fértil como la tierra sobre la que yaces.

Pero no podía quedarme allí.

Le cogí la mano y me la llevé al bosque de abedules flameados. La conduje hasta el árbol más grande, con el basto tronco aprisionado por anillos de hierro, tensados a reventar, hasta un límite desconocido incluso para el metal, y allí nos tumbamos los dos a mirar el follaje.

Hanne arqueó el cuerpo desde la nuca hasta los talones, lo cual le permitió quitarse la ropa y, al instante, estaba desnuda, con el cuerpo tensado en el mismo arco.

—Tú también —dijo—. Ahora.

EN OCASIONES, ME HABÍA IMAGINADO EL ENTIERRO. En mi mente se celebraba siempre en invierno, en el veranillo antes de Navidad. Me veía de pie junto al Estrella, solo en el aparcamiento de la iglesia de Saksum, rascando el hielo del parabrisas al son de uno de sus casetes de Karajan, y me imaginaba la ventisca soplando sobre un traje negro, viejo y polvoriento. Yo sería el último en marcharme, después de permanecer mucho rato junto al coche, contemplando la tumba que la nieve iría arrojando como una especie de edredón blanco.

Pero el entierro se celebró en pleno verano y yo llevaba un traje nuevo, habíamos tenido que ir hasta Lillehammer para comprarlo. A mi izquierda, Hanne, con el vestido gris que se había comprado al mismo tiempo. A mi

derecha, Yngve, que tenía varios trajes entre los que elegir.

El ataúd de abedul flameado estaba colocado en la nave central, rodeado de flores de patata. Había salido antes del amanecer y me había pasado dos horas cortando flores con la hoz. Todas las clases de patatas de sus campos acompañaron al abuelo a su tumba, incluso la Beate tuvo sus representantes. Y la madera pulida resplandecía, arrojando nuevos reflejos con cada vela que encendía el sacristán.

Era la una menos diez. Una ventana estaba abierta y, con las sonatas para trío sonando en la iglesia, agucé el oído por si sonaban pasos en la gravilla. La idea me había venido recurrentemente a la cabeza: ¿podría ocurrir algo extraordinario? ¿Podría Einar presentarse en el entierro? Cada mañana y cada noche, había llamado a Agnes Brown, pero siempre había tenido que colgar sin recibir respuesta. Podría haber enviado una carta, pero el plan ya estaba trazado, no hacía falta.

Entonces oí el timbre de una bicicleta y el frenazo de unas ruedas contra la gravilla, a través de la ventana oí una respiración pesada y algo que topaba contra la pared de la iglesia. Cuando me volví hacia la puerta, lo vi llegar.

Janikken.

Con una cazadora gris y unos pantalones de nailon brillante. Estaba sudoroso y, con el aliento entrecortado, iba murmurando para sus adentros. Yngve y Hanne cruzaron una mirada. Jan se quedó parado en el pasillo central, girando los ojos, luego se enjugó el sudor, se metió la mano en el pantalón y se recolocó los testículos.

La música formaba olas por encima de los tubos del órgano.

Unos pasos rápidos en el exterior. La madre de Jan se apresuró a cruzar el zaguán y lo agarró de la chaqueta. Jan se desembarazó y avanzó por la iglesia. Me pellizqué los párpados.

—Yngve —susurré y, cuando se inclinó hacia mí, le dije—: ¿Podrías encargarte?

—Vale. Lo saco de aquí.

—No, dile a su madre que puede sentarse delante, con nosotros.

Pero ya se habían sentado, había espacio de sobra donde elegir. Alguno que otro apareció para echar un vistazo, y también vino el sobrino de Alma. Por fin repicaron las campanas, el organista pasó página y el viejo párroco salió de la sacristía. Con sotana negra y una Biblia llena de hojas sueltas, Thallaug se encaminó majestuoso y pálido hacia el ataúd.

Mi mirada reparó en el retablo que Einar restauró en 1940. Casi no podía creerme que hubiera estado astillado, todas las líneas corrían sin interrupciones.

Me concentré en las palabras del párroco, buscando en ellas alguna fisura,

pero cada palabra que pronunciaba Thallaug se elevaba hacia las alturas. Dijo que «Sverre Hirifjell fue un hombre a quien Dios sometió a las pruebas más duras», y a continuación habló del pecado y la introspección, del odio y la piedad. Sus palabras resonaron por la iglesia casi vacía.

Empecé a pensar en la desatendida tumba de mis padres, en lo triste que estaba con su musgo y sus plantas marchitas, y no me di cuenta de que Thallaug había acabado hasta que se hizo un silencio, un silencio tangible.

El ataúd pesaba tanto que tuvimos que llevarlo entre ocho. En mi lado, Hanne, Yngve y el sacristán. En el otro, Rannveig Landstad, su hijo y un par de colegas contratados en la funeraria de Harpefoss.

Al salir, pasamos por delante de la bicicleta azul de Jan, y al doblar la esquina emergimos de las sombras y nos recibió un sol de verano incandescente. Los rayos penetraron profundamente en el abedul flameado, haciendo refulgir la madera; daba la impresión de que acarreábamos un espejismo.

No nos dirigíamos a la tumba, sino al viejo coche de la funeraria, un Mercedes que en realidad ya no usaban. El abuelo tendría que dar un rodeo, para incinerarlo había que ir a Lillehammer.

Y entonces todo empezó a licuarse, igual que hicieron mis sentidos cuando limpié la esvástica con disolvente. Las piernas me fallaron al percibir el olor a brea de la recalentada pared de la iglesia, quizá lo que me llegó fue el olor del entierro de mis padres y, al ver su tumba en lo alto de la ladera, tan reseca y tan marchita, tan abandonada de la mano de Dios, sentí que comenzaba a flotar. Fue como si me partiera en dos: una parte de mí estaba llevando el ataúd, pero la otra cayó a través de mi vida y aterrizó ante una fecha y dos nombres tallados en piedra, dos nombres por los que debía responder.

5.

—¿HAGO LA RESERVA? —me preguntó—. Dicen que solo quedan dos plazas a ese precio.

Yo estaba de pie, con el auricular en la mano, y me sentía desgarrado por fuerzas que tiraban de mí en distintas direcciones. Hanne lo hacía con buena intención, era la bondad encarnada. Pero yo había comprendido por fin el sentido de tener la foto de mis padres junto al teléfono. No era solo una fotografía, era una pregunta a la espera de ser planteada, la pregunta de si quería nadar a contracorriente y averiguar por qué murieron.

—No, Hanne. No puedo. Todavía no.

—Voy para tu casa —dijo—. No estás bien.

—No —dije—. Voy yo a la tuya. Mañana. No vengas aquí ahora.

Colgué y fui a echar la llave a la barrera. Luego arranqué el viejo Deutz y llené el remolque de leña, abeto y álamo en leños de sesenta centímetros de largo. Llevé el tractor hasta el patatal de Pimpernel, me bajé de un salto y estudié el lugar con el motor al ralentí. Me decidí por un sitio un poco más arriba, quedaría en medio del patatal, pero allí tendría las mejores vistas sobre los edificios de la granja. Bajo mis pies, la vida brotaba desde el interior de la tierra. Sol, agua y tierra, un proceso tan interminable como contar estrellas.

Volqué la leña y empecé a apilarla. Fui a buscar dos cargas más, quería que fuera alto y al final tuve que subirme al remolque para llegar hasta arriba. Hacia el atardecer, lo había acabado: un hermoso pedestal construido con leños cruzados.

De vuelta en la granja, introduje la pala del tractor con cuidado bajo el palé con el ataúd. Lo levanté, conduje despacio hacia arriba y entré en el prado como si fuera un arado. La hierba de la patata pincelaba el ataúd. La leña crujió cuando coloqué el ataúd sobre el pedestal.

Me duché, me afeité y me puse el traje negro. Mientras bebía agua del grifo del patio, tan fría que me vibraron las sienes, dirigí la mirada hacia el patatal, donde el ataúd relumbraba bajo el sol del atardecer. Parecía una gigantesca piedra preciosa.

Eran ya las once cuando cogí la bolsita de tela que tenía sobre la mesa del salón. Después de la cremación, había pedido que me dejaran solo en la sala de

la urna y había pasado las cenizas a una bolsa, mis dedos ateridos temblaron cuando se formó una nube de polvo y fui consciente de que era a él a quien estaba moviendo. Luego me saqué del bolsillo del abrigo otra bolsa de ceniza.

El color era distinto. La ceniza que traía yo era más negra, una mezcla de polvo y pavesas, pero tendría que valer. Solo el abuelo y yo estábamos presentes bajo la pálida luz de aquellas ventanas altas, rodeados del frío olor de la piedra sagrada. Le había dado muchas vueltas a qué libro sería lo bastante grande. Sus autores favoritos eran Thomas Mann y Günter Grass, pero encontré un libro que estaba aún más desgastado. Me lo llevé junto a la chimenea y fui leyéndolo y quemándolo página por página. Al acabar, reuní las cenizas en un cubo de acero.

No fue al abuelo a quien enterramos en presencia del viejo párroco y Rannveig Landstad. En la tierra del cementerio de Saksum, yacían las cenizas de todas y cada una de las páginas de *Al este del Edén* de John Steinbeck, un libro que él había leído mil veces.

Los pájaros seguían trinando cuando me encaminé hacia allá con el abuelo en brazos. En ese estado, no pesaba más de un kilo, pero el peso que yo llevaba era como el de una enorme roca. Cuando alcé la tapa del ataúd, los muelles que en su día instaló Einar relucieron suavemente. A la altura del pecho, coloqué el traje que cosió Andreas Schiffer en Essen; a la altura de las caderas, la bayoneta rusa. Con los últimos rayos de sol, abrí la bolsa de tela y esparcí las cenizas por el ataúd. No era más que polvo, pero tuve la sensación de que el abuelo se materializaba ante mí, de que me miraba a los ojos y se decía satisfecho. Lo sentí vivo a la vez que muerto, muerto como en el negativo de la Leica, vivo porque sabía que aquello le habría gustado. Al final cogí las entradas de los conciertos y las fui soltando por el ataúd, aterrizaron como plumas de pájaro que eligen el punto del suelo en el que quieren descansar.

Prendí las resinosas raíces de las cuatro esquinas del pedestal, la madera chisporroteó y las llamas empezaron a subir por la pila de leños, que a su vez prendieron nuevas llamas que fueron lamiendo el ataúd de abedules flameados que ya estaban en llamas el día que los talaron.

De pronto descubrí una pequeña talla en una esquina. Una ardilla que escondía el hocico bajo la cola. La hoguera cogió fuerza y la ardilla fue devorada por el fuego, que fue elevándose lentamente hasta envolver todo el ataúd. Al final quedó rodeado por la hoguera, que ya iluminaba medio patatal. El fuego fue cogiendo fuerza hasta que me obligó a retroceder para no chamuscarme las cejas.

La madera crujía, las lenguas de fuego se elevaban y resplandecían contra el abedul, unas vetas doradas se reflejaban en otras, hasta que de pronto el ataúd se

puso negro de hollín, una capa de luto que prendió al cabo de un segundo. Al final, sonó un prolongado crujido cuando el fuego demostró toda su fuerza y las llamas quemaron a las llamas.

Y en ese momento hice un pacto con el dolor. Me convertiría en alguien en quien los muertos pudieran confiar.

III.
La isla de las golondrinas de tormenta

1.

NO ME DESPERTÓ EL SOL, sino las Shetland. A las cuatro y media de la mañana estaba en cubierta. Gotas de lluvia empapaban la barandilla blanca, por la noche debíamos de haber atravesado un aguacero.

Vi pasar algunos pesqueros. Por lo demás nada, hasta que una franja de tierra emergió de entre la bruma del mar y, poco a poco, el contorno de Lerwick se fue dibujando. Las incoloras laderas pasaron a ser verdes prados, las pequeñas manchas de color se transformaron en casas y grúas del puerto.

Disponía de una semana, después la granja me reclamaría lo suyo, y Hanne también. Me había pasado por su casa con el coche ya cargado y, al verme llegar, pensó que quería darle una sorpresa y que traía las maletas para el viaje a Sørlandet. Nuestra despedida fue callada y confusa, amarga y con medias palabras, todo estaba en el aire.

—No te pierdas —me dijo con acritud.

Un retumbo anunció que el ferri estaba atracando. Salí detrás de los camiones y pasé un cartel que decía: «Bienvenido a Lerwick. Recuerde conducir por la izquierda». El texto aparecía tanto en noruego como en inglés, como si tuviéramos allí una colonia.

Me pasé al carril británico de la carretera y, hasta varios kilómetros más adelante, no logré confiar en que no iba a chocar de frente con alguien. Conduje sin rumbo hasta encontrar un lugar con vistas. El paisaje se parecía a las tierras de alta montaña de Noruega, solo que era más verde. El mismo brezo, las mismas ovejas y los mismos campos en un suave descenso por las colinas, la única diferencia era que en Shetland la tierra se cortaba de pronto y caía bruscamente al mar.

También los olores y los sonidos eran muy diferentes a los de los bosques noruegos. Las emanaciones del agua salada se mezclaban con las de las vísceras de pescado y con un denso humo de carbón o de turba. Sonaban graznidos de aves marinas y el golpeteo de las olas contra los acantilados. A un lado el mar del Norte y, al otro, el Atlántico azotaban sin tregua la costa, como si nos encontráramos en una fortaleza sitiada.

Me quedé inmóvil, inspirando el olor del mar. Un viento frío y salado, que resultaba fresco aunque estuviera podrido. De hecho, me gustaba y me producía

rechazo al mismo tiempo, me recordaba a la negra tierra que prepara el asiento de lo nuevo.

Faltaba algo, algo que había esperado encontrar, pero no caía en lo que era. Claro, pensé al cabo de unos kilómetros. No había árboles. Ni uno. Solo arbustos, casas de piedra y pastizales. Ni un esmirriado álamo joven.

¿Cómo podía un carpintero soportar *esto*?

Compré un mapa y me senté con él en el coche. Shetland parecía una botella hecha añicos. Islotes y escollos se extendían como muescas a lo largo de la costa.

El párroco había captado dos topónimos: Unst y Scalloway. La isla situada más al norte del archipiélago y un pequeño pueblo cercano a Lerwick. Mientras planeaba la ruta del viaje, me di cuenta de que había hablado inglés en serio por primera vez en mi vida. *A map for Shetland, please. Yes. Thank you.* Había sido fácil. Cada triunfo, un triunfo sobre Hanne y sobre el abuelo. ¿No *te pierdas*? Es cierto que en su día me saltaba las clases de inglés, pero también que tenía otros maestros. Quienes me enseñaron inglés fueron Joe Strummer y Shane MacGowan, un estéreo Pioneer plateado y los textos de las fundas de los LP. Al menos aprendí lo suficiente como para comprar un mapa.

Sin embargo, tenía la sensación de que en Shetland me habría resultado más útil saber noruego antiguo. El mapa estaba repleto de nombres de otra época, que traían a la mente expediciones vikingas, caminos de caballos y senderos. «Bahía» se decía *wick*, en noruego *vik*. Los escollos se llamaban *skerries*, en noruego *skjær*, y los *Swarta Skerries* eran los escollos negros, *svarte skjær* en noruego, mientras que *Out Skerries* o *Haaf Skerries* quedaban reservados para los escollos que se adentraban más en el mar.

Pero el método tenía su precio, sobre todo para alguien que estaba buscando. En el mapa, el topónimo Hamnavoe aparecía una docena de veces, Sandwick aún más, y los islotes se llamaban Inner Holm o bien Outer Holm, a no ser que se llamasen Linga.

Se diría que en Unst el noruego se había mantenido intacto. Bratta. Hamar. Little Hamar. Framigord eran las granjas más cercanas al camino, *framgårder* en noruego. Taing of Noustigarth era una lengua de tierra que se adentraba en el mar a la altura de la granja del norte, *tange på Nordigard* en noruego.

Algo no encajaba. ¿Qué atractivo había tenido para Einar, el parisino, este lugar en el que todo parecía bautizado por un vikingo de la época de las sagas? ¿Para un hombre que, ya de adolescente, se cansó de fabricar armarios en madera natural para los grandes granjeros? Ahora tendría más de setenta años. ¿Qué es lo primero que se le dice a alguien que se ha mantenido apartado de su

familia toda la vida? ¿Le importaría, en el fondo, la muerte de su hermano?

De pronto sentí el impulso de dar media vuelta y dejarlo todo como estaba. Llevaba la Leica en el asiento del copiloto, pero la última exposición seguía siendo la del rostro muerto del abuelo. Me acordé de algo que dijo en una ocasión, quizá el otoño siguiente a que yo leyera *Sucedió*.

—Patatas de siembra —dijo.

Y por el modo en que se enderezó y paró de trabajar, por cómo me miró y pronunció las palabras con las que introdujo el tema, deduje que se trataba de algo que tenía preparado y que pensaba decirme cuando yo «fuera lo bastante mayor», que me había observado y había llegado a la conclusión de que ya era hora. No sé qué habría hecho yo en los minutos previos para que el abuelo considerara que había llegado el momento, yo creía que había estado trabajando como siempre, pero quizá mi manera de hacer las faenas hubiera adquirido una naturalidad que llevó al abuelo a enderezarse como hizo y a decir lo que dijo:

—Cada patata es la otra patata. Todas las patatas que estamos sembrando ahora son en realidad la misma planta. Solo cuando sembramos patatas con *semillas*, surge una planta nueva. Las que plantamos el año pasado y las que plantaremos el año que viene son una y la misma patata. Es cierto que la patata de siembra se pudre, pero la nueva no es más que un brote de la vieja. No es que sean familia, es que son lo mismo.

Ese año empecé a fumar, y lo hacía con su tabaco.

Me quité el anorak y cogí una chocolatina del maletero. Además de botes de conservas y patatas, en la caja de provisiones llevaba varias tabletas de chocolate —veinte Gullbrød y veinte Firkløver— y diez bolsas de cacahuets. En el maletero llevaba también otra caja, con objetos del secreter a los que no había encontrado explicación. Había fotografiado los documentos más importantes y hecho una copia en papel de la diapositiva 18b, la única que no encajaba entre las fotos de Alemania del abuelo.

Mastiqué el chocolate mientras me decía a mí mismo que no quedaba otra que continuar. De pronto amainó el viento. ¿Quizá fuera mala señal comerse las reservas de emergencia el primer día?

Desde el mar, unas nubes negruzcas se dirigían hacia tierra. En casa las tormentas anunciaban su llegada con mucha antelación y siempre con un emisario de bochorno, por lo que me imaginé que la borrasca que veía en el mar llegaría a Shetland al atardecer. Sin embargo, este cambio de tiempo se precipitaba hacia la isla como un toro furioso. El viento volvió a arreciar y, un cuarto de hora más tarde, mis limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad mientras yo dirigía el coche hacia Lerwick y la peluquería de Agnes Brown.

ST. SUNNIVA HAIRDRESSERS CERRÓ EN 1975, y cuando salió el último cliente, simplemente debieron de echar la llave, barrer el suelo y no abrir al día siguiente. Y así habían pasado los años, hasta el día en que yo me puse a mirar por las polvorientas ventanas. En la puerta colgaba un descolorido póster de Wella que mostraba el perfil de una mujer de melena ondulada. Sobre una mesa había unos *Shetland Times* amarillentos, tan resecos que las páginas se curvaban contra la luz. Era difícil ver más adentro, pero intuí unos enormes secadores de pelo azul celeste abandonados en medio de la habitación y unos anticuados botes de champú junto a los lavabos. El sitio me recordaba al taller de carpintería de Einar. Abandonado e intacto.

Me volví y me quedé bajo el alero del tejado. La lluvia rebotaba contra el asfalto. Era viernes y daba la impresión de que la gente estaba haciendo sus compras para el fin de semana. Caminaban rápido y sin preocuparse por la lluvia, sencillamente se ponían las capuchas de los chubasqueros.

A mi alrededor había casas de piedra de un color marrón grisáceo, con pequeños jardines. De camino hacia allí, por King Harald Street, había pasado por delante de unos edificios altos con chapiteles y vidrieras redondas, que me recordaron al castillo de mi libro de *Robin Hood*.

En St. Sunniva Street, una pequeña peluquería atendía en tiempos a sus clientes. Salía luz de una ventana encima del establecimiento. Abrí una verja de hierro, atravesé un pequeño jardín que llevaba años sin recibir atenciones y sentí un escalofrío al ver la placa de latón junto a la puerta.

Agnes Brown.

Llamé tres veces al timbre. No hubo reacción. Una ventana estaba entornada, así que retrocedí unos pasos bajo la lluvia y grité *hello*, sin recibir respuesta.

En la acera de enfrente había una tienda de ropa. Una pelirroja de cabello rizado estaba reparando un impermeable amarillo. Para hacerlo, usaba un kit de Tip Top, el mismo que usaba yo para arreglar los pinchazos de las bicicletas.

—*The hairdresser* —hice un gesto hacia la peluquería.

La mujer soltó el tubo de pegamento y me miró de arriba abajo.

—¿No necesitarás un corte de pelo?

Me reí.

—*I need to find Agnes Brown* —dije.

—Hace muchos años que no le corta el pelo a nadie. Ve a St. Magnus Street o a King Erik Street. Allí hay buenas peluquerías.

—¿Por cuánto lo vendes? —dije señalando el impermeable.

—Aún no está acabado.

—Pero cuando lo esté.

—*Don't know* —dijo mientras lo alzaba contra la lámpara del techo, quizá para valorar cuánto rebajaba el valor el desgarró—. *Depends on how much you have in your pung* —dijo.

—¿Cómo?

—*You're Norwegian, aren't you?*

—Sí.

—¿Cómo llamáis a eso en lo que se guarda el dinero?

—Monedero —respondí.

Lo repitió con torpeza.

—Nosotros lo llamamos *pung* —dijo.

Cerramos la compra.

—No voy a cortarme el pelo —dije—. Estoy buscando a la propia Agnes Brown.

—*She is such a lovely old lady*. Por lo visto, de joven ganó un concurso de belleza. Pero hace mucho que no la veo. Suele ir a su aire.

Su pronunciación era fácil de entender. Había creído que el dialecto de Shetland tendría mucho de escocés, pero el sonido se asemejaba bastante al que oía en la BBC de la radio del coche.

—¿Conoces a un noruego que se llama Einar Hirifjell? Llegó durante la guerra.

La mujer negó con la cabeza.

—*Sorry, no*.

—¿Vive más gente en el piso que hay encima de la peluquería?

—Creo que Agnes ha vivido sola toda la vida —dijo mientras doblaba el impermeable.

No tenía prisa. Sonreía como si quisiera ofrecerme algo pero le pareciera demasiado brusco hacerlo de buenas a primeras; sin embargo, la calma y la cordialidad contenían una promesa para nuestro siguiente encuentro.

No estaba acostumbrado a no cargar con la historia de mi familia. Cuando bajaba al pueblo, siempre estaba alerta y, en cuanto entraba en un sitio, era como si los polos de unas baterías echaran chispas. Pero aquí, en Shetland, era tan libre como en las montañas.

Seguí un impulso y saqué mi cuaderno.

—Creo que este es el número de Agnes —dije—. Tienes teléfono, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Podrías marcar el número? Y si lo coge, ¿preguntarle si puede atender una visita?

Se metió en la trastienda y llamó. Luego asomó la cabeza.

—No responde —dijo.

—Llama otra vez —insistí y salí corriendo.

Crucé la calle hasta la puerta de entrada, levanté la vista hacia la ventana abierta y esperé. Pero el teléfono no sonaba en casa de Agnes Brown, el piso era tan pequeño que debería haberme llegado el sonido.

No obstante, sonaba un ruido cerca de la verja. Venía de la peluquería. Me aproximé y miré hacia el interior. Junto a la caja registradora, que tenía el cajón abierto, sonaba un teléfono gris.

Me monté de nuevo en el coche. El párroco había mencionado algo sobre Scalloway, el viejo puerto de la resistencia noruega en Shetland. A los diez minutos aparqué, me puse el impermeable amarillo y miré a mi alrededor. Scalloway no era más que unas pocas calles alrededor de un estrecho *wick*.

Hasta allí tuvo que irse Einar con su vida. Cruzó un mar gris y desolado, dejando atrás una disputa jamás resuelta con mi abuelo. Igual que yo, hasta cierto punto. ¿A qué podía dedicarse un carpintero allí, en ese asentamiento pesquero, que por puro azar geográfico se había convertido en un lugar central durante la guerra? Intenté imaginarme aquellos años. El paisaje era el mismo, las condiciones climáticas también; aun así, solo veía el lado nocturno.

Al otro lado de la calle había un cartel. *Royal Mail*. ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Entré. El lugar estaba repleto de gente, pero no parecía una oficina de correos, más bien me recordó a una tienda de segunda mano, con los estantes llenos de novelas de kiosco polvorientas y revistas en cajas de naranjas. Lo único que encajaba con el cartel exterior eran dos cajas de plástico. Una amarilla, que contenía cartas que llevaban sello pero no estaban selladas. Y otra caja roja, para el correo recién llegado. Daba la impresión de que la gente se servía libremente de las cartas, pero acabé entendiendo cómo debía de funcionar. Probablemente, los que se llevaban varias cartas se las entregaban a los vecinos que les pillaban de camino.

Esperé hasta que la caja roja estuvo medio vacía y el lugar se despejó un poco antes de acercarme al encargado, un hombre calvo que estaba clasificando tebeos.

—Einar Hirifjell —dije en voz baja—. Un noruego. ¿Vive aquí en Scalloway?

El encargado miró al techo. Dio la impresión de estar haciendo cálculos. Un chico se acercó para pagar unos libros, me miró. De pronto me arrepentí. Los rumores no tardarían en extenderse y quizá llegaran a Einar antes de que lo hiciera yo. No quería que nuestro encuentro tuviera lugar con público ni con música de banda. Quería verlo desde la distancia y dejar que su imagen se

dibujara sin perturbaciones.

—No —dijo el encargado—. Algunos noruegos se quedaron después de la guerra, pero la mayoría prefirieron llevarse a sus mujeres a su país. Voy a preguntar a Lise —y cogió el teléfono.

A los cinco minutos, me había dejado en manos de la amable Lise Robertson, una robusta mujer con chaqueta de flores y sólidos zapatos. Era medio noruega, una de las guías turísticas de Scalloway que informaban sobre la resistencia noruega en Shetland. Su discurso era como una emisión radiofónica bien editada, probablemente llevaba perfeccionándola desde 1945. Con fina sensibilidad para los detalles, explicaba cómo los pesqueros noruegos habían mantenido abierta una ruta entre Scalloway y la costa noruega. Llevaban armas, explosivos y saboteadores, y regresaban con refugiados, siempre con cazas alemanes sobrevolándolos y ametrallándolos a través de los huecos en la niebla.

Cruzamos a paso rápido el muelle y nos detuvimos junto a una escultura de un pesquero que surcaba las olas. Bajo el lema ALT FOR NORGE, «Todo por Noruega», había filas de nombres de los marineros noruegos que cayeron en la ruta de Shetland.

—Los noruegos siempre han sido populares en Shetland —dijo—. Al fin y al cabo, éramos noruegos. Esto era Hjaltland, hasta que los escoceses se hicieron cargo en 1472.

Me habló del chapucero acuerdo al que había llegado el rey danés para casar a su hija. Como no tenía recursos para pagar la dote, decidió regalar Shetland. Fueron años oscuros para los de aquí: los escoceses abolieron las leyes vikingas y convirtieron en vasallos a los hombres libres. En Yell, un señor feudal forzó a cuarenta hombres a salir de pesca con mal tiempo, se levantó una tempestad y treinta y cuatro familias se quedaron sin padres y sin hijos. Por eso Noruega siempre había tenido un tinte dorado para los setelandeses, era su vínculo con los tiempos en los que eran hombres libres.

—Luego llegó la guerra —dijo al tiempo que señalaba un espigón que se llamaba Prince Olav Slipway—. De pronto estaban de nuevo aquí, los noruegos, habían cruzado el mar con sus pesqueros. Gente valerosa, tal como nos los habíamos imaginado. Jóvenes y valientes. Los alemanes les reventaban los barcos, pero ellos no se rendían. Los reparaban aquí, en el taller, y al día siguiente zarpaban de nuevo.

—Un momento —la interrumpí—. ¿Dices que usaban embarcaciones de madera?

—He dicho que usaban barcos pesqueros.

—Pero ¿eran de madera?

—Sí.

—¿Y los reparaban aquí?

—Justo ahí —señaló un deteriorado edificio junto al muelle—. Jack los conoció a todos —añadió e hizo un gesto con la cabeza hacia un tipo vestido con mono de trabajo.

El hombre se dirigía hacia una caseta con una caja de madera que debía de pesar mucho porque aligeró el paso en cuanto pudo soltarla. Lo seguimos y, al entrar al taller, nos topamos con el jaleo de las gubias y las amoladoras angulares. Al final, Lise Robertson lo convenció para que nos recibiera en un pequeño despacho. Lo único que salió del siguiente cuarto de hora fue un dato, pero a cambio era un dato importante.

Einar Hirifjell llegó a Shetland en 1942 y se convirtió en un gran maestro en la construcción de barcos.

—Lo cierto es que al principio no tenía ni idea —dijo Jack—. Pero aprendió el oficio increíblemente rápido. Tengo entendido que antes había sido ebanista. Era milagroso, nadie recomponía un casco astillado tan rápido como él. Y construían escondrijos geniales para las armas. Por ejemplo, uno que parecía un tonel de pescado, pero que dentro tenía una ametralladora antiaérea que se elevaba en un segundo. Pero en 1943 tuvieron que dejarlo. Los alemanes destinaron más aviones a la vigilancia y les hundían uno de cada dos barcos. La ruta se cortó y no la retomaron hasta que los americanos les cedieron los cazasubmarinos.

Ladeé la cabeza.

—Bueno, un carpintero no pinta nada en un barco de acero —explicó.

—Ah, ya —dije—. ¿Y qué fue de él?

—Se quedó sin trabajo y se dedicó a hacer chapucillas, construía cajas para redes a cambio de tabaco. Más tarde desapareció. Por lo visto, comenzó a trabajar para un ricachón de Unst.

—¿Unst?

Jack se rascó las barbas.

—Unst —repitió.

Saqué la foto que había tomado el abuelo.

—¿Esto es Unst?

Eché un vistazo a la foto y se encogió de hombros.

—Desde luego, es en Shetland —dijo, y esperé hasta que añadió—: Porque no se ven casas.

Los mecánicos empezaron a prepararse para echar el cierre. Los tornos y los taladros de columna se fueron deteniendo uno a uno, y al final quedaron mudos y pesados, oliendo a lubricante. Jack echó un vistazo al reloj y su mirada me indicó que pronto tendría que hacer una llamada telefónica para explicar por qué

el encargado del taller no llegaba a casa para cenar.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de salir me volví.

—¿No sabrás si estuvo en Francia durante la guerra? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—En esa época los noruegos hicieron muchas cosas que nunca se supieron. *Ask no questions and you will be told no lies*, solían decir.

Scalloway era un sitio tranquilo, pero cuando me marché de allí, la calma del viernes por la tarde había arrasado el lugar. La luz del cartel del Royal Mail era la única señal de vida.

CUANTO MÁS AL NORTE LLEGABA, menos coches había. Los carteles estaban marcados por el eslogan «situado más al norte» y, poco después, pasó a ser lo único que caracterizaba a todos los comercios a lo largo de la carretera. Cuando llegué al «Fish & Chips más al norte de Gran Bretaña», ubicado en Brae, apagué «Brownsville Girl» y entré.

Cené pensando en la granja, que se había quedado vacía por primera vez en ciento cincuenta años. Cuando me marché, Grubbe no se movió de la escalera ni se dejó acariciar. Al fondo del almacén de herramientas, guardábamos el carromato en el que llegaron mis tatarabuelos para roturar las tierras de Hirifjell. Mientras me alejaba, los edificios se fueron encogiendo hasta caber en el retrovisor. El reflejo vibró cuando pasé por encima de la rejilla del ganado y, al segundo, cerré la barrera y me incorporé a la carretera regional. Al pasar el puerto de montaña, tuve la sensación de dejar atrás una vieja versión de mí mismo. Pero en Shetland, mientras comía aquel menú extranjero, me pareció que mi viejo yo regresaba y empecé a preguntarme si me habría acordado de echar la llave de la barrera junto a la rejilla del ganado.

Empachado y con el sabor de las patatas fritas aún en la boca —creo que unas Astérix—, cambié de casete, puse a The Clash y reanudé la marcha. Cogí por los pelos el *Bigga*, el ferri que llevaba a Yell, y pasé a toda velocidad por delante del *Britain's northernmost pub*.

Unst me recibió con más lluvia, pero el impermeable amarillo me mantenía seco. Me encontraba en la proa del *Geira*, el ferri que llevaba a la isla, y sentía que la vibración del casco de acero me acercaba cada vez más a mi destino: un lugar lluvioso y desolado, tan yermo y desarbolado como Yell, igual de arrasado por vientos salados.

Me volví y miré la cubierta de coches. Al parecer, los vehículos pesados iban a Unst, los coches familiares se habían quedado en Yell. Alrededor del Commodore había un Bedford, un Land Rover despintado y un HiLux cargado

con nasas para cangrejos.

En el HiLux iban dos hombres barbudos, que miraban constantemente hacia donde yo estaba. De pronto el conductor se inclinó hacia el otro para oír lo que le decía.

A los pocos minutos atracamos. Debería haber bajado a coger el coche, pero me quedé parado, estudiando el muelle de Unst, donde vi a un tipo solitario, un viejo con bastón. Salimos del ferri y el viejo se montó en el asiento del copiloto del Land Rover.

A partir de allí, absolutamente todo era *Britain's northernmost*. El colegio más al norte, el hotel más al norte, la parada de autobús más al norte...

Llegué a *Britain's northernmost grocery shop* y vi que todavía tenía los fluorescentes encendidos. Cogí algo de comida fresca y unas latas de cerveza, me hicieron gracia las etiquetas de los productos y el hecho de que vendieran destilados, porque en Noruega solo se venden en las tiendas estatales. Una pequeña familia de tres estaba acabando de hacer la compra para el fin de semana cuando me dirigí hacia el mostrador.

Un hombre con pecas y bata gris empezó a marcar la compra en la caja registradora y, cuando llegó a la mitad, le pregunté por Einar Hirifjell, usando las mismas palabras que en la oficina de correos.

El dependiente tuvo una reacción extraña: su mano se quedó parada aunque iba a marcar un precio y me miró de medio lado.

—¿Ese no está en Norwick? —dijo.

Y entonces fui yo quien reaccionó raro. Se me cayó el monedero al suelo y me fallaron las palabras.

—Norwick —dije—. ¿Dónde está eso?

—Al final del camino —respondió, señalando hacia el norte.

La familia había empezado a colocar su compra en el mostrador. El niño insistía en que le compraran chucherías.

—¿Conoces a Einar? —pregunté al coger la vuelta—. ¿Hace la compra aquí?

El dependiente no pareció entenderme. Comencé a repetir mis palabras, pero tiré la toalla y volví al coche para estudiar el mapa. No encontré ningún lugar que se llamara Norwick. ¿Habría entendido mal la pronunciación?

Esperé a que saliera la familia de tres y volví a entrar en la tienda, esta vez con el mapa en la mano, pero el dependiente ya no estaba en la caja. Se había metido en el despacho junto al mostrador de lácteos. Por la puerta abierta, vi que estaba de espaldas, hablando por teléfono.

Poco después volví a salir de la tienda y miré a mi alrededor. La isla estaba empapada y silenciosa, aletargada por el atardecer y quizá también por cierto escepticismo.

Había oído algo, algo que me había hecho sentir que mi plan era egoísta y temerario. Tal vez lo hubiera oído mal porque el jaleo del ventilador de los lácteos me impedía distinguir las palabras, pero me había parecido que el dependiente decía *the Norwegian*. Ahora bien, ¿lo siguiente había sido *waiting* o *wanted*? ¿O habría dicho lo primero que me pareció entender, pero que enseguida descarté por poco plausible? Algo sobre «alguien que finalmente había llegado».

Lo había dicho como quien hace saltar la alarma, la que hace que la tortuga se meta en su caparazón. Quizá Einar no quisiera que lo visitaran, tal vez el hombre que se había ganado un sitio en París a base de garlopa y gramil era ahora un viejo ermitaño, alguien que no abría cuando llamaban a su puerta. Hasta ese momento, lo había buscado como si la historia de su vida estuviera accesible en un servicio de información telefónica sobre el extranjero. Pero había llovido mucho desde mi décimo cumpleaños, su vida podía haber cambiado radicalmente.

No, me dije, la vida cambia muy despacio o no cambia en absoluto, sobre todo para un hombre que tala unos abedules con una sierra de arco y construye con ellos un ataúd que le envía a su hermano.

Empecé a vagar con el coche sin encontrar Norwick y de pronto tuve la sensación de reconocer una zona que se parecía a la foto que había sacado el abuelo. Me adentré por un camino, en busca de la razón de una foto. ¿Qué llevaba a un granjero entrado en años, que no estaba interesado en la fotografía, a tomar una foto de un anodino tramo de costa?

El camino conducía a una punta al sur de la isla. Salí del coche, me puse el anorak e intenté ubicar el encuadre. La llovizna iba y venía mientras yo buscaba una foto que ya había sido tomada.

Entonces oí unos ladridos detrás de una loma. Al poco volví a oírlos, esta vez más cerca. Un empapado pointer inglés con manchas grises y la lengua fuera pasó corriendo con ojos enloquecidos y las orejas ondeando al viento, luego desapareció. Ladera abajo, lo seguía una mujer escuálida con el aliento entrecortado que corrió hasta mí, se abrió el abrigo, volvió a cerrarlo y parecía aún más alterada que el perro.

—Se ha ido por allí —le dije en inglés, indicándole la dirección.

Se rascó con ganas la mano izquierda, tenía la piel escamada y enrojecida.

—¿Vive por aquí algún noruego? —pregunté.

—*Never heard of one.*

Se fue tras el perro, pero al cabo de un momento regresó, negando con la cabeza. Se paró a tomar aliento y sacó una cajetilla de Salem. A las pocas caladas, descapulló la brasa, volvió a meter el cigarrillo en la cajetilla y se rascó

de nuevo la mano.

—¿Sabes dónde es esto? —pregunté, pasándole la foto.

Asintió, murmuró «Haaf Gruney» y señaló la isla apenas visible en el segundo plano de la foto. En ese momento el perro regresó y empezó a menear el rabo contra mi pierna y a salpicar agua por todas partes. La mujer le enganchó la correa.

—¿Eres supersticioso? —me preguntó mientras sujetaba al pointer.

—*Not really* —dije.

—Antaño, la gente decía que se podía ver al diablo cruzando el estrecho de Haaf Gruney. Llegaba por la noche, con un ataúd asomando de la barca.

La miré, luego miré la foto.

—Ataúdes —dije—. ¿Vivía allí alguien que fabricaba ataúdes?

No respondió, volvió a sacar el cigarrillo y estaba a punto de encenderlo de nuevo cuando el pointer comenzó a dar tirones y echó a correr.

—¿Dónde está Norwick? —le grité a la espalda.

Ella volvió la cabeza y dijo:

—Donde están los ataúdes.

El mapa estaba empezando a arrugarse. No me encontraba lejos de la isla que la mujer había llamado Haaf Gruney, situada a medio camino entre Unst y la isla vecina, Fetlar. El viento azotaba el papel, así que me eché la Leica al hombro e inicié la marcha.

Cuando llegué a la orilla, tuve la sensación de que el magnetismo de la tierra me empujaba hacia delante y corregía mi rumbo como la aguja de una brújula. El paisaje tomó forma. La loma a mi derecha adquirió la altura correcta, la ensenada a la izquierda cogió la curvatura que estaba esperando, poco después me hallaba en el interior de la fotografía.

Allí había estado el abuelo. Por instinto miré el suelo, como si aún pudiera ver sus huellas. Efectivamente era allí, reconocía incluso el encuadre de su Rollei. Pero de pronto todo era aún más incomprensible, si cabe, porque a mi alrededor no había una sola casa. Solo el camino, el mar y una desvencijada caseta para barcas construida en piedra gris.

Cogí los prismáticos del abuelo del maletero del coche. La óptica alemana no dejó lugar a dudas. Haaf Gruney estaba desierta. No se veía ni un muro de piedra.

YA SOLO ME QUEDABA NORWICK. Empezaba a ser demasiado tarde para andar llamando a las puertas, decir mi apellido y preguntar por Einar, así que seguí

dando vueltas con el coche, con la idea de explorar la isla y buscar un sitio donde aparcar y hacer noche.

Y entonces encontré Norwick. El lugar no tenía letrero, pero, en tanto que noruego, tampoco debería haberlo necesitado. Porque al llegar al extremo norte de la isla, me topé con la imagen que había llevado a algún vikingo a bautizar aquella bahía como Nordvik, bahía del norte. Un amplio arco se abría al mar y a las olas, seis o siete casas en las laderas, un pequeño cementerio en la punta de una lengua de tierra.

Me recorrió algo semejante a un temblor instintivo. La certeza de que el momento era clave. Estaba muy cerca. Abrí la verja de hierro, me adentré entre las sepulturas y llegué hasta la única que destacaba.

Un ataúd de abedul flameado cruzó el mar del Norte.

En agradecimiento, volvió una lápida de granito azulado de Saksum.

2.

JULIO DE 1986, recordaba aquel mes. Un día el abuelo regresó del pueblo con el maletero del Estrella hundido sobre los neumáticos, que era como iba siempre en invierno, cuando acarreaba sacos de arena para ayudar a las cadenas a agarrarse al pavimento. Pero lo que llevaba ese verano era una lápida, aunque la explicación que me dio a mí fue que se le había partido un muelle y que iban a arreglárselo en Lillehammer, lo cual le venía muy bien porque habían adelantado un poco la reunión anual de la Liga de Ganaderos de Ovino y Caprino.

Ese año el abuelo me había llamado desde Shetland, quizá desde la cabina telefónica del embarcadero del ferri, sin contarme que acababa de enterrar a su hermano. A partir de entonces dejamos de usar el apartado de correos del pueblo y volvimos a recibir las cartas en el buzón de la carretera regional.

Me senté en un banco del cementerio y pasé mucho rato mirando las sepulturas castigadas por los vientos y cubiertas de musgo. Cada una de ellas se erguía sobre todo lo que trataba de averiguar. La verdad sobre mis padres. Aquellos cuatro días en Francia tenían su propia lápida, una piedra sombría y ladeada. Un poco más allá, había una cruz oxidada, en recuerdo de lo que podría haber sido la herencia. En el extremo de mi campo de visión, una piedra arqueada, bajo la que yacía la respuesta a por qué, por qué, *por qué*, había que ocultarme la existencia de Einar. A mis pies, una pequeña lápida blanca con las fechas borradas, la sepultura que daba respuesta a cómo se habían conocido mis padres.

Y en el centro del cementerio, la sepultura más grande de todas, un enorme monumento que se cernía sobre la tumba que se abrió mientras estuve allí sentado: el hoyo en mí mismo.

Al final me acerqué a la lápida de Einar y me puse en cuclillas. Norwick estaba tan castigado por los vientos que había que asegurar incluso las flores. Ante cada lápida, clavadas en la tierra, había unas pequeñas varillas de hierro a las que se ataban los ramos. En la tumba de Einar, un cordel amarillo ondeaba al viento. Un poco más allá, en la dirección hacia la que soplabla el viento, había un ramo de tulipanes naranjas tirado en la hierba. Primero creí que eran de otra tumba, pero de pronto me di cuenta de que los tallos estaban atados con el mismo cordel amarillo.

Alguien había colocado flores en la tumba de Einar hacía muy poco.

Volví a amarrar los tulipanes a la varilla y me levanté. El viento empezó a dar tirones de las flores, pero tuve la impresión de que ya no pretendía soltarlas, sino soplar sobre los pétalos y esparcir las semillas.

LA LLAMA AZUL DEL CAMPING GAS CREPITABA. Había acampado con vistas a la diapositiva 18b. Estaba sentado, con la espalda apoyada sobre la rueda trasera, comiendo sopa de guisantes. Aparte de la caseta de las barcas de la playa, no se veía nada. Algunas ovejas balaban en una ladera, por lo demás el paisaje estaba desierto. Eran ya cerca de las once y estaba exhausto y destemplado. Los ferris seguían circulando, así que, probablemente, lo más sensato habría sido coger el coche, tomar una habitación en algún hotel barato de Lerwick y visitar a Agnes Brown a la mañana siguiente.

Pero mi mirada tenía un punto al que agarrarse: Haaf Gruney, la pequeña isla frente a la bahía. Que Einar transportara ataúdes al atardecer podía encajar con lo que sabía sobre él, pero era imposible que hubiera vivido allí. Aun así, la superstición se había vinculado a aquella isla tranquila y chata.

Se avecinaba neblina. Cogí la Leica y enfilé hacia las piedras de la playa, al poco encontré una antigua senda casi desdibujada que conducía hacia la vieja caseta. Me puse a resguardo de la pared. Era un edificio bajo, construido con piedras grises y con tejado de chapa ondulada y oxidada. El muro se adentraba unos metros en el mar para que los barcos pudieran llegar hasta dentro.

Unas piedras planas asomaban del agua y conducían hacia la esquina. Las seguí, agarrándome a una cuerda que corría a lo largo del tejado, y doblé la esquina hacia una de las paredes cortas. Enfrente estaba cortado por un enorme portón de madera, astillado y corroído por el mar y las inclemencias del tiempo. En el centro intuí el contorno de una gran cruz blanca. El mar chapoteaba contra mis zapatos.

Y del pasador de hierro colgaba un candado noruego Mustad.

Regresé corriendo al coche y saqué del maletero la linterna y el llavero que había encontrado en el secreter. Escudriñé la carretera y agucé el oído por si venía alguien, luego eché a correr de nuevo, me agarré a la cuerda y avancé hacia el portón con el agua golpeándome los zapatos.

Me quedé parado. Me temblaba todo el cuerpo.

La llave entró, se oyó un pequeño *clic* y el reluciente aro saltó. Me puse la linterna bajo el brazo, abrí el pasador, empujé el portón y me colé dentro.

La luz del anochecer caía sobre una vieja barca que se mecía en el agua, una prolongación cautiva del mar. El fondo de la caseta estaba en tierra firme, era

como una cueva y apenas había un metro hasta el techo. Entreveía algo blanco y alargado. Cerré el portón para que nadie me viera y encendí la linterna. El haz de luz cayó sobre un ataúd blanco destrozado.

No sé si fui yo quien gritó o si oí un grito. Mi corazón latía como el de un conejo que sabe que lo van a matar. La luz se aferraba al ataúd astillado, no me atrevía a mover la linterna, como si las imágenes más siniestras me acecharan desde el fondo de la caseta.

El miedo corría por mi cuerpo, el miedo a que el ataúd contuviera un cadáver putrefacto. No un cadáver de huesos y piel carcomida por los gusanos, sino uno que yo nunca lograra enterrar, una verdad que no pudiera soportar.

Despacio pasé por delante de la barca, me puse en cuclillas y volví a iluminar el ataúd. El extremo de la cabeza estaba destrozado y, aunque los costados estaban enteros, los ensambles se habían desprendido, de modo que el ataúd estaba ladeado y deformado. Levanté la tapa.

Redes de pesca y tablas.

Quizá no fuera tan mala idea guardarlas en un ataúd, si ya lo tenías hecho. Como la diferencia entre tierra consagrada y tierra de cultivo.

De forma era parecido al que le había hecho al abuelo, pero este era más sencillo, más desnudo, solo tenía unas finas filigranas a lo largo de la tapa que me recordaron a un cordel trenzado. Trasladé el haz de luz hacia la barca. Negra como el carbón, tosca y grande, casi como un bote salvavidas, con sitio de sobra para trasladar un ataúd.

Recorrí las paredes de piedra con la linterna. Una chaqueta descolorida, unas cuerdas enrolladas, bidones de aceite pringosos, herramientas oxidadas... Remos.

Entre los incesantes golpes del mar, oí el motor de un coche que bajaba de revoluciones. Apagué la linterna, salí y miré hacia la carretera. A través de la niebla distinguí unos faros delanteros. El coche se quedó un rato parado junto al Commodore, antes de acelerar.

Al poco, abrí el portón para que entrara algo de luz en la caseta. Todo estaba mojado, el mar golpeaba las piedras. La barca estaba amarrada con unas cuerdas pringosas y cubiertas de algas, se mecía levemente.

Entonces vi una palabra escrita sobre el casco. Primero pensé que ponía ATNA, luego descubrí el contorno de una quinta letra. La barca se llamaba *Patna*. Tenía que ser de Einar. En ese caso, llevaba allí un lustro sin haber sufrido daños. La madera estaba hinchada y no parecía que tuviera filtraciones, aunque estaba cubierta de conchas.

Frente a la bahía intuía el contorno de Haaf Gruney. La caseta estaba a la menor distancia posible de la isla. Que una isla no estuviera habitada, ¿quizá no

significara que estuviera *vacía*?

La barca crujía, se hundía mucho en el agua y se manejaba con dificultad. Tomé como punto de referencia un peñasco que se recortaba contra el cielo, visualicé una línea que dejaba Haaf Gruney a mi espalda y empecé a remar. Nunca había llevado una barca tan dura de manejar, pero era firme como una montaña y quizá los barcos de costa deban ser así, un poco reacios.

Se me fueron abriendo las vistas sobre Unst. En la punta de un cabo, vi luz procedente de un puñado de casas y, conforme me fui alejando, distinguí algunas casas más.

Me quité los zapatos para que mis pies notaran si el barco empezaba a tragar agua, pero no habría sido necesario. Aunque la barca fuera tosca y basta, tenía la sensación de que la había construido Einar, el maestro carpintero de mi familia. Recordé la vieja rebeldía que había percibido en el bosque de abedules flameados, la eterna rivalidad entre los dos hermanos y mi tendencia a ponerme del lado de Einar cada vez que me enfadaba con el abuelo.

El ruido de un motor de barco me llegó por encima del agua. Levanté los remos y miré a mi alrededor. O el barco iba sin luces o se encontraba al otro lado de Haaf Gruney. El sonido me llegaba de la superficie del agua y de las islas de alrededor, durante un rato tuve la sensación de que venía hacia mí, pero luego se desvió, se fue apagando y al final dejé de oírlo.

La isla ya estaba muy cerca. Volví a marcar el rumbo y remé más rápido a través de la oscuridad.

Haaf Gruney iba creciendo ante mis ojos. Al poco empecé a oír el golpeteo del agua contra las piedras de la playa. La luna asomó de entre las nubes. Desde la distancia, la isla parecía llana, pero a medida que me acercaba fui distinguiendo un acantilado de cuatro o cinco metros de altura, con castigados peñascos delante. Tenía que seguir remando hasta encontrar un sitio mejor donde atracar.

Poco después llegué a una zona de menor calado, palpé el fondo con el remo, me remangué los pantalones y salté al agua. Pero el barco no se separó del modo al que estaba acostumbrado y, antes de hacer pie, estuve a punto de caer de bruces.

Aunque me movía con torpeza, conseguí amarrar la barca. Luego me quité el anorak y me adentré en la isla dando tumbos. Encontré un charco de agua, bebí y me senté en la hierba.

El cansancio se cernía sobre mí.

Esa misma mañana había desembarcado en Lerwick y ahora me encontraba allí. Como siga así, me dije, pasado mañana estaré en el Polo Sur. Saqué del

anorak una tableta de chocolate mojada. *Ahora* sí que era el momento de usar las reservas de provisiones.

Las luces de Unst arrojaban largos reflejos sobre la superficie del mar. Mientras me comía la última onza de chocolate, vi que se encendía una nueva luz, algo más tenue, que no llegaba al agua y debía de salir de una casa de tierra adentro.

Haaf Gruney estaba cubierta de hierba recia y crecida. Me alejé de la orilla y me encaramé a un enorme pedrusco. Vistas a la noche y al viento, nada más.

Me quité los pantalones y los retorcí; cuando volví a ponérmelos, estaban tiesos y se me pegaban al cuerpo, así que empecé a recoger leña de deriva para hacer una hoguera. Como el frío arreciaba, vagué un rato buscando un lugar donde guarecerme del viento.

Si es que había un sitio así en Haaf Gruney.

Crucé la isla hasta la otra orilla. Nada, solo piedras, charcos, el cielo sobre mi cabeza y el mar alrededor. Me volví y me encaminé hacia el extremo sur, hasta que encontré una ladera. Empecé a bajarla, asumiendo que acabaría en un acantilado sobre el mar.

Pero de pronto vi el tejado de una casa. La estructura contrastaba con el castigado terreno que la rodeaba, donde todo parecía llevar diez mil años sin cambiar.

Dos, no, *tres* casitas de piedra y, en la orilla, una pequeña caseta para barcos.

Todo ello invisible desde Unst.

Bajé con paso vacilante y me detuve entre los muros de las casas, luego me acerqué a la de mayor tamaño y rebusqué las llaves en el bolsillo del anorak, en un amasijo de papel pringoso de chocolate y billetes de libras humedecidos.

3.

¿FUE EL AGOTAMIENTO O MÁS BIEN UNA INTUICIÓN LO que me impulsó a llamar a la puerta de una casa abandonada y gritar «hola»?

No lo sé. Quizá no fuera más que un pequeño saludo al fantasma de Einar, un fantasma que no me respondió con ninguna voz pero que, aun así, estaba allí. Entré despacio, mis movimientos producían eco en la entrada vacía y tuve la sensación de notar su cercanía en la noche.

Ya he llegado, Einar, murmuré. No sé si realmente querías que viniera, pero creo que sí. Estuviste en Hirifjell cuando cumplí diez años, solo que yo no sabía de tu existencia. He llegado demasiado tarde, pero ya estoy aquí. Así que muéstrate del modo en que te sea posible.

Las contraventanas estaban cerradas, avancé a oscuras, con los brazos extendidos iba palpando las paredes. Sentí un suave olor a hollín, encontré la chimenea y deslicé las manos por la pared de piedra. Ahí, en el estante, una cajita. La agité. El mismo sonido reconfortante que en Noruega. Cerillas.

La llama iluminó una mesa, un diván y, bajo una ventana, una librería. Eso era todo. Miré a mi alrededor a la luz de la cerilla que se consumía. Encendí otra y localicé una vela amarilla, pero nada que echar a la chimenea, tampoco vi una cama ni una manta. Tenía tanto frío que busqué por la habitación cualquier cosa suave y seca, pero acabé teniendo que arrancar una cortina para envolverme con ella.

Al instante de quedarme dormido, me incorporé de golpe.

La barca seguía amarrada donde había encallado en la playa. No tenía ni idea de si la marea estaba alta o baja, la barca podía soltarse. Me apresuré a ponerme los zapatos mojados, el pantalón mojado y el anorak mojado y corrí hasta ella.

La barca se mecía frente a las piedras como dándome la bienvenida. En Unst vi pasar las luces de un coche solitario.

Con mis últimas fuerzas, remé alrededor de la isla y evité por los pelos un afilado escollo frente al muelle. Intenté abrir la caseta para barcas, pero no encontré la llave y acabé amarrando el *Patna* a unos postes medio podridos.

Esa noche, mis sueños caminaron en círculo.

Me encontraba de pie en una gran estancia junto a una mujer que llevaba

vestido. La luz procedente de unas ventanas altas proyectaba nuestras sombras en el suelo. Estábamos parados, como quien espera a que empiece a sonar la música para iniciar el baile.

Pese a que teníamos la misma edad, ella era adulta y yo no. Y aunque nos rozábamos, no sentíamos el tacto, era como si ella fuera aire para mí y yo para ella.

Algo estaba mal. Algo con nosotros dos.

Y entonces su figura empezó a desvanecerse. Durante un rato, el vestido siguió manteniendo la forma de un cuerpo, pero acabó deformándose y, cuando la fina tela se desplomó, la agarré por el talle. Me había quedado solo con el vestido de una difunta.

Al despertar, me pregunté si el baile estaría a punto de comenzar o si nunca tendría fin.

Del exterior, me llegaba el sonido de las olas que rompían contra Haaf Gruney. Luego volví a quedarme dormido.

UN TENUE BRILLO A TRAVÉS DE LAS RENDIJAS DE LAS contraventanas. Mi ropa en un montón mojado en el suelo. Me levanté. El sueño seguía resonando en mi interior, como un espectro calcinado sobre mi retina, pero la luz del día lo fue ahuyentando.

Afuera el mundo estaba gris, aunque el sol trataba de abrirse paso. Unas losas de piedra conducían hacia la caseta y la barca seguía donde la había amarrado. Aun cuando el viento era suave, el mar estaba revuelto a la altura del escollo frente a la caseta.

Giré las tuercas de lazo que sujetaban las contraventanas por dentro, salí y las abrí. Vi cómo la luz inundaba la casa y me vino a la cabeza el momento en que conecté la electricidad en el taller de carpintería. Luego regresé a la puerta y, al agarrar el picaporte, me dije que era Einar Hirifjell.

El crujido de una puerta atascada. Pequeñas huellas de vida. Algo de pintura en la parte baja de la pared, donde se quitaba los zapatos.

Parte de su ritmo diario se me hizo perceptible. Detrás de la cocina, un pequeño dormitorio donde un viejo colchón de muelles, ahora sin sábanas, descansaba sobre una cama de madera basta. Una palangana abollada y una jarra verde de hojalata. Una toalla y una pastilla de jabón reseca.

La cafetera boca abajo. Desayuno en soledad. Un taburete junto a la ventana de la cocina al amanecer. Vistas a las peñas cubiertas de pájaros de la isla vecina.

Los muebles los había hecho él mismo, lo notaba por las ensambladuras, pero

eran tan sencillos como un banco de carpintero. La elegancia y la alegría de trabajar no lo habían acompañado a su propia casa.

Hacía fuego con turba. En una caja junto al fogón de la cocina encontré unos aglomerados negros. Entre la cocina y el salón, el suelo estaba desgastado. Probablemente se tendía en el pequeño diván y dejaba la taza sobre la mesa baja.

En el alféizar de la ventana, una pequeña radio Kurér. En un cesto marrón, unas pipas con los bordes calcinados. Todo parecía intacto desde su muerte.

Me senté en la penumbra de la entrada. El viento me soplaba desde la puerta abierta.

Einar Hirifjell, rodeado de mar y piedras, de lluvia y viento. Un cielo severo sobre un hombre agotado.

Un golpe de viento me pasó por el pelo. Después del entierro, el abuelo debió de cambiar los candados, pero ¿por qué había sacado la foto desde Unst y no desde Haaf Gruney? ¿Y por qué no había vendido el lugar?

Tenía frío. En la entrada encontré una descolorida chaqueta de un color verde grisáceo. Me la puse junto con un pantalón de faena con manchas de aceite y unas carcomidas botas de lluvia Dunlop. *Por lo demás tenía muy mal aspecto, había dicho Thallaug. Llevaba unas botas de agua amarillas y feas.*

Me di una vuelta entre las casas. Tenía la sensación de estar visitando una cabaña abandonada que de pronto me hubiera enterado que pertenecía a la familia. En parte era mía, en parte de otros.

Tengo que encontrar la llave de la caseta, me dije, y meter la barca. No quiero que me descubran y no quiero hablar con nadie. Prefiero no enterarme de que la isla en realidad es propiedad de otro.

Bajo los canalones había unos barriles de madera llenos de agua. Me incliné y bebí, escupí algunas hebras de algas y bebí más. Entonces oí el ruido de un motor fueraborda.

Me agaché enseguida, con la esperanza de que fuera un pescador pasando por el otro lado de la isla. Pero el ruido del motor fue en aumento y, al poco, vi que la proa de un barco rodeaba el escollo. Frenó frente al *Patna* y se quedó parado, meciéndose en el mar.

VIA UNA CHICA CON UNA MANO SOBRE LA CAÑA DEL TIMÓN y una rodilla apoyada en el banco. Venía en un barco de madera lleno de rayajos, impulsado por un viejo fueraborda de cuarenta caballos. Tenía mi edad y llevaba un chaleco guateado. Durante un instante miró el *Patna*, luego se apartó el pelo de la frente y miró hacia donde yo estaba.

Cuando me levanté, dio un respingo, pero no me saludó, se limitó a quedarse

parada, observándome. Como si estuviera ante una casa recién pintada y, por el camino, se hubiera preguntado cómo había quedado. Luego aceleró, trazó un gran arco con la barca y regresó con el sol en la espalda. Amarró junto a la caseta y saltó a tierra.

A su alrededor, el rocío de la hierba se evaporaba. No era muy alta, de complexión algo robusta y tenía el pelo moreno y rizado. Una chica que no destacaría entre la multitud y en la que, aun así, percibí cierta aura cuando emergió del mar reluciente. No sonrió al acercarse y tampoco cuando se detuvo a pocos metros de distancia y me preguntó qué hacía allí.

—*Came yesterday evening* —respondí.

—Ya —dijo—. Pero ¿qué *haces* aquí?

Erres fuertes y una *o* profunda y larga. No sonaba como el dialecto de Shetland. Escocés, hablaba escocés. Y la voz no encajaba con la cara. Su aspecto era frágil, pero tenía la voz de un director de banco.

—Estoy echando un vistazo.

—*Is that sooo* —dijo, dando un paso hacia mí—. ¿En Noruega llamáis *evening* a la medianoche?

Busqué las palabras. ¿Habría usado mal la expresión *evening*? No encontré los vocablos correctos y acabé diciendo:

—*What do you mean?*

—Eran más de las doce cuando cruzaste hasta aquí. Estaba dando un paseo y te vi en mitad del estrecho.

—¿Cómo sabes que soy noruego? —dije—. ¿Por el acento?

—Bueno —dijo mientras pasaba por delante de mí—. Hablas como un médico extranjero.

—¿Y por eso sabes que soy noruego?

—No —desplazó la mirada hacia las casas—. Lo sé porque hay un coche con matrícula noruega junto a la caseta de las barcas en Unst.

Tenía los ojos marrones y una mirada firme que parecía más destinada a medir que a admirar. Tendía a guiñar un poco los ojos antes de decir algo y, cuando le hablé de Einar y le dije que era pariente suyo, adquirió por un instante una expresión soñadora que enseguida se esfumó.

—Podrías haber esperado a que fuera de día —dijo—. Haberle pedido a alguien que te trajera en un barco en condiciones.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué cruzaste en plena noche? —insistió.

—*To let the river run its course* —dije.

Se rio un poco con aire condescendiente, como si encontrara la respuesta torpe, pero hasta cierto punto respetable. Puede que mis palabras sonaran

pomposas y estúpidas, pero desde luego no era la frase de un médico extranjero.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Vienes por aquí a menudo?

Se encogió de hombros y enfiló hacia las casas sin comprobar si la seguía.

¿Y ahora qué?, me pregunté. ¿Me siento y finjo que estoy ocupado?

—Vengo de vez en cuando —respondió cuando le di alcance—. Y me paseo con una cesta, por si encuentro algo bonito en la playa.

—¿Y encuentras muchas cosas?

—Algunas —dijo—. Pero tú no me cabes en la cesta.

Tenía las caderas anchas y los pantalones ceñidos. Los muslos eran gordos y los pechos pequeños, aunque tenía un rostro sensual y su arrogancia me atrajo tanto que la hubiera seguido como un perrillo. En cuanto fui consciente de ello, me irrité conmigo mismo.

—¿Quién es el propietario de la isla? —pregunté cuando llegamos a las casas.

Frunció el ceño con la mirada clavada en la llave de hierro forjado que tenía metida en la cerradura de la puerta, con el resto del llavero colgando.

—Quiero decir *ahora* —aclaré—. Después de su muerte.

—La isla es de la familia Winterfinch —dijo—. Siempre ha sido suya.

—¿Viven en Unst?

—En Edimburgo. A veces vienen en verano.

—¿Los conoces?

—Todo el mundo conoce a los Winterfinch —dijo con aire ausente y echó un vistazo hacia el interior. Luego dio unos pasos hacia atrás y señaló el tejado—. Sabes por qué es tan sólido, ¿no? —preguntó.

Hasta entonces no me había fijado. El tejado, cubierto de grandes losas de piedra, tenía una malla metálica tendida encima.

—La malla es para protegerlo del mar —dijo—. Y para que el viento no se lleve las tejas. Me pregunto cómo será esto con tormenta. Es probable que las crestas de las olas más altas lleguen hasta las ventanas.

Estaba tan cerca de mí que podía leer lo que ponía en sus botones. Cordings. Nunca había oído hablar de esa marca, pero tenía la sensación de que era tan cara como una Leica. Buscaba algo que pudiera clasificarla y explicarla. Daba la impresión de ser mayor que yo, no por los años, sino porque parecía de otra época.

Por fin encontré un concepto que podía describirla. Era una *dama*. Sus movimientos firmes, tranquilos, el modo en que había salido de la barca, un aire cariñoso oculto bajo un gesto comedido...

Se acercó a uno de los cobertizos y tiró de uno de los candados.

—¿Cómo es que tienes las llaves de esto?

—Estaban en mi casa —dije—. Creo que mi abuelo debió de cambiar los

candados cuando vino a enterrar a Einar.

—Hace años que no vienen por aquí —dijo—. La familia Winterfinch, quiero decir.

—¿Einar les alquilaba la isla? —pregunté.

—En cierto sentido, creo. ¿Por qué te has puesto su ropa?

Le iba la confrontación. Me respondía con preguntas. Daba la impresión de ser una chica que había tenido que luchar para salir adelante y que una de sus armas era lograr que los demás se sintieran estúpidos.

—La mía se mojó —dije—. Esto es lo único que he encontrado.

—Normal. Esa era la única ropa que llevaba.

—Entonces, ¿lo conocías? —exclamé—. ¿Conocías a Einar?

Repitió su nombre. Lo pronunciaba *Aainarr*.

—De niña lo veía a veces. *An unken body* —se dio cuenta de que no la entendía—. *Unken*. Excéntrico. Ermitaño. Un tipo al que no vas a buscar.

—Hablé con una señora —dije—. Por lo visto, los supersticiosos decían que el demonio vivía aquí y que cruzaba el estrecho con un ataúd en la barca cuando alguien iba a morir.

—No era el demonio, sino la *muerte*.

—¿La muerte?

—Sí, por los ataúdes. *Aainarr* era carpintero de ataúdes. Los trasladaba en barco a Unst y, desde allí, se ocupaba la funeraria de Lerwick. La historia surgió porque al principio solo tenía una barquita, de modo que los ataúdes asomaban de costado. La gente de por aquí sabía que no siempre traía el mismo ataúd, claro, pero los turistas no se enteraban. Más tarde se hizo con esa barca —miró en dirección al *Patna*—. Tiene espacio de sobra para un ataúd.

—¿Tenía algún amigo? —pregunté—. Además de la gente de la funeraria.

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió al tiempo que echaba a andar hacia la barca de remo, pero se detuvo a cierta distancia, como si algo le impidiera acercarse más—. Es probable que fuera un barco de arenques.

—¿Un barco de arenques?

—Sí, ya ves lo basta que es la construcción. Supongo que tenían que ser así para no destrozarse contra el costado de los buques. También servían para cazar ballenas. El estilo es típico de las barcas de Shetland de este tamaño. Cuando dejaron de pescar arenques en Unst, sobraban a cientos —no soltaba la barca con la mirada; al final dijo—: Y pensar que murió bajo ella.

Sentí una punzada. No solo por lo que había dicho, sino por el hecho de que yo no hubiera pensado en eso, en cómo murió. Había dado por hecho que se quedó dormido como el abuelo, que un día sencillamente se le apagó la luz.

—¿No lo sabías? —retrocedió un paso.

Negué con la cabeza.

—Pero era pariente tuyo, ¿no?

—Claro que lo era —dije—. Pero el abuelo y él dejaron de hablarse después de la guerra.

—¿Por qué?

—Se... —me interrumpí y dije—: Cuéntame cómo murió.

Se ciñó el chaleco.

—Un pescador pasó por aquí hace cinco años y vio el barco en tierra. Supuso que *Aainarr* lo estaba reparando, pero cuando el pescador regresó con la captura, el barco estaba volcado y los cables de acero de un cabrestante se movían al viento. Se le cayó la barca encima.

Se me hizo un nudo en el estómago. Me pareció oír el crujido, la madera contra la piedra, la madera contra los huesos... Ni un alma en la isla. Después solo el viento. La monótona marcha fúnebre por Einar Hirifjell.

De pronto tuve la sensación de verlo. Un chico que se encontraba incómodo en Hirifjell y que cultivaba abedules flameados. El carpintero de confianza de un taller de ebanistería de primer rango, el hombre al que enviaban a África para garantizarse los mejores envíos de bubinga, *los mejores de todos*.

—¿Así que murió solo? —pregunté.

Lo dije por decir algo. Había surgido en mí un afecto, pero era un sentimiento que no tenía adónde ir, como un pajarillo encerrado en una casa abandonada.

—*Aainarr* siempre estaba solo —dijo—. Eso sí que lo sé. Pero la gente avisó al párroco y echaron el barco al mar.

Empecé a mirar de reojo las piedras buscando manchas de sangre, aunque sabía que el primer chubasco después del accidente las habría limpiado. Justo por debajo de la línea de flotación de la barca, me pareció intuir unos remaches de latón. Terminó la reparación. Los últimos martillazos del maestro ebanista.

Me sacudí las ideas de encima.

—¿Por qué lo consideraban un...? ¿Cómo lo has llamado?

—*Unken body*?

—Eso.

La chica echó a andar hacia su propio barco. No siguió hablando hasta que no nos alejamos un poco del *Patna*, ahora con voz más suave.

—No me gusta hablar mal de la gente. Pero ahora que está muerto y ya que lo preguntas...

—¿Sí?

—Se contaba una historia sobre él. La gente decía que había matado a una familia en Francia.

—¿Él? ¿Por qué?

—Por algún tipo de codicia, creo. Decían que fue por algo que valía una fortuna.

UN HOMBRE MUERE. Deja atrás sus herramientas, sus libros y su ropa. Pero también deja un rastro.

En un ropero encontré una caja con cartuchos de escopeta, probablemente para derribar alguna que otra ave marina, pero el arma no estaba. En la librería había algunos ejemplares amarillentos del periódico noruego *Aftenposten* de finales de los setenta, los poemas de Olav H. Hauge, viejas novelas en francés, una de ellas tan leída que el lomo estaba desgastado hasta las costuras: *Lord Jim*, de Joseph Conrad.

Debajo de las novelas había una fila de diccionarios, del francés a casi todas las lenguas europeas: polaco, húngaro, alemán, checo, rumano... Todos impresos en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Saqué el *Dictionnaire Larousse* de francés a ruso. Un ejemplar bastante usado. Algunos papeles olvidados, ninguna anotación al margen.

Miré por la ventana. Ya se había calmado el oleaje que formó el barco de la chica. Aunque me gustaba la compañía, había estado impaciente por deshacerme de ella. Se la veía muy arraigada en el pueblo y había soltado algún comentario que parecía chocar con mi derecho a estar allí. Pero, al fin y al cabo, yo era el que tenía las llaves, era el enviado de los muertos a Haaf Gruney.

La radio crepitó cuando giré el interruptor. Por encima de la distorsión, se oyó una voz que hablaba en noruego:

Y ahora el pronóstico del tiempo de la costa de Lindesnes...

Las pilas duraron unos segundos antes de que la voz de la meteoróloga se desvaneciera, dando paso a un zumbido que también acabó apagándose. El sintonizador estaba bloqueado, una radio eternamente sintonizada con las emisiones noruegas de onda larga.

Estaba mareado de hambre. En la despensa encontré algunas latas oxidadas de conservas. Jenkins' Cod Cakes, quizá fuera lo que tenía pensado comer antes de que se le volcara encima la barca.

Las palabras de la chica todavía resonaban en mi interior. *Por algún tipo de codicia*. Tenía que guardar relación con esa herencia.

Encendí el fogón de la cocina. La turba ardía mal, pero conseguí entrar en calor. Puse agua a hervir, eché dentro las albóndigas de pescado y me senté a mirar por la ventana.

Creo que Einar sabía lo que pasó cuando murieron tus padres y no quiso contarlo, me había dicho el viejo párroco.

Cabía la posibilidad de que estuviera sentado en la cocina del asesino de mis padres, pero también sabía cómo funcionan las habladerías: van siempre en aumento, siempre se ponen en lo peor. No obstante, en algún lugar de las inmediaciones se escondían las sombras de lo que realmente ocurrió.

Salí. Aunque las casas no se veían desde Unst y en el acantilado de Fetlar no había más que aves marinas, tenía la sensación de que alguien me observaba, ya fuera desde la distancia o todo lo contrario, una especie de ojo en mí mismo, un ojo con el que no sabía quién estaba mirando.

La chica y yo no nos habíamos dicho nuestros nombres, pero ella sí me había contado que se crio en Unst y que ahora estudiaba en tierra firme y volvía en las vacaciones.

—Mañana vuelvo —dijo—. Así veo cómo te va. No le voy a decir a nadie que andas por aquí.

Luego arrancó el fueraborda, pero enseguida lo apagó.

—Ten cuidado —señalaba con la cabeza la barca de remo de Einar—. Aquí puede levantarse una tormenta en cinco minutos. ¿Has oído la historia de lo que les pasó a las dos chicas en 1745?

Negué con la cabeza.

—Vinieron en barca desde allí —hizo un gesto hacia una isla cercana—. Se llama Ueya. Pero después el viento arreció, las arrastró mar adentro y acabaron en Noruega.

Me contó que en aquella época Haaf Gruney era un pastizal para las vacas. Las chicas perdieron el control de la barca cuando regresaban a su isla después de ordeñar y sobrevivieron gracias a la leche que llevaban. La tormenta las llevó consigo hasta la otra punta del mar del Norte y tocaron tierra en Karmøy, donde acabaron casándose y teniendo hijos.

—Por eso —dijo—, cuando cruces el estrecho de Haaf Gruney, mira a ambos lados como si fueras a cruzar una autopista. Luego lánzate a la barca y rema tan rápido como puedas. De lo contrario acabarás casado en Karmøy. Y eso sería una pena.

A continuación aceleró, la proa del barco se levantó y maniobró hacia Unst.

Mientras buscaba, mis pensamientos volvían una y otra vez a ella. *Pero tú no me cabes en la cesta*. Lo había dicho en un tono juguetón que había dejado su eco en mí.

La fuerza de atracción tiene muchas caras. La de ella residía en su seguridad en sí misma, en el modo en que se presentaba como la legítima emisaria respaldada por un centenar de barcos vikingos.

No me aclaraba con mi propia reacción. La chica había despertado en mí algo

que ignoraba que tenía: una necesidad de enseñar quién era yo realmente, de demostrar que no solo era capaz de titubear con las palabras y pasearme en botas amarillas entre casas de piedra.

Abrí la puerta de uno de los cobertizos. Herramientas para trabajar la tierra: pala y biello, palanca y mazo. Alambres oxidados y deformados por haber sido enrollados y estirados muchas veces. Al biello le faltaba un diente, la azada tenía el mango nuevo. Debía de cultivar hortalizas para mantener a raya el escorbuto.

A lo largo de la pared del fondo había una enorme pila de turba, piezas negras y grasas, cortadas con forma de ladrillo. Aparte de la radio, no encontré nada en la isla que no estuviera ya inventado en 1900.

Salvo un extraño artilugio que había en un rincón. Había atornillado el motor de una moto Norton a un poste. Una resquebrajada correa de transmisión estaba tensada entre dos rotores y entraba en una dinamo. Era un generador casero. El cable continuaba por el suelo y salía a través de la pared, lo seguí hasta la otra casa y abrí la puerta con la llave.

SU TALLER DE CARPINTERÍA, montado igual que el de Hirifjell. El torno ubicado en el mismo sitio, las herramientas distribuidas de la misma manera en el tablero de la pared, con las mismas siluetas a lápiz trazadas a su alrededor. Los mismos códigos en las botellas de aceite de linaza. Desgastados pinceles en botes de mermelada con aguarrás. Tornillos y remaches en botes de tabaco redondos. Fumaba Dunhill Early Morning Pipe y nada más.

Sin embargo, acabé dándome cuenta de que el taller sí era diferente al de Noruega. Todo estaba en el mismo sitio, pero la organización era *más estricta*. Las gubias colgaban tan rectas que las líneas parecían trazadas con regla. Las plantillas de la fresadora estaban apiladas como lujosos platos de porcelana en el armario de la vajilla de una familia rica. No había espontaneidad ni figurillas de madera, no encontraba ese aire juguetón que había visto en sus libros de bocetos de la granja, donde no aceptaba ningún diseño tal como era y tenía que transformarlos creando diferentes variantes.

Limpié el polvo del banco de carpintero. Yo mismo había sufrido remordimientos y tormentos, y mi forma de controlarlos había sido trabajar duro. Aquel lugar sencillo y espartano no era la vivienda de alguien que derrochara o se regodeara con las ganancias, era el altar de alguien que expiaba un pecado.

¿Por qué se castigaba? Daba la impresión de que su objetivo no era hacer carpintería, sino mantener la cabeza a raya por medio de disposiciones severas. Usaba la electricidad del generador para iluminar y para mover el torno y las

herramientas que no pudiera manejar a mano. Nada más. Ni siquiera tenía electricidad en la casa.

En los estantes distribuidos por las paredes largas, estaban los materiales. Roble, pino y un sinfín de variedades de madera desconocidas para mí. Una caja llena de sobrantes de maderas oscuras, una culata de escopeta astillada. En el suelo había unas tablas claras y casi brillantes.

Fijé una de las tablas al banco, cogí un cepillo y lo pasé un par de veces sobre ella. Vi cómo se curvaban las virutas. Me humedecí el pulgar con la lengua, froté la madera y observé la veta que aparecía.

Abedul flameado. Abedul de la montaña de Hirifjell. Los dibujos de los anillos de crecimiento fueron apareciendo poco a poco porque la humedad tardaba unos segundos en penetrar la madera, era como si las llamas siguieran el compás de mi dedo.

Intenté imaginarme cómo trabajaba y cómo pensaba Einar. Lo primero, hasta cierto punto, era capaz de comprenderlo, pero lo que *pensaba* constituía un enorme agujero negro para mí.

Esta había sido su vida. Despertarse cada mañana junto a un mar y un clima que cambiaban de hora en hora. Una vida con Dunhill Early Morning Pipe y un secreto.

De nuevo intenté *verlo* como si sostuviera una Leica en la mano y buscara el detalle que pudiera contarme quién era. En aquella pedregosa isla en medio del mar, torturada a diario por la lluvia y las tormentas, en el acogedor taller iluminado con luz amarilla y caldeado por una pequeña estufa.

Einar Hirifjell allí, solo.

Seguí explorando. En la casa levanté una jarapa, abrí la trampa del sótano en la cocina, miré detrás de los armarios y busqué tablas sueltas en el suelo, pero no encontré nada hasta que regresé al taller. Por fin, detrás de unos botes de lacas y barnices, descubrí un montón de cartas dirigidas a mí.

Para cada cumpleaños y cada Navidad, Einar me había enviado una carta. Con la misma constancia, el abuelo se las había devuelto.

La bonita caligrafía que conocía del libro de bocetos de París estaba erosionada y endurecida, pero seguía igual de erguida; era como si, por cada frase, hubiera deslizado un bisturí a lo largo de una regla, tallando el fondo de la línea de letras.

«Feliz Navidad y próspero Año Nuevo, Édouard. Espero que te guste el regalo. Los mejores deseos para el año 1976. Saludos de Einar.»

¿El regalo? A mí nunca me había llegado ningún regalo.

Cada año escribía más o menos lo mismo. Palabras neutras, sin referencia a nada que tuviéramos en común.

Debajo de la caja encontré un paquete envuelto en un brillante papel desgarrado. Dentro intuí una cuadrícula, era un tablero de ajedrez. Una bisagra la recorría por el centro de modo que podía cerrarse y, en el interior, quedaba espacio para las piezas. Los cuadros blancos eran de abedul flameado claro; los negros, de oscuro nogal. Las juntas afiladas y sin rendijas, la madera resplandecía por la cera pulida. A lo largo del canto, había unas letras talladas con tanta precisión que podría haber sido una línea en un libro impreso.

Para Edvard de Einar en el día de su confirmación.

En el papel de estraza estaba escrita la dirección y tenía sellos noruegos. El paquete se envió de vuelta desde Saksum el 12 de abril de 1982.

El nombre de un hermano con la letra de otro hermano.

Einar Hirifjell

Haaf Gruney, Shetland.

Dentro del tablero de ajedrez, entre las piezas, encontré tres recortes de periódico. Cuando los saqué, una cartulina marrón cayó al suelo.

Era un carné de identidad francés de 1943, expedido por las fuerzas de ocupación. Encima de la foto grapada, una esvástica. Einar como aparecía en la foto de su sobre del secreter, aunque en esta llevaba un extraño peinado, con raya en medio y ondas planas por la frente.

Pero el hombre del carné de identidad no se llamaba Einar Hirifjell. Se llamaba Oscar Ribaut, nacido en París; de profesión, *ébéniste*.

Ribaut. Había visto ese nombre con anterioridad, en la huella que dejó la carta que Einar escribió en el despacho del párroco. Junto al nombre de Isabelle Daireaux.

Volví a mirar la foto. Realmente era Einar. La pregunta de por qué se llamaba Oscar Ribaut no tardó en dar paso a otra más acuciante, a saber: por qué Einar había guardado en Haaf Gruney tres recortes de un periódico local francés, *Le Courrier Picard*, de los días posteriores a la muerte de mis padres en septiembre de 1971.

El titular se extendía por encima de tres columnas: *Touristes décédés à Authuille. Un enfant disparu.* «Turistas fallecidos en Authuille. Un niño desaparecido.»

Lo que leí fue la noticia sobre la muerte de mis padres. La leí tal como sucedió en el momento, tal como la entendió el periodista local, sin la información posterior contenida en el resumen de *Sucedió 1971*. Era el periódico del viernes, apenas veinticuatro horas después de que murieran.

Ayer se denunció la desaparición de un niño de tres años en las inmediaciones de Authuille. Los padres, turistas noruegos, fueron hallados en el bosque al norte del pueblo. La pareja se había ahogado en uno de los muchos estanques en la orilla del río Ancre. A juzgar por las lesiones, habían pisado una bomba de gas y caído inconscientes al agua. Se cree que el niño desapareció antes o después del suceso y, durante el día de ayer, numerosos equipos de rescate se volcaron en su búsqueda.

El accidente tuvo lugar por la noche o a primera hora de la mañana. El bosque estaba bien señalizado con carteles de advertencia y se ignora por qué la pareja se encontraba en el lugar. El peligro es de sobra conocido. Es la tercera vez en lo que va de año que las bombas no detonadas de la Primera Guerra Mundial se cobran vidas en nuestro distrito.

El siguiente recorte era del sábado. El periódico informaba de que, en el momento en que fue a imprenta, yo seguía desaparecido y de que había llegado un pariente de Noruega que había identificado a las víctimas.

El abuelo debió de llevar una foto porque en el periódico aparecía un retrato mío delante del hórreo de Hirifjell. Otra foto mostraba a una mujer con uniforme de policía. El pie de foto indicaba que se llamaba J. Berlet. La mujer contaba en el artículo que varios equipos de rescate con perros adiestrados me buscaban sin descanso desde el viernes, pero que no habían obtenido resultados. También habían dragado el estanque en el que se habían ahogado mis padres. Decía que el lodo que había en el agua y los explosivos del suelo del bosque dificultaban la búsqueda.

El último recorte era del martes, cuando todo había acabado. Por lo menos para los equipos de rescate.

El niño noruego desaparecido fue encontrado el lunes por la mañana en la consulta de un médico de Le Crotoy, un pueblo de la costa. La policía supone que el niño fue secuestrado, pero no quiere dar detalles sobre la investigación. No manejan ninguna teoría sobre cómo había llegado el niño a un lugar tan distante. Aparte de algunos rasguños, el pequeño se encuentra bien.

Un temblor me recorrió el cuerpo. Tuve la sensación de que todo ocurría de nuevo. Siempre había supuesto que el Ancre era un río grande y limpio, más o menos como el Laugen, pero ahora la verdad había salido a la luz, una verdad definitiva: fallecieron en un lodazal. Así era.

Primero intenté persuadirme de que habría alguna explicación inofensiva, de que al enterarse de mi desaparición, Einar había encargado los periódicos franceses. Pero los papeles estaban agrietados y amarillentos, con pequeños desgarros en los bordes, y los artículos tenían profundas señales a bolígrafo.

Einar estuvo allí. La cuestión era si estaba buscando o huyendo. Y si había matado a una familia en Francia.

El bosque al norte de Authuille. Hasta entonces había pensado que mis padres habían muerto en un prado abierto, en un campo de batalla conservado como una especie de museo al aire libre. Pero el periódico daba a entender que era un lugar cerrado y sin vistas.

Quizá el reproche que le hizo el abuelo a Einar en el entierro de mis padres no fuera vago. *Ese maldito bosque*, lo que había murmurado junto a su tumba, existía de verdad. Y tenía que estar cerca de Authuille.

Meforcé a dejar de pensar. Seguí buscando, encontré la llave de la caseta de las barcas, hice sitio entre cuerdas deterioradas y redes de pesca desgarradas, y metí el *Patna*. El tiempo cambiaba constantemente. El calor dio paso a ráfagas de frío procedentes del mar revuelto. Sin embargo, una hora más tarde, el sol brillaba de nuevo y el viento había amainado. Después lluvia y sol al mismo tiempo. Luego un fuerte aguacero y, al poco, sol de nuevo.

De vez en cuando pasaba un barco pesquero, siempre por el otro lado de la isla.

Volví a entrar en el taller de carpintería y me quedé allí mucho rato, dejándome sentir mis sospechas y posibilidades. ¿Podía ser aquel el taller del hombre que había matado a mis padres?

A ratos la idea despertaba en mí deseos de venganza, al segundo sentía compasión.

El párroco había dicho que Einar se había vuelto creyente. *Su doctrina era dura como la piedra y estaba llena de dolor y remordimiento.*

Pero recordé que Einar fue a buscar a Thallaug en 1967. Era un hombre atormentado mucho antes de que se pusiera en contacto con mi madre y, por tanto, *antes* de su muerte en 1971.

Algún tipo de codicia. No veía el menor rastro de codicia en Haaf Gruney. El lugar era como un monasterio.

4.

LEVANTÉ LOS REMOS Y MIRÉ HACIA UNST. La chica tenía que vivir cerca, era poco probable que diera largos paseos en plena noche. *Estoy aquí este verano*, había dicho. Seguramente se alojaba en casa de sus padres y no me apetecía nada llamar a la puerta y saludarlos. Además no veía ninguna casa que encajara con ella, solo viviendas de viejos solterones con el jardín lleno de latas de diésel y nasas para cangrejos.

El *Patna* crujió. Todavía me resultaba perturbador usar la barca que había aplastado a Einar. Un par de gaviotas me acompañaron en la travesía hasta la caseta, donde guardé la barca. Abrí el Commodore, me puse unas deportivas secas y me eché la Leica a la espalda.

El tiempo volvió a cambiar. De pronto, la luz del día se atenuó como si un papel hubiera cubierto el sol y se extendió una niebla lechosa e intermitente, que a ratos dejaba pasar el sol durante unos minutos, pero que por lo general me hacía perder la conexión entre los lugares por los que caminaba. Tan pronto estaba junto a una casa de piedra derrumbada como aparecía en un estrecho camino que corría entre una cerca y la carretera. Un Vauxhall naranja pasó con gran estrépito.

De vez en cuando, levantaba la Leica y sacaba alguna foto. Pero ya no sentía esa vieja necesidad que me empujaba a deambular por ahí intentando cazar el mundo con la cámara por miedo a que las cosas se perdieran. Todo lo que veía era cambiante y casi prefería no averiguar qué era auténtico y qué no. Me sentía reacio a guardar un resultado fijo en la emulsión de la película, algo que me esperara cuando regresara a casa y que, quizá, contradijera lo que deseaba recordar.

Y entonces, en un momento de claridad entre las ráfagas de la turbia neblina, descubrí algo. Una casa de madera. La primera que había visto en Shetland. Alta y ancha, de tres plantas, de un estilo que rompía con todo lo que había alrededor. El tejado era plano; las ventanas, grandes. Estaba pintada en un color claro, la entrada enmarcada con espigadas columnas y, al final de las anchas escaleras, protegida por un porche, había una amplia puerta de dos hojas de reluciente madera marrón. Una verja alta y torcida de hierro forjado rodeaba el terreno. Desde la segunda planta debía de tener unas vistas espectaculares porque la casa

estaba situada al borde de un acantilado que caía abruptamente en el mar.

Me acerqué y, en la siguiente ráfaga de visibilidad, vi que la casa estaba abandonada. La hierba estaba muy crecida, había dos ventanas rotas y una puerta lateral bloqueada con tablas.

La cancela de hierro forjado chirrió cuando pasé al jardín. En su día, la casa estuvo rodeada por una amplia franja de gravilla blanca, homogénea y perfectamente delineada. Ahora los bordes estaban desdibujados y la vegetación se había ido extendiendo. Los peldaños de la escalera de piedra se habían separado y por las rendijas asomaban pequeños brotes.

El cielo empezó a despejarse. Incliné la cabeza hacia atrás y alcé la vista por las plantas, la casa era tan ancha que resultaba imposible que las habitaciones interiores recibieran luz natural.

Sentí una punzada, la desagradable sensación de que me había dejado llevar por el entusiasmo. En la loma que había a mi espalda, un hombre y un chiquillo me estaban mirando. Granjeros. Botas de lluvia, impermeables y un perro pastor amarrado.

Los saludé con la cabeza y levanté la Leica para simular que tenía algo que hacer en el terrero, pero no reaccionaron, se limitaron a continuar loma arriba.

¿A qué velocidad se extenderían los rumores en un lugar como ese? A la velocidad del viento, debían de llegarle rápidamente a todo el mundo. La gente veía un Opel Commodore azul de matrícula noruega, que la barca de un difunto había vuelto al mar y que alguien rondaba la isla que durante décadas estuvo habitada por *an unken body*.

Y ahora ese *alguien* estaba cotilleando en la casa de madera. Continué avanzando hasta la fachada. El ruido de las olas iba en aumento a medida que me acercaba. Al poco dejé de oír mis propios pasos sobre la gravilla y, al doblar la esquina de la casa, el bramido resultaba ensordecedor. Treinta metros más abajo, el mar golpeaba los acantilados.

Y de pronto la tenía detrás de mí.

—¿De dónde has salido? —le pregunté.

La chica no respondió, sencillamente me indicó con el pulgar que camináramos de vuelta.

—*This is private property* —dijo cuando nos refugiamos del ruido del mar.

Se había cambiado de chaqueta. La que llevaba ahora era ajustada y de un color verde grisáceo, con el cuello forrado en rojo y entallada en la espalda, de modo que le hacía el trasero respingón. Tenía más prisa que el día anterior y se abotonó la chaqueta mientras andaba.

—¿Qué casa es esta? —pregunté.

—No es una casa. *This is Quercus Hall*.

—¿Qu... qué?

—*Quercus*. Roble. Está construida con roble.

—¿Vives aquí?

Negó con la cabeza y siguió andando, ya habíamos llegado a la verja.

—*I'm just taking care of it* —dijo mientras me guiaba hacia fuera—. Es propiedad de la familia Winterfinch.

Me volví, no quería perder de vista la mansión erosionada por los elementos.

—Entonces, ¿dónde vives? —pregunté—. Puesto que me has visto llegar.

Miró de reojo un sendero que corría por la hierba hasta una casita de piedra rodeada por una cerca también de piedra.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer? —pregunté—. ¿Que vives con ellos?

—No es el tipo de cosas que le cuentas a un desconocido —dije—. Me dejan usar el barco y la casita de piedra a cambio de que cuide la casa grande.

En la muñeca llevaba un gran reloj de caballero, que en ese momento miró con impaciencia.

—¿Qué decían los rumores sobre Einar? —pregunté—. Más exactamente, ¿en qué año se suponía que había matado a alguien?

—No sé más —dijo—. Voy a Lerwick. No puedo perder el autobús.

Igual que la víspera, siguió andando sin comprobar si la seguía e, igual que la víspera, fui detrás de ella.

Algo me chirriaba, algo que había dicho era como una mecha encendida. Me sentía como si estuviera en alta montaña. Tenía la sensación de que, aunque no lo viera, me encontraba cerca de un gran reno macho que, cuando menos me lo esperara, se cerniría sobre mí con su enorme cornamenta, fuera de la temporada de caza y sin cartuchos en la recámara, de modo que lo único que podría llevarme sería el *susto*.

—Puedo llevarte a Lerwick —le grité a la espalda—. Si quieres.

SELLAMABA GWEN LEASK. Iba a Lerwick para comprarse un disco, *The Cutter and The Clan* de Runrig. Se había criado al norte de la isla, pero sus padres se habían mudado hacía varios años. Por lo que entendí, en aquella época la familia Winterfinch pasaba los veranos en la isla y ella les preparaba la casa, se la limpiaba y les hacía la compra. Aunque, ahora, la única responsabilidad fija que le quedaba era recorrer el desván de vez en cuando con una linterna y dar aviso si veía goteras.

—Así que tengo que hacerlo cuando llueve —me dijo en el ferri—. Pero llueve todos los días. Me gusta la lluvia.

—¿Qué estudias cuando estás en tierra firme? —pregunté.

—Economía. *Numbers and figures*.

Al hablar de sí misma, dejaba las frases a medias y, cuando me costaba entenderla, no hacía el menor esfuerzo por simplificar su acento. Pero me llevé la sensación de que vivía en Aberdeen.

—¿Cómo son? —pregunté—. Los Winterfinch. ¿Por qué le alquilaban la isla a Einar y por qué han dejado intactas las casas?

—*Please understand* —dijo—. No puedo hablar de mis empleadores. *It's not done*.

Salimos del *Geira* y, al llegar al centro de Yell, el aire estaba húmedo y bochornoso. Sin preguntar, Gwen puso el ventilador del coche al máximo, echó el asiento hacia atrás y se quitó la chaqueta de *tweed*.

Con ello quedó visible una mayor parte de su cuerpo. Era pálido y algo carente de forma, pero cuando se retorció en el asiento, percibía una avidez en sus movimientos y me pillé mirándola demasiado. Unos ojos estrechos a los que les importaba una mierda lo que los demás pensarán de ella. Parecía lista como el hambre.

Adónde voy, me pregunté.

A bordo del *Bigga* compramos chocolate en una máquina expendedora. En la pared había un cartel que anunciaba un *Hjaltadans*, un baile, en Fetlar, y la música corría a cargo de los *Fullsceilidh Spelemannslag*.

—En Noruega usamos la misma palabra, *spelemannslag* —dije—. Aunque no es exactamente lo mío.

—¿El qué? ¿Bailar?

—Nunca —dije, y volví a sentirme tonto.

—Deberías estar aquí para el Up Helly Aa —dijo, sacando una cajetilla de cigarrillos roja y plana, en la que aparecía la cara de un gatito negro. En la etiqueta ponía Craven A.

Me ofreció uno y acabé con el chocolate en una mano y el cigarrillo en la otra. Sí. Debía de tener mi edad. Como mucho, veinticinco. Siempre fumaba con el codo pegado al cuerpo. Con cada calada, trasladaba la mirada hacia el horizonte y, a continuación, se llevaba la mano hacia el hombro, siempre al mismo sitio, de modo que la brasa quedaba hacia atrás. La postura la obligaba además a sacar un poco la cadera.

Incluso eso era capaz de hacer. Fumar con elegancia en un ferri de Shetland.

—Decías algo del Helly Aa —continuó.

—La celebración de la Noche Vieja, en recuerdo de la época de los vikingos. Cascos con cuernos y cerveza a montones. Construyen pequeñas naves vikingas, las echan al mar y les prenden fuego con flechas en llamas.

—Hablas de *ellos* —dije mientras buscaba un cenicero.

—Sí —respondió, dando un leve paso hacia atrás y dejando que la brisa se llevara la ceniza. Intenté imitarla, pero como no estaba bien colocado, una brasa acabó en mi anorak.

—¿Ya no te consideras setelandesa? —pregunté.

—No me considero nada en absoluto —dijo, antes de dar la última calada y echar el cigarrillo al mar.

El *Bigga* golpeó el muelle de la isla principal. Gwen se había ablandado un poco por el camino, pero constantemente intentaba reconducir la conversación hacia mi persona, alejándola de la suya.

—¿Hay algún registro en Lerwick? —le pregunté cuando ya estábamos de nuevo en la carretera—. Ya sabes, para escrituras de propiedad y cosas así.

—¿Para qué lo quieres?

—Me gustaría saber si hay algún contrato sobre Haaf Gruney. Como no han vaciado las casas, me pregunto si Einar no sería el *dueño* de la isla.

—Tienes que hablar con el sheriff.

—¿El sheriff?

—Sí. En las Shetland no hay policía y tampoco hay registro civil. La oficina del sheriff se encarga de todo.

—¿Me acompañas? —pregunté—. Me vendría bien una intérprete.

—Se te entiende perfectamente y, además, en Lerwick a todo el mundo le encanta conocer a un auténtico noruego.

—En realidad no es por el idioma por lo que necesito traductor. Es más bien para... averiguar cómo preguntar.

—*Oh, please, I've said this already.* No sería correcto dado que trabajo para ellos. *It's not done.*

TODOS LOS EDIFICIOS DE LERWICK ESTABAN EMPAPADOS de lluvia, el chaparrón que nos había caído en Yell había pasado antes por allí. Mientras paseaba hacia la oficina del sheriff, en King Erik Street, me pregunté si alguna casa de Shetland habría estado alguna vez seca, seca de verdad.

Al llegar a la puerta, me quedé parado mirando el cartel. En casa siempre me había irritado la vanidad y la robustez de las autoridades, como la de los esquiadores de fondo y la de las escuelas de cadetes. Pero la autoridad noruega de la que veía vestigios en Shetland era una superviviente rara y casera de todo lo que me gustaba de mi tierra. La bandera azul con cruz blanca que ondeaba por todas partes ya me había dejado claro que las raíces noruegas eran muy profundas en las islas. Pero no me había esperado encontrar un lema escrito en noruego antiguo bajo el escudo de armas del sheriff. *Með lögum skal land*

byggja, que en noruego moderno sería *med lover skal land byggjas*, «con leyes se construirá nuestro país».

Poco después me hallaba ante el mostrador de un archivo, donde un mapa de Shetland cubría la mayor parte de la pared más corta. Un tipo con coronilla y un chaleco marrón entró mordisqueando un bollo de pasas.

—*Sir* —dijo—. *May I be of assistance?*

Me acerqué al mapa y señalé Haaf Gruney.

—Quisiera preguntar por la propiedad de esta isla —dije en inglés—. Un hombre llamado Einar Hirifjell...

—¿Disculpe?

—H-i-r-i-f-j-e-l-l. Era un pariente. Vivió en Haaf Gruney durante casi cuarenta años. Quizá obtuviera la nacionalidad británica después de la guerra.

El hombre le dio otro bocado al bollo y clavó la mirada en una flor de plástico que había en un jarrón amarillo sobre el mostrador.

—¿Y quieres saber quién es ahora el propietario de la isla?

—Sí.

Consultó un libro de tapas blandas, luego se acercó a un archivador, abrió un cajón y empezó a pasar las carpetas con los dedos. Usaba ambas manos y sujetaba el bollo a medio comer entre los dientes. De golpe cerró el cajón de acero y abrió otro. Se había colocado una carpeta bajo el brazo, al poco sacó otra.

—Ejem —dijo el funcionario, dejando las carpetas sobre el mostrador y dándole otro bocado al bollo—. Debo pedirte el nombre y un carné que te identifique.

Le pasé mi carné de conducir. Con desconfianza, estudió el sello de la dirección general de tráfico de Otta.

—Has dicho que te llamas Edvard... *Hirifjell*, disculpa si no pronuncio bien tu nombre.

—Sí. Ese soy yo.

—¿Nada más? ¿No tienes algún otro nombre?

—No.

—Interpreto eso como un sí, porque tu número de identificación coincide. Te voy a dar una copia de estas escrituras. Los derechos sobre Haaf Gruney pasaron de Mr. Einar Hirifjell a Edvard Daireaux Hirifjell el 5 de noviembre de 1971.

Sentí cómo la sangre recorría cada una de las venas de mi cuerpo.

—En 1971 —murmuré.

—*Yes indeed*. Pero el traspaso no se haría efectivo hasta la muerte de Einar.

—¿Así que soy propietario de una isla? —pregunté, mirando el mapa de la pared.

—Sí y no. No sin ciertos esfuerzos, digamos. Aquí ves el contrato original — sacó un pequeño papel en el que el membrete WINTERFINCH LTD. cubría toda la página.

Escrito a máquina sobre papel amarillo, ponía que Einar Hirifjell y sus *descendants* tenían derecho a vivir en Haaf Gruney y al usufructo en exclusiva de la tierra y los edificios *until the end of time*. No pagarían alquiler y lo único que podría anular aquel contrato eterno era un *act of God*.

Bajo la línea *As witness the hands of the parties*, en el lado derecho, vi la firma regular de Einar. Junto a ella, y de mayor tamaño, otra firma de letra más burda, escrita con tanta fuerza con la pluma que el papel se había desgarrado: *Duncan Winterfinch*.

El contrato estaba firmado el 3 de agosto de 1943.

Miré al hombre tras el mostrador con cara de sorpresa. Este miró de reojo el texto y dio otro bocado al bollo.

—Un acuerdo bastante generoso en su momento —dijo—. Nadie sabía cómo iba a acabar la guerra. Muchos se temían que toda Europa terminaría siendo territorio alemán. Supongo que un lugar donde vivir en Gran Bretaña, aunque fuera humilde, sería como un billete a la libertad. Ahora, sin embargo, la isla está un poco... aquejada de soledad, digamos.

—¿Qué es un *act of God*?

—Cualquier cosa que escape al control humano: terremotos, erupciones volcánicas, que la isla se hunda en el mar... —se rascó por encima de la ceja—. Este es el documento que lo complica todo —dijo mientras sacaba otro papel que también tenía el membrete WINTERFINCH LTD.—. Cuando Hirifjell murió, un abogado recurrió la legitimidad de las escrituras. En caso de que alguien reclame la propiedad de la isla, tomarán medidas legales.

—¿Quién recurrió?

—El abogado de la familia Winterfinch de Edimburgo. En su opinión, el contrato no es válido porque Mr. Hirifjell no tuvo hijos.

—Es mi tío abuelo —dije—. Así que supongo que soy su heredero más cercano.

—Según este contrato, *descendants* significa hijos o nietos. *Sorry about that*.

Se fue a sacar las fotocopias y las compulsó con el sello del sheriff. Un golpe suave contra la almohadilla y uno fuerte contra los papeles sobre el mostrador. Una carpeta amarilla de plástico para protegerlos de las eternas lluvias de Shetland. Me deseó buena suerte antes de indicarme con la mano que me marchara.

En cuanto toqué el picaporte, me llamó desde el otro lado de la sala, levantando un papel para que lo viera.

—En realidad esto no pertenece a nuestro archivo —dijo—. Quizá lo quieras.
Crucé la sala.

—En algún momento de 1971 —continuó—, cuando Mr. Hirifjell te traspasó los derechos, alguien de esta oficina debió de ayudarlo a arreglar los papeles. Mira esto.

Era una pequeña hoja cuadriculada con un dibujo a lápiz de una mesa redonda. Debajo había una lista de materiales con sus medidas.

—Ahí no —dijo—, al otro lado.

Le di la vuelta al papel. Era una lista de tareas. La letra era titubeante e irregular, pero era de Einar. Era la lista que un hombre destrozado escribió en Haaf Gruney antes de hacer un viaje importante a Lerwick.

—*Sheriff.*

—*Acordarme del pasaporte.*

—*Escrituras.*

—*Carta a Edvard para que haga noche en la isla por lo menos una semana de frío.*

—*Transferencia bancaria a la floristería.*

Di con ella al fondo de la Clive's Record Shop, en una calle del centro. Estaba ojeando el estante de soul. Debían de haberle apartado el disco que había encargado porque sobre el mostrador había una bolsa de plástico cerrada con celo en la que ponía *Gwen* con rotulador rojo.

Hurgué un poco entre los discos y noté que el peso del vinilo iba marcando un ritmo a los dedos a medida que los iba pasando, los eché de nuevo hacia delante y empecé con la fila siguiente. Era incapaz de ordenar mis ideas. Encontré dos *maxi singles* de The Pogues, pero los devolví a su sitio.

Transferencia bancaria. ¿Se referiría a la floristería de Saksum? ¿Les habría encargado que adornaran la tumba de mis padres? ¿Que hiciera *noche por lo menos una semana de frío*? No le encontraba sentido a la frase. Probablemente estaba destinada a formar parte de una carta dirigida a mí, una carta que el abuelo habría interceptado.

Gwen se pasó a una nueva fila. Por unos altavoces rayados sonaba «Half a World Away» de REM. Sacó un poco un disco y leyó la contraportada. La chica era rápida y resuelta, sabía lo que quería. Se pasó un dedo por la sien y se recolocó un mechón del pelo ondulado. Tenía una bonita espalda.

—¿Vas a comprar algo? —preguntó al tiempo que cogía un LP de Maria McKee.

Me encogí de hombros.

—No tengo... —dije, y empecé a buscar la palabra mientras hacía un movimiento circular con el dedo.

—*Record player*.

Asentí.

—Hum —dijo, como si abriera y cerrara algo en un solo gesto.

Así que compré *Fairytale of New York* en un *single* de doce pulgadas, con la esperanza de que también allí fuera costumbre, si se tenía tocadiscos, abrir las puertas de la casa para que otros pudieran pasar los discos a casetes. Más tarde, mientras paseábamos por el muelle con una bolsa cada uno, me preguntó si había ido a la oficina del sheriff. Le conté que Einar me había traspasado la isla cuando tenía tres años, pero que la familia Winterfinch disputaba la propiedad.

—Supongo que me lo imaginaba —dijo, y no me dio más explicaciones.

Yo estaba deseando que volviéramos a Unst y que Gwen me invitara a su casa a tomar una bebida caliente mientras su nuevo disco giraba en el tocadiscos, pero tenía la intuición de que debía tensar el arco lo antes posible.

—Por eso voy a coger el primer ferri a Edimburgo —dije—. Quiero contactar con la familia Winterfinch. No te preocupes, no les diré que te conozco.

Gwen estuvo a punto de decir algo, pero se reprimió y siguió caminando. Nos estábamos acercando al coche, que estaba aparcado detrás de Viking Bus Station, cuando un extractor nos hizo llegar un aroma exótico, un vapor aceitoso y exquisito.

Raba. Indian Restaurant.

Nos paramos por instinto y, al vernos reflejados en la ventana del restaurante, pensé: «Por Dios». Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo elegante que iba ella y de lo mal que habría quedado yo en la puerta de una familia rica de Edimburgo. Llevaba unos Levi's negros sucios, un anorak con los bolsillos abultados y los pelos de quien lleva tres días trabajando los campos.

—Edward —dijo—. ¿Llevas el mismo tiempo sin comer que sin cambiarte de ropa?

Asentí y dije que, por desgracia, así era.

—No puedo entrar —dije—. Con la pinta que llevo...

Se agachó hacia la salida de un canalón, se llenó la mano de agua y me pasó los dedos por el flequillo.

Una chica me estaba tocando, una chica que me llamaba *Edward* me tocaba bajo el sol de la tarde en una calle de Lerwick.

—Quítate el anorak y llévalo bajo el brazo. Estás un poco desastrado, pero puede pasar. Al fin y al cabo, esto tampoco es el Bibendum.

—¿Bibendum?

Pero Gwen ya estaba entrando.

A los cinco minutos estábamos sentados, cada uno con su carpeta de escay rojo. Cada vez que se abría la puerta de la cocina y un indio con camisa blanca se apresuraba a adentrarse entre las mesas, nos llegaban profundos aromas.

Con suavidad, Gwen se quitó algo invisible de la mejilla y captó la mirada del camarero, que al instante vino hacia nosotros. ¿Cómo lo hacía? Yo casi no me había atrevido a entrar, pero ella, tan pronto como entramos por la puerta, había puesto en marcha a dos camareros. Sin siquiera una sonrisa, rechazó la oferta de una mesa en medio del local y, en su lugar, les hizo despejar otra en un rincón que acababa de quedar libre y estaba hecha un caos, incluso logró que cambiaran el mantel por «*new linen, please*».

—¿Qué te gusta, Edward? —preguntó cuando la mesa estuvo preparada.

—No sé —dije, riéndome por lo bajo. Constantemente tenía que mirarle la cara para recordarme que teníamos la misma edad y que, en el fondo, la chica tenía un aspecto bastante normal.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

—Es la primera vez que estoy en un restaurante.

—*Say what?*

—Al menos en uno como este, solo he ido a cafés y a un fish & chips en Brae, el fish & chips más al norte de Gran Bretaña.

—Ese sitio no es un restaurante —dijo—. Es más bien una sala de espera.

En ese momento llegó el camarero, un hombre estilizado y con el pelo peinado hacia atrás. Miré el menú algo aturdido, pero Gwen cerró el suyo de golpe.

—Para mí solo un *korma* de gambas, por favor. Pero *the gentleman here* quiere, de primero, sopa *mulligatawny* y, de segundo, pollo *rajastan* y cordero *pasanda*. Además queremos dos panes *peshwari naan*, acompañados de *sag bhajee* y *dal tadka*. Dos *pakorás* para compartir. Ah, y pan *papadum*, por supuesto, con unos buenos *chutneys*. Para él cerveza sin alcohol, que conduce. Irá necesitando más a medida que se la beba porque tiene sed. Para mí una copa de vino tinto, ¿tiene algún buen Barolo? Además necesitaremos un cenicero. ¿De acuerdo? Bien.

CUANDO UNA CHICA LLEVA UN RELOJ DE PULSERA DE hombre viejo y rayado, hay una historia detrás. Al menos si se lo tapa con la manga en cuanto alguien se lo mira. Tenía la impresión de que podía cubrir con la manga secretos mucho mayores que un reloj.

—¿Qué estás buscando? —preguntó—. ¿La fortuna que, según los rumores,

llevó a Einar a matar a esa familia?

Negué con la cabeza.

—No, ni siquiera sé lo que es.

—Entonces, ¿qué estás buscando?

Lo tenía tan agarrado como una verruga en la piel. Nunca lo había hablado con nadie, al menos en condiciones. Ni siquiera con Hanne porque ella siempre miraba para otro lado cuando salía el año 1971. Quizá fuera solo porque Gwen era una desconocida. O tal vez porque todo el mar del Norte me separaba de las habladurías de Saksum y estaba con alguien que sentía curiosidad por mi pasado. Al mismo tiempo, Gwen era como una roca plantada en la tierra. Me entraban ganas de meter la azada alrededor y comprobar si podía moverla.

—Cuando era pequeño —dije—, mis padres me llevaron de vacaciones. Pero desaparecí y no me encontraron hasta cuatro días más tarde.

—Me imagino la alegría que se llevaría tu madre al verte de nuevo.

—Mi madre murió y mi padre también, así que me crié con mi abuelo.

Se estaba colocando la servilleta en el regazo, pero al oír mis palabras, su movimiento se detuvo y apretó la tela blanca y rígida con tanta fuerza que se le arrugaron las manos.

—*Oh Lord* —dijo, y se quedó un buen rato inmóvil antes de colocarse la servilleta sobre las piernas—. ¿Eres huérfano?

—Es probable que alguien me encontrara y no supiera qué hacer conmigo.

Pasó medio minuto en un reloj de caballero que no podía ver. No le dije que Einar quizá estuviera relacionado con el suceso y tampoco le hablé de los recortes de periódico que había encontrado. Cuando Gwen retomó la palabra, no vinculó la historia con los rumores que corrían sobre Einar, que era lo que yo me había esperado. En su lugar, dio la impresión de haberlo metido todo en una calculadora.

—Eso es imposible —dijo—. Quienes te encontraron no habrían dejado que pasaran cuatro días, habrían contactado inmediatamente con la policía. Si no lo hicieron, es que tenían alguna razón para retenerte tanto tiempo.

La miré. Por primera vez en mi vida estaba con alguien genuinamente interesado en encontrarle la *lógica* a mi desaparición, alguien que no trataba de enterrarla en el olvido y fingir que en realidad no había pasado.

—¿Desapareciste y ellos murieron buscándote? —preguntó—. ¿O estabais juntos y fuiste el único que salió con vida?

—Lo primero parece más probable —dijo—. De lo contrario, ¿por qué iban a meterse en un bosque lleno de bombas?

—Hum —dijo, y me daba cuenta de que seguía dándole vueltas a algo.

—Lo raro es que estábamos allí muy temprano por la mañana —dije.

—Los niños se despiertan temprano —replicó y, a los pocos segundos, añadió—: Por lo que tengo entendido.

La miré.

—Quizá me cogió alguien que deseaba tener un hijo —propuse—. A veces me he preguntado cómo habría sido mi vida si me hubiera criado con otra familia, sin saber nada de todo esto.

—Lo habrías sabido —respondió—. Antes o después, lo habrías notado.

Como lo notó mi madre con su madre adoptiva, pensé.

—¿No recuerdas nada? —siguió Gwen.

—Solo recuerdo una pelea o unos gritos, y que iba en un coche. Además había un perrito de juguete. Pero no sé si son recuerdos auténticos o inventados. Solo tenía tres años... Casi cuatro, en realidad. Nací a principios de año.

—Yo recuerdo muchas cosas de cuando tenía cuatro años —replicó.

El indio trajo el aperitivo. Primero unas aceitosas tortas con comino y unos cuencos de cerámica con salsas naranja y verde. La miré de reojo, copié su método y quedé hipnotizado en cuanto mi lengua se encontró con los sabores. Era una comida de grandes profundidades.

Como intuía que también lo era Gwen.

Había ido al *bathroom* y se había maquillado, aunque de un modo casi imperceptible. Al volver, cambió de sitio y se sentó de espaldas a la pared, en medio de un sofá. La pared estaba empapelada en un color rojo oscuro con profusa decoración, y sobre su cabeza colgaba un cuadro de una partida de caza en la que separaban tigres de elefantes. Es probable que se sentara allí muy adrede. De pronto pasó a formar parte de la composición artística y supongo que sabía que, rodeada de cazadores, resultaba más femenina.

—Sigo sin entenderlo —dijo—. ¿Qué probabilidades hay de que alguien que estuviera lo bastante loco para secuestrar a un niño se encontrara en el sitio adecuado? ¿Y se le brindara la oportunidad? La probabilidad debe de ser de uno entre un millón.

—Tiene algo que ver con el lugar —dije—. Con ese lugar de Francia.

Me miró, estaba callada, seria y expectante.

A la mierda, me dije, voy a izar la bandera.

—Durante la guerra, llegó un mensaje a casa —dije—. Decía que Einar había sido ejecutado en un sitio cerca de donde murieron mis padres.

—¿Y dónde era eso?

—Al norte del río Somme.

Partió un trozo de pan y lo mojó en una masa azulada, el *chutney* de berenjena.

—Ya, pero concretamente... —dijo, mientras sus mandíbulas trabajaban

despacio.

—Authuille.

—*Authuille?*

—Sí, ¿sabes dónde está? —pregunté.

Simuló estar muy ocupada masticando, exagerando un poco para indicar que pronto llegaría la respuesta. Tragó y se secó los labios con la servilleta, que no se manchó lo más mínimo.

—Por supuesto. Cualquiera que atendiera en las clases de historia conoce el nombre de Authuille. Está junto a Blighty Valley. Una de las líneas más importantes del frente británico en la batalla del Somme. Authuille quedó en ruinas por los bombardeos. ¿Has vuelto a ir?

—¿A Authuille? —negué con la cabeza—. No he viajado a ningún sitio más que aquí.

—¿Vas a ir?

Recoloqué el cenicero.

—Creo que sí —dije—. En realidad esperaba encontrar una respuesta aquí, pero aquí no hay más que piedras.

Miró hacia otro lado, pero yo me apresuré tanto a llenar el vacío que dio la impresión de que solo había hecho una pausa teatral.

—Y tú —dije.

A eso solo respondió con una astuta sonrisa, la misma que había esbozado cuando me dijo que sería una pena que me casara en Karmøy. Tenía que dejar de mirarla tanto.

—Oye, ¿cómo fue criarse con un abuelo? —preguntó.

Y le conté un poco. Le hablé de la granja y de que había que hacer sesenta kilómetros en autostop para llegar a la tienda de discos más cercana. Pero igual que ella tenía su maquillaje, yo tenía el mío. Saksum quedaba infinitamente lejos del Raba Restaurant de Lerwick, así que pasé todo lo que le iba contando por un tamiz de malla fina que, cuando acabé mi resumen de la vida de Edvard Hirifjell, estaba colmado. Como quien cuece un zumo de bayas sin limpiarlas antes y se queda con una sopa de ramillas, hormigas y agujas de abeto, solo que mi colador estaba lleno de luchadores del frente, de silencios y de miradas de soslayo en el supermercado de la cooperativa. Lo que sí dejé pasar, en cambio, al menos en parte, fue la historia de mi madre. Me apetecía abrirme por mí mismo y notar cómo me hacía sentir.

Se lo conté como si lo hubiera sabido siempre. Le dije que mi madre nació en Ravensbrück, que se crio en Reims y que acabó llegando a Noruega, donde más tarde Einar se puso en contacto con ella.

—Se cambió el nombre —dije—, pero ni siquiera sé por qué escogió llamarse

Nicole.

—¿Qué relación había entre ellos? —preguntó—. Entre Einar y tu madre.

—La verdad es que no lo sé —respondí—. Solo sé que Einar trabajó en Francia en los años treinta, como ebanista.

—¿Hablas francés? —preguntó.

—Un poco. Mi madre me hablaba en francés.

—*Il me semble que ce soit un bon souvenir* —dijo. «Un buen recuerdo», traduje para mis adentros.

Carraspeé y murmuré la respuesta en mi interior, tratando de reencontrar la melodía semiolvidada de una lengua.

—*Oui, en effet. Mais c'est aussi tout ce dont je me souviens d'elle* —dije.

Cuando llegó la comida, tuve la sensación de zambullirme en una bañera con agua caliente y de que, al salir, abría los ojos a un mundo mejor, a un lugar en el que cada fibra de mi cuerpo recibía mimos. Pequeñas cacerolas abolladas sobre soportes de latón con una velita. Uvas pasas hinchadas flotando en una grasienta salsa de nata espolvoreada con coco. La carne de los pinchitos tenía un color rojo anaranjado y estaba muy fresca. El camarero volteó un cuenco en una fuente de porcelana blanca y salió una cúpula de arroz amarillo claro salteado con zanahorias. A continuación, llegaron dos panes chatos, relucientes de aceite, que extendieron por la mesa el olor dulce y reconfortante de las masas recién horneadas.

Comía a dos manos y me sentía embriagado. Los aromas se mezclaban y bullían, cada bocado me parecía tan delicioso que sabía que acabaría empachado, pero pensaba permitírmelo. Los trocitos de pollo eran tan picantes que me hicieron sudar, pero quise sudar. La comida parecía un estribillo de corrido que aun así seguía *in crescendo*.

La miré por encima del vapor de los platos. Gwen comía poco y con elegancia.

De pronto cambió la música. Hasta entonces solo habían sonado melodías insulsas, pero en ese momento sonó una canción que yo siempre había despreciado, la canción que escuchaban las pijas de Vinstra antes de salir de marcha y que ponían en sus coches nuevos los niños que querían llamar su atención.

Pero de repente me reconocía a mí mismo, era como si se me hubiera caído la corteza.

Siempre había despreciado esa canción porque era todo estribillo, con muchos efectos de sonido y un eco estridente, pero de pronto había bajado la guardia y me entraba por todos los poros. Siguió entrando hasta que me di cuenta de que

era una canción *intensa*. Tuve que mirar a Gwen a los ojos. En ese momento fue como si hiciéramos un pacto, sin mediar palabra, un pacto frágil que no sabíamos bien qué implicaba.

Let us die young or let us live forever.

Y tal vez no fuera más que imaginación y engaño porque la canción seguía siendo solo un tema de pop, de plástico, allí donde la música buena es de acero, mera escenografía, allí donde debería ser muro, pero aun así volví a notarlo: *era intensa*. De golpe fui consciente de que estaba viviendo uno de los raros instantes de una vida en los que una pieza de música queda asociada a un momento, a una situación que cinco o diez años más tarde seguiría recordando. Me di cuenta de que ella también lo había percibido y de que éramos tan afortunados como para ser conscientes de ello en el momento en que sucedía.

También para ella iba a ser un momento de su vida, un instante único, un recuerdo de mis ojos marrones y sus ojos marrones, el que surgiría cada vez que más adelante oyéramos «Forever Young».

Y LUEGO DESAPARECIÓ.

Apenas había hablado de sí misma, solo me había dicho que creía tener ancestros noruegos, como la mayoría de las familias de Shetland, y que volvería a Aberdeen «*when summer is gone*». Mientras yo rebañaba el fondo de la cacerola de hierro, Gwen se levantó sin decir una palabra, vino hasta mí y me dio un abrazo. Murmuró algo sobre *the bathroom*, pero al instante la vi en la calle por la ventana. Levantó la mano y movió los dedos despacio. A continuación se escabulló por un callejón, dejando solo el brillo de los adoquines.

Todavía me quedé otro cuarto de hora en el restaurante. Luego pagué la factura. Y no la busqué.

Estaba ocurriendo algo, algo secreto, en ese lugar y en ese momento. Shetland no era un sitio en el que la gente saliera de sus casas en cuanto se acercaba un forastero, pero Gwen Leask había procurado estar cerca para poder aparecer por casualidad en caso de que llegara yo.

Caminé despacio por las calles desiertas de Lerwick y llegué hasta el fortín en el que unos viejos cañones de hierro forjado apuntaban por encima del muelle. Un cartel iluminado, con un texto tanto en noruego como en inglés, explicaba que antiguamente protegían el comercio del arenque. Por una vez no llovía, así que seguí paseando, mirando los escaparates repletos de productos para protegerse del mar y del mal tiempo.

Aquella ciudad conservaba lo viejo. Los farmacéuticos seguían vendiendo las

cámaras fotográficas y las películas, una costumbre de los tiempos en los que la gente preparaba sus propios líquidos de revelado.

Continué caminando y encontré el hotel Kveldsro, donde se había alojado el abuelo después del entierro. Me girara hacia donde me girara, veía vestigios de algo noruego. La mitad de los barcos del muelle tenía nombre vikingo. *Nefja*, *Hymir*, *Glyrna*. En Shetland el pasado era imborrable.

Igual que lo era para mí. Hiciera lo que hiciera, el recordatorio seguiría allí, el recordatorio de que llevaba un apellido francés cuya historia no conocía. Todo lo que construyera, lo levantaría sobre tierra extranjera.

Llegué hasta el Commodore, mi leal compañero de viaje lacado en azul. Metí la llave en la cerradura y estaba a punto de girarla cuando me asaltó un pensamiento.

Rápidamente encontré el camino hacia St. Sunniva Street, donde una lámpara brillaba encima de la peluquería de Agnes Brown.

5.

NADIE ABRIÓ CUANDO LLAMÉ A LA PUERTA, pero tampoco estaba cerrada. La empujé un poco y asomé la cabeza a la entrada. Un chubasquero gris, un paraguas y unas botas de lluvia de mujer. La ropa de alguien que vivía solo.

—*Hello* —dije, pero no percibí ningún movimiento tras el cristal ondulado de la puerta. Desde el interior de la casa me llegaba una leve melodía, alguien que... ¿tarareaba?

Crucé la entrada hasta una estrecha escalera.

—*Anyone home?* —grité, y volví a oír el tarareo, que venía de la planta de arriba donde alguien andaba con pasos ligeros.

Subí despacio la escalera y entré en una pequeña cocina. Acababan de fregar la vajilla, olía a limón y el solitario plato del escurridor estaba mojado y caliente. Sobre el fogón, una cacerola roja. Sobre un ejemplar atrasado del periódico noruego *Møre-Nytt* había una taza de té.

—Hola —dije, esta vez en noruego.

Volví a oír el tarareo, que ahora procedía del otro lado de la pared de la cocina, y reconocí el salmo *Kjærlighet fra Gud*.

—Hola —repetí, ya mucho más alto.

Regresé al rellano de la escalera, donde vi la frágil silueta de una mujer mayor saliendo por una puerta. ¿Debería marcharme y regresar al día siguiente? No, una noche de descanso no le mejoraría el oído.

La seguí, bajando por una escalera más estrecha con revistas viejas apiladas a lo largo de la pared, y salí a una habitación desnuda en un sótano. Continué a través de otra puerta, hasta una estancia amplia donde la mujer encendió la luz.

El olor a polvo calcinado me rasgó los orificios nasales mientras contemplaba la peluquería desmantelada de Agnes Brown. La imagen que vino a mi encuentro era distinta a la que había intuido desde la calle. Me encontraba en un espacio que había visto antes, en el catálogo de la exposición de *art déco* de París de 1925.

La peluquería estaba iluminada por una hilera de lámparas cuadradas, como farolas a lo largo de una avenida. Las bombillas emitían una luz cálida a través de unos cristales anaranjados, decorados con tulipanes esmerilados de tallos doblados. Delante de las sillas, unos espejos alargados reflejaban la luz. A

primera vista, el suelo parecía enlosado con un patrón cuadriculado y laberíntico, pero no tardé en darme cuenta de que en realidad era de madera y de que finas varillas de diversas clases de madera generaban los contrastes.

La luz me permitió ver a la mujer. Tenía el pelo blanco y largo, y llevaba un sencillo vestido negro, de pie entre los botes de tónicos para el cabello ya resecos.

Pasó por delante de los secadores azul celeste hasta un rincón donde había... ¿seis cabezas humanas sobre una mesa? Eran de yeso y llevaban pelucas con peinados de otra época que encajarían en una película en blanco y negro. Seguía tarareando *Kjærlighet fra Gud*. Miró la mesa y fue pasando la mano por los maniquíes, al final cogió algo y ladeó la cabeza como hizo Hanne cuando se puso el pendiente.

El audífono pitó mientras se lo ponía. Yo seguí en la penumbra, esperando a que acabara. Y en ese momento me vio.

Se quedó un rato parada, dio un paso hacia mí y, con dialecto del oeste de Noruega, dijo:

—*Edvard. Así te llamas, ¿no?*

Estaba en el centro del local, sobre el intrincado dibujo del suelo. Le quitó un poco de polvo a uno de los tulipanes mientras me observaba.

—Intenté llamar —dije—, desde Noruega, pero quizá no lo oyeras.

Dirigió una mirada ausente al teléfono.

—A veces lo uso para llamar a mi hermana en Måløy o para pedir un taxi. Pero no quiero tener teléfono arriba. No me gustan los teléfonos.

A mí me sucedía lo mismo.

—¿Has sido tú quien ha puesto flores en su tumba? —dije mientras pasaba el dedo por el dibujo esmerilado de una lámpara.

Se volvió hacia las cabezas de yeso.

—A veces lo hago, sí.

—Estoy aquí para averiguar lo que pasó en 1971 —dije.

A eso no respondió. Agnes Brown aparentaba unos setenta años y seguía siendo una mujer hermosa, bella como lo es un mueble caro y antiguo.

—Soy de Ørsta —dijo de pronto—. Me saqué el título en Molde. Antes de casarme, me llamaba Agnes Storeide. Mi marido era marinero de Lerwick, pero murió en 1940. Un torpedo.

—¿Fuiste tú quien avisó al abuelo de que Einar había muerto?

Asintió.

—Ya se ha muerto él también —dije—. Venía a contárselo a Einar.

—Me lo imaginaba. Sverre tenía que morir para que pudieras venir.

Me acerqué un poco a ella.

—¿Por qué Einar salía en la guía telefónica como «Lerwick 118»?

Dio la impresión de no oírme.

—¿Te imaginas lo que es pasarte veinte años esperando una llamada que nunca llega y que encima no es para ti?

Agnes cruzó la habitación ajustándose el audífono. Luego se volvió hacia un oscuro rincón al fondo del local. Había allí una solitaria silla de barbero, de hierro fundido pintado de blanco y apenas iluminada por las farolas de la calle.

—La silla de caballeros —dijo—. Siéntate, para que pueda recordar.

El cuero reseco crujió cuando lo hice.

—Aquí se sentó Einar —dijo— cuando le corté el pelo por primera vez en 1943.

Agnes Brown rebuscó en una cómoda. Luego abrió un grifo de latón con verdín, las tuberías restallaron y salió óxido. Enjuagó unas tijeras. La miré desconcertado y, en respuesta, cogió una descolorida capa de nailon y me la ató al cuello. Ella se puso un delantal rojo, me posó ambas manos sobre los hombros y nuestras miradas se encontraron en el espejo craquelado.

—Te pareces a él —dijo—. No es tan raro.

A continuación, y sin más explicaciones, empezó a cortarme el pelo. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Al poco dejó las tijeras, cogió una navaja de barbero y siguió cortando. Hacía largos movimientos con la navaja y cada corte me dejaba un breve temblor en las raíces del cabello. Agnes iba cogiendo el pelo cortado con la mano y lo restregaba brevemente entre los dedos antes de dejarlo caer al suelo, como si comprobara su autenticidad. Al final empezó a contar.

EINAR HABÍA ENTRADO EN LA PELUQUERÍA EN LA PRIMAVERA de 1943, había saludado cortésmente en buen inglés y había pedido un *coupe Lyon*, un peinado que formaba un remolino sobre la frente, muy popular en Francia a finales de los años treinta. Sin embargo, me explicó Agnes, Shetland no era un sitio donde los hombres pidieran peinados a la moda. Por lo general solo querían quedar lo bastante decentes como para poder quitarse el sombrero en la iglesia. En aquella época, Agnes era una de las dos empleadas de la peluquería que regentaba un señor mayor de Glasgow. El inventario consistía en paredes de tablas desconchadas, cajoneras desvencijadas y espejos de diversos tamaños.

Einar se había comportado de un modo completamente distinto a los pescadores que frecuentaban la peluquería. Era ágil y fibroso, y sabía a la perfección cómo era un corte francés a la moda. Tenía un acento extraño y maneras de urbanita. Agnes no tardó en comprender que era noruego, así que

cambiaron de idioma, aunque no se dijeron cómo se llamaban. Shetland estaba repleto de noruegos y la joven peluquera y el hombre ligero de piernas hicieron como mandaban los cánones de guerra: hablaron poco de sí mismos porque siempre había oídos que podían llegar hasta Berlín.

Agnes supuso que el peinado sería un disfraz para viajar a la Francia ocupada, pero no lo comentó. Einar se dio por satisfecho con el peinado y se marchó, dando un portazo al salir. No volvió a verlo. Cuando la guerra por fin terminó, Agnes se hizo cargo de la peluquería, contrató a otra peluquera y apostó por las señoras. Algo ocurre en una peluquería cuando se pasa de una a tres sillas de señora: el lugar se convierte en una central de chismes y Agnes no tardó en oír una historia que relacionó con el fibroso noruego.

Una de sus clientas había trabajado de cocinera en casa de un acaudalado mayorista de Unst. Como la habían despedido, se permitía cotillear tranquilamente sobre su antiguo empleador. Contó que, durante la guerra, habían alojado en la casa a un noruego que al parecer era maestro carpintero. El ricachón y el carpintero se llevaban bien, entre otras cosas porque ambos entendían de madera. De hecho, el mayorista no era un cualquiera, se trataba de Duncan Winterfinch, quinta generación de tratantes de maderas y cabeza de una poderosa empresa familiar de Edimburgo. Durante la guerra, habían trasladado las oficinas a su casa de verano de Unst porque tenían miedo de que la sede central fuera bombardeada.

Con frecuencia, Winterfinch y Einar se quedaban charlando hasta las tantas, trazando planes y fumando buen tabaco de antes de la guerra. Pedían té y comida a cualquier hora del día o de la noche, e incluso tomaban huevos, a pesar de que estaban racionados. Y nada despierta mayores envidias que un criado servido por criados. Así que la servidumbre de la casa pegaba la oreja a las puertas y andaba de puntillas por los pasillos, reuniendo los retazos que finalmente encontraron salida bajo los secadores de St. Sunniva Street. Era evidente que los dos hombres tramaban algo en secreto porque, cuando les llevaban la comida, guardaban silencio.

En 1943, después de hacerse su *coupe Lyon*, Einar había desaparecido. Durante los meses posteriores, Winterfinch había estado muy inquieto y no dejaba de preguntar por un telegrama que nunca llegó. El hombre siempre había sido irritable, entre otras razones por una vieja lesión de guerra por la que habían tenido que amputarle un brazo y por diversos balazos en las pantorrillas que, por temporadas, lo postraban en una silla de ruedas. En uno de esos periodos, en el otoño de 1944, atormentado por los dolores, recibió una llamada telefónica que lo enfureció tanto que rompió el cristal de una de las ventanas de su despacho. Nadie se enteró de lo que pasaba, pero al poco de acabar la guerra se produjo un

incidente parecido.

De pronto el noruego se había plantado ante la puerta, exigiendo que lo dejaran hablar con Duncan Winterfinch. Al principio, el mayordomo pensó que se trataba de un desconocido, porque estaba andrajoso y en malas condiciones, con el cuerpo escuálido y la cara consumida. El encuentro fue breve. Winterfinch estaba furioso y los criados lo oyeron despotricar contra el noruego y exclamar que Einar «había roto el acuerdo y había conseguido que mataran a toda la familia». Sus gritos se oyeron por los prados y, al día siguiente, todo Unst estaba al tanto del incidente. Las palabras de Winterfinch se quedaron agarradas de por vida a Einar.

Lo que nadie se esperaba era que justo después Einar se trasladara a Haaf Gruney, que era propiedad de Winterfinch, y empezase a hacer uso de las casas de la isla. Winterfinch ordenó enseguida a los criados que preparasen un barco. Lo subieron a bordo y enfilaron hacia la isla. La silla de ruedas no era apta para el terreno de Haaf Gruney, así que tuvieron que llevarlo en brazos hasta las casas de piedra. El hombre se fue enfadando cada vez más y acabó enzarzándose en una nueva pelea con Einar. Pero este ignoró a Winterfinch como si fuera un niño histérico, se llevó a un lado al mayordomo y le enseñó unas escrituras oficiales que demostraban que tenía derecho a vivir eternamente en Haaf Gruney sin contraprestación alguna.

El séquito de Winterfinch tuvo que regresar a casa sin resolver el asunto y el manco estaba tan extenuado de rabia que no dijo una palabra en todo el trayecto. Sin embargo, su reacción no parecía deberse a una ruin pérdida de dinero, sino que por lo visto había perdido algo muy *valioso*, de hecho se sumió en la tristeza mientras, abatido, murmuraba algo así como «las pobres viudas». Al día siguiente despidió a la cocinera y a otras tres personas del servicio. Y se encerró durante varios días en el despacho, donde no sonaba más que el chirrido de la silla de ruedas.

—Esto ocurrió justo después de la guerra, ¿verdad? —pregunté removiéndome en la silla.

—Sí, a finales de 1945 —contestó Agnes Brown.

Así que no se trataba de mi madre, pensé, mientras asimilaba las diferencias entre lo que contaba Agnes Brown y lo que me había dicho Gwen. Agnes decía que Einar había hecho que mataran a una familia; Gwen, que había sido él quien los había matado.

En el espejo vi el reflejo borroso de los faros de un coche en St. Sunniva Street. Cuando el vehículo giró, una ráfaga de luz recorrió el local y me permitió ver que tenía un extraño peinado con la raya a un lado.

—¿Te habló Einar alguna vez de una señora llamada Isabelle? —pregunté.

—Isabelle, sí —se rio Agnes con amargura—. Isabelle Daireaux. Desde luego que me habló de Isabelle Daireaux.

UN SÁBADO DE 1945, a la hora de cerrar, Agnes estaba barriendo mientras planeaba la cena y un fin de semana tranquilo con una novela que le había enviado su hermana desde Måløy. Entre las pasadas de la escoba, se fijó en un rostro demacrado al otro lado del cristal. Al cabo de un rato reconoció al noruego al que le había cortado el pelo en 1943. Tenía la melena desgredada, la ropa sucia y apenas parecía percibir a la gente que pasaba a su alrededor. Se quedó allí parado hasta que la peluquería se vació, luego entró y clavó la mirada en el suelo. Señalando el teléfono que estaba sobre el mostrador, preguntó a Agnes si estaría dispuesta a recibir un mensaje por él.

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntó Agnes.

—Isabelle —respondió—. Tengo que encontrar a Isabelle.

—No tengo una centralita —dijo Agnes mientras dejaba la escoba, y le contó que en Lerwick se decía que había traicionado a Duncan Winterfinch.

—No —dijo Einar—. Fue Winterfinch quien los traicionó a *ellos*.

Agnes empezó a mover la vista entre la escoba y Einar. Tanto el aspecto como el olor del noruego le aconsejaban barrerlo hacia la puerta.

—Me llamo Einar Hirifjell —dijo—. Pero si llama alguien, quizá pregunten por Oscar Ribaut.

Lo que llevó a Agnes a ceder fue su desesperación, que era profunda y sincera. Lo que no sabía era que aquello sería el comienzo de un fatal pacto que duraría de por vida. Einar le contó que, durante la guerra, había viajado al norte de Francia vía España con el nombre falso de Oscar Ribaut. Su objetivo era llevar a cabo una misión civil secreta para Duncan Winterfinch. Aunque no quiso contar en qué consistía la misión, sí dijo que la recompensa acordada era una generosa suma de dinero y el derecho a vivir eternamente en Haaf Gruney.

En Francia había decidido anular la misión, aunque fue tan poco explícito sobre sus motivos para hacerlo como sobre la misión en sí. En su lugar, se unió a la Résistance. Como había pasado tantos años en París, Einar hablaba bien francés y lo aceptaron como un francés de nacimiento. Su grupo de la resistencia sufría una escasez crónica de explosivos, que los llevó a trazar un temerario plan para conseguir más. El grupo operaba desde Authuille, cerca de los viejos campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. Como los explosivos tienen una durabilidad casi eterna, decidieron adentrarse en un bosque cerrado al paso y recoger bombas no detonadas de la guerra anterior para extraer los explosivos y

usarlos contra los alemanes.

Así fue como Einar conoció a Isabelle Daireaux, mi abuela materna. Era la mayor de los supervivientes de cuatro hermanos. Sus dos hermanos varones servían en la misma tropa de infantería cuando los alemanes se abrieron paso por las Ardenas y cayeron con un solo día de diferencia.

En el relato de Agnes, no quedaba claro si la idea de recuperar los explosivos no detonados había sido de Einar o de Isabelle, de modo que tampoco quedaba claro quién era el responsable de los fatídicos sucesos que siguieron.

Después de la Primera Guerra Mundial, los campos de trincheras que rodeaban Authuille habían sido arados y limpiados de esqueletos y bombas en una gran acción de limpieza organizada por las autoridades francesas en la década de los años veinte. Se desenterraron varios millones de toneladas de explosivos, una labor tan peligrosa como la de luchar en la guerra, pero que con el tiempo hizo que los campos volvieran a ser cultivables.

En los bosques, sin embargo, la lucha había sido tan intensa que resultó imposible limpiarlos. En ningún otro sitio quedaban tantas bombas y cadáveres como allí. Los bosques no tardaron en ser considerados cementerios, que la gente conocía sobre todo por los apodos que les habían puesto los soldados. Bois d'Elville, por ejemplo, pasó a llamarse Devil's Wood.

Las fuerzas de ocupación sabían de la existencia de las bombas, pero no tenían capacidad para mantener las zonas vigiladas día y noche. Aunque no estaba muy claro cómo, Einar e Isabelle encontraron unos senderos seguros en el bosque y empezaron a reunir explosivos. Einar vivía en un cobertizo de la granja familiar, haciéndose pasar por un pariente en paro que antes había sido carpintero en París.

Pensaban utilizar los explosivos para volar la pared sur de la enorme cárcel de la ciudad de Amiens, donde los alemanes tenían encarcelados a muchos destacados miembros de la resistencia. Se trataba de una acción decisiva, coordinada con los aliados, cuyo nombre en clave era Operación Jericó porque solo podía salir bien si lograban reventar los muros.

Isabelle y Einar no tardaron en enamorarse perdidamente, eso sacó Agnes de las pocas palabras que Einar usaba al hablar del tema. Y ella los entendía tan bien... La guerra había hecho que todo el mundo se moviera con brusquedad, avidez y precipitación porque la vida podía acabarse en cualquier momento. Einar adquirió una soberbia que probablemente se pareciera a la de Isabelle, de modo que fueron empujándose el uno al otro a ser cada vez más temerarios. Con el paso del tiempo, Einar se arrepintió de no haber traspasado la granja a su hermano. Consideraba probable que muriera en Francia durante la guerra y, en ese caso, durante años quedaría registrado como desaparecido en los archivos

noruegos.

Solo una persona sabía que Oscar Ribaut era en realidad Einar Hirifjell: el líder de su grupo de la resistencia, que se llamaba Gaston Robinette y era apoderado en el banco rural. Si antes de la guerra había sido experto en moneda falsa, durante la guerra se especializó en fabricar documentos de identidad falsos. Einar llevaba su pasaporte noruego escondido en el forro de la chaqueta y tuvo que enseñárselo a Robinette para ganarse su confianza.

Einar propuso una solución poco sentimental al problema de la herencia de la granja, a saber, anticiparse a su propia muerte. Robinette colocó su pasaporte noruego en el masacrado cadáver de un delator y así fue como llegó a Noruega la comunicación que puso Hirifjell en manos de Sverre.

Por fin llegó el día de la Operación Jericó. Los estallidos sonaron por todo Amiens cuando la resistencia detonó los viejos explosivos. Al mismo tiempo, aviones aliados bombardearon los muros que daban al norte y al este, facilitando la fuga de cientos de prisioneros.

Los alemanes se tomaron las represalias con mucha calma, más de la habitual. Durante los meses siguientes se dedicaron a cercar a la Résistance. Más tarde, la gente llegó a la conclusión de que debía de haber un delator en algún puesto central del grupo, porque una noche, a principios del verano de 1944, la Gestapo llegó a Authuille y a los pueblos circundantes. En una fluida redada en la que participaron casi cuatrocientos soldados alemanes, detuvieron a prácticamente todos los miembros de la resistencia. Solo unos pocos, entre ellos Gaston Robinette, lograron escapar.

También Einar se libró porque esa noche se encontraba en el bosque cerrado, pero la familia Daireaux no tuvo la misma suerte. Isabelle, su hermana, sus padres y sus abuelos fueron detenidos y trasladados a la parte de la cárcel que seguía en pie. Al día siguiente de la redada, Einar se encontró en Authuille con Robinette y otro hombre de la resistencia, que sospechaban que él era el delator puesto que esa noche se había mantenido tan convenientemente en otro sitio. Robinette sacó un cuchillo y le preguntó si el truco del pasaporte noruego no sería en realidad un mensaje para el enemigo.

En ese momento apareció una patrulla alemana y Einar aprovechó la confusión para escapar. Se marchó de Authuille y contactó con un amigo de su época en París, un hombre que vivía en un pueblo perdido de la costa, donde se mantuvo oculto hasta la liberación de Francia.

Más adelante, Einar se enteró por otro preso de lo que le había pasado a la familia Daireaux. Después de someterlos a interrogatorios y torturas durante diecinueve días, los ataron a unos postes del patio de ejecuciones del castillo, que se veía desde todas las celdas. La hermana menor, Pauline, tenía quince

años. Durante mucho tiempo no hicieron nada, el patio se quedó vacío. Hasta una hora más tarde no trajeron al público: otros presos a los que los alemanes obligaron a mirar. Un soldado se acercó a Nicole, la madre de Isabelle, cortó las cuerdas con las que estaba atada y la ahorcó con una soga atada a un gancho de carnicero. Cuando dejó de patear, soltaron la soga, se la desprendieron del cuello, abandonaron el cadáver en el suelo y ahorcaron a su marido, Édouard, con la misma soga y el mismo gancho de carnicero.

Después ejecutaron por orden a los ancianos abuelos y a un primo. A Pauline y a Isabelle les perdonaron la vida, pero cuando soltaron a mi abuela del poste, volvieron a torturarla. Pocos días después, enviaron a las hermanas a Ravensbrück.

A partir del momento en que Einar oyó aquella historia, nunca volvió a ser *libre*. Su pesadilla era que Isabelle había llegado al campo de prisioneros creyendo que él la había traicionado. Tras la capitulación, viajó a Alemania y llegó a Ravensbrück, pero no encontró su rastro.

Cuando Winterfinch rompió aquella ventana, fue porque Einar lo llamó para contarle que la misión había fracasado, pero al mismo tiempo le pidió dinero para buscar a Isabelle.

A todo el mundo menos a Einar le parecía una petición injusta y hasta insensata, dado que no había cumplido la misión que le había encomendado Winterfinch. Pero cuando Agnes le preguntaba por el asunto, Einar se limitaba a murmurar y siempre se negó a contar en qué consistía la misión inicial.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —le preguntó Agnes el día que fue a buscarla a la peluquería.

—Que me prestes tu número de teléfono —respondió Einar—. Para que *ella* pueda encontrarme aunque yo esté de viaje.

Einar solo quería que Agnes recibiera el mensaje en caso de que llamara alguien para dar información sobre Isabelle Daireaux. Él tenía pensado continuar la búsqueda, extender la noticia de que la seguía buscando y de que podía localizarlo en un sitio en el que siempre había gente para recibir mensajes: una peluquería bien llevada cuyo número era Lerwick 118.

—Pero ¿de dónde vas a sacar el dinero para buscarla? —objetó Agnes.

—Voy a ayudar al Redentor a subir de nuevo a la cruz —fue su respuesta.

Einar tenía una habilidad muy demandada en ese momento y que le consiguió tanto alojamiento como apoyo, la habilidad que había descubierto en abril de 1940, cuando recompuso el crucifijo de Saksum: sabía reparar arte eclesiástico. Durante la posguerra, viajó por toda Europa, recorriendo ciudades destruidas donde encontraba iglesias bombardeadas. Allí se ofrecía a reconstruir los

retablos y las figuras de madera destrozadas durante el conflicto, y lo único que pedía a cambio era que los curas le consiguieran información sobre una presa llamada Isabelle Daireaux. Dormía en las sacristías, reparaba muebles y ornamentos astillados y, por la noche, con ayuda de los curas, escribía cartas a otros presos de Ravensbrück, a la Cruz Roja, a las oficinas de los aliados y a los registros civiles.

Durante años y años, la única obsesión de Einar fue encontrar a Isabelle. Pero no era el único consagrado a esa tarea. En aquella época, decenas de miles de personas buscaban a sus seres queridos. Einar consiguió dinero para comprar un coche viejo y se dedicó a escribir a supervivientes del campo de exterminio y a revisar cualquier nueva lista de presos que saliera a la luz. En las oficinas de la Cruz Roja, lo recibían con una triste mirada de reconocimiento. A todo el mundo le decía que podían ponerse en contacto con él en Lerwick 118.

Envió el mismo mensaje a Hirifjell. Les escribió una breve carta diciendo que estaba vivo, que renunciaba a los derechos sobre la granja y que no deseaba mantener contacto con la familia más que en caso de defunción.

En el apartamento de encima de la peluquería, Agnes no tardó mucho en pasar a compartir el anhelo de Einar. Puso el nombre de Einar junto al suyo en la guía telefónica, como si vivieran bajo el mismo techo, y él la llamaba una vez por semana, desde Francia, Checoslovaquia y las zonas fronterizas con la Unión Soviética, preguntando si había llamado alguien.

Tampoco pasó mucho tiempo antes de que Agnes empezara a desear que Einar llamara solo para hablar con *ella*. Cuando levantaba el auricular y la gente tardaba un poco en decir algo, surgía la leve esperanza de que se tratara del asunto Isabelle. Pero en el fondo esperaba que el mensaje consistiera en que había fallecido.

Así continuaron hasta que, un día, Einar llamó cerca de la hora de cierre. Por una vez, no planteó la pregunta habitual. En su lugar, se limitó a decir:

—Soy yo. Yo.

Agnes le pidió que lo repitiera porque su voz sonaba del todo distinta. Al final Einar le contó que la Cruz Roja por fin había encontrado un archivo de Ravensbrück. Había averiguado que Isabelle fue obligada a participar en una marcha de la muerte y murió congelada. Probablemente, estaba enterrada en algún lugar desconocido de Alemania del Este.

Por un instante, como un rayo de luz en la desesperación, Agnes se avergonzó del alivio que sintió. Tenía la esperanza de que ahora Einar pudiera olvidar a Isabelle y regresar a Shetland. Pero se equivocaba. Al saber de su muerte, una desesperación aún mayor reemplazó a la previa. La Cruz Roja le había dado aún otro dato: en enero de 1945, Isabelle Daireaux había dado a luz a una niña en

Ravensbrück.

MIENTRAS AGNES BROWN ME CORTABA EL PELO, se me iban colando mechones entre la nuca y la espalda, y empecé a sentir un picor que crecía al mismo ritmo que mi inquietud, una comezón procedente de un lugar que no podían alcanzar mis uñas.

Al principio asocié mi inquietud a la certeza de que las bombas recogidas durante la guerra guardaban relación con el accidente de 1971. Pero poco a poco comencé a sentir una incredulidad que me pesaba cada vez más y que me fue hundiendo, mientras permanecía sentado en aquella silla de barbero.

Según Agnes, Einar no sabía si él era el padre de la niña de Isabelle o si habría sido concebida en alguna de las incontables violaciones que sufrió en la cárcel de Amiens. Eso me llevó a pensar que, si mi abuelo materno era un soldado alemán, no podía despreciar mis orígenes alemanes en sí mismos. Ciertamente podía denostar la violación, pero no el uniforme en sí, puesto que se trataba del mismo uniforme que había llevado el abuelo.

Pero las dudas no tardaron en disiparse.

Agnes estaba acabando el corte. Finalmente cogió la cuchilla de barbero para dar los últimos retoques y eliminó los pequeños trasquilones con cortes breves. Perfeccionó la faena de 1943, cuando le hizo a Einar Hirifjell un *coupe Lyon* y lo transformó en el Oscar Ribaut que yo conocía del carné de identidad falso.

Al principio achaqué al peinado que el rostro que veía en el espejo ya no fuera el mío. Pero no era solo eso, el hombre que me devolvía la mirada era Oscar Ribaut.

6.

SU GUADAÑA SEGUÍA CORTANTE, bastaron dos pasadas con la piedra de afilar para eliminar el óxido que la brisa marina había producido en la hoja. Empecé a cortar la hierba alrededor de las casas de Haaf Gruney. De la chimenea salía el humo negruzco de la turba, que no olía mal. Ya había encendido el fogón de la cocina, pero aún no había decidido si comería sopa o salchichas.

Me preguntaba cómo habría sido comer juntos, Einar y yo, pasearnos por allí, pasar a ser la encarnación de las suposiciones del otro. Hablar o evitar hacerlo, sin tratar de representar una escena de cordialidad. Sencillamente verlo fumar Early Morning Pipe y oírlo murmurar alguna que otra cosa.

Incluso después de que Einar y mi madre se conocieran, la incertidumbre sobre quién sería el verdadero padre debió de seguir fustigándolos. La noche anterior, sin embargo, la verdad había salido a la luz. Agnes y yo lo habíamos visto al mismo tiempo, la prueba que respondía a la pregunta más candente, una respuesta que llegaba con veinte años de retraso.

Todos ellos fueron ocupando su lugar en mí. Era como si llevara toda la vida conviviendo con una pared llena de clavos centrados en las pálidas manchas dejadas por unas fotos que estuvieron allí en su día y ahora sus rostros llenaran los huecos: Isabelle Daireaux, Einar y mi madre. Junto a Alma, Sverre y mi padre.

Mis padres eran primos hermanos. La información no me desgarraba ni me hacía sentir vergüenza, solo afecto. Sabía que nunca se lo contaría a nadie, salvo quizá al viejo párroco. Nadie más merecía saberlo, y nadie lo necesitaba tampoco.

A mí no me preocupaba. Al contrario, sentí que me invadía un cierto orgullo por una línea de sangre que me ataba más firmemente al retablo de Saksum y al taller de Ruhlmann en París. La gente, sin embargo, haría una interpretación muy distinta. Lo había visto muchas veces: los más resentidos clavaban el pico en la herida abierta, en el punto más sensible, en la dignidad.

Quizá el abuelo intuyera que Einar podía ser el padre de Nicole. Conforme fui creciendo, me vio parecerme cada vez más a ese hermano al que no soportaba. Y aun así, nunca me dirigió una mala palabra, simplemente se aferró a sus patatas de siembra, esas que no eran familia, sino la misma planta.

Continué segando la hierba y no tardé en sentir la cercanía del abuelo, del hombre que me enseñó a usar la guadaña. Cálidas manos alrededor de las mías. El giro adecuado, el mango de madera gris, el acero cortando la hierba en rectas hileras.

Todos ellos eran yo. Estaban sentados a mi alrededor, contemplándome. Y me di cuenta de que deseaba llamar *abuela* a Isabelle Daireaux y de que quizá hubiera en mí un hueco libre para ese nombre. Hasta entonces Einar había sido solo Einar, aunque también para él había un nombre.

Después de comer seguí recogiendo. Al final había optado por las salchichas irlandesas y, al caer la tarde, la casa estaba caldeada y agradable. Puse pilas nuevas en la radio y escuché la emisora noruega de onda larga, aunque sonara distorsionada.

Se esperaban lluvias al este del país. Una inquietud se cernió sobre mí. Un exceso de humedad podía hacer que el mildiu destruyera toda la cosecha de patatas. Como para reforzar la preocupación, cayó un aguacero tan fuerte que las gotas parecían salpicar desde el mar. Las vistas sobre Unst se cerraron y sentí miedo de que en Hirifjell estuviera lloviendo de la misma manera.

Al día siguiente me levanté al amanecer. El mar estaba liso y calmo. Pasé a Unst con la barca, me instalé en un alto y me dediqué a observar la casita de piedra de Gwen. Sobre las nueve de la mañana vi movimiento detrás de las cortinas. Abrió la puerta de la casa, se desperezó ante el buen tiempo y volvió a meterse.

Miré el reloj y decidí bajar, aunque no sabía exactamente cómo explicar la visita. Agnes Brown me había contado algo que indicaba que Gwen podía no ser quien decía.

CUANDO AGNES ACABÓ DE CORTARME EL PELO, me levanté de la silla de peluquero y subimos a su salón. Allí me entregó otro juego de llaves de Haaf Gruney que había tenido guardado y pareció aliviada al deshacerse de él. Luego me contó que, durante años y años, Einar se había dedicado a buscar a la niña sin nombre, sin reparar en que era prácticamente imposible encontrarla y sin saber lo que a nosotros nos había quedado claro: que la niña era suya. Durante la guerra, habían nacido casi mil niños en Ravensbrück, pero la Cruz Roja calculaba que solo habían sobrevivido entre diez y quince.

Me imaginé a Einar pasándose los días entre sus herramientas y la cola de carpintero, cara a cara con el Crucificado, mientras ahuyentaba su angustia reparando arte eclesiástico destruido. Frente a frente con los apóstoles, mano a

mano con la Virgen María, día tras día ante Jesús. Quién no se hubiera vuelto religioso.

Usó el mismo método con el que había buscado a Isabelle. Los agradecidos curas lo ayudaban a escribir las cartas y recorría los orfanatos, preguntando por niñas nacidas en enero de 1945. Él mismo debía de comprender que aquella búsqueda era imposible: si la niña seguía viva, lo más probable era que la hubiesen adoptado y que ignorara sus orígenes. En la década de los cincuenta, el desánimo se fue apoderando de él. La guerra fría complicaba la obtención de visados, las fronteras se cerraron y Einar empezó a pasar cada vez más tiempo en Haaf Gruney, siempre inquieto, siempre atormentado, con un ojo resentido puesto siempre en Duncan Winterfinch. Al final montó el taller de carpintería y comenzó a ganarse la vida fabricando muebles sencillos para una pequeña tienda de Lerwick.

—Pero ¿de dónde sacas los materiales? —le había preguntado Agnes.

—Llegan solos a la isla —respondió.

Haaf Gruney estaba situada en el cruce de diversas corrientes marinas que le llevaban tablas y troncos desde Rusia y la costa noruega. En ocasiones encontraba incluso duras maderas americanas.

Agnes decía que Einar nunca perdió la fe en que la hija de Isabelle acabaría poniéndose en contacto con él, así que acordaron que, si alguien llamaba a Lerwick 118 preguntando por él, ella iría a Unst y pintaría una cruz blanca en la caseta de las barcas frente a Haaf Gruney. Al ver la señal, Einar acudiría de inmediato.

Una cruz blanca. Me vino a la mente la pintura blanca desconchada que había visto en el portón de la caseta.

—¿Llamó mucha gente? —pregunté.

—No —respondió—. En veinte años, nadie llamó a Einar Hirifjell.

Estaba a punto de contarle que había descubierto la pintura blanca cuando empezó a hablarme de su propia relación con él.

—Solo podía culparme a mí misma —dijo Agnes—. El sufrimiento de Einar era tan intenso que bastaba y sobraba para hundirnos a los dos. Mi única esperanza era que algún día encontrara una respuesta y el fallecimiento de la niña le proporcionara paz. Pero ¿quién era yo si fundaba mis esperanzas en el deseo de que una niña hubiera muerto?

A veces, Agnes había visto destellos de afecto en Einar. Ella siempre había soñado con arreglar su vieja peluquería y, un buen día, Einar se presentó en el local preguntando si podían cerrarlo durante unos días. A continuación empezó a llevar materiales, cubrió las ventanas con papel de estraza y echó la llave. Agnes lo oyó trabajar hasta la madrugada. A la mañana siguiente, él llevó las sillas y

los bancos que había fabricado en su taller y Agnes vio algo parecido a una sonrisa.

El domingo por la noche, se acallaron los martillazos y Einar le mostró una peluquería que podría encajar en cualquier lujosa calle comercial de París. Había hecho la reforma al estilo *art déco*, líneas severas y rectas, expresión sencilla, pero ornamentos preciosos. Una fila de hermosas lámparas proporcionaba buena luz a las peluqueras.

—Este soy yo —dijo—. En el fondo.

El mueble más espectacular era una cómoda de treinta cajoncitos para guardar las tijeras y otros instrumentos de poco tamaño. Cada cajón tenía relucientes incrustaciones de nácar que, cuando estaban todos cerrados, trazaban el contorno de un tulipán idéntico al de las lámparas.

—Es todo madera de deriva —dijo Einar—. Como tú y yo.

Fue la primera vez que demostró algún sentimiento hacia ella. Pero cuando Agnes lo abrazó, sintió que estaba tocando una estatua de Vigeland. Después de cenar, Einar se quedó a dormir, pero al día siguiente regresó a Haaf Gruney.

La reforma de la peluquería acabó siendo una red de pesca. Era imposible no quedar atrapada por un hombre que le había hecho algo así de bello. Por esa misma razón, Agnes nunca fue capaz de vender la peluquería y se acostumbró a ser la centralita de una llamada que nunca llegaba. Cada año, renovaba el nombre de Einar en la guía telefónica. Cada año, renovaba el dolor de saber que su propia vida se echaba a perder junto con la de él.

Y así pasó el tiempo, hasta que, en 1967, el teléfono sonó y Agnes Brown soltó las tijeras con la premonición de que aquella llamada era diferente.

La línea tenía un ruido de fondo completamente distinto al de las conversaciones locales de Shetland. Llamaba una mujer que hablaba muy mal inglés y, en voz alta y tono formal, fue leyendo una a una las palabras que era evidente que tenía escritas en un papel. Solo cuando pronunció un nombre, la voz sonó firme.

—*Einar Hirifjell* —dijo la mujer al otro lado de la línea y, por el dialecto, Agnes supo que era de Gudbrandsdal.

—Habla noruego, por Dios. Yo también soy noruega —la interrumpió Agnes.

Siguió un vacilante murmullo, hasta que la otra dijo:

—Dile a Einar que Nicole Daireaux está aquí. Aquí, en Noruega, en Hirifjell.

A continuación la mujer le dio un número de teléfono y enseguida colgó. Agnes se quedó con el auricular en la mano, incapaz de articular palabra. Nicole Daireaux, la madre de Isabelle, ¿no había muerto en la horca en 1944?

Por primera vez en su vida, Agnes dejó un corte de pelo a medias. Abandonó

a su cliente en la silla y cogió un taxi a Unst.

Einar había escondido una brocha y una lata de pintura debajo de una piedra. Bajo la lluvia, Agnes pintó la cruz blanca sobre el portón de la caseta y luego se quedó parada, mirando la yerma isla mientras la azotaba el viento. Cuatro veces al día, coincidiendo con los horarios del autobús, Einar se tomaba una pausa de su trabajo en la carpintería y subía a una pequeña loma para mirar hacia la caseta. Agnes tuvo que esperar más de una hora sentada sobre una piedra, mirando hacia la isla sin ropa de lluvia. Pero, por fin, mucho antes de la hora del autobús, vio que una silueta se dibujaba en la lejanía. Agnes se levantó para agitar ambos brazos. Al poco, Einar llegó remando con esfuerzo y se quedó atónito cuando le contó de dónde venía la llamada.

—¿Hirifjell? —dijo al final—. ¿Nicole Daireaux?

Sin siquiera mirarla, Einar enfiló por el camino hacia la cabina telefónica situada en el cruce junto al embarcadero del ferri y regresó desconcertado y ausente.

—Tengo que ir a Noruega.

Poco después, Agnes lo vio en Lerwick. Su viejo coche gris se dirigía al ferri de Bergen. Después desapareció. No le dedicó ni una palabra de agradecimiento, ni una llamada telefónica explicándole lo que pasaba en Noruega.

—En ese momento odié a Einar —me contó ella—. Lo odié porque no me dejó participar en algo en lo que llevaba implicada veinte años.

Así que eliminó su nombre de la guía telefónica y lo mandó al infierno. No volvió a verlo en cuatro años, aunque sabía que a veces estaba en Haaf Gruney y que, en una ocasión, recibió una visita allí.

Y entonces, una noche de diciembre de 1971, volvió a verlo en Lerwick. Einar tenía peor aspecto que nunca. Estaba como una cuba, tambaleándose delante de una tasca de marineros cercana al puerto. Parecía un cuervo con las alas plegadas. Agnes sabía que un hombre podía tardar menos de un mes en hundirse en Lerwick y Einar daba la sensación de mantener el rumbo firme hacia ese destino. Andaba dando tumbos entre las olas del Atlántico que inundaban la calle, estaba empapado de lluvia y el vendaval le arrancó el gorro. Poco después, el único local que le abría sus puertas era el más sórdido de todos, Captain Flint's. En Navidad, cuando todo el mundo se quedaba en casa, Einar seguía dando tumbos por los resbaladizos adoquines de las calles.

Y una vez más, Agnes lo acogió en su casa. Estaba tan sucio que era imposible distinguir entre la piel y la ropa. Y no quedaba claro si sus tormentos radicaban en el dolor o el remordimiento. En Einar Hirifjell, una cosa no se distinguía de la otra. Hasta la mañana de Año Nuevo, no fue capaz de hablar.

Por fin le contó que la hija de Isabelle había llegado a Noruega pensando que

Einar vivía en Hirifjell. Al parecer, después de aclarar lo que Einar llamaba «el gran malentendido», habían mantenido una correspondencia constante y ella incluso lo había visitado. Einar decía que habían sido los mejores años de su vida.

Pero luego Nicole y su marido fallecieron en un accidente y eso lo había derrumbado. A Agnes le quedó claro que Einar se sentía culpable por lo que había pasado, aunque lo único de lo que hablaba era de que el niño —yo— estaba vivo.

El 2 de enero de 1972, Einar se marchó a Haaf Gruney para siempre. El resto de su vida jamás volvió a tocar un destilado, el resto de su vida se dedicó a fabricar ataúdes. Recibía los materiales con el ferri de Bergen y, durante toda la década de los setenta, los setelandeses fueron enterrados en ataúdes de pino noruego.

Unos años más tarde, Agnes cerró la peluquería, se marchó a Noruega y vivió allí un tiempo con su hermana, pero el desasosiego la trajo de vuelta a Shetland. De vez en cuando, iba a visitar a Einar y fue viendo cómo se deterioraba la cruz blanca que había pintado en 1967. Le cortaba el pelo, comían juntos y en ocasiones se quedaba a dormir en Haaf Gruney, pero luego siempre cogía el autobús de vuelta a la peluquería cerrada.

Cuando la barca volcó y mató a Einar, lo metieron en un sencillo ataúd de abeto que había dejado en la caseta. Había elegido el cementerio de Norwick, donde las inclemencias del tiempo tardaban pocos años en erosionar las lápidas. Sobre la tapa del ataúd había tallado el nombre de Oscar Ribaut, como si estuviera desesperado por señalizárselo a alguien.

Agnes avisó al abuelo, quien llegó a Shetland con una lápida en el maletero, pero por lo demás no mostró el menor interés ni por la isla ni por la historia que ella le contaba.

Agnes Brown hizo una pausa en el relato. Contemplé a aquella mujer mayor de pelo blanco y sentí deseos de hacer algo por ella. Luego mis pensamientos recayeron sobre Hanne, quizá su cariño fuera parecido al de Agnes, mayor de lo que yo era capaz de percibir.

Al final, Agnes me habló de la desconocida que se presentó en el entierro de Einar. Una chica de diecisiete o dieciocho años, con ropa cara, llegó sola y con aspecto extraviado. Luego se llevó al abuelo a un lado, pero él negó con la cabeza, tan mudo y pesado como la lápida que había llevado. Agnes tenía bastante con su propio dolor y no pensó demasiado en la desconocida, pero al arrojar la tierra, le pareció reconocer los rasgos de la joven. La había visto muchos años antes, en Lerwick, cogida de la mano de un anciano. Al principio le había llamado la atención que el viejo dejara a la niña caminar por el lado de la

calle que daba al tráfico, pero cuando lo reconoció, se dio cuenta de que el hombre no podía hacer otra cosa. Era Duncan Winterfinch, el manco, llevando de la mano a su nieta.

Después del entierro, cuando Agnes cruzó a Haaf Gruney para recoger y limpiar la casa, descubrió que alguien había estado allí. Por eso cambió los candados por un juego que había comprado en Ørsta. Al final hizo la última travesía con el *Patna* y echó la llave a la caseta de las barcas. Luego insertó las llaves en el viejo llavero de Einar y se las mandó al abuelo a Hirifjell. Cuando abandonó Unst, pasó por delante de Quercus Hall y se fijó en que la chica que había visto en el entierro se había instalado en la casita de piedra.

Tal y como la describió Agnes, comprendí que se trataba de Gwendolyn Winterfinch, la nieta de Duncan.

7.

—¿TE HAS CORTADO EL PELO? —preguntó.

—Sí, en St. Sunniva Hairdressers.

—*Quite... individual. Nice, though.*

Gwen estaba en la entrada de la casita de piedra, con las manos apoyadas contra el marco de la puerta. Llevaba una falda de fieltro de color verde y cuadros pequeños, y un jersey negro de cuello alto. Tenía la mirada esquiva, como si se hubiera propuesto hacer algo que yo había interrumpido. Algo la atormentaba por dentro, una sustancia que podía solidificarse en cualquier momento. Se mostró callada y arrogante.

Un suave calor emanaba de la puerta, el tipo de calor que adquiere una casa cuando la chimenea lleva toda la noche encendida. Pero pasaba a mi lado y se perdía en el día gris. Gwen tenía todo de su parte: el derecho de propiedad, el idioma y quizá incluso la verdad.

—Gracias por la cena —dije.

Ella bajó la mirada, luego la dirigió detrás de mí, hacia Quercus Hall, que se erguía al borde del acantilado. No respondió, como si se avergonzara de que yo estuviera allí.

—¿Han llegado? —pregunté—. ¿Los Winterfinch?

Respondió que no. Por encima de su hombro, veía un pequeño salón y oía el estribillo del disco que se había comprado en Lerwick. Busqué las palabras adecuadas en inglés.

—¿Me puedes dejar entrar en Quercus Hall? —le pregunté.

—*What?* Perdería el trabajo. Ni siquiera les gusta que reciba visitas aquí.

Bajé un escalón. Estaba claro que Gwen mantenía el farol. En tal caso, se trataba de un juego en el que tenía que moverme con astucia.

La casa estaba construida con piedras sin labrar de un color gris claro allá donde las calentaba el sol. La cerca estaba cubierta de musgo, era alta y sólida, y resguardaba del viento marino. Una espesura de flores crecía por el pequeño jardín entre la cerca y la casa.

Seguía sin hacer el menor amago de dejarme pasar. No invitaba a la conversación y no irradiaba nada del calor que tenía a la espalda.

—Duncan Winterfinch —dije—. ¿Cuándo murió?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque he descubierto que Einar le ocultaba algo —la miré a los ojos y añadí—: La herencia que estaba buscando mi madre tenía que ser la misma que Winterfinch mandó a Einar a buscar en 1943.

Se encogió de hombros sin mostrar interés.

—Ya. ¿Quién te lo ha contado?

—Alguien que conocía bien a Einar.

No dije más. Era una trampa arriesgada porque una empleada doméstica no se interesa por las viejas obsesiones de un hombre muerto.

—A la mierda —dijo—. Sí puedo dejarte entrar *aquí*. Pasa.

Eché a la chimenea un par de leños rojizos que cogió de un reluciente caldero de cobre y el fuego se avivó. Leña de roble. Al parecer, las familias de madereros no hacían fuego con turba. Ni siquiera el «ama de llaves», que no parecía tener ninguna prisa por arreglar la casa. Las puertas de los armarios estaban abiertas y la cama sin hacer, y daba la impresión de que cogía una taza limpia cada vez que se tomaba un té.

Era un lugar muy acogedor, aunque no desprovisto de peligros. Solo faltaba el aroma a comida india para que me embargara la misma temeridad seductora que había sentido en el Raba. En el salón había un sofá grande de rayas rojas, rodeado de pilas de revistas de música. Una de ellas se había dispersado por el suelo. *Record Collector, New Musical Express*. Sobre la mesa había un doble álbum abierto y la tetera todavía humeaba.

—¿Adónde fuiste? —pregunté—. Después de la cena.

—Cogí el último autobús para acá.

Bajó el volumen del equipo estéreo. El tocadiscos era Linn Sondek, como el del loco de la alta fidelidad del pueblo, que había invertido medio año de pensión en comprárselo. Amplificador Audiolab en tres piezas, altavoces electrostáticos de Quad. Un equipo a la altura de los más de quinientos LP que debía de haber en las estanterías.

—¿Escribes reseñas de música? —pregunté.

Se miró las uñas.

—Solo me interesa. Los discos... no son míos.

Me quité el anorak. Antes de coger la barca, me había restregado con jabón y me había cambiado de ropa interior. A pesar de ello, aún sentía el sabor de las especias de la cena en el Raba, mi piel seguía teniendo un inusual olor procedente de todo lo nuevo que iba emanando.

—¿No te ibas a Edimburgo? —preguntó.

—Sí —dije—. Pero el ferri no sale hasta mañana. Dime, ¿sueles venir en

avión?

—Qué va. Yo también vengo en ferri.

—¿Cómo es, en realidad, la familia Winterfinch? —pregunté—. Cuando hablas de ellos, solo veo una gran nube, como si fueran una especie de clan.

Empezó a recoger las revistas. Se sentó en cuclillas, con el trasero sobre los zapatos relucientes. Le sentaban mejor las faldas que los pantalones. Su pelo formaba una especie de *U* en la nuca, de modo que una franja de las raíces se dibujaba por la piel desnuda. De pronto tuve el deseo de pegarme a su espalda y acariciarle las raíces con la nariz, de averiguar si un leve roce podría dominar su cerebro y obligarla a sacar su verdadero yo.

—Son un clan —dijo, levantándose con la pila de revistas—. Una vieja familia, pero...

—No hablas de tus empleadores —la interrumpí.

—*Exactly* —empezó—. *It's...*

—... *not done* —dije.

¿Cuánto tiempo podría mantener la careta? ¿Y por qué se cubría? Daba la impresión de caminar detrás de un caballo que en realidad no quería montar.

—¿Así que has averiguado qué era la herencia? —preguntó.

—Sí —respondí—. Me lo han contado.

Nos miramos como si cada uno enfocara su Leica. Pero o bien se daba cuenta de que estaba mintiendo, o bien mentía mejor que yo.

—¿Y sabes dónde está? —continuó.

Negué con la cabeza y ella dejó las revistas en un estante. Continuó dándome la espalda durante unos segundos, con los brazos en jarras.

—Pero... ¿quieres averiguarlo? —preguntó por fin, dándose la vuelta.

Y entonces asentí, preguntándome qué precio tendría que pagar por ello.

UN POCO MÁS TARDE, remé de vuelta a Haaf Gruney y me paseé por la isla hasta que cayó la noche y me quedé solo con la oscuridad y el mar.

Gwen y yo nos habíamos sentado a escuchar *The Cutter and The Clan* y habíamos vuelto a ser los que éramos en el restaurante: dos identidades que ahora eran falsas, pero aun así las únicas que nos permitían encontrarnos. Me habló de sus grupos favoritos, Runrig y Big Country, y cuando la aguja se levantó del disco y el silencio se extendió por la habitación, nos despedimos con torpeza, diciendo que seguramente volveríamos a vernos.

Con toda probabilidad se había dado cuenta de que yo iba de farol y de que la necesitaba para averiguar más cosas, pero era como si quisiéramos empezar a jugar y no encontráramos el dado.

Por otro lado, comprendí que así era más sencillo. Mientras nos mantuviéramos en la superficie, no jugábamos al póquer por la verdad sobre mis padres, sino por una herencia. Por dinero, lingotes de oro, lo que fuera. Un pequeño rodeo alrededor de las grandes cuestiones.

Un rodeo que, en realidad, yo llevaba dando toda la vida.

Me encaminé hacia la loma desde la que Einar veía la caseta de Unst. Me atenazaba un dolor que había sentido en la adolescencia, cuando me reprochaba a mí mismo no haber sufrido nunca de verdad por la pérdida de mis padres.

Admiraba el dolor de Einar y su reacción de 1971. Einar había sufrido de un modo abierto y auténtico, había aceptado los sufrimientos que también deberían haberme fustigado a mí. Yo, en cambio, había hecho como el abuelo, me había despedido de ellos. Después de derrumbarse sobre su tumba, el abuelo se levantó, alzó la cabeza y me cogió de la mano, les dio la espalda y siguió adelante con su vida.

Pero la diferencia entre Einar y yo, pensé sobre aquella loma, era que él los había *conocido*. Mi dolor, por mucho que tratara de invocarlo, no era más que una manta descolorida que podía concernir a cualquiera y, por eso, mi añoranza tampoco era auténtica, no era más que un copo de nieve en el aire, algo en lo que nadie se fija.

AL DÍA SIGUIENTE VOLVÍ A CRUZAR A UNST. Conduje hasta la cabina telefónica, que probablemente era la misma que había usado Einar cuando llamó a Noruega en 1967, y sentí la misma inseguridad que debió de sentir él.

Hurgué en los bolsillos buscando monedas, tomé aire y repetí su acción de aquella vez: llamé a un número de Saksum. Solo que el número que marcaba yo era al que había recurrido muchas veces cuando me veía en un aprieto.

Respondió su padre. Como de costumbre, soltó un ambiguo «vaya» cuando dije mi nombre de pila. Teníamos algo en común: nos alegrábamos de no tener que conversar el uno con el otro.

Hanne se puso al aparato cuando su padre murmuró: «Es él».

—Ah —dijo Hanne, un *ah* que yo conocía perfectamente y que significaba muchas cosas. En ese momento significaba: «Estoy cabreada y tú necesitas sufrir un poco».

—¿Ya has vuelto de Sørlandet? —pregunté.

—No fui.

—Einar murió hace muchos años —dije.

—Vaya —dijo en un tono un poco más suave—. Entonces, ¿ya estás en casa?

—Sigo en Shetland.

—No me tomes el pelo, Edvard.

—Estoy en Shetland —abrí la puerta de la cabina—. ¿Oyes los chillidos de las gaviotas? Estoy en un sitio que se llama Unst.

Se quedó callada. Un débil crepitar eléctrico sonó en la línea.

—Pero si tú casi no has estado en Oslo —dijo.

Había pensado decirle que la echaba de menos, porque era verdad. Lo complicado era que no echaba de menos todo. Añoraba su calor y su estabilidad, pero no su carga, que amenazaba con atraparme.

—Me apaño bastante bien —dije.

—Pero ¿qué haces allí si ya está muerto? —preguntó.

Quería contarle que Einar tenía algo que ver con los cuatro días que estuve desaparecido y que andaba sobre la pista de por qué mi madre se había presentado en Hirifjell y de en qué consistía la herencia, pero de pronto me di cuenta de que toda la historia empezaba a pertenecer a otra chica, a alguien que me atraía a la vez que me tenía expectante, a Gwendolyn Winterfinch.

—Edvard —dijo Hanne—. Ya no sé en qué punto estamos. No sé qué pensar.

—No sabía que necesitabas pensar algo —dije.

—Pues entonces puedo colgar —replicó.

La cabina pitó, eché otra moneda.

—Hanne, lo siento. Ha sido una tontería decir eso. Tengo que pedirte un favor. Necesito quedarme otra semana. ¿Podrías pasarte por la granja y ver si hay señales de mildiu en las patatas? La llave de la barrera está debajo de la piedra negra.

—¿Me estás pidiendo *qué*?

—Solo que mires si hay mildiu.

—¿Y si lo hay? ¿No querrás que empiece a fumigar y cuidar la granja?

—No, solo quiero que mires si todo está bien. Y si puedes, que devuelvas por mí a la biblioteca los libros que están sobre la mesa de la cocina.

—¿Cuándo tienes que devolverlos, Edvard?

—No estoy seguro.

—En verano, la biblioteca presta los libros dos meses. ¿Piensas estar fuera *una semana o tres*?

—Una más. Las ovejas están en la montaña y...

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué haces allí si de todos modos está muerto?

FUI A LERWICK, a la terminal de ferris de Holmsgarth, que olía a pescado y a gasóleo. El vendedor era un tipo con doble papada que parecía llevar allí sentado toda la vida, sin hacer deporte. Conseguí posponer el regreso a Bergen y, al

mismo tiempo, pregunté cuándo salía el ferri hacia Aberdeen.

Podía ser un buen tema de conversación con Gwen, para presionarla un poco más y seguir fingiendo que planeaba ponerme en contacto con la familia Winterfinch en Edimburgo.

Me limité a pedir los horarios de las salidas, pero el vendedor me levantó la voz y dijo que no pensaba vender ningún billete a Aberdeen.

—¿Cómo? —dije mientras me inclinaba hacia la ventanilla.

—¡No pienso venderte ningún billete, lo siento!

—¿Por qué no puedo comprar un billete? —pregunté, antes de entender que solo era una forma de hablar.

La razón, según me dijo, era que se esperaba una fuerte tormenta.

—*There are strong gales coming in. Really strong.*

Por tanto no podían garantizar los horarios de llegada, ni siquiera la llegada en sí, al parecer.

—En el peor de los casos, el ferri no podrá atracar —dijo—. Tendrán que esperar en mar abierto. A veces se han pasado dos días enteros esperando.

Me alejé de la terminal, bajé la ventanilla del coche, saqué la mano para sentir la brisa de la velocidad e inspiré el olor de la hierba. Levanté la vista hacia un cielo azul y despejado. ¿Dónde estaba la tormenta de la que hablaba ese hombre?

Me encontraba en medio de Yell cuando estalló. Un golpe de viento atizó el costado del coche, como si se hubiera roto un amortiguador. La carretera daba un rodeo por una cala y, por encima del mar, vi cómo se avecinaba la tormenta. El cielo se estaba oscureciendo como si fuera de noche y el mar estaba encrespado y con espuma blanca. En una cuesta, el viento en contra soplaba tan fuerte que tuve que meter tercera.

Una hora más tarde, a bordo del *Geira* con dirección a Unst, me preocupé de verdad. Los camioneros empezaron a extraer ganchos de hierro de la cubierta, cogieron unas gruesas cintas naranjas y aseguraron los vehículos para que no se deslizaran.

Yo me mareé mucho antes de que ganáramos velocidad. El *Geira* seguía los golpes de las olas como un flotador. El tiempo se detenía cada vez que el barco quedaba suspendido sobre las crestas, luego se volvía ingrátido y caía en diagonal hacia los valles de las olas, con el agua entrando a chorros por la proa y mojando los coches.

Aguanté tres golpes de mar, después tuve que bajar a vomitar. Cuando volví a cubierta, vi que habíamos perdido el rumbo, Unst no estaba donde debería. Enfilábamos hacia mar abierto.

Entre sudores fríos, empecé a leer las instrucciones de seguridad. Averigüé

dónde estaban los botes salvavidas y cuál era el protocolo que había que seguir en caso de evacuación. El mar tenía un color verde grisáceo, espumoso, como la estela que deja una hélice.

Con buen tiempo, la travesía apenas duraba un cuarto de hora, pero ya había pasado media desde que zarpamos y todavía no teníamos el rumbo correcto. Aun así la tripulación no gritaba ni hacía aspavientos, se limitaba a caminar con los pies más afianzados, previendo los movimientos del barco en sus caídas a través de las olas, y de vez en cuando daba tirones de las cintas de los camiones para comprobar que seguían tensas.

Tampoco los pasajeros parecían afectados. Continuaban sentados en sus coches, con el limpiaparabrisas en marcha y leyendo el *The Shetland Times* mientras el mar les limpiaba el capó.

Me tranquilicé, pero enseguida me surgió una nueva preocupación. Aquellas señales solo indicaban una cosa: que el tiempo podía empeorar.

Por fin bajaron la rampa de acero. Mareado e inseguro, pasé a tierra con la estabilidad de quien lleva todo el día bebiendo aguardiente. Tuve que esperar diez minutos antes de continuar camino.

A través de la lluvia distinguí las luces de la tienda. Podría haber sido una gran foto, de las que solo podían surgir con aquel tiempo, pero ya no llevaba la Leica encima; quizá fuera señal de que empezaba a sentirme demasiado en casa.

Entré apresuradamente y cogí unas salchichas, unas conservas y una botella de White Horse. El dependiente pareció sorprendido de verme y miró de soslayo hacia el estante de las revistas.

Y ahí estaba Gwen. De espaldas, con un impermeable encerado de color verde oscuro.

La esperé en la puerta. Su bolsa era fina y ligera, la mía estaba tan repleta de latas de conservas que amenazaba con reventar.

Un chico de los bosques noruegos se enfrenta a una tormenta con provisiones calóricas y cohetes de emergencia. Gwendolyn Winterfinch se enfrentaba a ella con seis revistas, una caja de bombones y té al peso.

—Buenas, forastero —dijo.

—¿Has venido andando con este tiempo?

—Está un poco revuelto, ¿o qué?

De nuevo estábamos en mi coche.

—El ferri a Aberdeen no sale —dije—. Por la tormenta. Tendré que esperar un poco para visitar a la familia Winterfinch.

Un golpe de viento hizo retumbar los limpiaparabrisas. Nos dirigíamos hacia

Quercus Hall y, al pasar por delante de la caseta de Einar, observamos las olas.

—No puedes remar hasta Haaf Gruney con el mar tan revuelto —dijo.

—Ya lo sé. Tenía pensado pasar la noche al fondo de la caseta o en el coche. Por eso he comprado tanta comida.

La frase quedó suspendida en el aire. La posibilidad de esperar en su casa hasta que amainara, la posibilidad de que me contara quién era a cambio de que yo le dijera lo que *realmente* sabía.

—Tampoco hace falta que duermas en la caseta —dijo cuando aparqué delante de Quercus Hall—. Te puedo llevar hasta allí y mañana vuelvo a recogerte.

—¿Es buena idea? —pregunté, mirando el mar agitado.

—*I have access to an entirely seaworthy boat.* Pero tenemos que salir ya, de lo contrario se va a poner muy feo.

—¿No está feo ya? —le grité a través del viento—. ¿Y si esperamos a ver si mejora un poco?

—No va a mejorar. Esto va a peor. Mira —dijo—. Las golondrinas de tormenta se están reuniendo.

A través de la intensa lluvia, vi un montón de pájaros negros y blancos que formaban bandadas y se tendían sobre el viento. Todas se dirigían hacia Haaf Gruney.

—Ellas son las que anuncian las *auténticas* tormentas —dijo—. Por eso las llamamos golondrinas de tormenta.

8.

SI ACEPTÉ NO FUE PORQUE TUVIERA NECESIDAD DE REGRESAR a la isla. Lo hice para averiguar qué llevaba a Gwen a enfrentarse conmigo a la tormenta y renunciar a su cálida casita de piedra y a las seis revistas que acababa de comprarse.

—¿De verdad vamos a cruzar con eso? —pregunté señalando el embarcadero donde su barco, el que conducía el primer día que la vi, se agitaba entre las olas.

—¿Estás loco? —dijo, y me condujo hasta una gran caseta para barcos que se encontraba a pocos metros de distancia—. Vamos a usar esto —y abrió los portones.

En la oscuridad del interior intuí una estilizada embarcación. Gwen se metió en la caseta y lo siguiente que oí fue un motor de gran potencia. Sonaba como los coches americanos que merodeaban por la gasolinera del pueblo vecino a Saksum.

Lo sacó marcha atrás. Era una lancha rápida muy vieja, de unos veinte pies de eslora, con dos filas de asientos rojo oscuro y un parabrisas bajo. El casco de caoba estaba rayado; el barniz transparente, agrietado y mate; la regala y la popa, chapadas con listones de cromo que tenían manchas de óxido. En la proa ponía *Zetland* con letras negras mate.

—¿Qué tipo de barco es este? —pregunté a la vez que cogía la mano que me tendía.

—¿Has oído hablar de los Riva? —dijo.

Negué con la cabeza y me senté a su lado. El mar salpicaba con fuerza a nuestro alrededor y el motor fallaba un poco mientras Gwen lo calentaba.

—Bueno, esto es un Riva, solo que de 1924, antes de que los Riva pasaran a ser barcos de pijos.

La edad y la fina artesanía se percibían en cada detalle, era como sacar un Rembrandt a un chaparrón.

—¿Estás segura de que aguanta este mar tan revuelto? —pregunté.

Por toda respuesta me pidió que me agarrara, tiró de una reluciente palanca y aceleró rumbo a Haaf Gruney. El *Zetland* surcó las olas como un torpedo.

—Duncan Winterfinch les vendía caoba —me explicó por encima del estruendo del motor que, al aumentar las revoluciones, hacía que los gases de

escape sonaran como el aria de una ópera—. Este lo construyó el viejo Serafino Riva, el padre de Carlo Riva. En los años cincuenta, el hijo convirtió los Riva en los vulgares barcos Rolex actuales. Cuando los Riva pasaron a ser barcos de esnobs, Winterfinch desatornilló los emblemas. Al menos eso cuentan.

Estaba orgullosa de él, de su abuelo. Empezaba a abrirse y bastaría una leve presión para que me contara quién era realmente.

—¿De dónde viene el apellido Winterfinch? —pregunté.

—De algún antepasado suyo que estaba buscando un sitio donde establecerse. Aunque era pleno invierno, se topó con un solitario pinzón en un árbol, un ave migratoria que no se había marchado. Y según cuentan, construyó la casa junto a ese árbol. Winterfinch, «pinzón de invierno».

¿Y por qué no daba yo el primer paso? ¿Por qué no le pedía que me dijera su nombre para poder devolverle la misma sinceridad?

Lo cierto es que empezaba a disfrutar del juego y veía que a ella le pasaba lo mismo. A ella le gustaba ser «la otra» y a mí me gustaba que la primera carta que ella jugaba fuera el rey de picas, una carta que yo solo podía vencer revelando que tenía el as.

Allí afuera, con el viento, su rostro parecía distinto. Tenía las mejillas coloradas y el pelo alborotado. Lo que no cambiaba era la ropa. A mí el aguacero me estaba calando el anorak, pero ella estaba seca bajo su impermeable encerado. La lluvia helada caía de costado y las gotas eran como agujas, pero *ella* volvía el rostro hacia la tormenta y dejaba que le arañaran la piel.

—Así me ahorro el dinero de un *peeling* —dijo con descaro.

El Riva avanzaba a toda máquina y, al cabo de pocos minutos, arribamos al embarcadero medio podrido de Einar. Tiré la bolsa de la compra a tierra y me bajé.

Pero Gwen no se movió. Con el motor en ralentí y el pelo revuelto, escudriñó el mar abierto. Luego me lanzó una amarra, tirándola en diagonal contra el viento para que este la hiciera caer directamente en mis brazos, y me pidió que arrastrara el barco hacia la caseta.

—¿Qué vas a hacer?

—Mira —dijo, volviendo la cara hacia el estrecho. Las nubes estaban aún más oscuras que las que había visto en Yell. Se cernían sobre nosotros negras y densas como el humo de un volcán—. *Ahora* sí se va a poner feo —abrió el portón de la caseta, luego amarró el *Zetland* en unos postes cubiertos de conchas.

—¿Qué le parece a la familia Winterfinch que uses este Serafino Riva o como se llame? —pregunté.

—Verás, Edward, ellos tienen otro Riva amarrado en algún sitio del Mediterráneo.

—¿Del tipo glamuroso? —pregunté.

—Del tipo glamuroso. Son de otra generación. Otro estilo.

—¿Dónde has aprendido a manejar un barco? —pregunté.

—Me enseñó mi padre —contestó mientras echaba el pasador de hierro del portón—. Siempre decía que el mal tiempo no conseguiría echarlo de Unst.

—¿Y entonces por qué os mudasteis?

—Porque el mal tiempo echó a mi *madre* —respondió.

Gwen enfiló hacia las casas de piedra, pero yo me quedé parado mirando el mar.

—¿Lo que viene es una tormenta o un huracán?

—Ni idea. Esos conceptos no sirven aquí afuera.

—¿Hay algo peor que un temporal, un *gale*?

—A *furious gale*. Para los vientos más fuertes que eso, no tenemos nombre.

Estábamos comiendo Jenkins' Cod Cakes en el sobrio salón, con el quinqué en medio y el viento aullando en el exterior. Aunque estaba quieto, seguía sintiendo el vaivén del barco en el cuerpo.

Estaba a la espera de mi ocasión, que llegó cuando Gwen se estiró para coger la sal.

—He encontrado una carta de 1958 —mentí—, en la que Einar propone a Duncan Winterfinch que se quede con la herencia a cambio de tres mil libras.

En su movimiento hacia el salero, justo cuando iba a agarrarlo, hubo un temblor y después una vacilación. Un segundo de retraso en el que la mano perdió el contacto con los pensamientos.

—Ya —dijo sin entonación—. ¿Llegaron a un acuerdo?

—Al parecer Winterfinch no aceptó —dije.

Y enseguida volvió a ponerse la careta. Continuó comiendo y pasó a hablar del tiempo y la tormenta.

Pero saltaba a la vista que ella conocía parte de la historia. Gwen sabía lo que pasó y lo que no pasó en 1958, años antes de que naciera.

Estuve a punto de contárselo todo, pero luego sentí que debía responder ante los muertos. Si le contaba lo que sabía, ¿cómo lo usaría ella? Si en realidad tenía ya casi toda la información y solo le faltaba un año o el nombre de un lugar, ¿podría echarse atrás y encontrar lo que estaban buscando mi madre y Einar?

El estruendo del mar se intensificó. La lluvia caía a cántaros, golpeando con fuerza las ventanas. Nos acercamos al fuego y no hablamos más sobre Winterfinch ni Einar. Continuamos siendo el noruego desubicado y el ama de llaves ignorante.

Esto no va bien, me dije. Nosotros dos aquí y Hanne tan lejos, en todos los

sentidos en los que puede medirse la lejanía.

Miré a Gwen a los ojos y pensé: En una tormenta, ¿cuánto tiempo pueden pasar un chico y una chica bajo el mismo techo antes de meterse en la cama? Cada golpe de viento nos empujaba a acercarnos. Las paredes de piedra nos protegían del vendaval, pero, en nuestro interior, otra cosa se iba apoderando de nosotros, la certeza de que éramos hombres de las cavernas y de que al final tendríamos que recurrir el uno al otro para mantener el calor, traer niños al mundo y mantener en pie a la humanidad.

Vi que tenía los pezones duros bajo el tejido de lana. Yo iba camino de transformarme en un animal. Justo cuando sus párpados cayeron lo bastante como para contener una invitación, oímos un ruido de cristales rotos a la vez que el clamor de la tormenta se intensificaba.

El encantamiento se rompió y nos levantamos sobresaltados.

Había cristales por el suelo de la cocina. La lluvia entraba por la ventana rota y las gotas chisporroteaban contra el fogón de hierro forjado.

Oímos un chasquido al otro lado de la pared, piedra contra piedra. Luego otro.

—Tenemos que cerrar las contraventanas —dijo—. Las piedras saltan desde la playa y golpean la casa.

—Eso no puede ser.

—*Seriously!* Claro que puede ser. Aquí, cuando hay tormenta, los carteros tienen prohibido parar cerca de la costa porque se les abollan los coches.

Me acerqué a la ventana rota.

—¡No te quedes ahí! —gritó, tirándome del jersey—. Los cristales salen disparados hacia dentro, te puedes cortar.

—Mierda, ¿qué hacemos?

—¿Crees que las contraventanas de las casas setelandesas están de adorno? Sal a cerrarlas y yo las engancho desde dentro.

Para salir, tuve que empujar la puerta contra la corriente. Cuando la tenía medio abierta, el viento la agarró con tanta fuerza que casi la desprende de los goznes. Un golpe de viento se coló en la entrada y empujó los abrigos por la barra del perchero. El viento me aullaba en los oídos y, antes de doblar la esquina de la casa, ya estaba empapado. A mi alrededor, el mar parecía haber ascendido varios metros y rugía verde y espumoso, dispuesto a tragarse toda la isla. Volví a la carga, inclinando el cuerpo hacia delante como si estuviera subiendo una cuesta. Para respirar, tenía que darme la vuelta. Desde la playa llegaban fuertes chasquidos, como los que suenan tras volcar una carga de piedras del tractor, cuando cada una buscaba un lugar en el que detenerse.

Solté las contraventanas con las piedrecillas saltando a mi alrededor, su brazo salió por la ventana rota y tiró de ellas. Continuamos la labor hasta dejar la casa

sitiada desde fuera y oscura por dentro.

Entonces Gwen salió, se detuvo a mi lado y, a los pocos segundos, estaba empapada. El pelo se le pegó a la frente. Y, ante nosotros, las olas se curvaban como gigantescas virutas de cepillo.

—¿Conoces Muckle Flugga? —gritó—. ¿El faro de Unst? A los pocos años de ponerlo en funcionamiento, tuvieron que hacer la torre más alta porque las piedras no paraban de romper los cristales.

—Dentro de poco los peces van a empezar a saltar del mar —dije.

Asintió despacio con la cabeza.

—Puede ser, sí.

El cielo y el mar estaban oscuros e incoloros, y formaban un continuo, como una olla con tapa que nos contuviera en su interior, minúsculos. Constituían una masa furiosa y compacta en la que era imposible distinguir ni principio ni final. El estruendo era tan fuerte como el de un helicóptero a punto de tomar tierra.

De pronto perdí el equilibrio. Durante unos segundos tuve la certeza de que la *isla entera* se había desprendido de la superficie terrestre. Pero en realidad era solo que la tormenta, sobre la que me había apoyado, había amainado de golpe.

Al momento las olas se apaciguaron, como si de pronto cayeran en la cuenta de que estaban cabalgando solas y echaran de menos el viento. El mar se serenó, adquirió un tono verde claro, revuelto y lleno de burbujas. El aire seguía colmado de lluvia, pero un destello de luz parecía moverse por encima de la capa de nubes.

—¿Está escampando? —pregunté sorprendido.

El agua de la lluvia caía por sus mejillas sonrosadas, pero no se la secaba.

—No. Lo de antes era *furious gale*. Ahora viene eso para lo que no tenemos nombre.

El agua se reunía en un arroyo que corría alegremente entre nuestros pies. La malla metálica impedía que las tejas salieran volando, pero me había dejado abierta la puerta de uno de los cobertizos y estaba dando tantos portazos que peligraban los goznes.

—Tengo que ir por más turba —dije—. Ahora que todavía es posible mantenerse en pie. Y asegurar la puerta.

—Adelante —dijo, y se dirigió a paso rápido hacia la caseta para comprobar cómo estaba el *Zetland*.

Intuía que tenía muy malas cartas, entre otras cosas porque el clima estaba de su parte. Poco a poco fui dándome cuenta de que, en el pasado, el desarrollo de las estirpes no lo regían el cariño y los cuidados. Lo determinante eran las paredes de las cavernas que resguardaban del viento, el reluciente acero que protegía de los enemigos, el suelo seco después de una batalla contra el agua y la

atracción que siente el que está asustado hacia el que no lo está.

En la caseta, llené de turba un barreño de hojalata, eché a correr y lo volqué en la caja de madera junto al fogón de la cocina. La tormenta arreciaba de nuevo. El mar crecía y los aullidos se intensificaban. Llené también el caldero junto a la chimenea. Corrí por más, pasando por delante del cobertizo más cercano a la casa. Y de pronto tuve una intuición y me detuve en seco, con el agua corriéndome por el pelo.

En Hirifjell, teníamos los cobertizos de leña cerca de las casas para no tener que ir lejos a buscarla a treinta grados bajo cero. ¿Por qué almacenaba Einar la turba en la caseta más alejada? ¿Y para colmo la había apilado en la pared del *fondo*? ¿Debía rodear las herramientas y el generador cada vez que necesitaba turba?

—Ya tenemos suficiente, ¿no? —dijo Gwen cuando volví a entrar.

Había encendido una hilera de velas y estaba sentada delante del fuego con un fino jersey de lana de color blanco grisáceo. A través de la tela, distinguí en su espalda el corchete de su sostén.

—Un poco más —dije—. Esto va para rato.

Me dirigió la misma mirada perezosa que, poco antes, casi me había llevado a ceder.

—Es muy probable —dijo.

Llevé otro barreño y regresé a la caseta. Empecé a excavar en la pila de turba. Las piezas estaban grasientas y desprendían un olor fuerte. Fui tirándolas al suelo, me subí al montón y seguí cavando hasta toparme con una capa de turba más antigua, donde las piezas eran más homogéneas y tenían una superficie más seca y gris. Continué apartando turba hasta que llegué al suelo. Me arrodillé y, con delicadeza, palpé unas tablas de madera.

¿El suelo? La caseta no tenía el suelo de madera.

Que haga noche en la isla por lo menos una semana de frío, recordé. Para consumir la turba y llegar hasta el fondo.

—¿Por qué has tardado tanto? —gritó Gwen.

—La puerta se ha soltado de los goznes —vociferé—. He tenido que atornillar unas tablas al marco.

Pese a estar dentro, teníamos que gritar porque el viento aullaba entre las tejas como si un gigante soplara en una botella.

—¿Has *atornillado* la puerta de acceso a la turba? —preguntó.

—De lo contrario se habría volado.

Me quité el jersey empapado y me quedé con el torso desnudo.

—Ya tenemos bastante para dos o tres días.

Gwen vino hacia mí. Llevaba poca ropa, su cuerpo en relieve contra el fuego de la chimenea. El vaquero se me pegaba a los muslos.

—¿Qué te ha pasado? —dijo—. ¿Has visto un fantasma entre la turba?

La casa empezó a crujir. La tormenta lanzaba las olas contra las paredes, tal como había predicho Gwen. El agua empezó a correr por las ventanas.

—Esta casa tiene más de cien años —dijo, poniéndome una mano en el pecho, aunque la apartó enseguida y tendió mi jersey en el respaldo de una silla.

—Si no ha salido volando ya, tampoco lo va a hacer ahora —dije.

—Exacto. El golpe de viento más fuerte registrado en Gran Bretaña se midió aquí, en Muckle Flugga, el faro de Unst del que te he hablado.

—¿Era peor que esto?

—Ciento setenta y tres millas por hora.

—No puede ser —dije mientras me secaba la humedad de la frente. Tuve que acercarme a ella para oír su respuesta.

—Eso mismo dijeron los meteorólogos —replicó—, que no podía ser. Las mediciones superaban la escala de los aparatos. Pero enseguida vino un golpe de viento aún más fuerte que se llevó el equipo al mar.

Las contraventanas crujían, estábamos en la penumbra de la hoguera de turba.

Dio un paso hacia mí. Se mordió el labio.

—Pero esta casa siguió en pie —dijo.

Gwen *quería*, quería que yo diera el siguiente paso, quería abrirse y dejarme entrar. La olía, los efluvios del pelo y de la lana húmeda de la ropa interior, un olor a mar y a animal mojado.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, la isla estaba limpia y empapada. El sol se abrió paso entre las nubes y la tierra empezó a despedir vapor. El olor era una extraña mezcla de sal y tierra, lluvia y podredumbre.

Por el campo se veían manchas negras de tierra desnuda donde la tormenta había arrancado la turba. En el mar flotaban marañas de hierba y algas. Había llegado madera de deriva, que yacía rodeada de espuma, reluciendo con un color amarillento allá donde el mar le había arrancado la corteza. La mayoría era pino, probablemente noruego, pero también había unos troncos gruesos que no reconocí. Podían proceder de cualquier mar del mundo.

Gwen salió de la casa. No se fijó en el buen tiempo, pasó por delante de mí y enfiló hacia la caseta de las barcas, arisca y desdeñosa.

La noche anterior casi me había dejado llevar, casi había cedido a mi deseo y mi curiosidad por averiguar quién era ella y qué había estado buscando

Winterfinch, dos preguntas que convergían en un único punto. Yo también *quería*, quería verla con los hombros desnudos y el cuello descubierto, quería quitarle el resto de la ropa y tomarla en el suelo.

Y luego quería contarle todo lo que sabía y exigirle a ella la misma sinceridad.

Pero me había detenido una razón cínica, casi malvada. Había algo oculto bajo la turba, estaba tan bien escondido que Einar debía de haber tenido buenos motivos para hacerlo, algo que Gwen probablemente también estaba buscando.

La vi desfilar hacia la orilla, pero de pronto se detuvo.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando le di alcance.

No respondió. Avancé dos pasos y vi una oveja muerta flotando en el mar con las patas tiesas. Por momentos las olas la agarraban y le giraban el cuerpo, de modo que las pezuñas asomaban del agua como cerillas consumidas. La cabeza flotaba suelta y la lengua colgaba entre los dientes.

Me acerqué hasta ella y la agarré por las patas traseras. La lana se meció en la corriente, primero siguiendo los movimientos del agua, después los míos cuando la arrastré hacia las piedras de la orilla.

—¿Para qué la quieres? —preguntó.

—¿Para qué la quiero?

Al fin y al cabo era una oveja, un animal doméstico. Al arrastrarla hasta la orilla, me sentí como si estuviera arrastrando una parte de mi vida en Hirifjell. Una vida dura y exigente, el peso de mi vínculo con la granja. La oveja tenía un clip amarillo en la oreja, el mismo color que usábamos nosotros.

Dejé el cuerpo sobre una gran piedra de la playa. El agua empezó a deslizarse despacio por la lana. Gwen se dirigió hacia la caseta de las barcas, tan malhumorada como los oleajes posteriores a un *furious gale*.

Esperaba oír el sonido del pasador de hierro, seguido del crujir del portón al abrirse, pero lo que oí fue un exabrupto:

—*What the hell?*

La tormenta había arrancado el portón de la caseta. En el interior, el viento había zarandeado el *Zetland* y destrozado parte de la popa. Algunas maderas estaban astilladas como un esquí partido. Pero no había tragado agua y flotaba como debía, a pesar de haber perdido algo de gasolina que reflejaba a su alrededor los colores del arcoíris.

Gwen saltó a bordo y el motor arrancó a la primera. Lo sacó marcha atrás y yo avancé por las piedras hasta un sitio desde el que pudiera subirme, preguntándome al mismo tiempo si la caseta de Unst, en la que estaba amarrado el *Patna*, habría resistido.

Pero Gwen no se acercó a la orilla. A unos metros de distancia, aceleró el motor mientras el barco se mecía, me miró como Duncan Winterfinch debía de

mirar a Einar y dijo:

—*Goodbye, you...*

El resto se perdió en el bramido del tubo de escape. El *Zetland* alzó la proa y se alejó, creando un oleaje que rompía contra la playa.

Dejé la oveja donde estaba. Desatornillé las tablas con las que había asegurado la puerta del cobertizo y continué quitando turba. Las manos se me pusieron oscuras y grasientas. Al poco, la pila que estaba formando a mi espalda era tan alta que cortaba el paso a la brisa fresca que entraba por la puerta, pero había logrado desenterrar un objeto negro y alargado.

Un ataúd.

Fuera, las gaviotas empezaban a animarse después de la tormenta. Planeaban en círculo sobre la isla y, a través de la abertura de la puerta, vi a la más osada picotear la oveja. Salí, busqué un cuchillo y preparé el animal. Le extraje las tripas y lo desollé. La sangre me limpió la turba de las manos. Colgué el canal en el cobertizo y tiré las vísceras al mar, donde las gaviotas se precipitaron sobre ellas.

Me quedé un rato parado, aguzando el oído por si el *Zetland* regresaba. Nada. Afuera, los graznidos de las gaviotas iban en aumento, pero se apaciguaron cuando se lo acabaron todo.

Volví a entrar en el cobertizo y miré el ataúd. Iluminado por un quinqué, limpié la tapa y salieron a la luz unas azucenas. Líneas sinuosas y esbeltas, talladas en la madera lacada en negro. Las flores y los tallos tenían incrustaciones de lágrimas de nácar. La luz jugueteaba en las filigranas, tal como un sol bajo cubre de sombras un paisaje. Empecé a distinguir otros dibujos. En los costados, los motivos reproducían un bosque. No era un dibujo recargado, sencillamente un contorno elegante y delicado. Grandes árboles solitarios entre grupos de árboles más pequeños, de apariencia robusta y apacible. Se distinguían hasta las briznas de hierba en el suelo. Un dibujo a mano alzada que le resultaría complicado incluso a un artista armado con un lápiz afilado. Einar lo había hecho con gubia.

Había desenterrado el ataúd entero. Estaba rodeado de bloques de turba, como si hubiera sacado el molde del forjado.

La verdad, me dije. En su día, Einar escondió aquí la verdad. Me levanté y tiré de la tapa. Estaba atascada. Volví a tirar, esta vez con tanta fuerza que el ataúd entero se levantó con un suspiro. Luego sentí que algo cedía, la tapa crujió y se desprendió.

Me arrodillé con el quinqué en la mano, aliviado y decepcionado al mismo tiempo.

Había dos objetos en el interior.

Una vieja y estilizada escopeta que, de cerca, parecía peluda. Los dos largos cañones estaban untados de grasa, así que se habían llenado de polvo y pelusas. La culata estaba cubierta de una pegajosa capa de cera que hacía que la madera pareciese gris.

El otro objeto era un cofre de abedul flameado pulido. Parecía tallado en una sola pieza de madera. Hasta que lo llevé al taller y pude observarlo con luz eléctrica, no descubrí la fina grieta que indicaba la existencia de una tapa. El cofre era tan compacto que, para poder tirar de él, tuve que sujetarlo con un gato. Cuando por fin se abrió, me llegó una bocanada que casi me hizo desplomarme.

Pero me quedé de pie. Porque olía a seguridad. Olía a mi casa.

Olía a mi madre.

Dentro había un suave paquete envuelto en papel de seda gris y, debajo, algunas cartas dirigidas a Einar Hirifjell, selladas entre 1967 y 1971.

Su nombre escrito con la letra de mi madre. Finos sobres de correo aéreo con sellos azules ilustrados. Enviados desde Saksum, por noventa céntimos de corona.

Cuando levanté el paquete, el papel de seda cayó. El contenido, que había estado delicadamente doblado, colgaba de pronto de mi brazo.

Un vestido de color azul marino con rayas blancas en el cuello. El color era vivo y la tela estaba limpia, seguía como nueva a pesar de los años que había permanecido en el cofre estanco.

Tuve la sensación de recibir una remota señal eléctrica. Pero ¿estaría recordando bien? Intuía cercanía y calor, y recordaba movimientos por dentro de una tela azul, pero no estaba seguro. Me llevé el vestido a la nariz, intentando recuperar el olor. Lo sostuve ante mí.

¿Era el vestido de verano de mi madre? La forma no me resultaba familiar. Pero quizá eso no fuera tan raro.

Al fin y al cabo, le faltaba mi madre.

EL ENTORNO HABÍA DESAPARECIDO A MI ALREDEDOR. Los ruidos que hasta ese momento me habría tomado como advertencias carecían ahora de importancia. El clima no existía. Estaba sentado sobre una piedra plana desde la que tenía unas vistas grandiosas, pero no veía nada. Empezó a lloviznar, me mojé y volví a secarme sin moverme del sitio.

Quería salir de allí. El mar había dejado de protegerme del mundo circundante, en su lugar había pasado a tenerme prisionero en Haaf Gruney. El propio Einar se había convertido en un fantasma que vagaba sin rumbo por

delante de mí.

El ataúd, de estilizada forma octogonal, era lo más hermoso y lo más triste que había visto en mi vida. Debió de fabricárselo a la abuela, a Isabelle Daireaux, con la esperanza de encontrar algún día su cuerpo. Los árboles parecían una línea del frente; las azucenas, un velo de novia. Probablemente fuera el bosque de Authuille.

Volví a mirar la escopeta. Bajo la polvorienta capa de cera, la culata era de nogal, la clase de madera que se repetía en los regalos de Einar.

Estaba cayendo la tarde. Bajé al taller de carpintería y me senté con el vestido sobre las rodillas. Un vago recuerdo empezaba a despertar, pero no acababa de asomar la cabeza. Tenía la sensación de hallarme ante una puerta cerrada, consciente de que al otro lado estaba el recuerdo, pero ni el recuerdo ni yo encontrábamos la llave.

Cerré los ojos y levanté el vestido. Deslicé las yemas de los dedos por la tela y las costuras. Noté que la textura estaba archivada en mi interior.

Y emergió una imagen de mi madre: yo estaba escondido detrás de sus piernas, solo le llegaba a las rodillas y me agarraba a sus pantorrillas. Con la nariz percibía el olor de su piel bronceada. Un sol de justicia lucía sobre ella y, sobre mí, arrojaba un brillo azulado. Vi unos árboles grandes, oí unas voces que no me resultaban familiares, pero después pensé que una de ellas era la mía. Era verano y le decía algo en francés a mi madre.

Abrí la primera carta.

9.

Es un niño inquieto, lleno de energía como un cachorrillo, y se despierta tempranísimo. Lo que más le gusta es esconderse detrás de los manzanos. Y aunque estoy muy cansada, lo acompaño en el juego, porque cada reencuentro me parece un recordatorio de que ahora la vida tiene sentido. Le hablo en francés. Walter, en noruego. Así que nos preguntamos cuál será su primera palabra. Nos hemos apostado dos coronas sobre el asunto.

Mi madre y Einar se escribían en francés. La letra de mi madre era irregular y serpenteante.

Mi sueño era hacerme sopladora de vidrio, escribió. Nunca fui muy buena alumna en el colegio, pero era hábil con las manos y tenía buenas perspectivas de poder formarme.

Ojalá lo hubiera hecho, pensé. Ojalá se hubiera hecho sopladora y hubiera dejado algo duradero, ojalá me hubiera legado un sentido de la forma, como hizo Einar.

Al poco noté un escalofrío por la espalda, seguido de un afecto de bordes desgastados. Mi madre me describía como *la lumière forte et belle*, «la luz fuerte y hermosa de su vida», lo que «la había salvado del eclipse».

¿El eclipse? Devolví la carta al sobre, las organicé por fechas y abrí la primera. En un tono algo avergonzado, mi madre mencionaba el primer encuentro con Einar en Noruega. Daba la impresión de haberlo ofendido, de haberle llamado algo feo, y se refería a ello como un «malentendido» por el que le pedía disculpas.

Debes entender que llegué a la granja con deseos de venganza. Ahora me resulta raro pensarlo. En vez de venganza, encontré un hogar. El traidor no estaba allí. Solo su hermano, que decía que habías muerto. Le perdono que me mintiese porque fue su manera de darme fuerzas. No tardé en entender que a él también lo había castigado mucho la guerra. Me resultó extraño entregarle mi historia a un hombre que había llevado uniforme alemán. Contarle las penurias que había pasado mi madre

adoptiva en Ravensbrück y que mi verdadera madre había muerto allí por culpa de su hermano.

Sverre me contó que eras un soñador y que no te dabas cuenta cuando echabas por tierra la vida de los demás o los ponías en peligro. Alma era y sigue siendo fiera, se cierra por razones que no comprendo. Ella se conforma con el aspecto práctico de la vida. El propio Sverre dijo que veía en mí una luz que a él se le había apagado. Luego llegaste tú y lo frustraste todo.

Ahí acababa la carta, ni siquiera llevaba firma. Einar debió de responderle enseguida porque, apenas doce días más tarde, otra carta con destino a Shetland salió de la oficina de correos de Saksum.

A partir de ahí, el tono fue más sosegado, más íntimo, y mi madre empezó a hablarle de sus años de juventud. Me pregunté qué le habría escrito Einar para tranquilizarla y de pronto pensé que sus cartas podían estar en algún sitio en Hirifjell.

«Me gustaría hacerte una visita —escribió—. En cualquier caso, tendría que ser pronto. Ya estoy de cinco meses. Después me será más difícil viajar».

En enero de 1968, le enviaron una postal desde el hospital de Lillehammer: «¡Un niño fuerte y sano! Se llamará Edvard, en honor a mi abuelo, pero puedes considerar tuya la e».

Las palabras de mi madre me dolían y me consolaban al mismo tiempo. Leí las cartas varias veces y empecé a reconocer cómo se expresaba y lo que ocultaba con lo que *no* decía. Escribió todo lo que le había contado Francine Maurel sobre el campo de mujeres y así pude recomponer la historia de mi madre y de mi abuela y, finalmente, la verdad sobre por qué fuimos a Francia en el otoño de 1971.

EN 1944, después de presenciar el ahorcamiento de su familia, metieron a mi abuela Isabelle Daireaux en un vagón de mercancías rumbo a Ravensbrück. Pauline, su hermana de quince años, murió en el tren. Isabelle estuvo abrazada a su flaco cadáver hasta que este empezó a ponerse rígido y los vigilantes la obligaron a abandonarlo en una fosa junto a otros fallecidos.

En el barracón conoció a Francine Maurel, que había llegado unos meses antes y, poco a poco, había encontrado métodos para sobrevivir en aquel paisaje lunar de sufrimiento y sadismo. La abuela era fuerte, pero se derrumbó al ver hasta qué punto había tocado fondo la humanidad en aquel lugar. La mayoría de los niños que nacían en el campo morían de muerte natural a las pocas horas, a

otros los mataban a palos los guardias o morían en las cámaras de gas, también había abortos forzados. En cualquier caso, si los guardias oían llorar a un niño, lo consideraban candidato para los experimentos clínicos.

Como la abuela había formado parte de la resistencia, era una prisionera *Nacht und Nebel*, «noche y niebla», es decir, estaba destinada a desaparecer y morir. No le permitían recibir paquetes y le asignaban duros trabajos en la lavandería. De comer les daban unas gachas pardas y putrefactas que supuestamente eran sopa y empezó a perder peso a gran velocidad.

Sufrió una conmoción al descubrir que estaba embarazada. No tanto por el parto como por el tipo de mundo en el que iba a morir su criatura.

Los niños más mayores, los que habían llegado cuando arrestaron a sus madres, tenían ya cinco o seis años y percibían lo que pasaba, pero se adaptaban a la situación por medio del juego. En vez de jugar a ladrones y policías, jugaban a prisioneros y guardias de las SS. Se ordenaban trabajos forzados unos a otros y no dudaban en pegarse cuando las tareas no se llevaban a cabo correctamente. Más adelante empezaron a apilar cajas de cartón para jugar a que enviaban a sus compañeros a las cámaras de gas.

Entre tanto, proliferaban los rumores. Llegaron varias mujeres del grupo de la resistencia de Authuille, que repitieron la historia de que los había delatado un tal Oscar Ribaut.

Quizá mi abuela no quisiera confesar que había tenido una relación con él; en cualquier caso, cuando a principios de 1945 parió a una niña en un rincón de la lavandería, nadie supo quién era el padre. Francine Maurel metió una toalla en la boca de Isabelle para que no chillara y consiguieron envolver a la niña en ropa sucia y ocultársela a los guardias de las SS.

Francine también se había quedado embarazada en el campo, de un guardia que le daba comida, pero le mataron al bebé a patadas a las pocas horas de que naciera. Como había logrado alimentarse mejor que la abuela, pudo amamantar a la niña.

A las pocas semanas, el ejército soviético empezó a avanzar hacia el campo, de modo que ordenaron a miles de mujeres que salieran de Ravensbrück con lo puesto. Aunque formaban una comitiva demacrada y empapada, apenas se oían lamentos, estaban demasiado agotadas para quejarse y no sabían adónde se dirigían. La abuela llevaba los mismos zapatos desde que estalló la guerra, tenía pulmonía y tosía sangre. Francine calculaba que llegó a rozar los cuarenta kilos de peso.

Las dos amigas se turnaban para llevar a mi madre en brazos. A los dos o tres días de abandonar Ravensbrück, las mujeres acamparon cerca de un río y una familia alemana les dio comida. Cuando Francine se despertó a la mañana

siguiente, vio a Isabelle muerta en el suelo. Había envuelto al bebé en su traje de prisionera y había muerto congelada. Sin embargo, cuando Francine cogió al bebé, vio que seguía respirando.

El campesino que les había dado comida cavó una tumba junto a un árbol. Las mujeres empezaron a entonar un salmo, pero al llegar a la segunda estrofa, casi todas se impacientaron y siguieron avanzando. Francine se guardó el carné de presa de Isabelle y esperó a que acabaran el salmo, con mi madre en brazos. Al final, el campesino cogió un palo y empujó a mi abuela a la tumba.

Francine alcanzó al resto de la comitiva y recordaba vagamente que llegaron a un pueblo con una iglesia quemada. Allí se encontraron con los autobuses blancos de la Cruz Roja, que los llevaron a Suecia. Al registrarse en Malmö, Francine dijo que la niña era suya y la bautizaron como Thérèse Maurel. Mi madre se crio en un pequeño piso en Reims y, con el tiempo, empezó a preguntarse por qué no se parecía al resto de la familia. Durante una limpieza de Navidad, encontró el carné de presa de una desconocida, y Francine se derrumbó y se lo contó todo.

EN ENERO DE 1965, mi madre había viajado a Authuille para preguntar por la familia Daireaux, pero lo único que encontró fue su tumba. La familia que se había hecho cargo de la granja la tomó por una impostora y le pidió que se largara.

Mi madre no tenía documentación que aportar y además llegaba diez años tarde. En Francia, el plazo para reclamar las propiedades perdidas durante la guerra acabó en 1955 y ella no tenía ni una foto que pudiera demostrar su parecido físico con la familia. Pero al marcharse de la granja, sus deseos de venganza habían despertado en serio. Se quedó con los nombres de la lápida y decidió cambiarse el suyo por el de Nicole Daireaux.

En su certificado de bautismo ponía «padre desconocido» y Francine le había contado la versión de que un soldado alemán había violado a Isabelle. Pero un rumor había sobrevivido a la posguerra, junto con el nombre de un delator: Oscar Ribaut. Mi madre se dedicó a buscar a supervivientes de la resistencia en Authuille y encontró a Gaston Robinette, el hombre que había visto el pasaporte de Einar. Así vio confirmada la historia de la traición y se enteró de que el verdadero nombre de Oscar Ribaut era Einar Hirifjell.

Mi madre no fue a Noruega de vacaciones.

Fue a cobrarse venganza. Quería enseñarle a Einar su rostro, confrontarlo con el hecho de que su familia había sido aniquilada. Así que logró que le prestaran dinero, viajó a Noruega y llegó a Saksum.

Pero en la granja no encontró a Einar, sino al abuelo. Y si había algo en lo que Sverre Hirifjell era un maestro, como lo era su hermano restaurando retablos, era en curar las heridas que había dejado la guerra. Sverre estaba convencido de que Einar nunca regresaría a Hirifjell, así que mantuvo la mentira de que había muerto, una mentira que resultaba cómoda porque protegía tanto a Einar como a mi madre. Sverre enseñó a Nicole que se podía tener una vida recurriendo a la tierra y a Händel. Quizá acabara siendo una especie de padre para Nicole, la versión buena del soldado alemán desconocido que ella creía que era su padre.

La extraña chica francesa llegó en plena temporada de nacimiento de los corderos, un momento especialmente ajetreado. Así que se quedó con ellos para echarles una mano, a pesar de las malas miradas de Alma. Más adelante, mi padre fue a visitarlos a la granja, un chico de su edad que tendía la mano a otros niños de la guerra.

Quizá Alma, que había convivido con Einar durante los primeros años de la guerra, reconociera sus rasgos en el rostro de mi madre y sintiera una creciente inquietud. En cualquier caso, finalmente recuperó el número de teléfono de Einar de la carta que les había enviado y, sacrificando la paz de Hirifjell, llamó a Lerwick 118 para tratar de impedir el matrimonio entre los primos hermanos.

Pero a esas alturas, mi madre ya estaba embarazada y de nuevo había prevalecido la sangre.

EN LAS CARTAS NO MENCIONABAN LA POSIBILIDAD DE QUE Einar fuera el padre, pero percibí una mayor cercanía entre ellos después de que mi madre lo visitara en Haaf Gruney. Quizá les bastara con tocarse, con intercambiar una mirada.

En las últimas cartas se repetía una palabra: *l'héritage*. El que sacaba el tema era Einar y daba la impresión de que intentaba convencerla para que llevaran el asunto hasta el final. Por las respuestas de mi madre, se diría que la herencia se encontraba en Francia, pero que ella se resistía a reclamar sus derechos. Parecía que Nicole apenas había salido de Hirifjell durante los dos primeros años de mi vida, salvo para visitar a Francine, que estaba enferma y tenía los días contados.

Ahora mi vida es Édouard y no tengo deseos de volver a Francia en mucho tiempo. Aunque quizá lo correcto sería hacerlo, en caso de que la otra parte se mostrara comprensiva.

Poco después llegaron a un punto de inflexión. A partir de ahí, dejé de leer las cartas como una conversación entre dos difuntos y pasé a verlas como el comienzo de mi propia historia, la historia que me había llevado hasta Haaf

Grune y que no acabaría hasta que regresara a Francia.

En julio de 1971, mi madre escribió lo siguiente:

Hagamos entonces lo que propones. Me doy cuenta de que no encuentras la paz y lo cierto es que yo también empiezo a sentirme inquieta. Tendremos que volver a Authuille. Walter piensa que septiembre puede ser un buen momento, va bien con el trabajo en la granja. A Sverre le he dicho que queremos irnos de vacaciones. Se lo digo así porque, como sabes, tiene muchas dificultades con el pasado. Nos ha dicho: ¡Pues llevaos el coche! Su bonito Mercedes negro.

Pero será solo esta vez. Si el manco no acepta el acuerdo, lo saludaré solo dándole la mano que le falta.

Tu Nicole

10.

—¿QUÉ HA PASADO? ¿Y cómo has conseguido cruzar? —preguntó Gwen.

La misma escena que la otra vez: el calor emanando de su casa, yo helado e inseguro en la puerta. Un pescador me había llevado a Unst y estaba más andrajoso que nunca, con la camisa arrugada y las deportivas llenas de hierbajos.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando la bolsa de cuero que llevaba.

—Gwen —dije—. Dejemos de jugar. Ayúdame.

—¿A qué?

—A averiguar qué estaba buscando Duncan Winterfinch.

—¿Que te ayude yo? ¡Por Dios! En la isla me hiciste creer que estabas igual de dispuesto que yo, pero qué va. Luego mudaste de piel y estuviste tan frío como un pez. Por la mañana apenas hablaste, solo te paseabas en silencio. ¿Y ahora te atreves a presentarte *aquí*? ¿Aporreando la puerta como una criatura del fondo del mar?

—Esto es una escopeta que he encontrado en Haaf Gruney —dije levantando la bolsa.

—¿Una *escopeta*?

—Una vieja paralela. Tengo la impresión de que significa algo. Estaba... muy escondida.

Teníamos la escopeta desmontada sobre la mesa. El mecanismo era distinto a cualquier otro que hubiera visto antes. La madera envolvía toda la parte baja de la báscula y trazaba un estilizado arco donde las escopetas normales presentan una pieza de metal. Levanté los cañones hacia la ventana para que la luz pasara por ellos. Estaban taponados, pero era polvo, no óxido.

Gwen eliminaba la grasa de la báscula con un trapo, sacando a la luz un profundo grabado. JOHN DICKSON & SON, EDINBURGH ponía encima de unos adornos florales. Cogí la culata y sentí el olor de la cera rancia que cubría la madera. Unos profundos canales surcaban la culata, interrumpidos por un dibujo apenas perceptible, como un rostro en la sombra al otro lado de unas rejas: una ardilla que escondía el hocico bajo la cola, la marca del ebanista Einar Hirifjell.

Gwen agarró la garganta de la culata y, durante un segundo, nuestras cuatro manos estaban sobre la madera. La solté y ella clavó la uña en la capa de cera y

empezó a rascar.

Me pregunté qué le habría pasado. Algo relacionado con la escopeta había cambiado bruscamente su humor, pero no le había mencionado una palabra sobre el ataúd y no tenía la menor intención de hablarle de las cartas ni del vestido.

Gwen se acercó al armario donde guardaba la aspiradora y los productos de limpieza. Abrió una lata con aceite para muebles y untó un algodón. Intentó restregar la culata, pero el algodón se pegaba a la cera y se le salían las hebras, como el lubricante de los esquís cuando hace demasiado buen tiempo.

—Tenemos que usar esto —dije mientras sacaba un trapo y Fuller's Turpentine.

La última vez que había olido un disolvente en las fosas nasales fue cuando limpié la esvástica del coche del abuelo. En esta ocasión, en cambio, lo usaba para hacer visible el dibujo. El trapo se saturó, le eché más disolvente y seguí frotando.

Cuando por fin vi la culata limpia, casi no podía creerme que fuera de madera. En cierto momento había dejado de frotarla por miedo a que el dibujo estuviese pintado, pero cuanto más fuerte restregaba, más patente era la veta. Parecía un cuadro que uno mismo tenía que interpretar. Sobre un fondo rojo anaranjado, serpenteaban líneas azuladas, casi negras, reproduciendo el movimiento alocado del fuego. El dibujo cambiaba en función de cómo le diese la luz. Relucía y adquiría nuevos tonos por cada ángulo de visión, como el despertar de un nido de víboras. En el centro de la madera había una franja oscura y fraccionada, alrededor de la cual culebreaban finas ramificaciones, como las que había visto en el abedul flameado, solo que las heridas de este árbol contenían algo más profundo e insondable.

Gwen rompió el silencio.

—*Exquisite* —dijo—. ¡Divino! Nogal de primera categoría. El joyero de la reina podría estar hecho de esto.

La miré de reojo.

—No hace falta que te hagas el sorprendido —dijo—. Todo criado británico aprende a conocer los símbolos de la clase alta. Pulimos sus muebles y limpiamos sus armas.

¿Me tomaba por tonto?

—La escopeta tiene que ser viejísima —dije—. Seguro que ya no existe ni la fábrica.

—Esta escopeta no está hecha en una fábrica, es una escopeta fina —pasó el dedo por los cañones—. Está hecha a mano. Una escopeta de caza con mucho pedigrí.

—El mecanismo parece bastante... —busqué la palabra—: ¿Peculiar?

—¿*Viejo*? ¿*Peculiar*? Se ve que no llevas mucho en Old Blighty. La edad y el desgaste son señales de distinción. Calculo que esta escopeta tendrá setenta u ochenta años. Eso no es nada para una reliquia británica. Dickson sigue existiendo, evidentemente. He pasado muchas veces por delante de la tienda. ¿Cuál es el número de serie?

Desde el guardamonte, una estrecha platina de acero azulado corría por el guardamanos. Allí había cuatro números, pero no estaban grabados, sino que habían eliminado el metal del contorno, de modo que «5572» aparecía en relieve.

Gwen murmuró el número para sus adentros.

—Tienes que ir a ver a los fabricantes y pedirles que te busquen la historia de la escopeta —dijo—. De todos modos vas a ir a Edimburgo, ¿no?

—No sé. ¿Qué pueden contarme? Solo es una escopeta.

—¿*Solo una escopeta*? En todo lo que es *realmente* viejo se esconde una historia. Sobre todo en lo que es británico, está hecho a mano y ha costado una fortuna. Creo que podrían ayudarte a averiguar de dónde viene la madera. Y a explicar cómo un arma tan cara ha acabado en manos de un fabricante de ataúdes. ¿Has estado en Edimburgo alguna vez?

—Nunca.

—¿En alguna ciudad grande?

—Solo en Lerwick.

—*Now why does that not surprise me, Edward?* —negó con la cabeza—. En cualquier caso, deberías dejar el coche en Lerwick y coger el ferri a Aberdeen. El resto del camino puedes hacerlo en tren —miró su reloj de pulsera rayado—. El ferri sale dentro de cinco horas. Te da tiempo de sobra.

—¿POR QUÉ LLAMAS AQUÍ? —me dijo su padre.

—Bueno, quería hablar con Hanne.

—¿Me estás tomando el pelo? —me preguntó, antes de colgar.

Las monedas cayeron a través del teléfono hasta el cajón de metal, haciendo recuento de un intento frustrado.

Un intento que además se estaba volviendo peligroso. Incluso por la distorsionada línea telefónica, capté el inusual énfasis en *aquí*. A través de los sucios cristales de la cabina, veía las ovejas pastar por las laderas y, detrás de una cortada, veía el mar. Un barco pesquero penetró en mi campo de visión, pero desapareció mucho antes de que yo lograra digerir lo que probablemente había hecho Hanne.

Con un sentimiento a medio camino entre la emoción y el rechazo, mis dedos marcaron un número en el disco, el número que mejor me sabía de todos y que, aun así, sentía extraño.

Supongo que porque nunca había tenido que llamar a Hirifjell.

El timbre sonó en la otra punta. Tenía la imagen en la mente, cada detalle con toda nitidez: sobre una cómoda, en la casa vacía de una granja vacía, un teléfono sonaba delante de la foto de mis padres.

Oí un *clic* y me sobresalté cuando el crepitar se vio interrumpido por un «hola» que durante muchos años había despertado mis expectativas, pero que en ese momento me llenó de desánimo.

—Hirifjell —dijo—. Dígame.

—¿Eres tú? —pregunté.

—Ja, ja, ¡sí! ¡Aquí estoy!

—He hablado con tu padre —dije.

—¿Estaba enfadado?

—Lo normal, no más.

—No le hagas caso, Edvard.

—Oye —dije—. ¿Acabas de llegar a la granja?

—Llevo aquí cuatro días. Primero me pasé a echar un vistazo. Llegué de bastante mal humor, la verdad, pero las plantas de las patatas estaban bien. Comprobé todos los patatales y no vi ni una mancha. Así que entré en la casa y miré a mi alrededor. Esto es lo que ha dejado Edvard, me dije. Se ha marchado, pero va a regresar. Al día siguiente hacía un tiempo espléndido. Y quizá... Bueno, será mejor que lo hablemos en la cama cuando vuelvas, Edvard, pero me arrepiento de haberme enfadado tanto cuando te marchaste. La verdad es que has hecho bien. Estoy orgullosa de ti.

Mierda, mierda, mierda, pensé, sintiendo las víboras serpentear por mis tripas.

—¿Estás ahí?

—Sí, claro. Solo que... me he llevado una sorpresa.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy... arreglando las casas. Me las dejó en herencia.

—Jolín. ¿De pronto tenemos una casa de vacaciones en Shetland?

Me mordí el labio. Una moneda heptagonal cayó mientras seguíamos callados.

—¿Dónde duermes? —pregunté.

—En la segunda planta de la casa de troncos. En nuestra vieja habitación. Me he traído aquí los libros. Es un gusto estudiar en paz y tranquilidad, puedo fumar sin que nadie me ponga mala cara. También intento hacer de granjera. Al menos he cortado el césped y quitado las malas hierbas del huerto. ¿Qué hago con las fresas?

Me llevé la mano a la frente.

—¿Hay muchas? —pregunté.

—Suficientes para un batallón.

—Déjalas.

—Pero si se van a pudrir. Había pensado cogerlas todas y dárselas a la residencia de ancianos. ¿No te parece bien?

—Escucha, Hanne. No hace falta que cuides la granja. Volveré pronto. Déjalo todo como está.

Cayó otra moneda. Y otra más.

—¿Qué ha pasado, Edvard?

—Mucho —dije.

—Escucha. Siempre... siempre he pensado que ibas a pasarte la vida aquí, escondido y... encerrado. Ahora me he dejado sentir, he sentido tu ausencia, y me gusta la idea de que tú estés allí y yo aquí, de que volverás pronto.

Clavé la mirada en las ovejas mojadas al otro lado de las cercas de piedra, deseando que mi vida fuera tan sencilla como la suya. Aunque, quién sabe, quizá las ovejas tuvieran más problemas de los que yo pensaba.

—Hanne. No es buena idea tener... esperanzas.

—He estado dándole vueltas —dijo—. Lo que te traes entre manos...

—No sigas —la interrumpí—. Hanne. Escucha. No puedo prometerte que, al volver a casa, sea el mismo que se marchó.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a ser el mismo?

—Te llamo en un par de días —dije—. No me quedan más monedas.

Al poco, su voz se cortó y oí unos breves pitidos. Salí de allí, aún con un puñado de monedas de veinte peniques en la mano.

EL FERRI PARTIÓ DE HOLMSGARTH, giró y pasó por delante de Lerwick. La ciudad fue dibujándose ante mí con el denso humo de sus chimeneas, las piedras blancas de las esquinas de las casas, los pescadores del muelle y los viejos cañones de Fort Charlotte.

Un cuarto de hora más tarde, seguía en cubierta, viendo pasar la castigada línea de la costa, tan monótona y desolada. Solo había acantilados negros, todo lo demás lo borraba el mar.

Entre tanto, una chica había salido a cubierta y se apoyó contra la barandilla unos metros más allá. Llevaba la chaqueta de *tweed* que le hacía el trasero respingón.

No me moví. Fingí no sorprenderme.

Así nos quedamos. Un minuto, dos.

De pronto, como por una señal, o quizá porque nuestras fuerzas de atracción se impusieron al mismo tiempo, nos acercamos el uno al otro. Su brazo rozó el mío.

—¿Vas a Aberdeen? —pregunté.

—Tengo algo que resolver, sí. ¿Y tú? ¿Has cogido un camarote?

—He cogido una tumbona, es más barato.

—¿Y la escopeta?

—En el coche.

—¿Así que has ignorado mis buenos consejos y has venido en coche?

Reprimí una sonrisa.

—¿Cómo se llama ese sitio? —pregunté.

—Debe de ser Troswick. ¿Por qué?

—Por nada, porque me gusta hablar inglés y necesito mejorar. No quiero sonar como un médico extranjero.

Una leve brisa pasó por encima de nosotros. Gwen se levantó el cuello de la chaqueta y me miró.

—¿Quieres que te enseñe inglés? —preguntó.

—Creo que ya vamos por buen camino —dije.

—Una cosa. ¿Pensabas presentarte en Dickson... así?

—¿Cómo así?

—No puedes... Bueno, nada.

Pasamos el cabo sur de la isla y las olas que rompían contra él se fueron haciendo cada vez más pequeñas.

—Al reservar la tumbona —dijo—, ¿ya intuías que alguien tenía un camarote?

—Para nada —respondí.

—En fin, tengo que bajar —dijo Gwen cuando perdimos de vista Shetland—. ¿Me acompañas?

—QUÍTATE PRIMERO LOS CALCETINES —dijo al tiempo que giraba el pomo cromado de la puerta del camarote—. Después te quitas los pantalones.

Me dio la espalda mientras se desabotonaba el abrigo. Un jersey negro que le marcaba los omóplatos y los tirantes del sujetador. En el cuello palpitaba una vena.

—¿Estás diciendo lo que creo que dices? —pregunté.

—Absolutamente. Quítate primero los calcetines. Luego el resto. *All the way down*. Yo haré lo mismo, pero con la luz apagada.

—No sé si puedo aceptar este regalo, Gwen.

—Anda ya. Esto es una clase de inglés.

—¿Y qué tiene... *a pair of socks* que ver con eso? —pregunté.

Tenía la garganta seca y notaba el pulso de la sangre en la frente, pero en el pantalón palpitaba la prueba de que el cuerpo pronto me exigiría lo suyo.

Este es el precio del baile de máscaras, me dije. Cualquiera otra pareja se habría metido en la cama hace mucho, cualquiera que no fuese quienes somos *en realidad* Gwen y yo lo habría hecho. Hacíamos aquello para poder conservar las máscaras y la necesitaba para seguir adelante. Tenía que acostarme con el timonel para sortear los escollos.

Es una explicación muy floja, me dije. Lo cierto es que le tienes ganas al timonel y a todo lo que trae consigo.

—Escucha —Gwen me puso un dedo en el pecho—. Me has pedido que te enseñe inglés. Lo he interpretado como que estabas decidido. Los hombres ingleses son pálidos como cadáveres y siempre usan calcetines negros. No hay nada peor que un hombre pálido desnudo con calcetines negros. Por eso siempre hay que quitarse los calcetines primero. Vamos. Compórtate como un buen inglés.

Me desperté. Miré por la ventana del camarote y noté el movimiento del barco que surcaba el mar negruzco. Todavía era el cuerpo de Hanne el que vivía entre mis manos. La curvatura de su trasero, la firmeza de sus muslos, sus vértebras cuando deslizaba el dedo índice por su columna. Gwen era distinta, era más ancha y robusta y, cuando esa noche se había sentado sobre mí, mis manos no habían encontrado lo que buscaban, parecían estar traduciendo mis caricias para hacérselas a Hanne. Al mismo tiempo había algo que me susurraba: *Sí, hazlo*. Ya que te pones, hazlo hasta el final.

Gwen se despertó.

—¿Qué es lo que dijiste anoche? —le pregunté.

Se apartó el edredón, riéndose por lo bajo, y se estiró hacia una maleta de la que sacó una cajetilla de Craven A.

—¿Justo antes de que el mar temblara bajo mis pies? —cogió un cigarrillo.

—Más o menos, sí.

—Era parte de tu curso de inglés.

—Me tienes en ascuas.

—Era el consejo que daba la reina Victoria a las mujeres en su noche de bodas. *Close your eyes and think of England*.

—No lo *dijiste* —repliqué—. Lo gritaste y lo oyeron hasta en la sala de máquinas.

—*Good fun* —dijo mientras me tendía el cigarrillo, luego salió de la cama llevándose el edredón.

El camarote no era grande, así que la seguí con los ojos mientras daba los pocos pasos hasta el baño. Tenía los omóplatos desnudos y su pronunciado trasero se dibujaba bajo el edredón.

Me quedé tumbado, remoloneando. El exterior estaba oscuro.

Cuando salió, estaba completamente vestida: blusa blanca y falda negra.

—Ya son casi las cinco —dijo—. Tenemos que darnos prisa.

—Pero si el ferri no llega hasta dentro de tres horas.

—La clase de inglés no ha terminado. Tienes que cambiarte para ir a Dickson & Son.

—¿Que tengo qué?

—Tienes que cambiarte de ropa.

—Pero si no es más que un armero. Además no tengo otra cosa que ponerme, solo una muda de ropa interior. Está limpia porque la he hervido en una cacerola en Haaf Gruney.

—*Bloody hell* —se abrió paso entre las prendas tiradas por el suelo para llegar a una vieja maleta de cuero que tenía en un rincón—. Me lo imaginaba. Escucha. *A gunmaker* no es un sitio donde «venden armas». Vas a entrar en el mismísimo altar del esnobismo británico, donde el *old money* se gasta como si fueran zlotys polacos. Cuando los ricos tienen que justificar una compra con la excusa de que están adquiriendo algo que durará varias generaciones, no se ponen límites, *absolutamente* ninguno. Los precios de esas escopetas son astronómicos. ¿Y tú piensas presentarte allí con un anorak viejo y unas deportivas agujereadas? ¿De verdad que en Noruega vestís así?

—Supongo que hay muchos noruegos que se visten mejor que yo.

—Van a pensar que has robado la escopeta y que eres lo bastante tonto como para preguntarles lo que vale. Son capaces incluso de llamar a la policía.

—¿Y esto me lo dices *ahora*? —pregunté, incorporándome en la cama.

—Los dependientes serán amables contigo, pero en realidad detestan a los *time wasters*, a los idiotas que bajan la media de la tienda, por no hablar de los *wannabes*. Te aseguro que te harán sentir que ese no es tu sitio. Conseguirán ponerte de rodillas solo con mirarte. Lo único que puede salvarte es que crean que eres pariente cercano de alguien que en su momento compró una Dickson. Tenemos que estar presentables. De lo contrario, te comerán vivo.

Estaba completamente transformada, de pronto parecía auténtica. La mirada esquiva, a medio camino entre encorsetada y misteriosa, había dado paso a un entusiasmo enérgico y ágil. ¿Sería Gwen Leask a pesar de todo? ¿Podía estar mintiendo una chica que parloteaba así?

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté.

—La actual familia Winterfinch es la séptima generación de *old money*. Pero ahora no tenemos tiempo para cháchara. Además no puedo hablar de mis empleadores, ya lo sabes. La cosa es que estás hecho un desastre, absolutamente impresentable. El peinado es *cool*, puedes dejártelo. Pasado de moda, pero deliciosamente excéntrico.

Soltó las cintas de cuero de la maleta, sacó dos pantalones de pana y valoró los matices del marrón. Cogió una chaqueta de *tweed* de fondo beis, con una trama de rombos formada por hilos verdes y burdeos, solo visibles de cerca. Se puso los brazos en jarras.

—La cuestión es que tienes que llevar ropa usada. No puedes presentarte con algo tieso y recién comprado. Intento que no parezcas un advenedizo. Métete en la ducha y afeítate. Puedes dejar la puerta abierta para que vaya echándote un vistazo. *Chop chop*.

—¿De dónde ha salido la ropa? —le pregunté mientras cambiaba la hoja de la cuchilla de afeitar.

—La he cogido prestada en Quercus Hall. Muy inapropiado, pero no pienses en ello.

Me sequé bien y cogí la camisa blanca que me tendía.

—Algodón egipcio —dijo.

Era una tela densa, aunque suave y dúctil, cálida sobre el cuerpo. Sin una sola arruga. Los pantalones me estaban un poco sueltos, pero me sacó un cinturón marrón con una cierta pátina dorada y me lo puso alrededor de la cintura para tomarme la medida. Durante un segundo, al pensar en lo que habíamos hecho la noche anterior, sentí que tenía una culebra alrededor del talle, pero enseguida volvió a ser un cinturón.

Miró con rechazo mis deportivas, que seguían tiradas y con los cordones sueltos donde me las había quitado de dos patadas. Llevaba toda la vida usando deportivas o zapatos de seguridad de la Cooperativa de Abastecimiento de Saksum.

—Unos zapatos nuevos y relucientes te delatarían enseguida. Usas un diez y medio, ¿verdad?

Me volví para que no me viera la cara.

Me estaba desgarrando. La imagen de Hanne, tan limpia e ingenua en el jardín de casa. Nosotros dos: desde los catorce años, cuando veía el faro de su escúter junto al buzón, hasta que se puso el vestido de novia de Alma. Su vestido gris en la iglesia.

Era demasiado tarde. Me había resistido a dar el salto sin darme cuenta de que ya lo había dado. Un salto que dejaba a Hanne en la otra orilla.

Detrás de mí, Gwen abrió una bolsa de tela azul marino y sacó unos zapatos

de paseo marrón oscuro. El reluciente pulido ocultaba un montón de cortes y pequeñas raspaduras. Como la espalda morena de un esclavo de galeras.

—Unos John Lobb Derby, sin adornos. A ver cómo te los atas.

Me incliné, me los até y me levanté.

—*Oh dear* —dijo, poniéndose de rodillas—. Esto no son unas deportivas.

Me ajustó la longitud de los cordones y formó dos lazos con las puntas.

—Repíteme conmigo —dijo—. *Turquoise turtle*. La única lazada apropiada para los zapatos. Mira.

Miré cómo se le movía el pelo mientras iba atando y murmurando, como si les hablara a los zapatos.

—Las puntas sueltas tienen que estar enfrentadas. Eso es importante. Luego las cruzas y haces otro lazo, *así*. Ahora sueltas una punta, la sujetas con el pulgar, *así*, para agarrarla luego con el índice, *así...*, rodeas la lazada y vuelves a sacar la punta. Al final la tensas debajo del primer lazo que has hecho. ¡Mira esto!

Me trabajaba como si fuera una estatua a medio hacer. Con unas tijeritas, me cortó un pelo de una ceja. Por arte de magia, hizo aparecer un bote de Truefitt & Hill Sandalwood y me puso dos gotas en el cuello. Encontró un hilo suelto en la chaqueta y lo cortó, luego me enderezó el cuello de la camisa. Me reconstruyó.

—Esto es divertido —dije, y lo pensaba de verdad—. ¿Dónde has aprendido todo esto?

—*My dear*. No preguntes tanto. ¿Cómo has pensado llevar la escopeta?

—En la bolsa gris de lona que te enseñé.

—¿Piensas ir por la calle comercial de Edimburgo con los cañones asomando?
Oh Lord.

—Los cañones no asoman. Tampoco soy...

—Cualquier cosa que no sea *esto* resulta inadmisibile —dijo.

Se agachó y sacó una maleta alargada de debajo de la cama. Las esquinas estaban chapadas en latón; el cuero, raspado, y el lado corto, cubierto de viejas etiquetas de transporte de las líneas ferroviarias de las colonias.

—Esto será perfecto —dijo—. Lo he cogido prestado de la mansión.

CIENTO VEINTE MILLAS INGLESAS ENTRE ABERDEEN Y Edimburgo no eran ni doscientos kilómetros. Hubiera deseado que fueran diez veces más. Un viaje en coche con el sol bajo, un casete de *The Cutter and The Clan* y compartir una cajetilla de Craven A.

Un dulce engaño en una autopista de tres carriles. Con qué facilidad me acostumbré a aquella carretera que nada tenía que ver con la gravilla de las del

pueblo y qué sencillo me resultaba decir que aquella ruleta rusa era necesaria porque servía a una causa mayor, a qué velocidad desaparecía el arrepentimiento entre los gases de escape que íbamos dejando atrás.

Nunca me había gustado la ropa de vestir, sobre todo porque se usaba en ocasiones que en general me resultaban insoportables. Los días que tenía que arreglarme nunca salían bien.

Pero ¿esto?

La camisa se adaptaba al cuerpo igual que la chaqueta del traje, lo cierto es que me sentía como si yo fuera una Leica y la ropa, el embalaje.

—No cuentes nada de la historia de la escopeta —dijo—. En estos círculos no se habla de esas cosas. *It's not done.*

Gwen había descartado su primer modelo. Al final se había puesto una blusa suave y recién planchada, un fino jersey de canalé, que ahora llevaba sobre el regazo, y una falda gris hasta las rodillas, que daba la sensación de estar hecha a medida y de haber colgado en algún ropero de Quercus Hall. Con ropa como esa, Hanne habría parecido la despampanante hija de un armador.

Lo único que rompía la impresión de conjunto era el viejo reloj de pulsera de Gwen, con el cristal rayado.

—¿Qué pasa con ese reloj? —pregunté.

—*Just a small idiosyncratic touch.*

—¿Dónde has aprendido todo esto? ¿Has estudiado diseño o algo así?

—No, no. Sé mucho sobre el aparentar, pero poco más. Como estudiante de economía, soy malísima.

Las señales de la carretera iban marcando la distancia que quedaba hasta Edimburgo. *Forty miles, thirty two...* Cuando quedaban dieciocho, me pidió que parara el coche.

—No apagues el motor. Sal conmigo. Hueles demasiado a limpio, demasiado a... *nuevo*. Lo importante es tener un toque descuidado. Ponte delante del tubo de escape. No, ahí. Date la vuelta. Toma, coge la pipa. Dunhill. Y aquí tienes un tabaco clásico. Three Nuns. Sí, abre la tapa. Debería haber un mechero Ronson en el bolsillo de la chaqueta. Ese, sí. Procura que el humo se te agarre a la ropa. Eso es, muy bien. Ya verás como lo reconocen. Un olor que va muy bien con el *aftershave*, que ya se ha apagado lo suficiente. Aunque... la verdad es que está *demasiado* suave. Necesitas otra gotita. Eso es. En la otra mejilla también. Venga, fuma. Expulsa el humo hacia la chaqueta y no te manches de ceniza. Eso. El olor ya es perceptible, pero solo si se te acercan mucho. Y ahora te arrugamos un poco la camisa. No, déjame a mí. Solo un poco. Eso es, ya está. La ropa sigue siendo espléndida, se nota que cuesta una fortuna. Pero la cuestión es que tiene que darte igual, que vienes de un día activo con *motoring and other sports*. La

despreocupación constituye la prueba de que el dinero no significa nada. Nunca hay que malgastar ni tratar las cosas mal y *nunca*, por Dios, hay que recalcar que se es rico. Sencillamente hay que vivir a tope y pasárselo bien, usar las cosas.

Se montó en el coche y se colocó el mapa sobre las rodillas.

—Nos vamos.

—*REMARKABLE.*

Dos hombres murmuraban, señalaban los sellos bajo los cañones y se explicaban el uno al otro detalles del mecanismo, dos maestros armeros de cerca de sesenta años con delantales de un color gris azulado y manchados de aceite. El que se había presentado como Mr. Stewart frotó la madera con un trapo blanco. Estudió los cañones y la culata, tensó un metro entre la cantonera y los gatillos y anotó las dimensiones en pulgadas, con fracciones de dieciséis.

—*Dickson Round Action, bar in wood* —dijo Mr. Stewart—. Nuestro mayor orgullo. Muy poco frecuente.

—¿Cómo es de vieja? —preguntó Gwen.

—Por lo menos de antes de la guerra —respondió Mr. Stewart.

Gwen no pareció sorprendida.

—¿De los años treinta? —sugirió.

Mr. Stewart sonrió, satisfecho de que hubiera caído en la trampa.

—No, señorita. *La guerra de los bóeres*. 1898. El trabajo de la madera es, como poco, excepcional. ¿Están interesados en una tasación?

—Sobre todo nos interesa conocer sus orígenes —dijo—. Y saber si es seguro usarla. Perteneció a un pariente lejano y no sabemos en qué estado se encuentra.

Ignoraba qué era lo que había hecho Gwen, más allá de demostrar una rotunda seguridad en sí misma. Todos andaban de cráneo por nosotros. Yo me mantenía en segundo plano, observándolas a ella y a la escopeta. Gwen no la trataba como un arma sino más bien como una interesante antigüedad, y los señores al otro lado del mostrador respondían a todas sus preguntas de un modo detallado y respetuoso.

Miré a mi alrededor. J. Dickson & Son parecía una instantánea de un safari. El local era pequeño, pero el dinero viejo asomaba hasta por las rendijas. No era ni un despacho ni un taller ni una tienda, era más bien como un salón, con ese toque discreto y reservado de la funeraria Landstad, en el que la visión de una caja registradora hubiera resultado ofensiva. Cerca de la puerta había una sección de ropa de lana en colores tierra. Los precios me llevaron a preguntarme si estarían en coronas noruegas en vez de en libras esterlinas escocesas.

—*Just a moment* —dijo Mr. Stewart, y se metió en la trastienda.

Volvió con un gran libro encuadernado en piel, en cuyo lomo ponía 1893-1905 y que retumbó cuando lo soltó contra la mesa. Buscó en una página y se fue a buscar cuatro libros más. Gwen asentía con complicidad mientras ellos revisaban una tabla tras otra, arqueándose y alargando el cuello para ver mejor. La falda de lana hasta las rodillas y el jersey de canalé encajaban a la perfección con el lugar, como si ella fuera el florero de la mesa y además lo supiese.

A nuestro alrededor había cinco grandes vitrinas con armas, todas paralelas y con discretos grabados. Los precios colgaban de cordeles atados a los guardamontes. La primera costaba más de lo que yo había pagado por mi coche y parecía bastante sencilla y espartana. La segunda costaba el doble. En otra vitrina había escopetas nuevas, esas no tenían indicación de precio.

—En nuestros libros guardamos las especificaciones de la totalidad de las armas que hemos producido desde 1820 —dijo Mr. Stewart—. Usamos el número de serie del tomo de registro para encontrar la información en los demás tomos. Un libro para las armas tal como las entregamos. Otro para las reparaciones. Una página por arma en cada libro. Si se llena, la referimos a otro libro. Esta escopeta... vamos a ver —pasó el dedo por unas líneas escritas en tinta amarronada—. Aquí está. Número 5572. Se fabricó a medida para un tal lord Ingram, de la isla de Skye. Lord Ingram la recibió el 24 de agosto de 1898. Choke de un cuarto y medio, bastante habitual. Entre las más caras de la época. Ciento cincuenta guineas.

—¿Qué cuesta ahora? —pregunté, y me incomodó el silencio que surgió.

Gwen se retorció.

—Bueno... —dijo Mr. Stewart—. De treinta mil guineas para arriba. Depende del trabajo de la madera y de los grabados —lo dijo en voz baja y con indiferencia, como si le hubiera preguntado por el camino al servicio—. En fin. Contamos con la suerte de tener intactos todos los libros. Veo que el arma regresó a nuestras manos en 1922 y que tardó mucho tiempo en volver a venderse. Por desgracia, es típico. En una escopeta de caza británica siempre puede leerse la historia bélica del país. Muchos de los propietarios eran oficiales que nunca regresaron por sus armas. Por no hablar de todos los armeros que cayeron. La Primera Guerra Mundial fue la época más oscura para los maestros armeros de este país. Lo cierto es que esta arma no se vendió hasta nueve años más tarde. En 1931 la compró... A ver... ¿Esto es una *H* o una *M*? Ah, ya, el general Mortimer. Debía de tener un físico muy distinto al de lord Ingram, porque la caja se acertó una pulgada y tres dieciseisavos, y se giró dos grados y un cuarto hacia dentro. Supongo que el general mediría alrededor de cinco pies y seis pulgadas, y que tendría las mandíbulas fuertes. Probablemente utilizó el arma con regularidad porque, hasta 1940, nos la trajeron cada dos años para que

la revisáramos. Después desapareció de nuestros protocolos.

—*Another war* —dije.

—Exacto —respondió Mr. Stewart.

Pasó las hojas de acá para allá, anotó unos códigos y números de página, fue a buscar nuevos tomos, los abrió e indagó por las líneas escritas a mano.

Mi pronunciación debía de haber sido aceptable. Lo curioso era que no me sentía disfrazado. Tenía la sensación de que la ropa me hacía encajar entre los edificios de piedra y las ajetreadas calles de Edimburgo, tan llenas de tráfico que solo lo percibía como un zumbido constante. La ropa me hacía gustarme a mí mismo.

—Aquí está —dijo Mr. Stewart, señalando una línea—. En el verano de 1945, pulimos el óxido de los cañones e hicimos una revisión general del arma. Muy habitual en aquella época. Negligencia por defunción del propietario. El nuevo se llamaba Westley y vivía en Lerwick, Shetland.

Gwen me miró como si dijera: *Nos estamos acercando*.

—Qué curioso —continuó Mr. Stewart—. En 1972 hicimos un presupuesto a Mr. Westley para una reparación mayor. Es evidente que el arma había sufrido daños, quizá cayera por un barranco. La culata se había partido y el guardamanos estaba destrozado. Pero parece que la reparación no se llevó a cabo. Los costes de un trabajo semejante son muy elevados porque la madera de un arma de este tipo es especialmente difícil de ajustar, requiere de un culatero con titulación de maestría y por lo menos diez años de experiencia. Pero ahora llegamos a algo interesante. En 1898, el arma se entregó con una culata clasificada como *deluxe nr. 4*, es decir, bastante por encima de la media. Sin embargo, la de esta arma es mucho, mucho más exquisita. De hecho, casi no recuerdo haber visto nada igual.

Sujetó la culata con ambas manos, la giró despacio y la luz que entraba por la ventana hizo que emergieran nuevas tonalidades en el nogal. Mr. Stewart se abstraigo en su propio mundo.

—Hum —dijo después de haberla contemplado durante un par de minutos.

—¿Cuántos grados de nogal hay? —pregunté.

—Hay diez grados estándar —dijo con aire ausente—. Luego están los grados especiales, entre ellos las categorías para las armas de exposición, que llevan maderas especialmente bellas y refulgentes, pero demasiado frágiles para las armas de uso. Además está el *Circassian Grade*, una madera tan hermosa como la de las armas de exposición, pero más sólida y recta. Deriva su nombre de las mujeres circasianas, que se decía que eran las más bellas del mundo.

Mr. Stewart dejó la culata sobre la mesa un tanto a regañadientes.

—Solo la madera hace que esta arma sea muy valiosa. *Mucho*. En la subasta

adecuada, la madera de esta culata alcanzaría el precio de un Jaguar nuevo. Probablemente está hecha con la raíz de un nogal de por lo menos cuatrocientos años. Hoy en día es imposible conseguir nada parecido —pasó la manga por la culata y la frotó para sacar nuevos brillos de la madera—. ¿Está a la venta?

—Puede ser —dijo Gwen.

—Tanto el arma como los materiales de esta culata nos resultarían, ejem, *atractivos*. Podríamos llegar a un acuerdo discreto. Lo único que puedo alegar para obtener cierta rebaja —dijo mientras pasaba el dedo índice por la picadura— es que la culata no está encajada por *a master stocker*. Sin duda el culatero es extremadamente hábil, tiene una destreza enorme y lo habríamos contratado al instante, pero necesitaría acumular muchos años de experiencia para poder llegar a la primera línea de los maestros. Y lo lograría. La inseguridad se nota solo en algunos detalles ínfimos. Miren: un cierto arco donde la picadura debería haber sido recta, un mínimo astillado en el encaje de la pletina y el guardamontes. Aun así, es curioso. Solo cinco o seis culateros de este país serían dignos de este material, e incluso ellos tendrían pesadillas con cometer algún error durante las semanas que le dedicaran al trabajo.

—Pero ¿está mal hecha? —pregunté, y estuve a punto de explicar que probablemente era la primera vez que Einar hacía la culata de una escopeta.

—¿Mal hecha? Es prácticamente perfecta. Digamos que llega a un noventa y nueve por ciento, en vez de al cien por cien. Pero el culatero ha conseguido incluso la *sensación*.

Le di a entender que no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Una escopeta fina de pura raza ha de tener la garganta estilizada —dijo—, debe ser del grosor de la muñeca de una dama. Pero no basta con las dimensiones. Dos armas pueden parecer iguales por fuera y que, sin embargo, solo una de ellas viva en tus manos. Debe producir la *sensación* de sostener *the wrist of a real lady*. Y esta es casi así.

Levantó la escopeta e hizo que la reflejara la luz de la lámpara.

—Hay algo más. Esta madera... No consigo ubicarla, pero me hace pensar en una historia que me contó Mr. Battenhill, algo sobre una partida de nogal francés...

—¿Battenhill? —preguntó Gwen.

—Nuestro maestro culatero más antiguo. Comprador de nogal durante sesenta años. Ya jubilado.

—Es una pena —dijo Gwen.

—Pero se pasa por aquí todos los días. Seguro que quiere hablar con ustedes. Aunque he de advertirles que puede parecer un poco... *brusco*.

—¿Brusco?

—Tiene noventa y tres años, y lleva ochenta de ellos disparando sin protegerse el oído.

TAMBIÉN ESE DÍA EL VIEJO CULATERO HARÍA SU VISITA habitual, así que nos invitaron a pasar a un despacho, donde Gwen y yo lo esperamos entre murmullos, sin nada sensato que decir, como quien espera una sentencia.

Un poco más tarde oímos una voz estridente y Battenhill entró en la habitación. Era un anciano imponente, entre otras cosas porque hablaba lo bastante alto como para oírse a sí mismo. Pero al ver la escopeta, bajó el tono:

—Madre mía. *Es una de ellas* —murmuró.

A continuación levantó el arma como si fuera un hijo perdido y dijo que hacía veintiséis años que no veía una culata de ese tipo de madera. La de aquella ocasión era de un rifle africano de cañón doble que había pertenecido al embajador Cleve. Cuando salió a subasta, uno de los descendientes del general Haig, el comandante en jefe de los británicos durante la Primera Guerra Mundial, ofreció una suma inaudita por el rifle y se quedó con él.

—Pero ¿por qué? —preguntó Gwen.

—Porque la madera lleva grabada las heridas de la guerra —dijo Battenhill, señalando la franja oscura de la culata.

Hurgó en un cajón y sacó un botecito de cristal. El olor del aceite de linaza se extendió por el despacho mientras lo frotaba contra la madera y el dibujo fue adquiriendo profundidad, como si el anciano estuviera haciendo alquimia.

—Ha estado un poco seca —murmuró Battenhill, luego continuó en tono solemne—: Miren. Así, la veta es simétrica. Parece el ala desplegada de un faisán. Cuando la giro, la luz cae desde otro ángulo y hace aparecer las capas más profundas de la madera. Cada milímetro ha tardado muchos años en crecer. Lo que ven ahí dentro es el paso de los siglos. Pero sobre todo ven el año 1916.

Siguió masajeando el aceite y, a cada movimiento, la veta se hacía más visible. Luego comenzó a narrar la historia del regimiento escocés Black Watch y su avance durante la batalla del Somme. Pronto quedó claro que la narración también trataba sobre *mí*, aunque el año en que empezó mi historia era muy anterior al de mi nacimiento. *Mi* historia empezó cuatro siglos antes, cuando dieciséis nogales brotaron en Authuille.

11.

EN SEPTIEMBRE DE 1916, a las cinco en punto de la mañana, una compañía del Black Watch estaba agazapada en sus trincheras, esperando la señal de ataque. Cuando las gaitas empezaron a sonar, los hombres avanzaron junto con los Cameron Highlanders hacia los restos de lo que en su día fue un frondoso bosque. La artillería había talado la zona hasta convertirla en un lodazal de tocones calcinados y cadáveres mutilados. Al igual que los soldados que habían atacado antes que ellos, estos llevaban faldas escocesas. Los cadáveres que los rodeaban estaban irreconocibles, pero podían deducir dónde había atacado y caído cada unidad por los colores de los tartanes que ondeaban sobre las pilas de cadáveres.

El viejo culatero nos contó que la batalla del Somme había empezado el 1 de julio. Solo el primer día cayeron cincuenta y siete mil británicos, y veinte mil de ellos murieron en el acto. Las ametralladoras cubrían todo el frente y, en los avances más optimistas, morían centenares de hombres al minuto. Toneladas de soldados quedaban enganchados de las alambradas y, como era imposible recogerlos, permanecían allí hasta que el calor del verano los pudría y la carne se desprendía de los huesos. Los cadáveres que conseguían enterrar no se mantenían bajo tierra porque, en cuanto empezaba el contraataque, las explosiones los sacaban de nuevo a la superficie.

Las grandes potencias europeas parecían haber convocado una descomunal jornada de esfuerzo colectivo en Europa. Habían reunido la mejor maquinaria, los ingenieros más destacados y la generación más apta para el trabajo, millones de hombres distribuidos a lo largo de una línea del frente que cortaba Europa en dos. La mano de obra y los conocimientos empleados en aquella batalla habrían bastado para construir una pirámide al día.

Los prados, las iglesias, los bosques y los pueblos quedaron transformados en un lodazal de cientos de kilómetros de largo. Mineros civiles cavaron túneles kilométricos en los que colocaron tal cantidad de explosivos que las detonaciones, cuya resonancia llegaba hasta Inglaterra, generaban cráteres del tamaño de un meteorito. Los recién llegados se preguntaban qué serían aquellas nubecillas que flotaban sobre los campos a unos cincuenta metros de distancia, y hasta que no reconocían el increíble zumbido, no entendían que se trataba de los

enjambres de moscas que pastaban sobre los cadáveres.

La artillería trabajaba noche y día en ambos bandos. En conjunto, las líneas del frente fueron bombardeadas con más de mil millones de toneladas de explosivos. Las fábricas tenían que producir a tal velocidad que la calidad descendió y alrededor de un cuarto de las bombas caían al suelo sin explotar, pero la tierra no tardaba mucho en tragárselas junto con los cadáveres.

De entre todos los sucesos de la batalla del Somme, se consideraba que las luchas en los bosques fueron las más brutales. Cuando las bombas alcanzaban los troncos de los árboles, las astillas salían disparadas como flechas. Los soldados se veían obligados a atacar en formación compacta y eran presa fácil tan pronto como entraban en juego la artillería y las ametralladoras. Los troncos de los árboles y las raíces les impedían cavar zanjas para ponerse a cubierto y las luchas cuerpo a cuerpo eran tan densas que a veces las astillas de los huesos de los soldados impactaban contra sus compañeros de armas.

Esa mañana de septiembre, el objetivo de los soldados del Black Watch era reconquistar un bosquecillo situado al norte de Authuille, en las laderas frente al río Ancre. Se trataba de la decimoséptima oleada de ataques infructuosos y sabían que sus enemigos tenían órdenes de luchar hasta la muerte.

El bosque no ocupaba más de treinta hectáreas, pero era la zona más bombardeada del Somme. En los momentos más salvajes, se lanzaban siete obuses por segundo. En las escasas pausas entre las salvas de los cañones, se oían los gritos de los centenares de soldados heridos que yacían entre los árboles. A veces transcurría un día entero hasta que podían recogerlos y, para entonces, la mayoría había muerto.

La lucha en los bosques no era nada nuevo para los escoceses. Daba la impresión de que los altos mandos tenían cierta tendencia a destinarlos a estas luchas y también sufrieron ingentes pérdidas en Devil's Wood y High Wood.

Los soldados avanzaron y, al cabo de una hora, había caído el ochenta por ciento de los hombres. Los supervivientes perdieron prácticamente la noción de la realidad, se limitaban a seguir luchando, palmo a palmo, con bayonetas y espadas, entre los troncos calcinados y las pilas de cadáveres, rodeados del clamor de la batalla. Las líneas de suministro se interrumpieron enseguida y los heridos no albergaban ninguna esperanza de que los recogieran.

Con ayuda de morteros y armas de artillería, un grupito de soldados logró volar un nido de ametralladora enemigo y romper la línea de defensa alemana. Así tomaron una pequeña arboleda en la que unos árboles enormes seguían en pie. Se trataba de unos viejísimos nogales, tan robustos que ofrecían una buena protección contra la artillería pese a tener voladas las ramas. Finalmente, los soldados consiguieron colocar una ametralladora detrás de los voluminosos

árboles y la buena visibilidad sobre el enemigo les permitió matar a cientos de alemanes.

Al caer la noche, el bombardeo enemigo se intensificó. Las copas de los árboles estaban en llamas, pero no se partieron. Llegaron más soldados que traían comida y munición y se fortificaron para el contraataque que esperaban al día siguiente. Apelmazaron tierra alrededor de los cadáveres de los soldados y los caballos, formando una barricada de la que asomaban brazos y pezuñas.

A través de los prismáticos, los alemanes podían ver dónde se habían atrincherado los escoceses y, en cuanto estuvieron seguros de que ninguno de los suyos se encontraba en las inmediaciones, decidieron emplear todos sus recursos.

Al amanecer, comenzaron un contundente bombardeo con gas venenoso. Los soldados conocían perfectamente los efectos del cloro y del cianuro, por no hablar del gas mostaza, que primero cegaba y después producía una agonía de cuatro semanas en la que el cuerpo acababa perdiendo la batalla porque al soldado, a pesar de seguir con vida, se le pudrían los intestinos. Pero el gas que inhalaron ese día no lo reconoció nadie. Quizá fuera un diabólico gas experimental de fórmula tan compleja que los químicos nunca lograron reproducirla, o tal vez hubo un error de producción que nadie supo explicar, ni en ese momento ni más tarde.

Las bombas de gas reventaron contra los nogales y una niebla húmeda de color verde claro empezó a extenderse sobre el suelo. Los soldados que todavía tenían en condiciones sus máscaras de gas se las pusieron inmediatamente, los demás tuvieron que recurrir al viejo truco de campo de mear sobre trapos y respirar a través de ellos, pero no tardaron en descubrir que nada podía protegerlos.

Los hombres se descontrolaron. Unos comenzaron a luchar entre ellos, otros se pusieron en pie y los francotiradores los alcanzaron de inmediato. Los que se encontraban más cerca del gas vagaron aturridos entre los troncos antes de desmayarse y caer en los fangosos cráteres de las bombas. La compañía fue bombardeada durante media hora seguida y el gas verde llovía de los nogales. Un joven capitán ordenó que colocaran las ametralladoras *delante* de los árboles. Era una orden descabellada, pero los soldados la obedecieron y cayeron al instante. El propio capitán fue alcanzado por una bomba y más tarde dieron con él lejos de las posiciones.

Pero los árboles se mantuvieron en pie y, al cabo de un rato, empezó a soplar un viento que se llevó el gas. Los escoceses consiguieron mandar refuerzos antes de que se produjera el contraataque. Se hicieron cargo de las ametralladoras de sus camaradas muertos e iniciaron un fuego rasante que segó a cientos de

enemigos en unos minutos. Poco después, los demás hombres pudieron avanzar y asegurar las posiciones. La victoria fue definitiva. A lo largo de seis semanas, cincuenta y cinco mil soldados alemanes y británicos habían dado la vida en la lucha por el pequeño nogueral.

MIENTRAS BATTENHILL HABLABA, Gwen y yo nos habíamos ido acercando imperceptiblemente hasta que nuestros brazos se rozaron y pude sentir los pequeños temblores de su hombro. Pero de pronto se separó un poco y ya no supe si los temblores habían aumentado o si se habían detenido de golpe.

La batalla del Somme terminó en noviembre de 1916. Las pérdidas en ambos bandos ascendieron a un millón doscientos mil muertos y heridos. Los aliados habían tomado nueve kilómetros de tierra, un territorio atestado de chatarra y pedazos de cadáveres. Prácticamente ningún soldado del Black Watch tuvo una tumba propia después de los combates entre los nogales, pero sus nombres se inscribieron en las columnas de Thiepval, el monumento conmemorativo de todos aquellos a los que nunca lograron encontrar o que estaban demasiado mutilados para su identificación. Después de la capitulación, ocho mil cadáveres quedaron abandonados en el pequeño bosque, mezclados con el lodo, las raíces y las bombas no detonadas.

Sin embargo, los dieciséis nogales de las viejas posiciones de las ametralladoras no habían caído. Las copas estaban partidas, las cortezas desgarradas y las ramas calcinadas, pero seguían en pie. El terreno circundante estaba tan arrasado que el nogueral se veía a larga distancia. En primavera brotaron pequeñas ramas que se cubrieron de hojas. Además de las amapolas, los árboles eran lo único que seguía vivo a lo largo de la vieja línea del frente y los soldados británicos los conocían como *the sixteen trees of the Somme*, «los dieciséis árboles del Somme».

Cuando las autoridades francesas pusieron en marcha su grandioso plan de limpieza, denominado *reconstitution des régions dévastées*, el propietario del bosque solicitó que limpiaran su terreno para poder plantar árboles nuevos, pero pronto hubo que abandonar la labor. La concentración de bombas era tan alta que los artificieros tuvieron que conformarse con despejar un camino seguro a través del bosque. El propietario no recibió más compensación que alambradas gratis con las que cercar la zona.

Maleza y arbolillos empezaron a brotar en el suelo, pero no había manera de cuidar el terreno. El propietario del nogueral recorría de vez en cuando el sendero seguro y contemplaba desde la distancia los dieciséis árboles calcinados que antes de la guerra le habían proporcionado ricas cosechas de nueces. Ahora,

sin embargo, el fruto ya no estaba sano. Las nueces se ponían negras enseguida y las hojas se picaban.

Entre tanto, un maderero escocés oyó hablar de los árboles por boca de un soldado que había vuelto a casa y, en los años veinte, viajó a Authuille con un grupo de artificieros privados que abrieron un sendero seguro hasta uno de los nogales y lo talaron con la raíz incluida.

Cuando llevaron el tronco a una serrería, descubrieron que la madera tenía una veta excepcionalmente marcada y de un color dorado rojizo. El maderero lo achacaba a una reacción con el gas venenoso desconocido. Encargó a sus mejores hombres que serraran la raíz y enseguida se dieron cuenta de que la madera alcanzaba, o incluso superaba, las categorías más exquisitas de nogal viejo y que, por tanto, valía una fortuna. Una fortuna considerablemente aumentada por la historia de la guerra que vivía en el árbol.

El nogal en sí era una mercancía muy apreciada entre la clase alta británica, que llevaba generaciones admirando las maderas bellas. El maderero llegó a la conclusión de que lo correcto, en este caso, era ofrecer el nogal *exclusivamente* como material para culatas de escopetas finas. Se trataba de una joya que al tiempo contenía una marca de la guerra, puesto que encerraba los sufrimientos y la victoria del país.

El propietario del nogueral accedió a que el maderero talara los árboles y desenterrara las raíces, aunque no estaba claro a cambio de qué. El maderero se dio cuenta de que el sinuoso dibujo de la madera estaba en constante evolución. Los nogales se estaban muriendo poco a poco y prefirió aplazar la tala porque pensaba que los dibujos de los anillos de crecimiento alcanzarían el culmen de su belleza en el instante en que los árboles estuvieran a punto de abandonar la batalla.

Del primer nogal, obtuvo madera para veinticuatro culatas. Doce de las piezas se vendieron a las primeras marcas de armeros del país: tres a Purdey, tres a Dickson, dos a Holland & Holland y cuatro a Boss & Co. Los ricos abrazaron la historia de la madera y, a pesar del mal momento económico, las armas se vendieron a precios desorbitados.

A lo largo de la década de 1930, el maderero fue sacando el resto de las piezas al mercado para mantener la historia caliente, procurando siempre mencionar los acontecimientos de la guerra. En 1937, informó a los armeros de que los árboles estarían maduros para la tala en torno a 1943 y que, al año siguiente, estarían disponibles en subastas. Las expectativas eran colosales, la madera apareció mencionada en varias ocasiones en *The Field* y en la obra de consulta *The British Shotgun* se la describía con un único calificativo: *inigualable*.

Y entonces estalló otra guerra. Cuando terminó, empezaron a correr rumores

de que los nogales habían desaparecido. Unos decían que el nogueral había ardido durante el avance de los aliados; otros, que los árboles habían sido talados y destruidos. Pero el maderero insistía en que la partida estaba en tránsito y que no tardarían en hacer sus entregas.

En 1949, se subastaron dos piezas en Bonhams, en Londres. No cabía ninguna duda de que pertenecían a la partida desaparecida porque la veta era inconfundible y superaban con creces a las pocas piezas que se habían vendido antes de la guerra. El vendedor era anónimo, así que el maderero demandó a la casa de subastas. Aun así, como la madera no lleva sellos ni números de serie, no pudo demostrar que era robada.

En 1955 salió otra pieza a subasta, con una veta tan increíble como las anteriores. La puja duró más de una hora. El maderero se había gastado una fortuna en abogados, pero mantenía con tozudez que pronto entregaría todo lo que estaba encargado. Sin embargo, esa fue la última pieza que llegó al mercado. La partida de madera, que según los cálculos del maderero contenía casi trescientas piezas para culata, se consideraba todavía como una de las más valiosas que habían existido nunca.

El material se conocía por diversos nombres. Unos lo llamaban el nogal de *the sixteen trees of the Somme*, o sencillamente «nogal del Somme», en recuerdo de los soldados caídos. Pero entre los maestros armeros, la madera se conocía tan solo como «nogal Daireaux», por el nombre original del nogueral y de la familia propietaria.

12.

—¿POR QUÉ NO COMES? —preguntó Gwen.

Sobre la mesa había una jarra de agua que no habíamos tocado y dos resplandecientes hamburguesas con un palillo de madera insertado en el pan tostado. El queso amarillo se había derretido sobre la cebolla cruda y la carne picada.

—Por la garganta de la culata de la escopeta —dije.

—¿Cómo?

De pronto, me estiré por encima de la mesa y le agarré la muñeca.

—El culatero nos ha hablado de las gargantas de una escopeta paralela —continué—, decía que debían producir la misma *sensación* que la muñeca de una dama de clase alta.

—¿Y qué?

—Que tú no eres una empleada doméstica —dije al tiempo que le apretaba la muñeca como se la había apretado en la cama del ferri—. Eres la nieta de Duncan Winterfinch.

—Sabía que lo sabías —dijo al cabo de un silencio prolongado y torpe—. Pero me alegro de que no lo hayas dicho antes, de que me hayas dejado ser... Gwen Leask.

Me enderecé en la silla y toqué con el pie el maletín de la escopeta en el suelo. Si la hubiera vendido, ahora estaría forrado.

—¿De dónde te sacaste lo de Leask?

—Ah, es un nombre habitual en Shetland —rotaba el tenedor lentamente en la mano—. John Leask tiene una empresa de mudanzas en Lerwick. Su camión pasó por allí justo antes de que me preguntaras cómo me llamaba.

—¿Así que has estado mintiéndome todo el tiempo?

—*Oh please* —dijo secándose la boca—. No conocía la historia del nogal. Créeme. Sabía que pasaba *algo* con Haaf Gruney, pero no el qué.

—¡Anda ya! No me lo creo.

Hizo como en el Raba. Cuando quería ocultar la expresión de su rostro, de pronto estaba muy ocupada masticando.

—De todos modos es verdad. El abuelo tenía sus secretos y estaba

atormentado por algo. La isla era nuestra, pero respondía con evasivas cuando le preguntaba por qué permitía que viviera allí un tipo tan raro, un hombre que, según los rumores, además era un asesino. Mi abuelo estaba resentido con Einar, pero hasta hoy no sabía por qué. No sabía que era porque Einar se había quedado el nogal.

—No estés tan segura de eso. ¿Por qué iba a asentarse entonces delante de vuestras narices?

Se le estrecharon los ojos, de pronto éramos los emisarios de las ofensas heredadas de nuestras familias.

—¿La madera podría estar en Haaf Gruney? —dije para paliar los ánimos—. Si fabricó la culata...

Gwen apartó el pepinillo en vinagre y cortó un trozo del pan. Con el tenedor, lo pringó en la salsa y limpió la superficie de la porcelana. Me pregunté cuánto estaría retocando la historia para que me resultara atractiva.

—Imposible —dijo—. Una vez que Einar estaba de viaje, el abuelo envió a una cuadrilla de hombres para que registraran la isla. Pasaron allí cuatro días. Reventaron los candados, excavaron la tierra y hasta desprendieron las tablas de madera de las paredes. Pero cuando le pregunté qué estaban buscando, puso una cara extraña y me dio largas. Y no era el tipo de hombre al que le preguntas dos veces.

—¿Por qué no vaciasteis las casas de Haaf Gruney cuando Einar murió?

Agachó la mirada y agitó el cuchillo y el tenedor. Al final los dejó sobre la mesa, volvió a limpiarse la boca y, cuando me miró, su expresión había perdido la soberbia.

—Porque... —dijo—. Por Dios, esto va a sonar muy infantil.

—¿Qué?

—Fue un plan que tracé hace muchos años. Te estaba esperando.

—¿Tú me esperabas a mí?

Gwendolyn alargó la mano por encima de la mesa y la posó sobre la mía.

—Sí, a ti, *Edward Daireaux Hirifjell*.

Me contó que había sido una adolescente sobreprotegida y que se derrumbó cuando su abuelo murió al tropezar en las escaleras y no lograr agarrarse. Entonces el sheriff le entregó unas escrituras de usufructo, las de Haaf Gruney, donde decía que un tal Edvard Daireaux Hirifjell, un chico de la misma edad que ella, heredaría el usufructo a la muerte de Einar.

Según decía, ese día salió a mirar la isla con prismáticos. Vio el humo de turba de la chimenea y pensó en el extraño carpintero de ataúdes que, de vez en cuando, veía en el embarcadero del ferri, pero al que nunca había saludado. ¿De verdad tenía un heredero? Así dieron comienzo sus fantasías sobre cómo sería yo

y qué aspecto tendría.

Algunos años más tarde, se enteró de que el solitario hombre de Haaf Gruney había muerto. En aquella época vivía en Edimburgo y fue al entierro con la esperanza de verme, pero a Norwick solo acudió un hombre mayor y callado que llegó en un Mercedes con matrícula noruega. Gwen le contó que la familia Winterfinch era propietaria de la isla y le preguntó si yo reclamaría el usufructo.

«Eso tendrá que decidirlo mi nieto», le había respondido el abuelo en mal inglés, antes de meterse en el coche y marcharse.

Esto estimuló la curiosidad de Gwen. Cogió el *Zetland* y visitó por primera vez Haaf Gruney, preguntándose por qué su abuelo habría registrado la isla. Lo hizo antes de que Agnes Brown fuera a recoger, de modo que las casas estaban abiertas. Gwen entró en el taller donde Einar fabricaba los ataúdes. Empezó a rebuscar entre sus cosas, pero aquello no estaba bien y se marchó enseguida. Al cabo de un par de días, regresó y descubrió que alguien había ido a cambiar los candados, lo que azuzó aún más su curiosidad.

El abogado le recomendó que contactara conmigo en Noruega para resolver la situación, pero Gwen pensó que sería mejor esperar y contentarse con cuestionar el derecho de usufructo. El hombre que le había ocultado algo a su abuelo tenía un pariente. Si rompía la cuerda que la llevaba hasta él, perdería todas las pistas. Sería mejor dejarlo madurar. *Edvard Daireaux Hirifjell* aparecería.

—Así que lo admito —dijo Gwen—. Esperaba que aparecieras, metieras la pata y dejaras alguna pista que pudiera servirme.

—Eres una cínica —dije.

—No demasiado —respondió—. Además no sabía que tus padres murieron en Authuille. Y de todos modos, ¿tú qué? ¿Por qué no izaste tú la bandera? ¿Por qué has seguido con esa carita de cordero degollado, fingiendo que te tragabas todo lo que te contaba Gwen Leask? ¡Dime, *monsieur Daireaux*!

Pronunció mi nombre en perfecto francés, y el hecho de que su acento fuera mejor que el mío me hizo sentir que poseía una parte mayor de mi historia que yo mismo. Al oír mi apellido con esa sonoridad se avivaron las ascuas de la cuestión que verdaderamente me interesaba y empecé a pensar en el bosque de la familia de mi madre. ¿Qué aspecto tendría ahora?

—Oye, ¿no tienes respuesta? —preguntó.

—Sí la tengo —dije con tranquilidad—. A medida que pasaban los días, me iba gustando más estar contigo que hurgar en el pasado.

No dijo nada en un rato. Clavó el tenedor en una pequeña patata reluciente de grasa y sazónada con oscuras especias, la masticó. Dividió en dos el pepinillo en vinagre y también se lo comió. No tardé en hacer lo mismo y saboreé el vinagre antes de tragármelo.

—Me gustaba —dijo—. Me gustaba ser Gwen Leask, montarme en ese coche tuyo tan ordinario y deambular por ahí a las tantas. Quizá, sin saberlo, ya estaba enamorada de ti.

Su mirada adquirió un brillo de ensoñación, como la primera vez que nos vimos. Este mar que estamos surcando, me dije, comienza a ser muy profundo.

—Después del entierro de Einar, regresé a Edimburgo —dijo—, pero empecé a pasar las vacaciones en la casita de piedra. Me gustaba la idea de que, en el país de cuento de Noruega, existía una persona desconocida que antes o después acabaría viniendo aquí. Te convertí en un pequeño bombón aún por abrir. Pero cuando me llamó el dependiente de la tienda, casi se me había olvidado la historia. Esa misma noche, te vi cruzar hasta la isla.

Estaba distinta, más guapa, como si se le hubieran ablandado los rígidos rasgos de la máscara.

—Te había imaginado como un embaucador. Pensaba que intentarías engañarme. Pero resultó que eras *handsome* y, en cierto sentido, noble, aunque con un propósito que chocaba con el mío. Me sorprendiste. Ninguno de los hombres que yo conozco habría arrastrado a tierra una oveja muerta.

Carraspeé, pensando en el viaje de regreso. A Edimburgo habían llegado Gwen Leask y Edvard Hirifjell, los que regresarían serían Gwendolyn Winterfinch y Édouard Daireaux.

—Una pregunta —dije—. ¿Qué harás si encuentras el nogal?

—Eso depende de las razones que tuviera Einar para escondérselo a mi abuelo.

Llamó a un camarero, rechazó el té que le ofrecían y pidió la cuenta. Miró su viejo reloj y calculó cuánto nos llevaría volver a casa. Dijo que, lamentablemente, no nos daba tiempo a pasar por su piso.

—¿Qué prisa hay? —pregunté.

—Tal como ha contado la historia el culatero, ha dado la impresión de que mi abuelo era un codicioso maderero que encontró por casualidad algo de gran valor.

—Bueno, codicioso o no, al menos...

—Hay una pregunta que no se ha planteado —me interrumpió.

—¿Y cuál es?

—Por qué el *capitán* Duncan Winterfinch estaba obsesionado con hacerse con los dieciséis nogales del campo de batalla en el que luchó en 1916 junto al Black Watch.

GWEN NO ESTABA EN LA CAMA. Me giré.

—¿Gwendolyn? —pregunté a una habitación vacía.

La casita de piedra estaba a oscuras. La noche había sido más intensa entre nosotros, como si los dos quisiéramos llegar al fondo del otro, desenterrar sus mentiras y descubrir qué había debajo. Nos desfogábamos de un modo que parecía algo a medio camino entre enamoramiento y confusión por medio de una sudorosa ferocidad.

Su despertador indicaba las tres menos cuarto. Salí al salón y, al pasar por delante de la mesa con las revistas de música revueltas, vi luz en la última planta de Quercus Hall. Habíamos acordado ir juntos por la mañana.

De vuelta en el dormitorio, miré las elegantes prendas que habían acabado pisoteadas en el suelo y opté por sacar de la maleta mi ropa vieja. Bajo la suave luz de la luna, me dirigí hacia la mansión en mangas de camisa. El mar estaba tranquilo al pie de los acantilados. Las olas rompían con indolencia, perceptibles solo por sus vagos movimientos. Llovía de nuevo, pero esta vez no era un chaparrón, sino unas gotas cálidas y de gran tamaño.

La puerta estaba entornada. Alta y ancha, giró pesadamente sobre sus goznes, y a medida que mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, la habitación al otro lado fue surgiendo ante mí. Un vestíbulo de gran tamaño con una escalera doble que ascendía en curva hacia la segunda planta. No tenía el exagerado estilo señorial que me había imaginado. Las líneas eran rectas y sencillas. Los techos altos, pero espartanos. En el suelo, grandes baldosas con una rosa de los vientos en el centro. La entrada tenía capacidad para veinte personas como mínimo, con puertas altas y de madera tallada.

Detrás de una cortina encontré el interruptor de la luz. Se encendieron una serie de globos de cristal que pendían del techo mediante finos tubos de acero. Las zonas más pálidas de las paredes indicaban dónde habían colgado los cuadros. Subí por la escalera. El pasamanos se ondulaba como una gruesa serpiente de caoba brillante, los balaustres tenían la forma de alargados relojes de arena. Al final había un pasillo a oscuras. No encontré el interruptor, pero más adentro distinguí un brillo por debajo de una puerta.

—Gwen —dije mientras avanzaba por el pasillo.

No recibí respuesta. La puerta estaba cerrada con llave, así que seguí adelante y crucé otro vestíbulo donde tampoco logré encender la luz, pero que olía a moho y cuero viejo. Bajé otra escalera y vi una luz suave que salía de una puerta de cristal esmerilado.

Cuando la abrí, sentí aire fresco y entendí que había encontrado uno de los secretos de la casa.

Un gran jardín interior, frondoso, verde y empapado por la lluvia, tan tupido que apenas se podía pasar. Altos árboles de especies exóticas se erguían como

columnas entre regordetes arbustos de hojas grandes. En ese momento caí en la cuenta de lo que había echado de menos en Shetland, algo que Duncan Winterfinch tenía, pero Einar no: el sonido de las gotas de lluvia contra el follaje fresco de los árboles.

—Solía mirarme desde *aquí* —dijo Gwen.

La voz venía de arriba. Alcé la cabeza, buscando su silueta, mientras las gotas de lluvia corrían por las hojas y caían cálidamente sobre mi frente. Recorrí con la mirada la hilera de ventanas que rodeaba el jardín y la descubrí en un balcón de la segunda planta. Aparté unas ramas y pasé por encima de unos arbustos, hasta encontrar una escalera de caracol en un rincón.

—Es casi un invernadero —dije.

—No —respondió ella, inclinándose hacia fuera—. Es un arboreto, un jardín botánico de árboles. Dieciocho especies distintas. Originalmente tenía una cubierta de cristal para que el clima fuera más cálido, pero se rompió en 1933. Los cristales que cayeron casi matan al jardinero.

Me condujo por la escalera hasta la tercera planta, donde el balcón interior daba toda la vuelta al patio. Desde allí se veían las copas de los árboles. Las ramas más altas golpeaban levemente la barandilla. Parecían las vistas de una cabaña en un bosque. Las olas del mar apenas se oían. Al otro lado de los muros, el viento podía soplar con tanta fuerza que el agua salada arrasaba cuanto intentara crecer, pero allí dentro estaba todo protegido, las paredes contenían a las plantas en un cálido abrazo.

—Siempre hemos vivido de los árboles —dijo Gwen—. De ellos y con ellos. Durante siete generaciones hemos comerciado con madera. De la selva, de la taiga rusa, de Noruega y Suecia. Madera para decoración, para muebles y para edificios. En nuestro catálogo de 1901 aparecían setenta y ocho tipos de madera diferentes.

Se acercó al extremo del balcón, flexionó un poco las rodillas y empezó a columpiarse haciendo que el suelo se meciera. No se oyó ni un crujido.

—¿Roble? —pregunté.

—Sí. La historia de nuestra familia comenzó con el roble y gracias al roble se creó nuestra fortuna. Hay quien dice que fue Winterfinch Ltd. quien deforestó Gran Bretaña, pero eso es una tontería. Solo una guerra puede privar a un país de sus árboles, sobre todo de los robles. Es la única madera lo bastante dura para los buques de guerra. Para construir un buque de setenta y cuatro cañones se necesitan tres mil setecientos robles. Cuando el HMS *Victory* estuvo terminado en 1765, habían usado cinco mil setecientos árboles. El principal proveedor de la marina se llamaba Gregor Winterfinch y había inspeccionado personalmente cada tronco del *Victory*. Los papeles están en el sótano. Firmados, entre otros,

por el almirante Nelson.

—Empiezo a darme cuenta de que sois diferentes a los noruegos —dije.

—Estuvisteis vagos a la hora de establecer colonias. Gregor fundó la empresa familiar. En 1770, empezó a importar troncos de las costas del mar Báltico, y no tardó en convertirse en uno de los mayores madereros del país. De 1858 a 1893, *fuimos* los primeros. Teníamos sedes en todos los grandes puertos del imperio. Suministrábamos de todo, desde troncos para barcos hasta maderas nobles para joyeros y bastones de paseo. La mitad de las obras de carpintería británica vendidas en guineas estaba hecha con nuestra madera.

—¿Qué es eso de las guineas? —pregunté—. El culatero también usó esa expresión.

—Los objetos producidos en serie tenían el precio en libras, pero todo lo que se fabricaba conforme a las especificaciones del cliente se pagaba en guineas. Una mesa estándar, precio en libras. Una mesa de salón a medida, en guineas. Un Lee-Enfield producido en serie, en libras. Una Dickson Round Action fabricada a medida, en guineas. Los caballos de carreras, un retrato al óleo...

—Pero ¿cuál es la diferencia?

—Casi ninguna. Desde 1816 no se producen monedas ni billetes de guineas. Pero una guinea es una libra y un chelín. La tradición era que el maestro se quedaba la libra y el aprendiz el chelín.

Una ráfaga de aire recorrió las copas de los árboles, haciendo sonar las hojas. Zumbaron algunas moscas.

—En realidad el abuelo no iba a heredar la empresa. El mayor era su hermano Stanley, así que el abuelo fue a la escuela de oficiales de Sandhurst y se imaginaba una vida emocionante en las colonias. Pero Stanley murió de malaria después de visitar la sede de Georgetown. Cuando el abuelo se hizo cargo de la empresa, la guerra ya lo había dejado tocado. Su primer gran error fue construir esta casa.

—¿Error?

—La empezaron en 1921 y en 1928 tuvieron que darse por vencidos.

Ladeé la cabeza.

—Ven —dijo con impaciencia—. Tenemos que entrar.

Iluminadas por el brillo grisáceo de la noche de verano, atravesamos tres salas tan vacías que arrojaban eco, luego salimos a un pasillo igual de largo que los de los colegios. Gwen resopló irritada porque los interruptores de la luz *«had failed again»* y avanzamos a tientas hasta que se detuvo delante de una puerta. Apenas podía seguir sus movimientos en la oscuridad, como si hubiera un paño negro desplegado por encima de otro paño negro.

—Yo admiraba a mi abuelo —dijo—. Detrás de esta puerta, está la habitación

que en su momento para mí fue la más segura de todas. Siempre he pensado que mi abuelo tenía sus motivos para ser como era, pero desde tu llegada he tenido que preguntarme si sus razones eran lo bastante buenas.

Cuando estiró el brazo, vi unas manecillas luminiscentes formar un ángulo agudo en la oscuridad. Eran las tres y cinco.

—Cuando nos conocimos —dijo—, te quedaste mirando este reloj.

—Porque es un reloj de hombre —respondí—. Me pregunté si estarías comprometida.

—Este reloj estuvo en Authuille, en el lugar donde desapareciste —abrió la puerta—. Cincuenta y cinco años antes.

Entró en la habitación en penumbra. Lo primero que vi fue que, en el centro de la estancia, el suelo estaba combado de desgaste, como si una maquinaria de hierro hubiera hecho piruetas sobre él.

A continuación me atravesó un espíritu y tuve un fugaz *déjà vu*, que se esfumó tan rápido que no alcancé a captar ningún recuerdo. Me lo había provocado el *olor*. El despacho olía a viejo y a muebles de cuero, pero por debajo, como una nota grave de órgano, percibía un aroma intenso y terroso.

—Ese olor —dije—. ¿Qué es?

Gwendolyn descorrió las cortinas, pasó el dedo índice por el alféizar y frunció la nariz por el polvo.

—El olor del abuelo —dijo—. El tabaco de su pipa. Balkan Sobranie Mixture. Lo fumó aquí durante cincuenta años seguidos.

Giró un interruptor y una luz amarilla se extendió por una habitación de unos sesenta metros cuadrados, que ocupaba toda una esquina de la casa. Una de las filas de ventanas tenía vistas sobre el mar, desde la otra se veían los campos de Unst. Crucé la estancia y vi el balcón y, por debajo, el arboreto con su verdor.

Gwen me observaba sin decir nada, estaba de pie, de espaldas a una ventana. Me paseé por el despacho echando un vistazo. Ante una vitrina de libros, había un enorme escritorio de cantos desgastados; en unas cestas, gomas de borrar reseca, fundas de gafas y estilográficas de color mate. Las estanterías estaban repletas de recortes de periódicos amarillentos y libros encuadernados en piel.

En otra vitrina de cristal vi unas botellas de whisky, pero el alcohol se había evaporado de la mayoría de ellas. En otra más, una pila de latas planas.

—El olor que notas es de esto —abrió la puerta—. Balkan Sobranie.

Por dentro de la tapa ponía: *A long cool smoke to calm a troubled world*. Acerqué la nariz al tabaco reseco, intentando recuperar el destello del recuerdo que había emergido, pero no sentí nada.

—La chaqueta que me puse —dije—. ¿Era de tu abuelo?

Ella asintió.

—¿Me la prestaste para ver la reacción del culatero?

—No. Te la presté porque necesitabas una chaqueta de *tweed*. No seas tan desconfiado. No te sienta bien. No quiero que las cosas sean así. No *aquí*.

Delante de una chimenea negra de hollín, había unos viejos sofás y una mesa baja con un enorme cenicero. Sobre la chimenea colgaba un retrato al óleo de Gwen. Sería de principios de su adolescencia, salía de perfil y vestida a la antigua, con una falda a cuadros y una blusa arreglada. Con los brazos desnudos, miraba por encima de un tramo de costa. Reconocí el lugar: era una ensenada de Unst.

—No hay más fotos de familia —dije.

—Sí que las hay. Aquí está su otra familia —dijo al tiempo que señalaba la pared detrás del escritorio.

La fotografía tenía un metro de ancho, pero no era más alta que un folio. Al acercarme, entendí por qué tenía ese formato. Mostraba un gran batallón, al menos trescientos hombres, divididos en seis filas. Incrustada en el marco, había una placa con el siguiente texto grabado: THE BLACK WATCH 1915.

—Está sentado entre los oficiales, en el centro de la primera fila. Es el que *no* tiene bigote. Capitán a los veinte años.

Era una buena foto. Todas las caras estaban enfocadas, dibujadas en limpios tonos de gris. Los soldados eran de mi edad y parecían alegres y despreocupados.

—El Black Watch llevó falda escocesa hasta en 1940 —dijo—. Los alemanes los llamaban «las damas del infierno». Mira a los cuatro que están de pie junto a los oficiales. Son los gaiteros que acompañaban a los soldados hasta la primera línea del frente. No fue una casualidad que el Black Watch tocara las gaitas en el entierro de Kennedy.

—¿Por qué se llamaba así?

—*Llama*. Existen desde el siglo XVII. ¿Crees que un regimiento escocés se disuelve solo porque pasen unos cuantos siglos? Aunque el nombre... nadie sabe a ciencia cierta de dónde sale. El abuelo podía pasarse horas explicando las diversas versiones. Las tartanas que usaban eran oscuras, pero mi teoría favorita es que se llaman así porque los primeros soldados tenían el corazón muy oscuro.

De pie junto a la foto, volví a sentir el aroma del tabaco, ese olor que se agarra a una habitación o a la ropa, y que me traía a la mente a mi abuelo siempre que notaba el olor de sus cigarrillos. ¿Fumaría mi *padre* Balkan Sobranie?

Me incliné hacia delante y estudié a Duncan Winterfinch. La bandolera le cruzaba orgullosa el pecho, pero no miraba a la cámara. Miraba a un lado, hacia los soldados rasos. Lo llamativo era que muchos de ellos tampoco miraban a la cámara, sino a su capitán. Sin embargo, era imposible ver si había escepticismo

o admiración en sus miradas.

Gwendolyn sacó de un armario una chaqueta de uniforme, hecha de un basto paño de color caqui. Con delicadeza, la tendió sobre la mesa de cristal ante la chimenea. El cenicero rechinó cuando lo empujó a un lado. Estiró la chaqueta. Primero creí que no había logrado desplegarla del todo, luego me di cuenta de que le faltaba el brazo izquierdo. La tela estaba desgarrada a la altura del hombro. Las fibras sueltas estaban ennegrecidas y parecían una cuerda. La sangre que había penetrado la tela desgarrada se había resecado en el sitio y nunca la habían lavado. Sobre las hombreras, tres estrellas de capitán de tono mate.

—¿Te resulta desagradable? —preguntó.

—No —respondí—. Más bien... triste.

Se quitó el reloj de pulsera y lo dejó sobre la mesa, más o menos donde habría terminado el brazo izquierdo si la chaqueta hubiera tenido esa manga.

—El abuelo llevaba casi un año en el frente cuando le pasó esto. Luchó incluso el primer día, el más catastrófico de todos. Más tarde ordenaron al Black Watch que tomara el bosque. Lo que nos dijo el culatero encaja con las historias que me contaba el abuelo. Aunque él se callaba todo lo referente al gas y los árboles. Nunca, hasta ahora, había oído hablar de *the sixteen trees of the Somme*. No entiendo por qué.

Pensé en que el mismo gas debía de haber matado a mis padres, pero no se lo dije a Gwen. Me daba cuenta de que cada uno estaba siguiendo su propia pista dentro del relato y de que era posible que saliéramos de él cada uno por su lado.

—El abuelo solo contaba que lo había alcanzado un obús. Cuando recuperó la consciencia, estaba solo entre un montón de soldados descuartizados o agonizantes. Consiguió ponerse de rodillas, pero sintió un extraño desequilibrio. Su brazo yacía en el suelo ante él, arrancado del cuerpo, y el revólver Webley, un poco más allá de la mano. ¿Sabes lo que le pareció más extraño?

Negué con la cabeza.

—Que el reloj siguiera moviéndose en un brazo arrancado.

Pasé la mano por la basta tela de paño tupido y sentí el impulso de levantar el uniforme tal como había levantado el vestido en Haaf Gruney, pero no lo hice.

—¿Qué edad tenías cuando te regaló el reloj? —pregunté.

—Diez años. La historia me la contó cuando tenía quince. Por lo visto, agarró su propio brazo, vagó rumbo a las líneas de suministro y, al final, lo encontraron junto al Ancre.

Recolocó la tela desgarrada y apareció la abollada insignia de su unidad. Tenía forma de estrella y se mantenía prendida de la tela solo por algunos hilos.

—Pero ¿nunca mencionó los dieciséis nogales?

—Nunca.

—Es extraño. No entiendo qué arriesgaba contándolo.

—Ya. Parecería inofensivo e, incluso, hasta *bonito*. Pero no. Ni una palabra. Tampoco contaba que en 1943 contrató a *Aainarr* para asegurarse la partida.

Recordé las palabras que oyó el párroco. *Suficiente para llenar un camión*. Encajaba perfectamente con los troncos de dieciséis árboles.

—¿Cómo era? —pregunté—. Contigo.

—El mejor del mundo, y le gustaba que llevara siempre su reloj. Con los demás podía ponerse difícil y tenía unas pesadillas espantosas, que lo despertaban siempre a las tres en punto. Y entonces quería que todo estuviera a su gusto. A veces lo oía, y su voz sonaba autoritaria.

En un semicírculo sobre la insignia, había una frase en latín. La leí por lo bajo. *Nemo me impune lacessit*.

—Su lema —dijo—. «Nadie me ataca impunemente.»

Me quedé mirando el uniforme. Gwen se acercó a un rincón del cuarto y, de repente, oí fuertes chirridos de metal contra madera. Me giré de golpe. Gwen apareció de detrás de un biombo, sentada en una antiquísima silla de ruedas de respaldo alto. Las ruedas eran enormes y chapadas en hierro, podrían haber sido de un carromato. La tela del respaldo estaba hecha harapos.

—Volvió de la guerra sentado en esta silla —dijo mientras maniobraba adelante y atrás—. En 1921 estuvo en el King's Hospital de Londres y le extrajeron quince piezas de metralla. En 1947 lo operaron en Estados Unidos. Costó una fortuna, pero la verdad es que en 1953 podía andar. Hasta pasados los ochenta no tuvo que volver a usar la silla de ruedas, y solo de vez en cuando.

Gwen permaneció un buen rato en la silla. De pronto se levantó, abrió una puerta y salió al balcón. Al otro lado de la barandilla había un primitivo ascensor. Una basta caja de madera enganchada a unas ruedas oxidadas, unas poleas y unos cables de acero.

—Evidentemente, habría sido más práctico que instalara su despacho en la planta baja, pero aquí era donde tenía las vistas. Por dentro, las copas de los árboles; por fuera, el mar.

Accionó un mango negro y un motor eléctrico empezó a zumbar. Nos sentamos en el suelo de la caja de madera. Empujó una palanca y, a tirones, descendimos a lo largo de los árboles, con el olor del follaje, del mar y del aceite de engrasar en la nariz.

—A veces cogía el ascensor para subir a verlo y me sentaba así, balanceando las piernas. Llamaba a la puerta del balcón y entraba al olor del Balkan Sobranie. Siempre sabía que venía porque veía el ascensor bajar y volver a subir.

—*This is fantastic* —dije.

Entonces Gwendolyn Winterfinch sonrió.

—¿No he usado la palabra correcta? —pregunté.

—*Fantastic*? Bueno, si a ti te lo parece...

—Ya encontraré una palabra mejor —dije—. Estoy en ello.

—No es tan fantástico a la luz del día —dijo Gwen—. Como te he dicho, la casa nunca se terminó. Hay dos alas enteras sin suelos ni tabiques. El dinero empezó a acabarse en 1926. En realidad, el abuelo era un romántico. Quería que Quercus Hall fuera un homenaje a la paz y las clases de madera del mundo. Era un apasionado de los árboles y los muebles, y se hizo pacifista después de la guerra. No sabía llevar una empresa y vivía torturado por las heridas de guerra. Lo que *realmente* le interesaba eran las maderas decorativas para la fabricación de muebles y armas. La sección de materiales de construcción, que era la que daba dinero, iba cuesta abajo. Las ventas se desplomaron. Fueron cerrando una sede tras otra. Y a partir de 1946 la cosa fue a peor. La situación era parecida a la de 1919. Nadie tenía dinero para costearse materiales bellos. Lo que hacía falta eran planchas de madera barata para reconstruir el país. Mi madre nació en 1927 y, en la práctica, ha dirigido Winterfinch Ltd. desde los veinte años. El abuelo seguía ocupándose del comercio con tipos exóticos de madera, pero eso es como trabajar en British Petroleum y encargarte del aceite de engrasar las máquinas de coser. Así que *mi madre* lo dirigía todo.

—¿Por qué dices *mi madre* de esa manera?

—Mi nacimiento no encajó en sus planes. En realidad ya había dado por terminada la crianza y lo que quería era concentrarse en la empresa. Mi padre se dedicaba solo a sus sellos. Después de comer, desaparecía de la mesa como un ciervo en el bosque. Tengo dos hermanos mucho mayores que yo. Dos hombres lúcidos y eficientes que me consideran una niña mimada y difícil.

—¿Creciste aquí? —pregunté—. ¿En esta casa?

—Prácticamente. La gran obra de mis abuelos fue proporcionarme una educación a la antigua usanza: ropa, modales y ebanistería. He visto todas las grandes ciudades de Europa desde el asiento trasero de un Bentley Continental. Mi abuela era aficionada a las subastas. A los doce años, yo ya sabía calcular el precio de cualquier jarrón de Lalique y datar una joya de Miriam Haskell con un margen de error de cuatro años. Cuando murió mi abuela, yo era una reliquia viviente de las costumbres de antes de la guerra.

—Pero ¿no me dijiste que tu padre te enseñó a navegar? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Iba de farol. Fue mi abuelo quien me enseñó a manejar el *Zetland*. Desde los diez años lo he llevado sola con mar revuelto en compañía de un viejo

manco. Su única contribución era mantener la calma. Al fin y al cabo, el *furious gale* no es nada comparado con un bombardeo alemán.

—Me cae bien —dije—. Duncan. Aunque no sé por qué.

—Cuando murió, mi madre quiso vender la casa, pero no pudo. Porque el abuelo me la dejó a mí.

—¿Eres propietaria de todo esto?

—Y de las tierras circundantes. De Haaf Gruney y de algunos islotes más de los alrededores.

—Pero ¿por qué vives en la casita de piedra?

—Aquí me pierdo. No tengo el... *formato* para llenar todo esto. De pequeña estuve en un internado. En realidad estaba a gusto allí, pero el resto de mi camino ya estaba trazado. Primero la Edinburgh School of Economics y, después, dirigir un departamento de Winterfinch Ltd.

—Nunca te faltará nada —dije.

—Al contrario. Me falta algo crucial.

—¿El qué?

—Soy como mi abuelo. No tengo talento para los negocios. No me interesan nada los aranceles ni la rentabilidad. En el aula, escucho cómo los demás plantean sus preguntas mientras yo me encojo en el asiento. He suspendido los últimos exámenes. Esta primavera me ha ido peor que nunca.

En la penumbra, por fin vi lo que *realmente* había detrás de la fachada de Gwendolyn Winterfinch. Una desesperación blanca y pura.

—Me mantienen unos padres que no están contentos conmigo. Me dan lo bastante para comprar música y ropa cara, pero no llega para mantener esta casa monstruosa. Si fuera guapa, podría buscarme un marido con una buena cuenta bancaria, pero tengo el pecho pequeño y soy pésima cocinera. Lo único de lo que entiendo es de antigüedades y *sailing in heavy weather*. Las pocas aventuras que he tenido han sido con hombres mayores casados. Por Dios, Edward, ¿no te das cuenta? Soy un objeto decorativo y ni siquiera soy atractiva.

13.

ME ESTABA TOMANDO UN TÉ NEGRO CON MIEL BAJO UN arce blanco, mientras leía *The Shetland Times* con una chaqueta de *tweed*. Sobre la mesa estaban los restos del desayuno: morcilla, huevos fritos y tomates fritos. Lo había preparado yo en el fuego de gas de la casita y lo había llevado al arboreto bajo la lluvia, en una bandeja de plata con tapa. Allí nos lo habíamos tomado bajo las ramas de los árboles.

No estaba tranquilo. Me sentía como si estuviera a bordo del *Geira*. La resaca del año 1971 parecía no tener fin. Nunca volvería a despertarme junto al rostro de Hanne. Una chica sencilla y buena, mezclada en una aventura con Gwen que no podía acabar bien.

Dinero. Yo lo había tenido y lo había gastado. Había invertido mi parte de los beneficios por la venta de las patatas y las ovejas que mandábamos al matadero en música, en una Leica, en un coche... Nunca había sentido la necesidad de ahorrar. La tierra negra de Hirifjell reponía los fondos al otoño siguiente.

Pero ¿esto?, me pregunté mirando Quercus Hall. Me daba cuenta de que las grandes sumas adquirirían una fuerza muy particular. Al principio había mirado aquella casa pensando que pertenecía a otros, pero de pronto me veía pensando en lo que haría con ella si fuera mía.

Por lo que nos había contado el culatero, de seguir existiendo, la partida de madera de nogal valdría mucho más que en la severa posguerra. Calculé por encima la suma y me di cuenta de que bastaba y sobraba para comprar cualquiera de las granjas grandes de Saksum.

Sin embargo, mi madre no había sentido ese impulso, pese a haber crecido en la pobreza. Al menos daba esa sensación por las cartas que le escribió a Einar.

El té tenía poso, un mal necesario según Gwen, que despreciaba las bolsitas de té. Tiré lo que quedaba al suelo y la hierba quedó reluciente. Una mariposa se posó sobre ella, atraída por el dulce olor.

¿Quién era el legítimo propietario de los nogales? ¿Mi familia francesa, que cuidó del bosque durante generaciones? ¿O Duncan Winterfinch, que luchó por tomar aquellos árboles y pagó por el derecho a talarlos? Conforme avanzaba la noche, la cuestión me había resultado cada vez más difícil de contestar. Después de enseñarme el ala oeste de Quercus Hall, Gwen había dado una palmada y

había dicho:

—No podemos seguir perdiendo el tiempo. Es verdad que soy muy mala estudiante de economía, pero los cuatro años que llevo en la Edinburgh School of Economics al menos me han capacitado para orientarme en los archivos de un negocio. Aunque, antes de que empecemos a hurgar en él, quiero que me respondas a una cosa.

—Al tipo de acuerdo que tenemos, ¿es eso?

—Exacto. Lo que está claro es que Einar engañó a mi abuelo.

—Eso no lo sabemos —dijo—. Aún no hemos averiguado qué le reprochaba él a tu abuelo.

Gwen se acercó a una ventana y, dándome la espalda, dijo:

—Edward, solo hay una manera de hacer esto: dejamos de tener secretos el uno para el otro y, si encontramos el nogal, lo dividimos a partes iguales. De paso, quizá descubras la verdad sobre lo que ocurrió en 1971.

De nuevo me condujo a través de los pasillos, abrió con llave una puerta de acero y bajamos una escalera. El aire del sótano era denso y húmedo. Al poco llegamos a una sala del tamaño de la biblioteca pública de Saksum, repleta de archivadores y sucias carpetas de anillas.

—Los archivos comerciales de Winterfinch Ltd. hasta 1947 —dijo—. Además del archivo privado de mi abuelo. Por desgracia, ahora mismo está algo desorganizado.

En el suelo había una escalera partida. En un rincón, una estantería volcada había tirado una pila de papeles en una vieja filtración de agua. La mitad de las bombillas estaban rotas. Aun así, el número de carpetas era como un barómetro del crecimiento y caída de Winterfinch Ltd. Para cubrir el periodo de 1899 a 1906, hacía falta una librería entera. En los años veinte el comercio decayó, luego se recuperó y volvió a decaer en los años cuarenta. Desde 1945, cuando la madre de Gwen se hizo cargo del negocio y trasladó las oficinas centrales a Edimburgo, había muy pocas carpetas.

—Ayúdame —dijo mientras sacaba una escalera de mano ladeada—. Sujeta esto mientras me subo ahí. Es su viejo archivo privado.

Una hora más tarde, exclamó:

—Aquí hay algo. Un certificado médico de guerra.

El formulario era fino y quebradizo, los puntos de la máquina de escribir habían taladrado el papel.

La unidad sufrió un ataque con gas en la posición 324 Thiepval/Authuille. Posiblemente cianuro o arsénico, pero con síntomas muy inusuales (aturdimiento, furia). La práctica totalidad de los soldados

abandonaron sus puestos o se desmayaron. Cuarenta y siete soldados murieron o resultaron heridos por las ametralladoras. Treinta y dos se ahogaron en los cráteres producidos por los obuses. El capitán Winterfinch fue encontrado en Speyside Avenue, cerca del Ancre, acarreando su brazo arrancado.

—¿Speyside Avenue? —repetí.

Gwen estaba de rodillas en el suelo, leyendo un papel por encima, luego pasó a otro, volvió al anterior y lo leyó más detenidamente.

—Los pasajes y las trincheras que llevaban al frente tenían nombres de calles —dijo con aire abstraído—. Era para controlar el tráfico. Miles de soldados tenían que orientarse —me tendió otro certificado.

Brazo izquierdo arrancado entre hombro y codo. El paciente se aferraba a él y se negaba a soltarlo. El resto del brazo fue amputado por el médico de campaña.

Seguimos buscando. Poco después, Gwen encontró un mapa de guerra del otoño de 1916, que estaba sucio y desgarrado. Cuando lo desplegó, sentí un escalofrío. Me recordó a cómo se me abrió en su día *Sucedió 1971*.

El río Ancre. El pueblo de Authuille. Una zona sombreada por encima del río. El bosque de Daireaux. Cada colina, cada remolino del río, cada sendero y cada prado se notaban perfectamente. Las líneas de avance, las posiciones enemigas y los puestos de socorro. El trazado llamado *Speyside Avenue*. Símbolos y flechas dibujados a lápiz, probablemente por el capitán Winterfinch, antes de que perdiera el brazo.

Vi la posición 324, donde lograron atrincherarse con las ametralladoras protegidos por dieciséis nogales.

Sin embargo, la guerra fue desapareciendo poco a poco del mapa y lo que quedó ante mis ojos fue el terreno. Tal como era sin las posiciones de la artillería, tal como era cuando los nogales empezaron a crecer en el siglo XVI, tal como era en 1971, cuando estuve allí con mis padres.

Siempre había sabido dónde habían muerto, pero el lugar era solo un punto en el atlas. De pronto veía nítidamente el sitio en el que había ocurrido, como en un mapa de orientación. Por debajo del bosque, el río hacía un giro y formaba tres grandes estanques.

Debieron de ahogarse en uno de ellos.

Empezó a surgir una extraña sensación en mí, una mezcla de expectación y certeza, algo parecido a lo que sentí cuando comencé a dar vueltas con la foto

que sacó el abuelo de Haaf Gruney y, al bajar a la playa, vi que el paisaje se colocaba, como dos bocetos idénticos superpuestos en papel de calco.

Un recuerdo estaba emergiendo.

Y entonces sucedió, el mapa se fundió con mi recuerdo. Un sendero por el que caminábamos. El olor de un bosque. Canto de pájaros desconocidos. Dos manos cálidas que sujetaban las mías, una mayor que la otra, la mano de mi padre. Unos arbustos que había que atravesar. Una cuesta de suelo blando, como de un terreno pantanoso. A continuación nada.

¿Fue entonces cuando me perdí? ¿O sería solo algo que *deseaba* recordar?

Gwen no se dio cuenta de que me abstraía. Seguía musitando mientras buscaba en el archivo, que era una prueba tangible de que Winterfinch Ltd. siempre había sido leal a sus proveedores. Hasta 1929, los archiveros solo habían usado carpetas de color amarillo pálido de Stonehill's. Desde entonces y hasta 1967, pasaron a usar carpetas de Eastlight, con los lomos grises de dibujo marmolado.

Pero en el año 1943, una carpeta de color amarillo claro destacaba entre los lomos grises. Era una carpeta Stonehill en la que ponía 1921; tenía un desfase de veintidós años en su ubicación.

El papel que Gwen no tardó en encontrar era un contrato redactado en francés, encabezado con el viejo membrete de Winterfinch Ltd. *Suppliers of fine and exotic materials worldwide. Edinburgh – London – Rangoon – Georgetown – Takoradi.* El contrato de 1921 recogía el derecho a talar «la totalidad de los árboles» del bosque Daireaux, en Authuille. Junto a la enhiesta firma de Duncan Winterfinch, aparecía otra escrita con tinta azul de estilográfica, de letras concentradas, bajas y anchas: *Édouard Daireaux.*

Mi bisabuelo debió de ser un genuino hombre de campo porque el contrato que firmó con Winterfinch no tenía como objetivo ganar dinero, sino conseguir que el bosque pudiera explotarse de nuevo.

A cambio del derecho a talar los dieciséis nogales, Winterfinch pagaría a artificieros privados para que continuaran las tareas de limpieza donde las habían abandonado las autoridades. Todos los explosivos y los «trozos reconocibles de cuerpos» debían ser extraídos del suelo para que pudieran plantarse nuevos árboles.

Pero no tardaron en surgir los problemas, igual que lo harían entre nosotros porque, setenta años más tarde, en Quercus Hall, emergió el mismo desacuerdo. Empezamos a vigilar nuestras palabras, atentos a los errores en las afirmaciones del otro y, de manera automática, nos colocamos en bandos opuestos.

—Iban a recibir una generosa suma de dinero cuando talaran los árboles —

dijo Gwen—. Probablemente el suficiente para que tu familia construyera nuevos edificios en la granja.

—No les sirvió de mucho —respondí—. Puesto que el contrato nunca se cumplió.

Entre los documentos había aparecido el informe del jefe de los artificieros privados. Tres hombres habían perdido la vida en pocos días. El terreno era pantanoso, los equipos no servían y los problemas se les agolpaban. Lo que había dicho el culatero de que la veta «estaba en constante evolución» era solo parte de la explicación. Winterfinch nunca logró que ninguna cuadrilla limpiara el bosque.

No eran los únicos que tenían ese problema. Las labores de eliminación de los explosivos duraron años y cientos de artificieros perdieron la vida en el proceso, morían incluso en los prados, donde podían usar arados y tractores. Hasta los años treinta, Winterfinch no logró reunir a un grupo de gente dispuesta a asumir el riesgo. Sin embargo, se trataba de hombres poco profesionales e incluso alcoholizados, y todos acabaron abandonando la labor. La maleza y los arbustos que habían crecido entre las bombas imposibilitaban la tarea. Winterfinch escribió a la fábrica de Renault con la esperanza de acelerar el desarrollo de su nueva «máquina milagrosa»: un tractor blindado equipado con una trilladora de cadenas capaz de activar los detonadores sin que nadie sufriera daños.

Pero entonces empezó a gruñir la comisión de tumbas de guerra, que protestaba por el uso de maquinaria pesada en un terreno en el que descansaban miles de cadáveres de soldados británicos. O se limpiaba el bosque a mano o se dejaban en paz las fosas comunes que había detrás de las alambradas.

Gwen y yo seguimos buscando. Revisábamos el archivo privado de prisa y el archivo de la empresa despacio. Por aquí y por allá encontrábamos evidencias de los planes de Winterfinch para vender la madera: un contrato de opción de compra con Purdey, el proveedor de armas de la casa real, que quería comprar piezas para treinta culatas a un precio astronómico.

Al principio Gwen parecía un poco avergonzada por el trato que habían recibido mis familiares en Francia, *ella* solo podía remitir a fríos cálculos de rentabilidad. Pero luego localizó un documento que le dio la vuelta a todo. Se trataba de una carta al presidente de Scottish Widows, un banco fundado originalmente como un fondo para las viudas de los soldados caídos en las guerras napoleónicas.

—Supongo que Scottish Widows seguirá existiendo —dije.

—Por supuesto que existe —dijo Gwen—. Y conserva el mismo logo: una viuda con velo, solo que con los años la viuda está cada vez menos triste.

En ese momento se quedó callada y me incliné por encima de su hombro para

leer.

—Era como yo creía —dijo—. Nunca pretendió quedarse con las ganancias. En su lugar, estableció un fondo para las familias de los soldados caídos. No quería quedarse ni una libra.

Eran las seis de la mañana. Aun así, continuamos buscando hasta revisar todo el archivo. Cuando encontramos el siguiente documento importante, una orden de Winterfinch al equipo de artificieros, ambos sentimos lástima por el otro.

Habían pasado los años. Winterfinch había seguido pagando un poco cada año a la familia Daireaux para mantener los derechos sobre los nogales. En 1938, gracias a nuevos equipos de seguridad y a los detectores de metales, consiguió poner en marcha una tarea de limpieza efectiva.

En las órdenes dadas al equipo de artificieros, Winterfinch subrayaba que solo debían limpiar la zona de los nogales, los viejos senderos de acceso del bosque debían seguir siendo peligrosos hasta que los árboles se talaran y trasladaran. Las zonas seguras y el acceso a ellas debían marcarse en un mapa al que la carta hacía referencia en varias ocasiones, pero que no encontramos en el archivo. En las últimas líneas, aparecía el plan de Duncan para proteger los nogales de la tala clandestina: los obuses químicos debían permanecer en la tierra, como una muralla alrededor de los árboles, y la orilla del río prácticamente debía minarse para que nadie pudiera desembarcar.

Gwen se quedó inmóvil con el documento en la mano, como si fuera una sentencia de muerte. No dijo nada en mucho rato. Al final volvió a meterlo en la carpeta.

Abandonamos el archivo. Gwen echó la llave, salimos del frío del sótano, recorrimos los largos pasillos y llegamos al vestíbulo, que estaba más caldeado. Cuando por fin salimos a la mañana, Gwen cerró la puerta de Quercus Hall de un portazo.

—Nuestro acuerdo queda rescindido —ya enfilaba hacia la casita de piedra—. No me interesa lo que pasó durante la guerra ni más tarde. Las obsesiones se heredan. Mi abuelo se pasó la vida mirando Haaf Gruney con amargura. Esta historia no tiene nada que ver con *nosotros*, Edward. Ven, vamos a dormir. O al menos, vámonos a la cama.

Nos acostamos desnudos con la luz de la mañana colándose a través de las cortinas, pero después no pude dormir. Mi engaño era ya un hecho. Mientras ella leía los documentos, yo había sacado a escondidas la Leica y había fotografiado el viejo mapa de guerra de Duncan Winterfinch.

14.

DÍAS DE CALOR. Los dos en su casita de piedra, gruesos muros entre nosotros y el clima. Leña de roble con un leve olor a miel, que ardía apaciblemente mientras escuchábamos música. Gwendolyn tendía a ponerla alta, muy alta, y le gustaban los grupos rebeldes: The Clash, The Alarm y The Pogues. Era de las que se lo compran *todo*, incluso los turbios *maxi singles* y las grabaciones pirata. Fui a Haaf Gruney a recoger lo que quedaba del canal de la oveja, lo condimentamos con tomillo y sal gruesa, y nos encerramos a compartir la tozuda alegría de sentirnos autosuficientes. Nos emborrachamos con White Horse y nos despertamos desnudos en el sofá.

—*Are you okay?* —le pregunté.

—*Don't ask.*

Desde que nos despertábamos hasta que nos dormíamos, parecía auténtica. Me miraba a los ojos y ya no necesitaba tomarse pausas antes de contestar. Supongo que me enamoré del hecho de que no me ocultara nada y, al mismo tiempo, siguiera constituyendo un misterio. Empezaba a gustarme el modo en que era distinta a Hanne, al tiempo que era consciente de lo injusto que era concederle puntos cada vez que *no* hacía las cosas que me molestaban de Hanne. Gwen se levantaba de la cama *after being served*, como ella decía, se metía en el baño y salía vestida. A Hanne le gustaba remolonear bajo las sábanas y mantener profundas conversaciones, que hacían que los buenos ratos degeneraran en impacientes discusiones.

—Escucha, querido —decía Gwen, agarrándome las manos—. Me gustas. Me *gustas* incluso cuando te vistes de pordiosero. Todavía quedan algunos días del verano. Tenemos un coche. En Lerwick hay una tienda de discos y un restaurante indio. ¿Qué más necesita una pareja de novios?

También me gustaba que ya no me ocultara sus orígenes: su desdén hacia la gente que compraba en las rebajas y su irritación con el servicio técnico del puerto deportivo, que se resistía a mandar a alguien a Unst para reparar discretamente el *Zetland* y, en su lugar, insistía en ofrecer un barco nuevo y rebajado de moderna fibra de vidrio.

—¡Qué ordinariez! —exclamó Gwen y colgó el teléfono.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ha empezado por el precio! En vez de por la calidad. Menudos bárbaros. Encima es blanco. ¿Un barco sintético blanco? *Ghastly!* Sería como gritarle al mundo que habíamos jubilado al buen *Zetland*.

—A la gente le da igual, ¿no? —dije.

—*It's no way to spend old money* —dijo—. El abuelo se compraba un Bentley nuevo cada dos años. Pero siempre era azul marino y siempre tenía la misma matrícula. *Why follow trends when others follow you?*

Volvió a agarrar el teléfono y le espetó un par de comentarios bastante claros al jefe. Ese mismo día llegaron un par de reparadores de barcos. Cuando acabaron, lo echamos al mar, Gwen aceleró al máximo y disfrutamos durante horas navegando alrededor del archipiélago. Al parecer, el *Zetland* era su propiedad más preciada a pesar de ser italiano. Ahora que no necesitaba disimular, exudaba su linaje por cada poro, su entusiasmo por los objetos con pátina, por las unidades de moneda anteriores al sistema decimal, por el equipo para los safaris de larga duración, por las argucias para burlarse de Hitler y por los actos que hicieran de Shackleton un ejemplo o que excusaran el retraso de Scott en su llegada al Polo Sur.

Lo que no noté hasta más tarde fue cómo me transformé yo. Un día se quedó mirándome desde la puerta mientras me vestía. Luego fue a Quercus Hall y regresó con una maleta, repleta de ropa bien doblada.

—No, Gwen —dije—. La ropa de tu abuelo...

—No es de mi abuelo. Es de mi hermano, que ha engordado y se ha olvidado de que la tenía.

Giró la rueda del volumen del estéreo en el sentido contrario a las agujas del reloj y la música que había estado oyendo, *The Crossing*, de Big Country, se desvaneció.

—Esta ropa lleva colgada en un armario desde el último verano que pasamos aquí juntos las vacaciones, toda la familia —dijo al tiempo que levantaba una camisa contra la luz—. Turnbull & Asser. El mismo camisero de la que te pusiste para ir a Dickson.

—¿También de algodón egipcio? —pregunté, acariciando la tela de cuadros pequeños. Era suave como un vendaje y, aun así, firme y tupida.

Negó con la cabeza.

—Sea Island, es decir, ciento cuarenta hilos por pulgada. No he encontrado *an exact match in trousers*. Pero siempre puedes ponerte estos —y sacó un pantalón marrón oscuro—. *Cavalry twill*. Seguro que los compró por impulso. Puedes combinarlos con una chaqueta de Herringbone, que va con todo.

—El sastre ha estado bastante ocupado —dije.

—No entiendes nada, querido. Tienes que agradecerle a las diferencias de

clase británicas *todo* lo que ahora estás admirando. ¿Puedes nombrarme un solo objeto realmente notable fabricado a mano en Alemania del Este?

—Así, de pronto, no.

—Si no hubiera habido una capa social con buen gusto y mucho dinero, no habrían existido los divanes Arbus ni las escopetas Purdey. Tampoco habría ningún Bentley que seguir con la mirada. Y ni siquiera la comida india sería como es. Todo surgió porque alguien era lo bastante rico, y lo bastante exigente, como para pagar un montón de horas de trabajo a un maestro armero, a un guarnicionero o a un cocinero.

Me puse la ropa, luego me senté frente a la chimenea, estiré los pies sobre un puf y miré las llamas. La ropa de faena siempre había sido mi manera de responder a las pruebas que me ponía la vida. Encaraba el día, me ponía manos a la obra y trabajaba hasta agotarme.

En el fondo, me oprimía la certeza de que aquel era un tiempo robado. Cada oveja de Unst me hacía pensar en las ovejas de casa. Abandonar los patatales con sus toneladas de valiosas patatas de siembra era lo más frívolo y negligente que había hecho en mi vida.

Pero, de pronto, no me apetecía trabajar. Me apetecía tomar té, comprar discos y estar sentado a la bartola en pleno día sin siquiera tener conciencia. ¿Se sentiría así el abuelo la semana que se tomaba libre de mí y se paseaba por ahí con un traje de Andreas Schiffer y la entrada de un concierto en el bolsillo?

Fuimos a Muckle Flugga, al faro situado más al norte, donde un mar de espuma blanca bombardeaba los acantilados. Paseamos por las calles de Lerwick, nos emborrachamos y cogimos una habitación en una pensión. Gwen me enseñó a manejar el *Zetland* y fui patrón en una rápida travesía a Ueya, donde paseamos por los prados sintiendo el aroma del romero de pantano y viendo cómo cambiaba de color con el viento. Continuamos hasta Out Skerries, donde nos sentamos con unos prismáticos a estudiar las relucientes nutrias. El *Zetland* no tardó en convertirse en una prolongación de mis movimientos y la larga hilera de indicadores cromados del salpicadero eran los mensajes que intercambiábamos. Por cada paso que daba con una chaqueta de *tweed*, me iba convirtiendo en otro, aunque no estaba seguro de en quién, ignoraba de qué tipo de metal estaba hecho mi molde.

Estábamos rodeados de reliquias: la erguida cercanía de Quercus Hall, el recuerdo del vestido en el cofre... Constantemente se me iba la vista hacia Haaf Gruney y los fantasmas que esperaban respuestas. Era como si la voz de mi madre me gritara: *No lo dejes ir, tienes que llegar hasta el final.*

¿Cómo sería la despedida entre Gwen y yo cuando por fin le dijera que *tenía*

que volver a casa a atender la granja? ¿Qué le quedaría a ella cuando se hubiera acabado el bombón de su vida?

Pero aproveché el tiempo. Comencé a observar sus gestos, esperando que me revelaran algo más. Cada vez con mayor frecuencia, perdía el control de mí mismo. Cada vez que miraba hacia Quercus Hall, recibía una mirada torcida, como un animal dormido que de pronto levanta un párpado. Empezamos a olfatear en busca de matices en las palabras del otro y sabíamos que, si pronunciábamos la palabra *nogal*, volveríamos a ser Einar Hirifjell y Duncan Winterfinch.

Fue ella quien rompió la situación.

—Quiero ir a Haaf Gruney —dijo de repente una mañana—. Estoy harta de terciopelo. Quiero frío y piedras. Aquí hay... *demasiado*. No me gustan los recuerdos y tampoco cómo me esquivas la mirada.

ME DESPERTÉ PORQUE NOTÉ QUE SE MOVÍA, y cuando nuestras miradas se cruzaron supe que había estado observándome. Gwen se tumbó de costado, apoyó la cabeza sobre una mano y se llevó una punta de la sábana al cuello. En Haaf Gruney no había baño, ni gruesas toallas de buen paño y colores oscuros. Solo un barreño de hojalata, un quinqué y una jarra de agua.

Ella no sabía nada del vestido azul. Se había alejado de sus espectros e ignoraba cómo Haaf Gruney despertaba los míos.

—No entiendo por qué tu abuelo no encargó a los artificieros que talaran los árboles —dije.

Me miró desconcertada.

—¿Has estado pensando en *eso*? —preguntó.

—Sí —me levanté de la cama.

—Porque decían que la veta no estaría terminada hasta 1943. El abuelo no podía saber que iba a estallar la guerra, ¿no? Además es una labor para especialistas. Talar árboles es fácil, pero si quieres usarlos para culatas, hay que serrarlos enseguida con corte radial.

—¿Con qué?

—*Algo* he aprendido después de siete generaciones de madereros —dijo molesta—. Hacía falta un especialista, alguien que reconociera las direcciones de crecimiento de las raíces y que supiera hacer el corte exacto en el sitio en que la veta sale mejor parada. Seguro que Einar lo aprendió con Ruhlmann. Era el hombre perfecto para el encargo. Pero deja ya de dar la lata con esa vieja telaraña.

Nos vestimos y nos dimos una vuelta con el *Zetland*. El día estaba apacible y

no había golondrinas de tormenta a la vista. Más tarde, puse la radio y escuché el pronóstico del tiempo en Noruega. Sentía en el cuerpo el paso de las estaciones, los deberes del campesino. Si se levantaba tormenta en casa, perdería la cosecha.

—Escucha, Edward —dijo Gwen—. Tenemos que cambiar el cristal roto. Y a la cocina no le vendría mal un fregado. Puede que sea torpe, pero soy capaz de fregar el suelo. ¿Y si fueras a Yell en el *Zetland*? Allí hay una ferretería.

—¿Que me lleve yo el *Zetland*?

—Calma, está asegurado y el mar va a estar tranquilo, al menos durante las próximas horas. Y cuando vuelvas, tengo esto arreglado. Nos vendría bien estar un rato solos, ¿no crees?

Por qué no, pensé. Había vuelto a cubrir el cofre, las cartas y el vestido estaban dentro y Gwen nunca apartaría dos metros de turba.

Qué nuevo y agradable me resultaba ir solo en un barco de gran potencia. Las cosquillas en el estómago cuando la proa se alzó, el agarre de la hélice al mar, las vibraciones del motor que reverberaban en el casco de madera, el viento que me azotaba la cara con gotas saladas, el sol sobre los acantilados de Fetlar y las colinas bajas de Yell. Cuanto más rápido, mejor. Solo que ya no podía reprimir la sensación de llevar detrás a una callada pasajera que confiaba en mí, que se había arreglado todo lo que podía y que me miraba con inseguridad.

Hanne.

Compré masilla y cristales, y al volver arreglé la ventana. Gwen había ordenado la despensa y el dormitorio, limpiado la cocina y el salón. Malamente, desde luego, pero al menos había cogido unas flores y las había metido en una taza de café resquebrajada.

Por la noche largamos unas redes de pesca. A la mañana siguiente recogimos ocho bacalaos. El mar estaba como un espejo, unos gansos habían empezado a sobrevolar la isla. Venían de Fetlar, planeaban por encima de las casas y aterrizaban al norte de Haaf Gruney, donde picoteaban la hierba.

Limpié el pescado, pero cuando fui a la cocina, no vi a Gwen. La llamé por la casa. No recibí respuesta.

Salí a la escalera y vi su ropa sobre unas piedras de la playa. Su pelo flotó alrededor de sus hombros cuando sacó la cabeza del agua como una nutria.

Me quité la ropa y nadé hasta ella. Estiré los brazos y me tumbé sobre la espalda, ella hizo lo mismo. Giramos cada uno en una dirección, como una brújula con dos agujas.

—Edward —dijo al día siguiente—. Tengo que ir a Edimburgo a arreglar unas cosas. Y además quiero que la gente del puerto deportivo levante el *Zetland* y lo

mire bien por debajo. ¿Qué te parece si me lo llevo a Lerwick? ¿Y dentro de dos días me recoges en el ferri?

—Podemos ir a Edimburgo en coche como la última vez —dije.

—Va a ser un poco... imposible. Tengo que ir a una reunión de la junta directiva. Mi madre me va a recoger en Aberdeen.

Me sonó raro. Tal como Gwen había descrito a su madre, no daba la impresión de tener ganas ni tiempo de recoger a una hija adulta en pleno día. Supuse que no quería decirme que no podía presentarme, que sería como llegar con un sabueso a una competición de setters ingleses laureados. En ese momento debería haber cortado el vínculo, haber dicho que tenía que volver a Noruega, pero entonces Gwen cogió las llaves de la casita de piedra.

—Puedes quedarte aquí o en Unst —dijo—. Haz lo que quieras. Toma las llaves. No tengo nada que ocultar.

—Y aquí tienes las de Haaf Gruney —dije mientras le pasaba el juego de llaves de repuesto que me había dado Agnes Brown.

EL COLOR ROJO DE LA CABINA TELEFÓNICA SE VEÍA INTENSO y reluciente bajo la lluvia. Detrás de los cristales brillaba una luz amarilla y mate.

Estaba sentado en el coche sintiéndome fatal, mirando las cercas y contando una a una las piedras.

Me recordó al día que tuve que sacrificar a Flimre, el viejo gato de la granja. Meter el cartucho en la escopeta, acariciar al gato, ver lo confiado e ignorante que estaba, presente en la vida que deseaba vivir aunque ya no era capaz ni de comer. Estirar el tiempo, lentos segundos en los que recordé los años que habíamos pasado juntos, sus ojos que de pronto entendieron que había un verdugo en mí.

Vacilar y esperar, renunciar y guardar la escopeta.

Continuar viviendo, continuar acariciando su suave pelaje.

Hasta que tuve que coger la escopeta de nuevo, deprisa, para no dudar de lo que iba a hacer. Dirigir el cañón contra su cabeza y disparar. Ver cómo su cuerpo salía lanzado por el suelo, sostenerlo en brazos hasta que la vida dejó de temblar en él.

Al cabo de media hora, salí del coche a regañadientes. En una breve pausa entre las oleadas de remordimientos, agarré el teléfono y marqué el número de Hirifjell.

—Ahí estás, por fin —dijo Hanne, y a continuación empezó a contarme todo lo que había hecho en la granja, lo a gusto que se encontraba allí, qué flores estaban creciendo, lo que había comido...

»Dijiste que no serías el mismo cuando volvieras —continuó, no paraba de hablar así que no me dejaba decir nada—. Yo también he cambiado. Me he aclarado el pelo.

Y se acabó.

Buscamos en nuestro interior las palabras adecuadas.

—Hanne —dije—. Te pedí que echaras un vistazo a la granja. Y me parece muy bien que te hayas quedado allí, pero...

—Pero ¿qué?

—No creo que vayamos a estar juntos cuando regrese.

Se quedó mucho tiempo callada.

Luego, en el otro extremo de la línea, oí a una chica llorar en Hirifjell. Una chica que sostenía un pesado teléfono en la mano, de pie, ante la fotografía de mis padres. Tres de las cuatro personas a las que realmente había querido en la vida, todavía no sabía si Gwen llegaría a ser la quinta.

Al día siguiente, de pie entre las gaviotas de Holmsgarth, vi el ferri de Aberdeen acercarse lentamente y, cuando Gwen bajó las escaleras, con el pelo recién cortado y un traje de chaqueta de color gris paloma, deseé que fuera Hanne la que llegaba, Hanne con su piel bronceada, su sonrisa sincera y una tirita en la pantorrilla después de trabajar en los campos.

Pero en cuanto llegó Gwen, el lazo que me unía a Hanne empezó a desintegrarse rápidamente, y quedó reducido a un hilillo que se rompió en el momento en que Gwen se lanzó a mis brazos, apoyó todo su peso sobre mí y me besó en la boca. Y entonces sentí algo con lo que solo me había permitido soñar, sentí que éramos novios y que resarciría la traición a Hanne por medio de un sincero afecto por Gwendolyn Winterfinch.

Quizá debería haberme extrañado más que Gwen no oliera a mar, sino a coque, el olor que dejaba en la ropa el humo de las chimeneas de Lerwick.

Supongo que mi propia traición hacía sombra a mi desconfianza porque, en su ausencia, había entrado en Quercus Hall y me había pasado horas revisando el archivo privado de su abuelo.

ESTABA ARRODILLADO BAJO LA LLOVIZNA, con una estilizada Dickson Round Action en las manos. El equilibrio de un ser vivo. El acero, frío, la madera igual de fría, aunque pareciera más cálida. Abrí el arma y solté dos pesados cartuchos de color naranja en las recámaras. El ruido de un suspiro invertido cuando se deslizaron hacia adentro, seguido del *clic* metálico del culatín de latón topando con el acero de los cañones. Dos Eley Grand Prix número 2, de la caja de

cartuchos del ropero de Einar.

Dos disparos que resonarían más alto que cualquier otro. Dos tiros para ver cómo reaccionaba Gwen ante el reencuentro con el nogal que nos separaba.

Al poco, oí los graznidos de los gansos. Habían cambiado su ruta, prueba de que se producía un cambio de estación. Una pequeña bandada se lanzó desde la costa de hierba de Fetlar, cruzaron el estrecho y empezaron a venir hacia mí. Unos alzaron el vuelo dejándose llevar por el viento, pero dos de ellos planearon bajo y se me acercaron tanto que pude distinguir los matices de su traje de plumas. Al oír el batir de sus alas, levanté la escopeta.

Nunca había sentido nada igual. En comparación, la escopeta que había heredado de mi padre era como un pedazo de madera de deriva. La Dickson bailaba, encontraba su sitio como si formara parte de mi cuerpo y le bastaba una indicación de mi cerebro para encargarse ella misma del resto.

Los estilizados cañones siguieron al pájaro, el disparo llegó sin que necesitara escoger el momento, el retroceso no era más que un aviso al hombre de que la munición había salido y vi que el plumón salía disparado cuando los perdigones penetraron el cuerpo. El ganso abatió las alas y descendió en diagonal, manteniendo un indicio de la dirección que había tenido, antes de precipitarse contra el suelo, muerto ya en el aire. El pulgar corrió automáticamente sobre el acero mallado y la vaina salió disparada trazando una parábola indicada por la línea del humo de la pólvora.

Gwen se me acercó descalza.

—*Brilliant shot* —dijo.

—El disparo se oye de lejos —respondí—. ¿Cuándo empieza aquí la temporada de caza, en realidad?

—¿A quién iba a quejarse la gente? La propietaria te da permiso.

Coloqué la escopeta sobre una piedra plana. Pasé por alto su comentario, tratando de que fuéramos dos personas frente a mar abierto que simplemente se aseguraban el sustento, no ser yo quien tenía tierra bajo las uñas y ella quien tenía el respaldo de la riqueza, que fuéramos solo *nosotros*, hambrientos y destemplados, frente a un ganso que soltó vapor cuando lo abrí en canal.

Pero la inquietud se cernía sobre mí. La noche que me colé en Quercus Hall había sido infructuosa. No había conseguido sacarle más secretos al archivo. Me había limitado a estudiar el mapa de guerra, notando cómo crecía mi necesidad de ir a Francia, de abandonarlo todo y marcharme para allá.

Gwen apartó la vista de los intestinos y mis manos ensangrentadas, y se quedó mirando la escopeta. Clavó la mirada sobre la madera que, con el sol de la mañana, había adquirido un nuevo aspecto. Era como uno de esos cuadros que, cuanto más los miras, más incomprensibles resultan, hasta que tienes que aceptar

que son insondables.

—Quizá deberías ponerte algo de ropa —dije mientras agarraba la escopeta.

Gwen picoteaba de la comida. Empezó a trazar extrañas líneas elípticas con el tenedor. El ganso recién cocinado no sabía a nada. Se percibía un leve olor de aceite de armas en la habitación. Me había dedicado a limpiar la escopeta antes de comer y Gwen había sujetado la trampilla del sótano mientras yo la metía en un escondrijo seco.

—Debería haberlo dejado colgar un par de días —dije, masticando.

—O un par de semanas —contestó desabrida, y se soltó una hebra de los dientes.

Me pregunté cuánto tardaríamos en comenzar a discutir lo que *realmente* queríamos discutir.

—Por cierto —dijo—, he subido a la loma cuando daba un paseo y he visto algo extraño.

—Dime.

—Alguien ha pintado una cruz blanca en la caseta de Unst.

15.

DEMASIADO TARDE. El *Geira* ya estaba en mitad del estrecho. Todavía tenía las yemas de los dedos blancas porque la pintura de la caseta seguía húmeda cuando llegué hasta allí. Sobre una piedra, había visto una brocha.

Gwen me había cruzado con el *Zetland*, todavía de mal humor. Antes había logrado acabarme la comida y le había dicho que quería fotografiar el faro de Muckle Flugga con la luz adecuada, una actividad tan tediosa que estaba seguro de que no querría acompañarme. Nos separamos con el acuerdo tácito de vernos por la noche en su casita de piedra.

Ahora estaba mirando cómo se alejaba la popa del ferri, con el motor del Commodore al ralentí. Pero Unst era como Saksum. Solo había dos o tres sitios donde buscar.

Agnes Brown se levantó del banco del cementerio de Norwick. Se había recogido el pelo y llevaba un abrigo de loden negro con forro rojo. Una fina pulsera de plata alrededor de la muñeca. Y aunque su pelo blanco brillaba, me dio una impresión más frágil que la última vez.

—Se me olvidó lo de la llave en el bote de café —dijo—. ¿La has encontrado?

—¿La llave? —yo aún tenía la mano sobre la puerta del coche.

—Einar tenía un almacén alquilado en Lerwick. Guardaba la llave en un bote de la despensa.

—¿Qué guardaba en el almacén? —pregunté, acercándome a ella—. ¿Tienes idea?

—Materiales, diría yo.

—¿No sería madera?

—Puede ser. Siempre pensé que serían las tablas y las maderas que le traían de Bergen con el ferri.

Por cortesía, debería haberme sentado junto a ella en el banco, pero estaba demasiado impaciente. Sentía una exigua versión de las emociones que debían de fustigar a Einar. Si yo me inquietaba tanto por una simple llave, ¿qué desgarraría él en su búsqueda de una novia desaparecida y una hija perdida?

—Estás inquieto —dijo Agnes—. Reconozco ese sentimiento. Quieres cruzar

para buscar la llave, ¿no?

Le dije que sí.

—¿Sabes por qué he pintado la cruz? —preguntó.

—¿No ha sido por la llave?

—Hace un rato —dijo Agnes Brown—, el médico me ha dado una noticia. Así que, si tienes sitio en el barco, querría volver a pisar Haaf Gruney.

Abrimos la caseta y sacamos el *Patna*. Una señora de pelo blanco, arreglada para el mal tiempo; yo como el fantasma de un enamoramiento de hacía cuarenta años. Me pregunté si Gwen nos vería y nos seguiría.

—Eres demasiado educado —dijo Agnes de pronto.

Seguí remando y ladeé la cabeza.

—No me preguntas por la noticia del médico.

Se ciñó el abrigo y trasladó la mirada a mi peinado, que los últimos días había degenerado un poco.

Empecé a contarle la historia del nogal que Einar le había escondido a Winterfinch. En respuesta, ella asentía pacientemente, aunque poco a poco se fue inquietando, los movimientos de su cabeza eran más rápidos, como si esperara un dato muy concreto. Y de pronto me arrepentí de habérselo contado. Einar no habría arriesgado nada contándoselo todo y, aun así, no lo había hecho. Otra prueba de que no la valoraba lo suficiente.

Pasó un viento que arremolinó el agua. Por encima de nosotros, en lo alto, volaban las gaviotas. Haaf Gruney se iba acercando por cada golpe de los remos. En ningún momento perdí de vista la reluciente cruz blanca de la caseta.

Agnes veía lo que estaba mirando.

—¿Qué vas a hacer si encuentras la madera —preguntó, recolocándose para encontrar una postura mejor—, y consigues venderla por todo lo que vale?

—Recuperar la granja de Francia, quizá. Si es que era *eso* lo que quería mi madre, aunque supongo que nunca podré saberlo.

Por fin llegamos a Haaf Gruney. Nos paseamos entre amarillentos matojos de hierba. Una señora mayor que vigilaba sus pasos para no resbalarse en una piedra. Lo único que veía era un viejo vacío. Yo miraba con nerviosismo hacia Unst y esperaba ver el *Zetland* surcar el mar de blanco en cualquier momento.

—Me gustaría darte las gracias como Dios manda —dije.

Se ciñó el abrigo al cuerpo y miró las casas de piedra.

—No me queda mucha familia en Noruega. Y aquí tampoco conozco ya a tanta gente. Así que tengo algo que pedirte.

—¿Sí?

—Quiero que cantes *Kjærlighet fra Gud* junto a mi ataúd.

—ESE DE AHÍ —señaló un estante. Detrás de una cacerola de hierro agrietada, había un bote de café negro de la marca noruega Ali—. Se lo compré una vez que estuve en Førde —dijo—. Pensé que le alegraría. Y él lo intentó, pero la verdad es que ya no tenía sentimientos por Noruega.

Me estiré para coger el bote, pero no sonó cuando lo bajé.

—Aquí no hay ninguna llave —dije tras levantar la tapa.

—Qué raro —respondió ella, mirando el metal empañado—. Comprobé que seguía ahí cuando vine a cerrar las casas.

Fui a coger una banqueta. Levanté la cacerola de hierro, aparté unas botellas de cristal verde sin etiqueta, abrí otro bote de latón.

—Llevaba la dirección —dijo Agnes—. Grabada en el metal.

Su mirada seguía vagando por la casa. Echó un vistazo a la cocina y vio el ganso y los dos platos con restos de comida. Seguro que Einar y ella comían en los mismos platos.

Pero no me preguntó por mi huésped, y yo no me sentía capaz de pronunciar su nombre: Gwendolyn Winterfinch.

¿Qué me había dicho unos días antes? *A la cocina no le vendría mal un fregado.*

Me bajé de la banqueta y pensé en el día que regresó, supuestamente de Edimburgo, aunque su ropa olía al coque de Lerwick.

¿Cómo de astuta era en realidad? Por favor, que sea una casualidad, rogué. Que esté en la casita de piedra y que todo siga igual cuando llame a su puerta. Que encontrara la llave al recoger y sencillamente la pusiera en otro lado. Que Gwen sea la niña que iba de la mano de su abuelo, pero que la soltó para siempre el día que él murió.

—Agnes —dije—, ¿dónde está el almacén?

—En Gremista Brae, al lado de Holmsgarth.

—¿Gremista?

—Un pequeño polígono industrial.

ERA UN DEPÓSITO PARA TODOS LOS GRANDES OBJETOS oxidados propios de los barcos pesqueros. Cinco barracones alargados de chapa ondulada. En un cartón, escrito con rotulador, ponía: *Ring here for service*, y una flecha apuntaba hacia un timbre sucio.

El guarda era más joven que yo. Un tipo pelirrojo, con un peto de nailon gris. Del cinturón llevaba colgada una linterna de mango largo y un manojito de llaves.

—Venía a recoger algo —dije—. Algo que almacenaba aquí Einar Hirifjell.

—¿Tienes la llave?

—Me temo que no, pero este es mi pasaporte. Quizá podamos arreglarlo, soy su heredero.

El chico me condujo hasta un barracón, metió la mano por una ventana corredera y sacó un cuaderno arrugado. Sacudió la cabeza, entró y volvió con otro. Me recordaba a los tipos que dirigían el tráfico de los ferris.

—¿Qué es lo que vienes a recoger? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—¿No sabes lo que vienes a recoger?

—Probablemente una partida de madera. Creo que almacenaba aquí materiales.

Se quedó parado, pasando las hojas del cuaderno.

Las últimas dos horas no me habían sentado bien a los nervios. Me había ofrecido a llevar a Agnes a Lerwick, pero ella había dicho que prefería hacer el viaje de siempre en autobús. En el embarcadero del ferri, me había quedado pensando en el acuerdo al que habíamos llegado Gwen y yo. Repartir a medias.

Luego me había dirigido a su casita de piedra, pensando en cómo plantear la cuestión de la llave.

Pero Gwen no estaba allí. Sus huellas en la hierba conducían hasta la casita, pero las briznas ya se habían levantado. Fui corriendo hasta la caseta donde guardaban sus barcos y el *Zetland* no estaba. Un leve olor a gas de escape me dijo que se había marchado hacía poco, pero en el estrecho no se veía un solo barco.

—Nadie con ese nombre tiene nada aquí —me dijo el empleado del almacén.

—¿Estás seguro de que...?

—*Sorry. Nobody with that name.*

Me devolvió el pasaporte y yo me quedé pensando.

—¿Y a nombre de Oscar Ribaut? —pregunté.

Su escepticismo crecía. Volvió a pasar las páginas que ya había revisado, hasta que se detuvo en una hoja amarillenta. Luego sacó el *walkie-talkie* y mantuvo una breve conversación.

—¿Tienes una hermana? —preguntó mientras se enganchaba el *walkie-talkie* al cinturón.

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—He hablado con la mujer que suele vigilar esto. Me ha dicho que el almacén de Ribaut lleva muchos años cerrado.

—Espera —dije—. ¿Me estás diciendo que Oscar Ribaut realmente tenía aquí un almacén?

—*Tiene*. Pagó el alquiler por diez años y añadió una cláusula. Si no tienes la llave, puedes entrar contestando a tres preguntas. Pero quizá no tenga mucho sentido.

—¿Por qué?

—Porque hace unos días vino alguien a llevarse la mercancía.

—¿Quién?

—Una chica joven, por lo visto. Bien vestida. Con dialecto de Edimburgo. Y traía la llave.

Qué astuta era. Se había arrojado a mis brazos después de engañarme. La fuerza que llevaba dentro y que la hacía triunfar sobre el mar revuelto, que la empujaba a abrir las mariposas del carburador del *Zetland*, toda la audacia que había heredado, debieron de emerger en el momento en que encontró las llaves.

Y sin embargo, después habíamos pasado varios días juntos. Deseé sentir enfado, desprecio, pero solo fui capaz de ver su cara inocente en el arboreto.

—¿Así que se lo ha llevado todo? —pregunté—. ¿La chica?

—No sé. Yo no estaba ese día.

—Y esa cláusula —dije—. ¿Cómo era?

—¿Qué?

—Las tres preguntas.

Eché un vistazo a la página amarillenta.

—Eh... La primera es si llevas calzoncillos limpios.

—¿Cómo?

—*If you are wearing clean underwear.*

—¿Es una broma?

—Y yo qué sé. Dice que haga esa pregunta.

—Bueno, pues son de ayer. ¿Es la respuesta correcta?

—Ni idea. No pone nada más.

—¿Y luego?

—¿Luego qué?

—¡La siguiente pregunta!

—Si te llamas Edvard Daireaux Hirifjell. Pero por tu pasaporte ya veo que tienes al menos dos de los nombres.

—Vale, vale. ¿Y la tercera?

Se quedó un buen rato mirando la hoja.

—No sé bien cómo se pronuncia. Debe de ser alemán o algo así. *Waaa hitr preston soh confirm dig hem i sachum?*

En mi cabeza, intenté escribir la frase sobre una pizarra.

—*Hva heter presten som konfirmerte deg hjemme i Saksum?* —repetí muy despacio en noruego, pronunciando las erres inglesas: «¿Cómo se llama el

párroco que te confirmó en Saksum?».

—Sí —dijo—. Eso parece correcto.

—Thallaug —dije—. Magnus Thallaug.

El chico sacó un manajo de llaves. Los metales resonaron durante una eternidad hasta que encontró una pequeña llave y me condujo a un barracón.

El almacén estaba frío y sombrío. Pasamos por delante de unas viejas carretillas elevadoras, una caja rota con botas de lluvia, un motor fueraborda, unas cuerdas y unas cajas de pescado, hasta llegar a unos cubículos delimitados por mallas metálicas.

El corazón empezó a golpearme el pecho. Una enorme lámpara arrojaba luz sobre algo cubierto con una lona gris. Alguien había entrado recientemente, dejando sus huellas sobre el suelo de cemento. Bajo la lona, se escondía algo de cuatro o cinco metros de largo, con una elevación en el centro.

—Pues... la chica no se lo ha llevado todo —dijo el empleado del almacén—. Bueno, te dejo solo.

Sus pasos se extinguieron y pasé bajo la luz de la lámpara. La lona había estado cubierta por una gruesa capa de polvo que se había precipitado sobre el suelo en cuanto Gwen la levantó para ver lo que había debajo.

Al agarrar la punta, vi un tapacubos mate y una cubierta de neumático agrietada.

Un coche.

Por eso. Por eso Gwen se había arreglado tanto, por eso se había arrojado a mis brazos. Se había alegrado de que el nogal no estuviera allí, de que una vieja obsesión heredada no la hubiera arrastrado al abismo. Seguro que había cogido una habitación en un hotel y que, al día siguiente, cuando salió de la terminal del ferri de Aberdeen, estaba realmente *contenta*.

Entonces, ¿por qué había huido *ahora*?

Enrollé la lona por encima del vehículo y estornudé a causa del polvo. El coche era gris como un submarino, viejo y con pequeñas abolladuras. Podía ser de principios de los sesenta. No tenía emblemas. El frente estaba abollado por los guijarros; el asiento del conductor, cuarteado y hundido. El capó era alargado, pero de forma anodina. No llamaría la atención en un aparcamiento.

Sobre el asiento estaban las llaves. El salpicadero estaba repleto de indicadores e interruptores de baquelita, y me recordó a la cabina de un avión. Solo cuando vi el escudo de BRISTOL sobre el volante, supe qué tipo de coche era.

El empleado del almacén me ayudó a empujarlo hacia el exterior. El coche rodó pesadamente, de mala gana, sobre los neumáticos medio desinflados. Crujía

con cada movimiento, la grasa seca entorpecía los rodamientos. Nos paramos, soltamos el aire y nos quedamos los dos observándolo.

Las heridas del coche eran más visibles a la luz del sol. Estaba tan rayado que parecía sacado de un desguace. En unos papeles mohosos que encontré en la guantera, decía que era un prototipo 406 con motor v8, «*approved for road use*», que había sido vendido con «ciertos daños como queda indicado». Bajo el precio de la compra solo ponía «remodelación de nuestros locales del 368 de Kensington High Street, según lo acordado con el propietario Tony Crook».

—Tiene el volante en el lado equivocado —dijo el guarda, sacando un cigarrillo.

Estuve a punto de llevarle la contraria cuando caí en la cuenta de que así lo vería un británico. Tenía el volante a la izquierda: estaba fabricado para conducir por Europa. Un coche para la búsqueda de una niña nacida en Ravensbrück.

—Entonces, ¿estamos en paz?

—Por nuestra parte sí. Todavía te queda tiempo de almacenamiento.

—¿Puedo cambiarlo por unas horas de trabajo en el patio? —pregunté—. Me gustaría arrancarlo.

Soltó la ceniza del cigarrillo y levantó el pulgar.

El Bristol era una mezcla de mecánica americana e inglesa, una máquina eterna fabricada en aluminio y hierro forjado. En medio del filtro del ventilador, encontré un papel pegado con celo amarillento: «Revisa el líquido de frenos».

¿De verdad era ese el único mensaje que había dejado Einar Hirifjell? ¿Revisa el líquido de frenos? ¿A quién se lo había escrito? ¿A sí mismo? ¿A mí?

Abrí la guantera y encontré la factura de un cambio de aceite en Alemania en 1961. Otra era de Checoslovaquia el año anterior.

Me lo imaginé llegando a las ruinas de las iglesias con sus gubias y sus cepillos, para reparar las imágenes y las figuras de un Dios en el que debía de creer cada vez menos, hasta que pasó a creer cada vez más. El coche daba la impresión de haber recorrido cientos de miles de kilómetros. Quizá el viaje de Einar no hubiera sido solo una búsqueda, sino también una huida. La huida de un hombre que no se sentía en casa en ningún sitio, inquieto en cualquier lugar que no fuera ante el banco de carpintero.

En el maletero, envueltas en un hule marrón, había unas piezas de repuesto y una caja de herramientas. El pulso se me aceleró cuando encontré la mohosa funda de cuero de una cámara. Dentro había una Ilford Witness, prácticamente nueva, aunque no tenía película. Junto a la cámara, un deshilachado mapa de carreteras de Francia. *Michelin 1948*. Lo abrí por la página en la que aparecía Authuille, pero no vi flechas ni ninguna ciudad marcada. Todas las páginas

estaban igual de gastadas.

Sobre las alfombrillas encontré cortezas blancas de abedul. Un billete de ferri de Bergen a Lerwick con la Smyril Line. Era de 1978, del día de mi décimo cumpleaños. Debió de ser el último viaje del coche.

Tómalo con calma, me dije a mí mismo. Observa cómo ha dejado las cosas. Ponte en su lugar, piensa qué pretendía cuando aparcó aquí el coche. No podía dejar una carta. Ni siquiera aquí. ¿Por qué? Porque el plan había salido mal. Alguien seguía buscando el nogal.

Gwen. Intenté verla como la chica que *creía* que era. Evoqué imágenes de nuestros ratos de sinceridad, ratos que hasta ahora había atesorado como *souvenirs*, pero que de pronto mudaban de carácter.

Piensa otra vez, me dije. ¿Qué tipo de mensaje supone dejar un coche con piezas de repuesto y un mapa de carreteras de Francia? Tiene que significar que la herencia no se encuentra en Shetland.

Le puse la batería del Commodore, le llené el tanque con la lata de reserva y ofrecí gas de arranque al motor. Ya era de noche en Lerwick cuando el Bristol arrancó. Hacía fresco, tenía las manos sucias y el estómago vacío, llevaba horas sin comer. Me senté en el asiento del conductor y probé las marchas.

En la guantera había un casete con ocho temas. La grabación de Glenn Gould de las *Variaciones Goldberg* de Bach. El abuelo también las tenía, pero interpretadas por otro pianista. Metí el casete en la radio y, siguiendo un impulso, me senté en el asiento trasero. Me recosté. El ventilador extendía un aire agradable. Los asientos de cuero tomaron algo de calor de mi cuerpo y empezaron a despedir un olor, un aroma desconocido que, sin embargo, me resultaba familiar.

Me incorporé de golpe. Una señal de mi propio cuerpo. No del cerebro, sino de los sentidos. Era como un incipiente terremoto, como el que sentí en el segundo en que entendí que el abuelo estaba muerto, como el susto que me llevé cuando comprendí que Hanne se había mudado a Hirifjell.

Ese coche. Ese olor. El diseño de la tela del techo. El desgaste de las alfombrillas. El olor a cuero y a viejo. El piano de Glenn Gould.

Mi mirada recayó sobre la tapa de la guantera. No tenía manecilla, solo un cordel de cuero trenzado.

¿Por qué no me había llamado antes la atención ese detalle?

Porque *sabía* que había un cordón de cuero trenzado.

Y de pronto me vi de nuevo allí. Estaba en ese asiento trasero, muerto de miedo. Sentí el mismo pánico que me despertaron los restallidos del bosque de abedules flameados. Era tan pequeño que ocupaba muy poco en el asiento, el

coche avanzaba a toda velocidad y, de pronto, recordé más: en el asiento del conductor, la espalda de un hombre flaco que me decía algo para tranquilizarme. Pero sus palabras no tenían efecto, yo estaba buscando algo, algo de madera pulida.

 Mi perrito de juguete.

 Buscaba mi perrito de juguete mientras pasábamos por delante de una pared de árboles sombríos. Luego mis manos recordaron más. Recordaron la sensación de una tela muy fina. El vestido del cofre de Haaf Gruney. *¿Había estado mi madre en el coche?*

 ¿Había perdido el perrito de juguete o había perdido a mis padres?

 Luego el recuerdo se esfumó, pero dejó una certeza.

 Yo había estado antes en ese coche, durante los cuatro días que desaparecí.

16.

CONDUJE DEPRISA HACIA UNST EN UN BRISTOL QUE NO estaba asegurado. Los neumáticos estaban secos, la dirección suelta y el tubo de escape escupía un humo azulado. Pero algo estaba pasando, el lazo entre el coche y yo se fue intensificando a medida que lo conducía. Las agujas de los indicadores vibraban, los asientos temblaban al ritmo del desequilibrio de las ruedas, sensaciones difusas del pasado volaban como animales en la oscuridad.

Quercus Hall se erguía en la noche. El *Zetland* no estaba a la vista y la casita de piedra de Gwen seguía vacía. No había gente cerca, ni siquiera se oían los balidos de las ovejas, solo el viento que aullaba alrededor de las paredes de piedra.

Remé hasta Haaf Gruney, abrí la trampa del sótano y palpé con la mano buscando el maletín de la escopeta, pero no estaba allí. Gwen tenía las llaves de las casas.

De modo que, al segundo intento, había logrado engañarme. En el cobertizo, desenterré el cofre bajo la turba. Me lavé las manos, desprendí la tapa. Después de apartar el papel de seda, acaricié la tela del vestido.

Mis manos recordaban. El recuerdo era genuino.

Remé de vuelta a Unst y dormí en el Bristol, quería que el olor me penetrara, con la esperanza de que surgieran más recuerdos. Era como una semilla que se pregunta si está en tierra fértil. Me desperté y vi Haaf Gruney en el mar, chata y oscura como una vieja tumba.

Me quedé sentado con los ojos cerrados. No me habían venido nuevos recuerdos.

El olor del cuero de los asientos me resultaba familiar, pero no recordaba *más*, era como si el dibujo hubiera adquirido colores, pero siguiera siendo el mismo.

Con la luz del amanecer, registré el coche, pero solo encontré porquería y algunas monedas, todas de los cincuenta y los sesenta: pfennigs alemanes, coronas checoslovacas, céntimos franceses... Hasta que, entre los asientos, noté un objeto de forma bien conocida. Un carrete rebobinado.

LA FARMACIA LAING DE LERWICK ABRÍA A LAS NUEVE. Esperé ante la puerta mientras observaba los barcos pesqueros del muelle y a los trabajadores que pasaban.

Probablemente nunca volvería a ver a Gwendolyn. Estaría ya en Edimburgo, embolsándose miles de guineas por una Dickson Round Action, atractiva para «un acuerdo discreto». Su premio de ese verano. Una aventura en la que se había burlado de un noruego estúpido, la culminación de un romántico plan que trazó de adolescente.

La campanilla de la puerta sonó, entré y saludé a la farmacéutica, una mujer de unos cincuenta años y pelo corto, sorprendentemente guapa. El lugar era una prueba viviente de los viejos tiempos en los que los farmacéuticos constituían el vínculo más cercano entre la química de revelado y la fotografía. La mujer tenía un pequeño estante con películas de Kodak y de Ilford, y un par de cámaras Olympus en una vitrina de cristal.

—¿Sería posible revelar un carrete hoy? —pregunté mientras dejaba la película sobre el mostrador.

—Hay que mandarla a Aberdeen. Ya no las revelamos nosotros.

—Mierda —me dije, cerrando los ojos. Cuando los abrí, la farmacéutica tenía el carrete en la mano.

—Hum. Orwo NP20. Ya casi no se ven.

—Es muy viejo —dije.

—Ya lo veo —asintió.

—¿De cuándo será?

Lo sostuvo entre el pulgar y el dedo índice:

—De finales de los sesenta, quizá.

Miré los tanques de revelado que tenía en el estante a su espalda. Paterson, la misma marca que usaba yo en casa.

—¿Tienes revelador en polvo? —pregunté.

Consultó un cuaderno.

—Me temo que no. Orwo es un poco particular. Tengo Ilford Microphen, pero no queda muy bien. Podrías haber usado Rodinal, pero un fotógrafo del *Shetland Times* se llevó ayer los últimos botes.

—Podría hacer yo la mezcla —dije—. ¿Tienes hidroquinona?

Al parecer lo pronuncié bien. La mujer se quitó las gafas y me miró ladeando la cabeza. Un par de segundos más tarde, mis ojos le habían respondido la pregunta que no me planteó. Sacó una tabla de un cajón, fue a buscar unas botellas marrones y empezó a rellenar las etiquetas con una fina caligrafía.

—Necesitamos sulfito de sodio. Además te sugiero que uses bromuro de potasio para reducir el velo, lleva mucho tiempo guardada. ¿No estás de

acuerdo?

—Absolutamente —dije.

Eché unos polvos en una bolsita.

—Esto es venenoso —le puso una pegatina naranja de alerta—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Al menos hasta que revele la película —respondí.

En Haaf Gruney, llené un cubo con agua de lluvia de un charco. Tenía algunos rastros, así que, en la cocina, la filtré con un colador. La probé para asegurarme de que no procedía del mar. Eché turba al fogón y lo encendí. Levanté la trampilla y me metí en el sótano de tierra, comprobé que no entraba luz por ninguna rendija.

Volví a sentir la magia de abrir un carrete de película. La certeza de que había algo frágil y vivo en la plata fotosensible. Aunque por ahora no pudiera verse, el pasado estaba fijado en ella. Quizá por eso, me dije, siempre se me entumecen los dedos cuando manejo una película en la oscuridad: porque la película captura el tiempo y yo, en su momento, perdí el mío.

Enrollé la película en la espiral, la solté dentro del tanque de revelado, abrí la trampilla del sótano y salí.

Coloqué el tanque sobre la encimera de la cocina. Esto es serio, me dije, solo tienes una oportunidad.

Calenté agua en una cacerola de hojalata. Introduje el termómetro que le había comprado a la farmacéutica. Demasiado caliente. Un poco más de agua fría. Justo. Veinte grados.

Rápidamente, hice la mezcla del revelador y llené el tanque. Le di unos golpes para romper las burbujas de aire y me senté a esperar. Ya no había vuelta atrás. Once minutos sin nada que hacer. Once minutos, no diez ni doce.

Preparé el baño de paro, disolví la sal del fijador. Miré el reloj. Cada tres minutos, movía el tanque y le daba un golpecito.

Eso es. Había llegado el momento de vaciarlo. El revelador se había oscurecido. Buena señal.

Baño de paro, fijador. Baño de nuevo.

Tomé aire y abrí la caja.

La película se desenrolló de la espiral, unas gotitas me salpicaron las manos.

Meciéndose sobre el suelo, vi unos pequeños rectángulos con imágenes. Tenían un velo lechoso, pero no excesivo y, cuando sostuve la película contra la ventana, vi que la plata había sido fiel a la luz que cayó en Francia en 1971.

No tenía un cuarto oscuro, ni papel fotográfico y, mucho menos, una

ampliadora. Pero tenía un sótano de tierra, cristales de la ventana que se había roto durante la tormenta, una linterna y un objetivo que podía invertir. Al poco, tenía en las manos una inestable columna formada por cristales rotos y cara óptica alemana con la que intentaba enfocar las imágenes. Proyectaba las fotos sobre una madera sin cepillar, y la veta se dibujaba como marcas de agua sobre lo que veía. Las imágenes solo se veían nítidas cuando lograba mantener las manos quietas, todo ello existía ante mis ojos solo un instante, un pedazo de realidad de septiembre de 1971.

Einar no debía de ser un fotógrafo experimentado, las primeras fotos estaban sobreexpuestas, desenfocadas o ambas cosas a la vez. El primer motivo reconocible era el Bristol en un muelle de ferri.

Catorce fotos del viaje a Francia. Mi madre, mi padre, Einar y yo. Debían de turnarse para usar la cámara. Nosotros delante del Mercedes, luego delante del Bristol. Quizá un punto de encuentro que hubieran acordado.

En la siguiente foto estábamos en un área de descanso de la carretera, debían de haberle pedido a alguien que nos hiciera la foto porque salíamos los cuatro. Nosotros, la familia, bajo una sombrilla con publicidad de Cinzano. Fotos sencillas y naturales de unas vacaciones.

Y por fin, un primer plano de Einar y mi madre juntos. Una infinidad de tormentos se habían agarrado a la cara de Einar desde la foto de 1943, pero era él, arrugado y mellado como su banco de carpintero, aunque con la mirada serena y una mano posada levemente sobre la espalda de mi madre. Ella sonreía pensativa, el pelo le caía sobre la mejilla formando un arco, la mirada dirigida a la cámara.

La siguiente foto era de Einar y de mí juntos. Mi mano estaba en la suya, pero mi mirada estaba ocupada en otra cosa.

Un perrito de juguete.

Así que era real. Mi memoria intentaba conectar con la imagen que veía, pero no lograba aclararse. Aun así intuía algo, una mano huesuda, mechones de barba contra mi mejilla.

En la siguiente fotografía aparecía yo solo delante de una pared. Sonreía mostrando el perrito. Tal vez una foto pensada para el espartano salón de Einar. ¿Me lo habría regalado él?

Cambié el peso del cuerpo a la otra pierna, intentando mantener la calma. Me apoyé sobre una piedra fría, me sentía como si estuviera dentro de una tumba, viendo fotografías de los muertos. Catorce fotos de un viaje, en un carrete de veinticuatro. Podía significar que no estaba previsto que el viaje fuera muy largo o que se vio interrumpido.

Solo quedaba una foto. Pero en cuanto la vi, se me desmoronó el artificio de

cristales, lentes y linterna. No fui capaz de seguir sosteniéndolo y la imagen se desvaneció.

Pero había visto suficiente.

Mi madre junto a mi padre. Solo podía distinguir tonos grises en su ropa, pero había un contraste evidente. El vestido de mi madre tenía unas bandas blancas.

Igual al que había en el cofre del cobertizo.

RECOGÍ LAS COSAS PARA MARCHARME. Guardé el vestido, el tablero de ajedrez y los papeles. Enrollé el carrete y me lo metí en el bolsillo interior del anorak.

Me quedé mirando las paredes vacías.

Gwen había pasado como un arado, eso era cierto, pero yo era responsable de que Hanne hubiera acabado en la cuneta. Y sin Gwen no habría llegado a ningún lado. No habría hablado con el culatero ni me habría enterado de por qué Winterfinch estaba tan obsesionado con encontrar el nogal.

Lo que estaba sintiendo eran los dolores del crecimiento, junto con la pérdida de una Dickson Round Action cuya culata valía lo mismo que un Jaguar nuevo.

Una cosa era segura. Ya no añoraba sentir añoranza. Me dolía todo. Tenía que largarme de allí, llegar a Francia y averiguar el resto de la verdad. Pero primero tenía que dar un rodeo imprescindible. Por Hirifjell, para preparar la recogida de la patata, quizá mostrarle mi cara a Hanne y preguntarle qué veía.

Tiré lo que quedaba del ganso a las gaviotas, lavé los dos platos y me eché a dormir. El ferri de Bergen no salía hasta media mañana. Tenía tiempo de recoger el Commodore. En el exterior, el viento había arreciado, esperaba que el último viaje con el *Patna* no resultara demasiado arriesgado.

En plena noche me incorporé en la cama, había sufrido una pesadilla: la cosecha de patatas tenía sarna.

Me pareció oír el ruido de un motor cerca de la isla, pero el sonido se diluyó enseguida. Volví a tenderme y me quedé escuchando. En el tiempo que llevaba solo en Haaf Gruney, además del viento y las olas del mar, solo había oído mis propios pasos.

De pronto oí los de otra persona. Alguien que abría la puerta de entrada.

Encendí el quinqué y me puse los pantalones.

Entró y dejó el maletín de la escopeta en medio del suelo. Tenía el pelo mojado y aplastado. La ropa arrugada y los dedos negros. Una mancha de aceite se había extendido por su chaqueta.

Pasé por delante de ella sin tocarla y salí a la puerta. El *Zetland* estaba atracado en el embarcadero.

Se dejó caer sobre la banqueta de la cocina, dándome la espalda.

—¿Quién tienes ganas de ser? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cómo estuvimos en el coche de camino a Lerwick? ¿A Edimburgo? ¿En el restaurante?

—Eso era antes de que nos contáramos quiénes somos realmente —dije.

—Pero durante un tiempo lo conseguimos, ¿no? —dijo, abriéndose la chaqueta. Estaba calada hasta los huesos.

Tenía tantas cosas que decirle... Entre otras, que en realidad ella me había hecho *bien*, aunque también me hubiera herido. Pero no encontraba las palabras. Y sentí renacer cierta ternura hacia ella cuando dijo:

—Dime una cosa, Edward. Durante el tiempo que lo *conseguimos*, ¿yo te gustaba? ¿Te *gustaba* de verdad? ¿Tal como te habría gustado una novia?

—Sí —dije—. Me gustabas.

—¿Abierta y honestamente?

—Sí. Me gustabas tal como me gustaría alguien que podría haber sido mi novia.

—¿Y ahora? —dijo mientras retiraba los pies del charco que se estaba formando bajo su ropa mojada.

No respondí, abrí el maletín de la escopeta y saqué el arma. Alguien había untado los cañones de aceite y dado cera a la culata.

—Hoy he estado en Dickson —dijo—. He ido en avión. Echaron mano al talonario de cheques al instante.

—Entonces, ¿por qué no la has vendido?

Se sacó la cajetilla de Craven A del bolsillo, pero se había mojado, así que la tiró sin fuerzas al cubo junto a los fogones.

—Haaf Gruney no desaparecerá —dijo—. Siempre estará aquí, recordándome que no fui justa contigo. Hay... No, espera, no digas nada, Edward. Hay más —sacó una llave y me la pasó—. Te mentí. No fui a una reunión de la junta directiva. Estuve en...

—Déjalo —dije—. Lo sé todo.

—¿Lo sabes?

—Sí, he estado allí. Me hablaron de ti.

Se puso colorada. Vergüenza, una vergüenza profunda, algo que nunca habría creído que vería en la animada cara de Gwendolyn Winterfinch.

—Lo hice con la idea de sacarte ventaja —dijo—. Pero después sentí desprecio por mí misma. Más tarde llegamos a esa extraña encrucijada en Haaf Gruney. Dijiste que ibas a Muckle Flugga, pero en su lugar regresaste aquí con la anciana de pelo blanco. Cuando al poco vine para acá, pensé que la escopeta,

al menos, sería mía.

—Lo que no encontraste ese día —dije, sacando las llaves del Bristol— es la llave del otro almacén. Estaba junto con estas.

—¿Cómo?

—Sí —dije—. Einar tenía otro almacén.

—¿Estaban ahí? ¿Las piezas para culatas?

—Estaba todo. Casi trescientas piezas. De primera categoría.

Se levantó y se cerró la chaqueta.

—Bueno, pues entonces ha acabado todo.

—Eso parece. A no ser que quieras llamar a tu abogado.

Se acercó al cristal que cambiamos juntos y dejó una huella en la masilla, que seguía blanda.

—Véndelo —dijo—. Me da igual. El abuelo está muerto. La guerra se acabó y el fondo de Scottish Widows ya no existe.

—¿Cómo consigo el mejor precio? —pregunté.

Se rio con amargura.

—Justamente eso lo he planeado mil veces los últimos días. Entregas una pequeña partida a un par de casas de subastas. Bonhams y Sotheby's. Les encargas que informen a algún periódico, mejor si es el *Sunday Times*, de que por fin ha aparecido el nogal perdido. Rebuscarán en sus archivos y pondrán a sus mejores redactores a escribir la historia. No te imaginas cómo subirá eso los precios. Enigmas de *dos* guerras mundiales. Valiosos materiales desaparecidos, un toque de traición que deberás adornar lo mejor que puedas. Luego contactas con Dickson, Holland & Holland, Purdey y, por supuesto, Boss, y les vendes los materiales directamente a ellos. También a Westley Richards. Déjales claro que se trata de *toda* la partida, que no aparecerá más. Que sepan que eres heredero de la familia Daireaux. Luego haces una donación a los monumentos de guerra del Somme, así te alivias un poco la conciencia. Yo no te estorbaré.

—¿Estás hablando en serio?

—Deshazte de esa madera. Yo seguiré dando vueltas por Quercus Hall el resto de la vida, colocando cubos bajo las goteras.

—Me marcho —dije—. Así que no volveremos a vernos.

Su cuerpo no encontraba el equilibrio, como si ya no distinguiera entre babor y estribor.

—Mis clases empiezan la semana que viene —dijo—. Un otoño más, a la estudiante de economía Gwendolyn Winterfinch le quedará claro que es una inútil. Habrá mañanas en que abandone las clases demasiado pronto y me vaya a comprar ropa y discos de consuelo. No diré ni pío en las reuniones de la junta directiva. Volveré a mi piso. Hojearé esos libros que no me interesan. De vuelta

aquí, me sentaré sola en el despacho de mi abuelo y miraré hacia Haaf Gruney.

Cerré el maletín de la escopeta. Me levanté. Saqué mi juego de llaves de los candados Yale de su casita de piedra y se los di. Ella me tendió su llavero, un juego de llaves Mustad noruegas.

—¿Y ahora qué? —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Ahora me voy a Noruega a recoger la cosecha. Luego a Francia.

Frunció el ceño.

—¿Por qué vas a Francia si ya has encontrado el nogal?

—Porque todavía no sé lo que pasó en 1971 —dije—. Pero ahora puedo pagar los gastos.

—En fin, que tengas buen viaje —dijo.

La vi bajar hasta el *Zetland* en la penumbra. *Sí* me había gustado Gwen. Me había gustado incluso cuando mentía. Me gustaban sus mentiras porque me acercaban a la verdad sobre mis padres.

La seguí hasta el barco. Entre el chapoteo de las olas, oí su llanto.

—El nogal no estaba allí —dije por fin—. No había otra llave.

Si en ese momento hubiera seguido dándome la espalda para ocultar que estaba rehaciendo sus cuentas, empalmando los cables para trazar un nuevo plan, probablemente yo habría escogido de otra manera.

Pero no se quedó parada. Se giró bruscamente y, aunque no le veía la cara con claridad, sí percibía que sus movimientos se habían aligerado, como si se hubiera quitado una mochila.

—Entonces sigue habiendo esperanza —dijo mientras saltaba hacia mí—. En cuanto salga de aquí, me desharé de todos estos pensamientos sombríos. Déjame que te lo demuestre.

—Ya no puedes hacer más —dije.

—Claro que sí —dijo aferrándose a mí, tal como hizo en la terminal de ferris de Lerwick—. Puedo pasar de la Edinburgh School of Economics. Déjame ir a Noruega contigo. Déjame ir contigo a tu granja, Edward. Déjame ser la chica tonta a la que le gustaba «Forever Young».

IV.
Proyectiles no detonados

1.

HANNE SOLVOLL SALIÓ A LA ESCALERA DE LA CASA PRINCIPAL con un vestido blanco. Estaba tan despampanante que me conmocionó, tanto por el reencuentro como por lo bien que le sentaban el pelo rubio y el bronceado del trabajo al sol.

Había sospechado que surgirían problemas tan pronto como nos desviáramos de la carretera regional. La barrera estaba levantada y la hierba de las cunetas corta, segada con guadaña. El sol brillaba sobre las casas y la granja estaba frondosa, era la misma imagen que siempre me recibía cuando vivía el abuelo, todo cuidado y sano, con los tallos de las zanahorias erguidos en los bancales sin maleza y el huerto repleto de grosellas rojas.

No era así como tendría que haber estado la granja. El césped tendría que haber estado hecho un desastre y las hortalizas invadidas por las malas hierbas. Al entrar con el coche y ver el Manta aparcado, los remordimientos me hicieron retorcerme en el asiento. Hanne estaba en la puerta, preguntándose por qué un coche desconocido llegaba a Hirifjell. Su mano se levantó a medias cuando me vio, pero volvió a caer en cuanto advirtió que en el coche llegábamos dos personas.

Habíamos tenido un buen viaje. Yo no había estado preocupado, realmente *creía* que Hanne se había marchado. Ahora me daba cuenta de lo estúpido e ingenuo que había sido. Como si en Shetland hubiera perdido cierta noción de la realidad. De hecho, solo había considerado el paso por Noruega como una parada en el viaje hacia Francia. Al principio, había notado punzadas de dudas y arrepentimiento por haber permitido que Gwen me acompañara, pero esos sentimientos remitieron tan pronto como zarpamos de Holmsgarth. Gwen no trajo más que dos maletas viejas. Mientras que mi equipaje era un caos de cajas y bolsas de plástico.

—Me parece que nunca has oído hablar del *fitted luggage* —dijo—. Maletas que encajan en el maletero. Las teníamos para el Bentley y a mí solo me dejaban llenar estas dos.

Gwen se enamoró enseguida del desvencijado Bristol y, al sentarse en el cuarteado asiento, dijo que era como ponerle ruedas a Whitehall. Me produjo mucho placer volver a Noruega, y ver los abetos y las casas de madera. Conducir hacia el pueblo con las placas rojas de la matrícula provisional, beber agua

limpia del grifo, ver la selección familiar de gasolineras, incluso llenar el depósito a un precio disparatado. Cuando cruzamos el Laugen bajo un sol resplandeciente, Gwen dijo «*This place is just marvellous*» y lo decía de corazón. Hasta que llegamos a nuestra cuidada granja entre los bosques.

Allí vimos a la reina guerrera con su vestido blanco en la escalera de piedra, perfecta como una estatua recién forjada. Parecía decirme: *Todo esto es lo que has tirado por la borda, imbécil*. Hanne nos miró al Bristol, a mí y a Gwen. A ella la estudió de la cabeza a los pies, como preguntándose qué habría traído a casa el gato. A continuación se giró hacia mí y me pasó el dedo por la chaqueta de *tweed*.

—Bonita chaqueta. Bienvenido a casa —dijo, y enfiló hacia el Manta.

Di unos pasos tras ella, pero cambié de idea y me detuve en medio del patio, entre una chica rellenita con abrigo Burberry y una hermosa criatura de la naturaleza.

Esperaba que Gwen gritara «*Who the hell are you?*» y que su dialecto escocés retumbara en todo el patio. Pero en algún recoveco de la buena educación de la clase alta debía de haber un plan para situaciones como aquella, porque Gwen ignoró a Hanne. Se limitó a abrir el maletero y sacar las maletas, sin mirar a su rival a los ojos.

Sin embargo, antes de que se posara la nube de polvo levantada por el Manta, soltó las maletas en el suelo y se sentó sobre una de ellas.

—¿Quién coño es esa? —dijo.

No *era*, sino *es*, como si viese en Hanne una fuerza del presente, y lo dijo en voz baja, en un tono tan apenado que me entraron ganas de pegarnos un tiro a los dos para acabar con la situación.

—¿La tenías guardada... en la reserva?

—Se ha instalado aquí por su cuenta y riesgo —dije, pateando la gravilla.

—Ya.

Me pregunté qué aspecto tendría la casa por dentro, si Hanne habría esparcido su ropa y sus libros por todas partes.

—¿Cuándo se acabó lo vuestro? —preguntó Gwen—. ¿Ahora?

—Hace mucho. Pero luego se le metió algo en la cabeza. Yo solo le pedí que echara un vistazo a la granja.

Miré los patatales. Quería salir corriendo para comprobar que estaban bien, que no se habían propagado ni la sarna ni el mildiu tardío.

—¿Y cuándo le pediste que se marchara de aquí? —preguntó Gwen.

—Cuando me di cuenta de que pretendía quedarse.

El calor del verano hacía que la brea de los troncos de las paredes despidieran un leve aroma.

—*You fucking bastard*. ¿Cuándo fue eso? ¿Justo antes de que saliéramos de Shetland?

—No. Se lo dije cuando se suponía que ibas a Edimburgo y, en realidad, estabas en Lerwick de misión secreta.

—Creía que ya habíamos cerrado ese capítulo. Dime una cosa: ¿cuándo follasteis por última vez? Quiero la verdad.

Me retorcí, maldije, volví a patear la gravilla.

—Unos días antes de que me marchara a Shetland. Pero era la primera vez en...

—*Ahora sí que lo entiendo* —exclamó levantándose—. ¡Este es el castigo por haberte engañado y haber ido al almacén!

—¡Ya vale! —dije, intentando agarrarle el brazo.

—¡Puto cerdo! —se zafó—. Hazme un último favor. Llévame a la estación de tren. Y no nos veremos más.

—Te elegí *a ti*, Gwen. Ese día, cuando la llamé. *Quiero* estar aquí contigo.

—Entonces respóndeme. Si hubieras vuelto solo a casa y ella te hubiera recibido así, con ese vestido, seguramente sin bragas y empapada entre las piernas, ¿te habrías resistido?

—Ella no sabía que venías, Gwen.

—¡Respóndeme! Y además, ¿dices que *no sabía nada de mí*? ¿Tan cobarde eres?

—Verás...

Eché las maletas al maletero.

—En mi tierra, solo se visten así las zorras. Joder, quién tuviera esas tetas. Seguro que has soñado con ella cada vez que nos acostábamos.

—¡Ya vale, Gwen!

Puso los brazos en jarras. Se alejó un poco. Miró por encima de los prados y volvió la cara hacia el sol, que traía el olor de la hierba recién segada.

—*Damn* —dijo en voz baja—. Y para colmo la envidio. Ir tan desnuda y, aun así, estar despampanante. Ni un grano que esconder en la nuca.

—No iba desnuda.

—Ya, claro, los hombres no veis esas cosas. Pero a mí me lo inculcó mi abuela. *You don't do hair, make-up, legs and cleavage at the same time. You just don't*.

Miró de nuevo la casa de troncos, luego se volvió y se sentó en el único lugar que todavía podía hacerla sentir en casa. El asiento del copiloto de un coche inglés.

Entré en la casa y lo vi todo reluciente. Las pertenencias de Hanne no estaban por ningún lado. En la segunda planta, la cama de matrimonio estaba hecha,

cubierta con una colcha de lino gris azulado bien estirada. Junto al teléfono estaba la foto de mis padres.

Salí de nuevo. Gwen había cerrado la puerta del coche y miraba al frente. Grubbe apareció entre la hierba y se sentó. Su peluda cola de gato de bosque acariciaba lentamente la hierba. Me miró, pero tampoco él vino a mi encuentro.

—Nos vamos —dije mientras arrancaba el Bristol—. Cogerás el tren al aeropuerto. Yo te pago el vuelo a Aberdeen. O a Londres. O a donde quieras. Pero primero me vas a hacer un favor.

—*Excuse me?* No te mereces favores.

—Cruza el pueblo conmigo.

—¿Por qué?

—Así entenderás más.

—¿Te refieres al... pueblecito junto al río? ¿Por qué narices iba a querer yo pasear por allí?

—Solo de la oficina de correos al supermercado.

—No te debo nada.

—Sí, me debes entender de dónde vengo.

—Vienes de aquí, ¿no?

Frené. Meforcé a repasar lo que le había contado sobre mi vida, cómo la había maquillado. Luego di marcha atrás, la cogí de la mano y la arrastré por el patio hasta la rampa del pajar, donde estaba aparcado el polvoriento Mercedes del abuelo.

—¿Lo reconoces? —pregunté.

Pasó el dedo por el maletero, sacando a la luz la pintura negra bajo el polen de las flores. Frotó las ventanillas y miró hacia dentro.

—¿Su coche? —dijo—. Lo vi en Norwick cuando enterraron a Einar.

Asentí con la cabeza.

—No podemos eludir esto, Gwen. Ni tú ni yo. Mi abuelo nunca me contó que había ido a ese entierro, ni tampoco que...

—*Edward* —me interrumpió—. Estoy hasta las narices de esa vieja historia. Llévame a la estación.

—Espera —dije—. No sé bien qué pretendo conseguir contándote esto. Pero tú... formas parte de esta historia. Mira la puerta del coche. Este verano, alguien le pintó una esvástica porque mi abuelo luchó con los alemanes en el Frente Oriental. Antes de conocerte, yo no era como quizá te imagines. Era un... raro. Mi mundo acababa en esas cercas. Así era hasta el día en que te conocí.

—¿Y ahora quieres pasearme por ahí como si fuera un trofeo? Para que la gente diga: Mira, al final el chico no era como pensábamos.

—Acompáñame y lo verás por ti misma. Me parece que... te corresponde.

Aparcamos junto a la oficina de correos y, enseguida, unos chicos en bicicleta se pararon junto al Bristol y se inclinaron sobre los manillares para ver a cuánto llegaba el velocímetro.

Gwen había cerrado de un portazo y se había atado el cinturón del abrigo, luego había cruzado la calle y se había detenido entre la Cooperativa de Abastecimiento y la mercería, donde estaba sacando un Craven A. Se lo encendió, se miró los zapatos y fumó como tenía por costumbre, sosteniendo el cigarrillo muy por encima del hombro con la mano abierta. Sin embargo, estaba en guardia. Una pequeña convulsión recorrió su cuerpo, un breve giro de la cabeza.

No se veía ningún Manta blanco, pero desde la esquina de la oficina de correos los chicos de Hafstad la observaban con descaro. Unos críos que holgazaneaban junto al tablón de anuncios de la asociación deportiva la miraban sin tapujos a la vez que murmuraban entre ellos. Mari Øvereng, que era la mujer más ocupada del pueblo, de pronto tenía tiempo de sobra.

El pueblo estaba cosiendo su hilo.

Gwen se quedó parada y yo la dejé tranquila, veía la rebeldía apoderarse de ella.

—No pasa nada —dije cuando me acerqué—. Solo quieren enterarse de quién eres.

—¿Y cómo pueden *ver* quién soy?

—No pueden. Por eso te miran con tanto descaro.

—Pero ¿por qué tienen que saber algo sobre mí?

—Mirar no tiene nada de malo. Solo quieren saber lo que pasa. Yo también soy así, también miro con descaro. Solo que no me he dado cuenta hasta ahora.

—¿Así que antes creías que todos te miraban a ti?

—Sí —dije—. Supongo que sí.

Algo se agitó en Gwen. Sus movimientos adquirieron firmeza y enfiló hacia Nordlien, la tienda en la que los votantes de derechas compraban bistecs para el fin de semana y los hijos de esos mismos votantes podían llevarse chucherías a cuenta.

Todo se detuvo cuando entramos. Gwen cogió una cesta y empezó a llenarla.

¿Qué pasa ahora?, me pregunté. ¿Al final se va a quedar?

Cogió huevos, leche entera, panceta ahumada y aceitunas negras. Un bote de mostaza Colman's en vez de la Idun que compraba todo el mundo. Un bote de salsa Worcestershire y, antes de dejarlo en la cesta, miró a su alrededor como quien pregunta: *¿La salsa Worcestershire tiene algo de raro? Al fin y al cabo la*

vendéis.

¿Y yo?

Había bajado al pueblo con la intención de sentirme como alguien distinto. Durante un rato me había gustado eso de pasearme por Saksum con una chica nueva, reivindicar mi derecho a usar zapatos Lobb, comprar salsa Worcestershire y conducir un Bristol. Pero de repente me sentía disfrazado. Saksum me decía lo que no me habían dicho ni el gato ni Hanne:

Bienvenido a casa, aunque no acabamos de creerte.

2.

ESTABA DESCALZA ANTE LA VENTANA, envuelta en una de las viejas fundas de edredón de flores pequeñas que siempre había habido en la casa. Yo estaba tumbado en la cama, con los ojos medio cerrados, preguntándome qué pensaría Gwen de la funda de edredón. Toda su vida solo había usado ropa hecha a medida.

La imagen de su espalda allí, ante las paredes oscurecidas de madera, junto a mis fotos de naturaleza, podía desvanecerse enseguida, como un motivo fotográfico que se te escapa. La imagen de Gwen me resultaba tan extraña en aquel contexto que dudaba de que fuera real, a pesar de que la tenía tan cerca que sentía su calor corporal. No me atrevía a cerrar los ojos.

—De acuerdo —me había dicho en la tienda—. Volvemos a la granja. Y continuamos con esta eterna lucha contra una mierda que sucedió hace mucho.

No entendí por qué cambiaba de idea y volvieron a atenazarme las dudas. Quizá estuviera dispuesta a aceptar una humillación primitiva allí, en el páramo, a cambio de la posibilidad de continuar buscando el millonario valor de los dieciséis árboles del Somme.

Solía levantarse temprano, pero me sorprendió que no hubiera preparado té. En Shetland era siempre lo primero que hacía. Quizá fuera porque también Hanne se hallaba en la habitación. El fantasma de ayer estaba sentado en el alféizar de la ventana, bronceado y balanceando las piernas.

Notó que me había despertado y se volvió. Luego hicimos lo que siempre se había hecho en Hirifjell para ahuyentar las grandes preguntas.

Nos tomamos un desayuno descomunal y hablamos lo menos posible.

Fumamos en la escalera de piedra con el rocío evaporándose de la hierba.

Arrancamos el viejo Deutz y salimos a trabajar.

Pero no se apañaba bien. No se atrevía a coger mucho peso y se paraba con las piernas separadas, marcando distancias entre lo que iba a hacer y la ropa que no quería ensuciar. Le enseñé la recolectora de patatas y arranqué el motor. Pero Gwen no había tocado la tierra en toda su vida, lo único que realmente dominaba, más allá de la tetera y el tocadiscos, era el *Zetland*. Allí, en la montaña, resultaba torpe y pasiva, tenía miedo a romperse las uñas.

Aun así, lo fue intentando. Los hierros penetraban la tierra, la abríamos y las pequeñas patatas de siembra aparecían como piedras preciosas. Gwen las cogía con los dedos, en vez de con las manos, y las soltaba con delicadeza en la caja; lo hacía todo con enorme parsimonia porque constantemente se vigilaba la ropa y se limpiaba la tierra de las palmas. Al cabo de cinco minutos, cuando miré por el retrovisor, descubrí que estaba parada, mirando al frente.

Me bajé del viejo Deutz y puse una mano sobre la rueda del tractor.

—¿Cómo se maldice en noruego? —preguntó.

—¿Perdón?

—Que cómo se *maldice* en noruego —gritó.

—Pues...

—Lo digo *en serio*. Apaga ese puto tractor.

El ruido del diésel se desvaneció.

—¿Qué palabrotas usáis? *Damn* no me sirve aquí. Y tampoco *fuck*.

Unos grajos planearon sobre nosotros y se sentaron en los abetos.

—Pues... *faen* es la palabra para todo, como *joder* —dije.

—*F-ain?*

—Bueno, la *a* es más grave. Suenas como un médico extranjero.

—*Faan!* ¿Qué más? Necesito más.

—Prueba con *faen i helvete. Satan ta. Faen i kølsvarte helvete.*

Agarró una piedra y la tiró hacia mí:

—*Fuck* puta mierda. *FAAN! FAAN I HELVETE!*

—*Dæven drite* también está bien —dije.

Siguió maldiciendo en noruego y de pronto se abrió la blusa de un tirón y los botones salieron rodando por los bancales. Se la arrancó y la pisoteó.

—*Faan!* ¡Mosquitos! ¡Pican! —dijo rascándose el brazo con los dedos llenos de tierra hasta que se le inflamó la piel. Luego volvió a ponerse la blusa destrozada y enfiló hacia la granja.

Los grajos alzaron el vuelo y desaparecieron. Olfateé la brisa. Lo peor que podía suceder ahora era que lloviera. Quizá Yngve pudiese ayudarme con el resto. Pero me rondaba otro pensamiento. Si hubiera vuelto solo a Hirifjell, ahora estaría viendo una larga hilera de cajas llenas de patatas y me tomaría un descanso bajo el ciruelo con Hanne Solvoll.

Al parecer la cosecha sería aceptable, a pesar de las tres semanas de descuido. La primavera había sido cálida y las patatas habían brotado antes de sembrarlas. Pero la tierra parecía emanar su descontento por el riesgo que había corrido el campesino de Hirifjell.

Me encaminé hacia las casas. Cuando estaba a medio camino, apareció una desconocida dando pisotones. Llevaba un delantal de cuadros pequeños, un

pañuelo en la cabeza y unas botas de lluvia altas que le quedaban tan grandes que le golpeaban las pantorrillas. Hasta que no estuvo a treinta metros de distancia, no logré aceptar que fuera Gwen. Veinte metros, quince, era ella y no era ella al mismo tiempo.

Se había puesto la ropa de trabajo de Alma.

El recuerdo me atravesó como una flecha. La voz de Alma, su mirada vigilante y sesgada. Luego la imagen se desvaneció, como llevada por un golpe de viento, y de nuevo estaba con Gwen, vestida ahora con una ropa que le permitía agacharse sin apretarle por ningún lado. Se había lavado el maquillaje. Subía llorando y siguió gimoteando cuando clavó los dedos profundamente en la tierra y agarró unas patatas con las rodillas negras, los dedos negros y el alma negra.

—¿POR QUÉ HAY CENIZA EN MEDIO DEL PATATAL?

—Quemé un mueble —dije al cabo de un rato—. Tuve que hacerlo aquí para que las chispas no llegaran a los edificios.

Seguí ajustando la recolectora de patatas. Cuando me volví, Gwen se había esfumado. Solté la llave fija y la alcancé en el momento en que pisaba la franja muerta donde la tierra estaba cubierta de ceniza y madera carbonizada. Alrededor, las plantas de patata habían crecido más que el resto.

—Aquí están más altas —dijo.

—La ceniza es un buen fertilizante —respondí.

Gwen sacó una planta de patata y la golpeó contra la bota, haciendo saltar la tierra. Las Pimpernel estaban rojas y sanas.

—Mira qué bonitas son —dijo—. ¿Podemos usarlas para la cena?

—Será mejor que las cojamos de otro patatal —hice ademán de marcharme.

—No, estas me gustan —sacó otra planta—. Son las que quiero. Las he recogido con mis propias manos.

—Gwen —dije, limpiándome las palmas en los pantalones—. No fue un mueble. Lo que quemé fue un ataúd.

Siguió con las plantas en la mano mientras yo le contaba la historia del ataúd de abedul flameado y el segundo entierro del abuelo.

Luego se quedó un buen rato callada y empezó a desprender las patatas de las raíces.

—Parece que no lo cuentas todo así, sin más —dijo. Ni tú tampoco, pensé—. De todos modos —continuó—, gracias por contármelo. Aunque no me has hecho cambiar de opinión. Al contrario. Estas son las patatas que quiero.

Las reunió en un pliegue del delantal, entró en el círculo calcinado y pateó la madera carbonizada del abedul flameado. Como si Alma bailara sobre la tumba del abuelo.

—Aquí hay algo —dijo—. Una hoja de cuchillo.

Levanté la bayoneta rusa del abuelo, estaba calcinada. En la espiga vi unos sellos que habían estado ocultos por el mango de abedul flameado. Al limpiar el hollín con el pulgar, aparecieron un número y una esvástica.

¿De dónde me habría sacado que era una bayoneta rusa? ¿Una breve explicación con la que me contenté de niño? ¿Unas palabras sueltas que oí hacía una eternidad?

Reconocí el número. El mismo que el de su máuser, el que seguía escondido en la capa de serrín que aislaba el desván. Las bayonetas llevaban el mismo número de serie que los fusiles, de modo que se trataba de su *propia* bayoneta, y estaba partida. ¿La habría roto él, durante o después de la guerra, enfurecido por lo que veía?

Preguntas sin respuesta. Transformaciones sin testigos.

Así era nuestra historia, una y otra vez. Buscaba la verdad y solo encontraba cenizas.

Trabajábamos sin descanso. Gwen se entregó al esfuerzo, se quedaba dormida con los músculos entumecidos y se despertaba con hambre. Nunca sería una campesina, eso lo veíamos los dos, pero su coraje florecía y acabamos siendo una cuadrilla que avanzaba a buen ritmo.

El camión de Strand Brenneri vino a recoger las toneladas acordadas de patatas de siembra, clasificadas en enormes cajas de madera. El conductor asintió con la cabeza y comentó la buena calidad del producto, luego me dio el pésame por el abuelo y miró a Gwen con curiosidad.

El camión vibró al pasar por encima de la rejilla y se incorporó a la carretera regional con el intermitente puesto. El ruido del motor desapareció entre los troncos de los abetos.

El silencio del otoño.

Dentro de no mucho tendría que recoger a las ovejas de las montañas. Luego vendría el invierno y estaría atado a la granja. Al principio estaba impaciente por salir hacia Francia, pero como en un lento envenenamiento, los días se fueron apaciguando. El taller de Einar empezó a parecer una lápida, no reparaba en ella al pasar por delante y Haaf Gruney estaba en mi memoria como un sitio que hubiera abandonado muchos años antes.

Teníamos días buenos porque nunca mencionábamos ni el nogal ni Quercus Hall. En su lugar, fuimos al lago de Saksum con el Estrella. Recogimos unas

redes con el sol reluciendo sobre las cuerdas y en las truchas punteadas de marrón. Yo les iba partiendo el cuello una a una, mientras ella manejaba la vieja barca de madera, y *eso sí* que sabía hacerlo. Remaba y ciaba mejor que el abuelo o yo; empecé a sudar bajo la camisa de franela. Me la desabotoné y me la quité para recoger la siguiente red en camiseta y, de repente, me pillé trabajando de medio lado para que Gwen pudiera verme los antebrazos. La miré mientras remaba hacia la desembocadura del río. Manejaba la barca con tanta precisión que parecía hacer caligrafía en el agua, aún no eran las siete y yo quería que acabáramos juntos. Quería un nuevo comienzo, sin historia previa, sin familia, algo que diéramos a luz nosotros mismos.

3.

PERO EVIDENTEMENTE NO PODÍA DURAR. Un día que me dirigía al pueblo a hacer la compra, tuve que volver porque me había dejado la cartera. Cuando entré en la cocina, oí la voz de Gwen en la segunda planta. Subí la escalera sin hacer ruido y me detuve en el peldaño en el que oí los pasos del abuelo por última vez. Cuando entendí que estaba hablando por teléfono, probablemente con su madre, supe también que nuestro tiempo tocaba a su fin.

—Aquí hace un día estupendo —decía y, por el resto de sus palabras, entendí que fingía estar haciendo un viaje en tren y que no tardaría en volver a casa.

Bajé en silencio las escaleras y, a partir de ese momento, Einar ya no me soltó, como tampoco me soltó la idea de aquellos cuatro días. Registré los desvanes en busca de las cartas que le había escrito a mi madre, pero no las encontré. Estudiaba los objetos de Haaf Gruney: el tablero de ajedrez, la escopeta fina, el vestido, los recortes de periódico, buscando nuevas relaciones. Me metí en el cuarto oscuro con el Orwo NP20 enrollado, encendí la luz roja y coloqué el negativo en la ampliadora.

Nosotros en el área de descanso. Yo con el perro de juguete. Mi madre y Einar.

Hice copias en papel de todas las fotos. Las imágenes fueron apareciendo entre el chapoteo de los químicos y los contrastes se fijaron al papel. En la foto del área de descanso, salieron a la luz sus rostros y vi lo contento que estaba Einar, allí de pie junto a mi madre. En otra, vi al niño que acabaría siendo un hombre en el que podían confiar los muertos.

Después revelé mis propias fotos de Shetland. La cara del abuelo en el primer recuadro. Luego Haaf Gruney, unas pocas fotos de Gwen. Por último, una imagen sinuosa. El mapa de guerra de Quercus Hall, agrietado, desgastado, desgarrado por el viento, reblandecido por la lluvia y secado de nuevo.

Elevé la ampliadora y saqué una gran copia en papel. Me temblaron un poco las manos cuando el bosque Daireaux apareció en el baño de revelado y vi los estanques a lo largo del río.

Oí pasos en el exterior.

—¿Dónde estás? —gritó Gwen.

—Aquí.

—¿Puedo entrar?

—No, estoy con papel fotosensible. Espera un momento. Enseguida termino.

Apagué la luz roja. En la retina conservaba aún la proyección del mapa de guerra. Colgué las fotos a secar debajo de la mesa y la única que saqué fue una en la que aparecía Gwen remando en el *Patna*.

—Hum —dijo mientras estudiaba detenidamente la foto—. ¿Así soy?

—Ese día, al menos, sí.

—Puedo darme por contenta —continuó—. De ser así.

—Ven —dije—. Acompáñame fuera. Quiero enseñarte algo.

Se puso ropa de abrigo y subimos al bosque de abedules flameados. Habíamos pasado por delante el día anterior, pero ahora el rocío se había posado sobre las ramitas que asomaban del suelo y cientos de telarañas brillaban en blanco contra el sol.

—¿Las ves? —dije.

Se quedó asombrada. Negó despacio con la cabeza.

—Ayer no estaban —dijo—. O al menos no las vimos.

—No.

—Son como un mundo. Un mundo invisible que solo vemos ahora.

Se acercó a un tocón, se agachó y, con delicadeza, posó el dedo sobre una telaraña.

—¿Vas a hacerles una foto? —preguntó, acercándose de nuevo a mí.

—No hace falta. No se me van a olvidar.

UNO DE LOS NOMBRES QUE SE REPETÍAN EN LOS RECORTES de periódico me venía una y otra vez a la cabeza. J. Berlet. La policía que dirigió la investigación de 1971. Me imaginaba en Francia, acudiendo a la comisaría a preguntar por ella y después dirigiéndome a una dirección privada anotada en un papel.

No, me dije. Sería un jaleo, demasiado coche y confusión, hablando poco francés, autopistas interminables y reluctancia. Mejor recurrir a una vieja aliada.

Subí a la casa de troncos y agarré el teléfono.

—Servicio de Información sobre el Extranjero, dígame.

—Quería hablar con Regine Anderson.

—¿País y dirección?

—No, no es eso —dije—. Regine trabaja en el servicio de información.

Poco después, tenía en la mano un largo número de teléfono que empezaba por 33. Era el número de una tal Jocelyne Berlet que, según me había susurrado Regine Anderson, vivía ahora en Péronne, no muy lejos de Authuille. Esa misma noche fui a la casa de troncos para llamarla.

—Soy Édouard Daireaux —dije en francés—. Llamo desde Noruega. Por un caso policial de hace veinte años. Una búsqueda de 1971.

La mujer no respondió. Oí que se cambiaba el teléfono de mano. Me recordé a mí mismo las fórmulas de cortesía.

—¿Es usted la Berlet que investigó esa desaparición? —pregunté—. Yo era a quien...

—*Édouard?* —me interrumpió, la voz sonó casi maternal.

—*Oui* —murmuré.

Se produjo un largo silencio.

—En 1971... —comenzó a decir la mujer, pero no siguió—. No, la verdad es que esto es muy inapropiado.

—Me preguntaba si podría verla —dije.

—Lo siento —respondió en un tono sorprendentemente tajante—. Ya no trabajo en la policía. Lo dejé en 1975.

—Ya, pero...

—*Dites-moi, que désirez-vous savoir au juste?*

Pero ¿qué quieres saber?, traduje para mis adentros.

—Si voy a Francia —dije— ¿cree que podría recibirme y hablar conmigo?

—El caso nunca se resolvió. Reunirme contigo violaría el reglamento.

Busqué las palabras.

—*Peut-être pas; mais acceptez-vous de me parler tout de même de cette affaire* —dije, con la esperanza de que mi petición no sonara demasiado grosera: quería que hablara conmigo igualmente, aunque violara las reglas.

Jocelyne Berlet se aclaró la garganta.

—¿Cuándo tienes pensado venir a Francia?

Está a punto de suceder, me dije. Voy a tomar una decisión. En cuanto me comprometa, me marcho.

—Bastante pronto. Pero ¿recuerda bien el caso?

—¿Si lo recuerdo? Lo recuerdo como si hubiera sucedido..., bueno, no ayer, pero al menos la semana pasada.

4.

HELADA TEMPRANA.

Una fina capa de escarcha cubría el patio cuando lo crucé para encender el horno del sótano donde hacíamos el pan. La fina leña de álamo ardía rápido y con fuerza. Íbamos a hacer tortas. A Gwen le gustaba la vida sencilla que llevábamos allí, las pequeñas recompensas a todo lo que hacíamos nosotros mismos. Un poco como en Unst, donde el esfuerzo de viajar en autobús a Lerwick bajo una lluvia intensa se veía recompensado por un disco nuevo y veladas con té dulce en mullidos sillones. Jornadas de trabajo cortas y, al instante, el premio, sin que el mundo entero nos mirara desde la tribuna.

De pronto sentí miedo a quedarme solo, a verme delante de aquel horno oxidado, pensando en el extraño tiempo en el que tenía a alguien conmigo.

Salí por una puerta lateral y noté un olor desagradable. Era la habitación en la que teníamos el congelador grande, el que usábamos para la carne. Levanté un poquito la tapa y de la rendija salió un olor tan nauseabundo que tuve la impresión de que podía verse, denso de putrefacción y pesado como el humo de los fritos. La habitación estaba a oscuras y, cuando giré el interruptor, no pasó nada. Debía de haberse fundido un fusible.

En medio de aquella pestilencia se me ocurrió algo.

Las cartas. Las cartas de Einar a mi madre. ¿Cuál era el mejor sitio para esconder algo en la granja? Un sitio inofensivo que pudiera visitarse con frecuencia. Un congelador. Fui por un carro, lo saqué al exterior y abrí la tapa para que se ventilara.

Gwen venía por el patio con un cubo lleno de la masa de patatas con la que íbamos a hacer las tortas. Se detuvo y se llevó la mano a la nariz.

—¿Y ese olor tan horrible?

—Carne podrida.

Se quedó inmóvil con el cubo de la masa.

—Ahora entiendo lo que quería decir.

—¿Quién?

—Mi abuelo. Me contaba que cientos de soldados caían ante las trincheras y se quedaban atrapados en las alambradas, donde se pudrían al sol. Lo describía como el olor de un congelador estropeado. Pero a nosotros nunca se nos rompió

ningún congelador, así que nunca entendí lo que quería decir. Hasta hoy.

—¿Todavía quieres hacer las tortas? —pregunté—. ¿O prefieres que lo dejemos?

Me miró.

—Quiero. Estoy deseando hacer las tortas. Pero tienes que cerrar esa tapa.

Mientras estiraba la masa con el rodillo, me preguntaba cómo habría escondido yo las cartas. Tal vez habría preparado un paquete grande, envuelto en plástico y atado con un cordel, y lo habría rodeado de piedras planas para conseguir el peso y la dureza de la carne congelada. Luego habría escrito algo como: *Corazón de alce 1967*.

A media mañana, después de que Gwen declarara que nunca había probado nada mejor que las tortas de patata recién hechas con queso de cabra, me dirigí hacia el congelador. Abrí los primeros paquetes, que solo contenían carne de alce picada. Los iba tirando a la carretilla y luego la llevaba a la linde del bosque para enterrar la carne. Al cabo de tres viajes, llegué al fondo del congelador. En un rincón se había formado un charco de agua rosa y sanguinolenta y el olor era sobrecogedor.

Qué chorrada, me dije a mí mismo. El abuelo habría tirado cualquier paquete que fuera demasiado viejo. Aunque encontré uno marcado con mi letra sobre una cinta de carroceros amarillentos. *Pato real 1981*. Arranqué el papel de periódico, un *Lillehammer Tilskuer* del 20 de agosto de ese año, el día después de que empezara la temporada de caza. Fue la primera vez que bajé solo al Laugen con el calibre 16 de mi padre.

No había cartas en el congelador. Desde luego que no las había.

Me había imaginado la escena con claridad. Me veía inmerso en el nauseabundo olor a putrefacción, abriendo los sobres mientras el agua rojiza penetraba el paquete y las hojas de papel, de modo que, en el momento en que reconocía la letra de Einar, tenía que apresurarme porque las letras empezaban a desdibujarse. Palabras que se diluían ante mis ojos, la historia de una vida que desaparecía en un juego de sangre y tinta.

Pero no eran más que fantasías.

De pronto me avergoncé de mí mismo. Al fin y al cabo había leído las cartas de mi madre. ¿No había aprendido nada de ellas? ¿Dónde se sentaría cuando recibía las cartas de su padre? ¿En qué lugar de Hirifjell estaba más cerca de él y, al mismo tiempo, separada de los demás?

Tenía la respuesta delante de mis narices.

Encontré las cartas entre los materiales del taller de carpintería, entre las tablas

que jamás habrían tocado ni Sverre ni Alma. Las maderas constituían las indulgencias del heredero pródigo, que parecía estar diciendo: *Ven a ver esto. Lo que no me sale en los bancales, logro hacerlo con la gubia, el cepillo, el barniz y el aceite de linaza.*

Ahí estaban, a salvo de ratones, insectos y miradas curiosas, aplastadas y secas, con un poco de serrín encima. Casi veinte cartas en las que Einar contaba todo lo que había pasado desde 1943 en adelante. Las había escrito en francés, con margen recto y llenando ambas caras de las hojas. Del mismo modo, sus cartas llenaron ambas caras de *mi* hoja en blanco; por fin comprendía plenamente las respuestas que le había dado mi madre.

Estaba llena de odio cuando Einar se presentó en la granja en 1967. Quizá pensara que el verdadero plan de Einar durante la guerra había sido agenciarse el nogal. Las cartas de Einar indicaban que él también había necesitado confirmar que mi madre realmente era quien decía ser, por medio de preguntas extrañas y muy detalladas.

Leí las cartas hasta el final. Me reconocía tanto en la forma de hablar de Einar como en la de mi madre. Me levanté entumecido, miré los viejos libros sobre el armario y sentí la certeza de la que no habían disfrutado ni Einar ni mi madre.

Einar era mi abuelo.

Hurgué entre las herramientas, observé su letra erguida. Tenía la sensación de tenerlo delante y de que se había abierto una línea directa con el año 1943.

5.

CUANDO EINAR LLEGÓ A AUTHUILLE, mi bisabuelo lo echó de malas maneras. Einar le había explicado su misión, le había enseñado el mapa de los artificieros y le había ofrecido un sobre de parte de Winterfinch, con el que saldaba las cuentas por la compra de los nogales.

Pero Édouard Daireaux le pidió que se largara de allí.

—El dinero es el acordado —dijo—. Pero eso no significa nada. El verdadero pago era que limpiara el bosque de explosivos. Y, en su lugar, ha minado la zona. Cuando se lleven la madera, no nos ayudará más. Lárguese de aquí antes de que los alemanes le pidan los papeles. Quédese el dinero. No quiero a un idiota con un nombre falso merodeando por mi bosque.

Einar fue despertando paulatinamente y se dio cuenta de lo insignificante que era su misión. En su viaje a través del país, se había topado con patrullas alemanas y había visto a la población hambrienta; sin embargo, no había tenido contacto directo con los *efectos* de la guerra. Hasta su encuentro con mi bisabuelo, no comprendió hasta qué punto estaba empobrecida su admirada Francia, sumida en una sádica oscuridad.

De modo que cogió el sobre, se marchó y empezó a pensar en lo alejado que había estado de la realidad. Había huido a Shetland porque estaba preocupado por su hermano. Einar lo expresaba en los siguientes términos:

Sabía que cuando me marchara de Hirifjell, Sverre no volvería a alistarse. Hacerme soldado aliado no formaba parte de ningún plan, solo quería largarme y, al oír la palabra alemán, la imagen que me venía a la cabeza era Sverre de uniforme.

Cuando dejó de ser útil como constructor de barcos, conoció a Winterfinch, la primera persona en muchos años con la que realmente podía hablar de madera y ebanistería fina. Einar fabricó varios muebles para Quercus Hall y, cuando hizo un sillón con estructura de ébano, Winterfinch empezó a llamarlo por su nombre de pila. «Fue entonces cuando, una noche, me habló de una partida de madera de nogal que tenía un enorme valor sentimental para él.»

Winterfinch se arrepentía amargamente de no haber talado los árboles antes de

la guerra. A partir de 1941, su desesperación fue aumentando a medida que recibía informes de que los alemanes se adentraban cada vez más en el país y hacían talas forzosas para sus grandes obras de fortificación de la costa atlántica. El acuerdo era que Einar talara los árboles, escondiese la madera donde mejor le pareciera y aguardara instrucciones.

Pero una vez en Authuille, enfrentado a la realidad, descartó el plan. La vida carecía de sentido, no era útil como soldado y, en una guerra, no se demandaba lo único que él sabía hacer, ebanistería artística. Sin embargo, no se había alejado mucho de la granja cuando oyó la gravilla crujir detrás de él. Una chica flaca lo seguía en bicicleta. Llevaba vieja ropa de faena y se movía con agilidad. Tenía el pelo negro y rizado oculto bajo un pañuelo. Estaba en los huesos y desaliñada, como tantos otros en aquella época, pero tenía la mirada de un ave de presa. Era la hija del granjero, Isabelle Daireaux, a quien Einar había visto dentro de la casa mientras él hablaba con Édouard.

—¿Eres un buen francés? —fue lo primero que le dijo.

Einar estuvo a punto de irse de la lengua contestándole que era tan buen francés como podía serlo un noruego, pero al final se limitó a asentir.

—¿Tienes el mapa de los artificieros? —preguntó.

Einar miró a su alrededor.

—Dicen que la resistencia necesita explosivos —continuó Isabelle—. Y las bombas de 1916 están intactas.

—Son peligrosísimas —dijo Einar.

—Por eso *alguien* las necesita —respondió Isabelle.

—¿Esto se te acaba de ocurrir?

—No. Vengo pensándolo todo el camino.

—No vienes de muy lejos.

—Pienso rápido.

—¿Qué opina tu padre?

—Él piensa despacio —dijo Isabelle, y lo apartó de la carretera.

Entonces Einar se cortó el forro de la chaqueta y le enseñó el mapa de los artificieros, que había llevado sobre la espina dorsal durante todo el viaje que había hecho bajo el nombre de Oscar Ribaut.

—Lo peor es oír disparos —continuó Isabelle—. Sobre todo si solo es uno. Antes de ayer asesinaron a mi maestra. Al pastelero lo enterraron vivo porque era de la resistencia. Requisan las cosechas antes de que podamos meterlas en los graneros. Alimentamos a los soldados que matan a nuestros compatriotas.

Preguntó a Einar si se había fijado en la chica que estaba junto al gallinero de la granja.

—Es mi hermana —dijo—. ¿Cuántos años le echas?

Einar negó con la cabeza.

—¿Doce?

—Tiene quince —dijo—. No se desarrolla porque pasamos hambre, a pesar de que tenemos una granja.

Isabelle acabó convenciendo a su padre para que permitiese que Einar se quedara, a cambio de que entregara el dinero que llevaba para el viaje y de que echara una mano en la granja. Más tarde, con ayuda del mapa, se habían adentrado en el bosque. El suelo seguía lleno de cráteres de bombas. En algunos sitios habían crecido arbustos de bayas entre los troncos carbonizados; en otros, el suelo se había hundido. Por aquí y por allá, ocultos entre la maleza y los hierbajos, veían obuses oxidados distribuidos como un muro para impedir las talas clandestinas.

Al otro lado de aquel vestíbulo de fuego y destrucción, se encontraban los nogales. Estaban mutilados y llenos de cicatrices, en una tierra desmenuzada por el trabajo de los artificieros. Los troncos eran tan enormes que no podían rodearlos con los brazos. Les habían brotado algunas ramitas, como brazos de bebés tullidos, pero las hojas estaban amarillas y lacias. Un extraño olor mortecino flotaba en el aire.

Isabelle nunca había entrado en el bosque y compartía el desprecio de sus padres por los vagos planes de Winterfinch para limpiarlo. Antes de la guerra, el bosque era valioso: proporcionaba leña y materiales de construcción, por no hablar de las cuantiosas cosechas de nueces. Aquellos antiquísimos árboles habían visto revoluciones y guerras napoleónicas antes de que los destruyeran los bombardeos con gases venenosos.

Einar se quedó inmóvil, imaginándose cómo debía de ser aquello antes de las guerras: un apacible nogueral donde el verde follaje apenas rozaba el árbol contiguo. Le recordaba a su propio bosque en Hirifjell, salvo por el hecho de que en casa había sido él quien había infligido lesiones a los árboles. En ese momento, notó lo que faltaba. El canto de los pájaros. En aquel bosque reinaba un silencio sepulcral.

Los alemanes debían de haber previsto la posibilidad de que alguien recogiera explosivos de esa manera. De hecho, patrullaban los caminos alrededor de los bosques clausurados, pero el bosque Daireaux estaba en las laderas que bajaban hacia el Ancre y, gracias al mapa, podían penetrar entre la maleza sin ser vistos y seguir el sendero seguro hasta los nogales. Allí llegaban a mesa puesta. Al otro lado de la fortificación, los artificieros habían reunido los obuses en grandes pilas e incluso habían eliminado los detonadores.

Así que desmontaban los obuses, extraían los explosivos y los colocaban en la

orilla de un estanque cercano al río, en un pequeño saliente que, según el mapa, estaba rodeado de obuses químicos. Einar no sabía cómo se los llevaban de allí, pero al día siguiente siempre habían desaparecido.

En el bosque encontraban constantemente chatarra de la guerra anterior. Platos de hojalata, cascos, vainas de cartuchos, botas militares con restos de huesos en el interior. El hecho de que el lugar fuera también una fosa común no parecía afectar demasiado a los dos jóvenes. Pero Einar, que venía de una tierra tan desnuda y desarbolada como Shetland, no podía permanecer mucho tiempo cerca de un árbol sin que saliera el carpintero que llevaba dentro. Un día que estaba solo, cavó alrededor de uno de los nogales, desenterró las raíces y las cortó con un hacha. Hasta que el árbol comenzó a caer, no se le ocurrió que aquello podía provocar explosiones. Se lanzó al suelo. La tierra tembló, pero no hubo estallido.

Con una sierra de diente grande, sacó un bloque del árbol y lo humedeció con agua. Al instante se puso en marcha un extraordinario juego de colores. Poderosos trazos negros surgieron por encima de un fondo tan rojizo que parecía incandescente. Por su experiencia con Ruhlmann, Einar estaba familiarizado con los grados de calidad del nogal y no le llevó mucho calcular que la madera, en tiempos de paz, valdría una verdadera fortuna.

Isabelle se había enfurecido. ¿Perder el tiempo con esas cosas en vez de reunir explosivos?

Una noche, ella se presentó en su cobertizo con algo detrás de la espalda: la vieja cruz de una tumba, con la pintura descascarillada y la punta todavía húmeda y negra.

—No te voy a decir de dónde ha salido —anunció, dejando la cruz en el suelo—. Solo quiero que fabriques otras dos que parezcan igual de viejas. Y que les pongas estos nombres —añadió mientras le tendía un papel.

Los nombres eran judíos. Los años de defunción, 1938 y 1939.

—Los judíos no usan cruces —dijo Einar.

—Haz lo que te digo —respondió Isabelle—. Demuestra que *de verdad* eres un maestro carpintero.

A la luz de una vela, Einar cogió dos tablas viejas, les encajó las piezas perpendiculares e inscribió los nombres con una gubia. Luego las untó de pintura blanca y las restregó con tierra y aceite de maquinaria usado, para reproducir las manchas de los hongos y la humedad. Salieron de madrugada. De vez en cuando, Isabelle le cogía de la mano y lo conducía por el camino correcto a través de los huertos. No muy lejos sonaba un bombardeo nocturno y, al colarse en el cementerio, oyeron unos disparos bastante cerca. Extrajeron dos cruces del suelo, las sustituyeron por las falsas y luego apelmazaron la tierra alrededor.

Cuando estaban regresando, Isabelle le contó que los alemanes habían arrestado a una familia judía, pero que las fuerzas de ocupación solo se remontaban a dos generaciones para considerar judía a una familia, por eso las cruces falsas de las tumbas llevaban los nombres de los abuelos de la familia detenida. Al día siguiente, un cura llevaría a los alemanes al cementerio para enseñarles las cruces que demostrarían que los abuelos habían sido enterrados según el ritual cristiano.

Einar contaba este episodio para que mi madre comprobara el relato. «Tú misma puedes ponerte en contacto con estas familias para que te corroboren la historia», escribió, y luego proporcionaba la dirección de un hombre llamado Staniszewski. Cuando su carta se adentraba en los detalles en torno al arresto, su letra se volvía más temblorosa y, de pronto, leí una frase que me lanzó un escalofrío a través del cuerpo.

Isabelle tenía un vestido azul que se había hecho antes de la guerra. Se lo había puesto pocos días antes de que llegaran los alemanes y la imagen me perseguía cada noche.

Cuando se llevaron a la familia Daireaux, Einar no huyó al momento. A pesar de que los demás creían que había delatado a la resistencia, hizo algo tan insensato como regresar a la granja Daireaux para hacerse con un recuerdo de Isabelle. La Gestapo había quemado todos los cobertizos, era su método para sacar a niños escondidos. En el interior de la casa estaba todo arrasado y el perro yacía muerto en un charco de sangre. Encontró el vestido azul de verano en las cuadras, pisoteado sobre paja sucia.

Me lo llevé como recuerdo —escribió— y como prueba de que no era un delator. Pero mi vida corría peligro y tenía que huir. Tenía un amigo no muy lejos, un hábil ebanista con el que había trabajado en el taller de Ruhlmann. Se llamaba Charles Bonsergent, procedía de una familia de pescadores que vivía a un día de viaje de Authuille y, al igual que yo, había vuelto a casa al estallar la guerra.

Einar se mantuvo oculto en casa de Bonsergent hasta el Día D. Se enteró de que Isabelle estaba en Ravensbrück y, cuando abrieron las líneas telefónicas, contactó con Winterfinch y le pidió dinero para el viaje y los sobornos, con la intención de sacarla tan pronto como cayera Berlín.

Pero Winterfinch se negó, y solo le preguntó dónde estaba «su madera».

Fue en ese momento cuando Einar tomó el nogal como rehén. Regresó a Authuille con Charles Bonsergent, talaron el resto de los árboles y desenterraron las raíces. Luego trasladaron la madera a un escondite seguro. Einar consideraba que el nogal era propiedad de la familia Daireaux y rechazó todas las ofertas posteriores de Winterfinch. A su juicio, la única que podía determinar el precio de la partida era Isabelle. Y más tarde, los hijos de Isabelle.

EN SUS SIGUIENTES CARTAS, Einar mencionaba una y otra vez que la «herencia» seguía en el mismo sitio. No decía dónde estaba, «por motivos que ambos conocemos bien, en Shetland hay oídos por todas partes», pero daba la impresión de que debía de estar en Francia.

Mi madre fue a visitarlo a Haaf Gruney. Y allí Einar debió de darle el vestido de Isabelle, porque más tarde escribió lo bien que le había sentado «verlo de nuevo lleno de vida».

Einar insistía en que la herencia era propiedad de mi madre y en que la ayudaría a reclamar sus derechos sobre ella. Pero, durante los años siguientes a mi nacimiento, mi madre se había mostrado reticente y, hasta la última carta de Einar, la que escribió en el verano de 1971, no vi el plan en negro sobre blanco.

Me he reunido con el señor Winterfinch. Es la primera vez que hablamos en mucho tiempo. Nos hemos visto de tanto en tanto, y he de admitir que nuestras miradas han estado llenas de odio, al fin y al cabo lleva todos estos años buscando tu herencia, incluso se ha comprado una casa de verano cerca de Authuille. La verdad es que a veces he sentido lástima por él, sobre todo al verlo en Unst con su pequeña nieta. Pero quería apoderarse del nogal de un modo ilegítimo, a pesar de que hay que reconocerle ciertos derechos sobre la madera. Me lo dijo en una ocasión: «¿Por qué limpiar el bosque de obuses cuando la familia ya no existe?». Le he dicho que ahora que ha aparecido una heredera, podíamos llegar a un acuerdo y que una buena idea sería darte dinero suficiente como para recomprar la granja familiar. «Es una impostora», me ha dicho. Uf, todo esto ha acabado convertido en una serie de actos errados que habría que rectificar. Nunca recuperaremos a tu madre, pero ahora, por lo menos, podemos resolver la situación. Después, abandonaré la isla. Dejo en tus manos, Nicole, decidir lo que quieres hacer.

Winterfinch va al Somme en septiembre. El hotel más cercano está en el pueblo vecino, Albert. Ahora no recuerdo cómo se llama, pero era algo como basilisco. Yo me alojaré en la pensión barata que hay a las afueras

porque no tengo ánimos para acercarme demasiado a Authuille. Por cierto, hay un restaurante bueno cerca. ¿Qué te parecería comer allí con Winterfinch? Así él podría contarte su historia y tú determinar el precio que consideres correcto. Lo cierto es que la madera vale una fortuna, una verdadera fortuna. Pero haz como quieras. Si llegáis a un acuerdo, puedes contarle dónde se encuentra la partida o indicarme a mí cómo entregársela. Recuerda que a veces es inestable y difícil. Cambia de opinión constantemente.

Será mejor que cerremos los detalles por teléfono. Me alegro de que Sverre os preste el coche. No le saludes de mi parte.

Bueno, si tuvierais ganas de pasar tiempo a solas, se me ocurre una cosa: ¿queréis que me ocupe del pequeño Edvard? Nunca me he ocupado de un niño, la verdad, pero después de que nos viéramos la última vez, tengo la impresión de conocerlo más. Le he hecho un perrito de juguete de madera de haya. Mueve las orejas y el rabo. Cuando lo terminé, estuve pensando un rato. Después de tantos años de carpintero, este es el primer juguete que hago.

Mis mejores deseos. Saluda a Walter. Ah, y llámame. A la cabina junto al embarcadero del ferri. Un domingo, como de costumbre. A las seis, como de costumbre. Allí estaré. Como de costumbre.

E. H.

6.

GWEN ESTABA SENTADA EN LA ESCALERA DEL HÓRREO CON Grubbe. El gato se había tendido boca arriba y se retorció sobre su regazo mientras ella enterraba los dedos en el largo pelaje del animal.

—Huele fenomenal —dijo, hundiéndole la nariz en la barriga—. Sobre todo aquí, donde tiene el pelo más grasiento.

—Ahí es donde no alcanza a limpiarse.

—Hum. Me encanta. Yo nunca he tenido una mascota. Ni siquiera un perro, a pesar de que teníamos mucho espacio.

Me senté en la escalera de piedra, que cada día que pasaba estaba más fría. Fue Gwen quien lo dijo:

—Ya está aquí el otoño. ¿Cuándo vamos a bajar las ovejas de las montañas?

No respondí enseguida. Quizá Gwen me conociera ya tan bien que podía reconocer la mirada que anunciaba una conversación difícil. Se trataba de la misma cuestión de siempre. ¿Por qué desenterrar el cadáver si la tumba estaba floreciendo?

—*Oh, well* —dijo—. Sabía que este día tendría que llegar. Quieres ir a Francia, ¿verdad?

—¿Tan claro lo ves?

—En tu vacilación. En tus andares. En que te despistas cuando charlamos y te pierdes una de cada dos palabras que te digo.

Grubbe debió de notar su inquietud porque se incorporó y saltó al suelo.

—Quieres irte ya —dijo, quitándose un pelo del cuello de la chaqueta—, porque, una vez que bajes a las ovejas, ya no podrás marcharte. Es eso, ¿no?

—He encontrado unas cartas —dijo—. La correspondencia entre Einar y mi madre. Están en francés. Puedes leerlas.

—¿Por qué habría de interesarme leer sus cartas?

—Dicen que en 1971 fueron a Francia para reunirse con tu abuelo.

Se levantó y se alejó unos pasos.

—Vaya, vaya. Ya estamos. Si vamos juntos a Francia, lo nuestro se ha acabado.

Sabe algo, me dije. Esto no es más que una excusa para justificar que, a partir de ahora, tenga un comportamiento extraño.

—¿Por qué? —dije.

Gwen recogió un palito y lo tiró entre las ortigas.

—¿Estás tonto? Es obvio que mi abuelo tuvo algo que ver con el accidente, ¿no? Y eso nunca será una sorpresa agradable.

Estuve a punto de decir que sabía lo de su casa de veraneo, pero me limité a preguntar:

—Entonces, ¿nunca has estado en Authuille?

—¿Yo? Nunca.

Me encogí de hombros. Se puso furiosa.

—¿Qué insinúas? Ya te conté que todos los veranos íbamos a Europa en el Bentley y que pasábamos las vacaciones en hoteles. Pero siempre íbamos directos hasta Dover, luego cruzábamos a Calais y, desde allí, a París. Incluso aceleraba cuando pasábamos los desvíos hacia el Somme.

—Ya.

—¿Crees que te estoy mintiendo? Pues atrévete a decidir, Edward, si quieres llevarme contigo o no. Al fin y al cabo, no confías en mí. Crees que sé algo más sobre tu desaparición.

—Pero ¿sabes algo?

—*¡No! ¡Ya te lo he dicho!* Y tampoco quiero saber más.

De pronto caí en la cuenta de que, a principios de ese verano, Hanne me había dicho más o menos lo mismo, en ese mismo lugar, y de que, en el fondo, la había abandonado por eso.

7.

A LOS POCOS DÍAS, cruzamos la frontera de Francia. El viaje no fue especialmente alegre, teníamos la sensación de llevar a dos extraños en los asientos traseros, dos extraños atentos a todo lo que decíamos y que eran nuestros verdaderos yoes.

Pero Gwen preparó sus viejas maletas de cuero, como para un viaje de trabajo. El Bristol pasó dos días en el taller mecánico del pueblo vecino, donde lo recibieron como a un viejo amigo. Lo engrasaron, lo ajustaron y le pusieron ruedas nuevas en sustitución de las resquebrajadas Dunlop que había usado Einar.

Y por fin partimos a toda velocidad, luego tomamos el ferri y pasamos una noche en un hotel en Bélgica. Los chirridos del Bristol se habían acallado, y la única consecuencia fue que se hicieron audibles los chirridos de nuestra propia conversación.

No llevaba la Leica en el equipaje. Solo unas viejas fotos de 1971, escondidas en mi maleta junto con la copia del mapa de guerra. Quizá Gwen escondiera algo parecido. Por ejemplo, las llaves de una casa de veraneo.

Cada noche nos acostábamos y cada mañana seguíamos conversando como antes; sin embargo, habían empezado a escapársenos comentarios amargos al menor desacuerdo.

A media mañana, llegamos a las onduladas llanuras que rodean el Somme. La carretera avanzaba a lo largo de prados interminables, los cables de electricidad iban haciéndonos reverencias entre los postes de alta tensión. Era un paisaje para el olvido, un paisaje por el que pasar de largo. Allá donde mirases, todo parecía igual, una bruma calurosa y polvorienta que no ofrecía puntos de anclaje para los recuerdos.

Una emisora de radio francesa sonaba por los altavoces. Hablaban demasiado rápido para que yo pudiera seguirlos, pero Gwen se reía de sus chistes y tarareaba al son de la pomposa música pop, aunque decía que era horrible.

La charla de la radio me producía inseguridad. Me dirigía al lugar de donde procedía uno de mis apellidos, a la tierra de mi madre, y empezaba a tener ciertas esperanzas de experimentar una pertenencia, de sentirme como en casa. Nos paramos en un kiosco, pero yo había perdido el empuje que tuve al hablar

con Jocelyne Berlet y comencé a tartamudear. Ahora que estaba sobre tierra francesa, todo me sonaba mal.

Me sobrepuse y compré unos Gauloises. El paquete era azul y llevaba dibujado un casco galo. Al parecer, los franceses no fabricaban cajetillas de veinte cigarrillos. Las hacían de diecinueve, de modo que cada cigarrillo descansaba sobre el valle formado entre otros dos. Me gustó la diferencia.

Fuma, Édouard Daireaux, me dije a mí mismo.

Al cabo de unos kilómetros, Gwen dejó el mapa *Michelin* sobre sus piernas.

—Coge la siguiente salida —dijo.

A partir de ese momento, la cosa se puso seria. La señal indicaba el camino a Albert, un pueblo cercano a Authuille. No habíamos reservado hotel y no teníamos ningún plan. La bruma cubría el sol de otoño, el paisaje era llano, los tractores como hormigas contra el horizonte.

Y entonces nos enfrentamos a la guerra.

No a la guerra de Einar e Isabelle, sino a la de Duncan Winterfinch. Pasamos un pequeño cementerio de lápidas blancas. Estaban muy juntas, distribuidas de modo simétrico, como una tropa de soldados en formación. Se lo dije a Gwen.

—*Son soldados* —respondió ella en voz baja.

Un poco más arriba, vimos otro cementerio, luego otro más. No venían coches detrás, así que frené en un alto desde donde se veían cuatro grandes cementerios al mismo tiempo.

A la vez, tuve la impresión de que el clamor de la batalla de mi propia historia empezaba a sonar. Nos acercábamos al frente, al lugar donde desaparecí, al obús que esperaba para explotar, al estanque en el que se ahogaron. El Bristol ronroneaba por lo bajo, con confianza, listo para llevarme hasta allí. Pero me fallaban las fuerzas, necesitaba esconder mi historia en algo. Así que detuve el coche junto a un cementerio y dije que quería entrar.

Cientos de lápidas que, al cabo de tantos años, seguían recibiendo visitas. En varias de ellas había cartas entre las flores. Me agaché junto a una que estaba plastificada. Era reciente, la había escrito la nieta de un soldado raso que murió el 1 de julio de 1916. Contaba que la viuda del soldado nunca volvió a casarse. «*She missed you terribly, never remarried and took great delight in bringing up her only child.*»

Gwen se quedó en el coche, con la mirada perdida. Yo me paseé un poco, luego me dirigí de nuevo hacia ella, pero de pronto di media vuelta y me encaminé hacia el siguiente cementerio, que era el doble de grande. Casi todos habían muerto el 1 de julio, el primer día de la batalla.

Continuamos nuestro camino y, para escapar al silencio, aparqué junto a un cementerio a las afueras de Albert y, una vez más, crucé solo la verja de hierro.

Me mareé. Era como estar a los pies de una torre y levantar la mirada, como estar a bordo de un ferri y mirar hacia abajo. Las cruces se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Los nombres eran franceses. Caminé hasta la punta, intentando calcular el número. Llegué a tres mil. Entonces me volví y descubrí que las cruces eran dobles. Tres mil nuevos nombres me daban la cara. Las tumbas francesas no estaban adornadas. La mitad de mi sangre procede de un pueblo que le da la espalda al pasado, me dije. Son los británicos los que adornan, los británicos son los que se niegan a olvidar.

—En Francia hay más de novecientas hectáreas de cementerios militares de la guerra —dijo Gwen cuando cogimos velocidad—. ¿Vamos a visitarlos todos?

Justo después, como si la corriente nos llevara hacia allá, apareció la señal de Authuille.

—Te has pasado de largo —dijo con tono plano.

—Sí —contesté—. Me resulta demasiado... duro. Casi tengo ganas de volverme a casa.

—Mira —señalaba el punto más alto del terreno, la cima de una suave pendiente.

En lo alto se erguía un extraño coloso de colores indeterminables en la bruma. Un enorme arco que rompía el paisaje que lo rodeaba y parecía gritar por las laderas de las colinas.

—Thiepval —dijo Gwen—. El monumento en honor a los desaparecidos.

La miré.

—¡Ya está bien! —me espetó—. No he estado aquí antes. Pero atendía en las clases de historia.

—Tranquilízate. El culatero nos habló de Thiepval. Solo iba a decir que tiene un tamaño descomunal.

—¿Sabes *por qué* es tan enorme?

Puse el coche en punto muerto.

—No —dije con énfasis.

—Para que quepan todos los nombres. Están tallados en las columnas. Setenta y tres mil soldados, los que no encontraron o no pudieron ser identificados. Allí están los nombres de los soldados de la compañía de mi abuelo. Y no, no quiero ir.

Un autobús turístico apareció detrás de nosotros y me desvié al arcén para dejarlo pasar. La miré expectante, pero no dijo más.

Continuamos por un suave valle fluvial, siguiendo la carretera hasta un punto desde el que había buenas vistas, y allí me bajé. A través de la bruma, al fondo

de la pendiente, distinguía un bosque de colores otoñales.

Habíamos llegado. Me había formado tantas imágenes... Me había imaginado el Ancre corriendo con brío por encima de piedras erosionadas, el bosque como una sombría pesadilla de maleza y ramas secas, que se extendía a lo largo de muchos kilómetros. Pero, en realidad, el Ancre solo era una ancha franja de tierra pantanosa, y el propio río, poco más que un arroyo crecido. Los árboles se apiñaban en pequeños grupos y el fondo del valle no era más que una multitud de estanques y canales de agua marrón. Y entendí por qué la guerra fue como fue. Cientos de miles de hombres luchando en un paisaje abierto. Sin montañas ni colinas, los avances se veían a la legua.

Encontrar el bosque Daireaux sería tarea fácil. Solo tenía que conseguir pasar un rato a solas, sacar el mapa de guerra de Winterfinch y hacerlo coincidir con el terreno. El puesto de ametralladoras había estado entre los nogales, seguramente no muy lejos de Speyside Avenue, la línea de suministros donde encontraron a Winterfinch aferrado a su brazo arrancado.

Por fin Gwen salió del coche. Se inclinó sobre el capó y puso la mano contra el calor del radiador.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

Negué con la cabeza:

—Para nada. Pero ahí abajo, en algún sitio, está el bosque —dije al tiempo que señalaba las laderas.

—¿Y la granja? ¿Dónde estará? —preguntó ella.

Miré a mi alrededor. Siempre había creído que la granja estaría cerca del bosque, pero el fondo del valle eran tan pantanosos que no era cultivable. Veía algunas caravanas dispersas, aunque no entendía qué hacía la gente en un terreno tan húmedo.

—Quién sabe —dije—. Tiene que estar en una de las laderas del valle, donde hay mejor tierra.

Gwen llevaba una camisa celeste de manga corta. Sobre su muñeca, el reloj de pulsera de su abuelo hacía tictac.

—¿Tú quieres ver el bosque? —le pregunté—. ¿El lugar donde tu abuelo perdió el brazo?

Se estiró la ropa.

—Sí. He decidido que voy a hacerlo. En cualquier caso, solo lo veremos de lejos.

El silencio me delató. Lo único honesto era forzarme a revivirlo todo, sitio por sitio, a la misma hora, y ver qué me venía.

—¿No pretenderás *entrar* en el bosque? —dijo.

—Aún no lo sé. Pero tengo que ir a primera hora de la mañana. A la hora en

que sucedió.

—No vas a entrar en ese bosque —dijo—. Como entres, me marchó a casa.

Me quedé mirando el paisaje. Tenía la esperanza de sentir un temblor en el suelo, un *déjà vu* en serie que despertara los acontecimientos de 1971 y me hiciera sintonizar conmigo mismo. Pero lo único vivo que tenía cerca era Gwen y comprendí que la encrucijada en la que me encontraba era mayor de lo que había previsto.

—Nos vamos —dije y, al poco, estábamos de nuevo junto a la señal con el topónimo que atravesaba mi vida como un espíritu atormentado.

Authuille.

—Será mejor hacerlo —dije—. Pero vayamos a pie.

Aparcamos el Bristol junto a un cementerio y nos encaminamos hacia un pequeño grupo de casas. Un Renault 4 pasó a toda velocidad, el golpe de viento me levantó las puntas de la chaqueta. En algún sitio ladraban unos perros. También había evocado muchas veces la imagen de Authuille como un pueblecito ajetreado, con cuerdas de tender y gente asomada a las ventanas, pero en realidad era un pueblo desierto y sin comercios, solo unas pocas casas de ladrillo rojizo y polvoriento y vehículos pequeños y viejos. Dos niños jugaban al fútbol ante una entrada de coches de gravilla, pasamos por delante de un jardín donde una señora arrancaba malas hierbas sin fijarse en nosotros.

Gwen me cogió de la mano. No con mucha fuerza, pero tuve la sensación de que todos sus nervios corrían hacia los míos. Aun así, lo limpio y lo auténtico solo corría en una dirección. Nada volvía a ella de mí, y sentí desprecio por mi desconfianza. Ella me apretaba la mano como si nos dirigiéramos al altar.

Luego me soltó y, de pronto, habíamos salido de Authuille y una nueva infinitud de prados apareció ante nosotros. Regresamos al cementerio y buscamos el nombre de Daireaux entre las tumbas, pero no lo encontramos, como si el relato de Einar y mi madre no fuera cierto. Y sin embargo, yo constituía la prueba viviente de que lo era.

—¿Vamos por aquí? —propuso Gwen, desviándose por un camino que descendía abruptamente—. Parece que el río corre por allí abajo.

Lo hicimos. Y de pronto apareció otro Authuille, el Authuille de mis recuerdos. Un poco más abajo había una casa que me resultaba familiar. Auberge de la Vallée d'Ancre. Un bonito restaurante de ladrillo rojizo con franjas blancas horizontales en la fachada.

Y entonces surgió algo de la neblina de mi memoria.

—¿Por qué te paras? —preguntó Gwen.

—Es aquí.

La sensación que había tenido la esperanza de notar estaba a la vuelta de la

esquina. Algo subterráneo se movía, excavando a su alrededor en busca de un punto desde el que abrirse camino.

—¿Qué es aquí? —dijo Gwen.

—He estado aquí antes.

—¿De verdad? ¿Lo recuerdas?

Y me vino como una ráfaga de viento. Unas fotos fijas, una sucesión de pocos segundos. Las manos de mi padre que me cogían por las axilas y me levantaban, mi madre que se ponía a mi lado y decía algo. Estaban entusiasmados y repetían constantemente una palabra.

De pronto conecté. La voz de mi padre sonó clara y limpia en mi memoria.

—Perca —dije.

—¿Cómo?

—Perca. Allí abajo, mis padres dijeron algo de perca.

Gwen echó a andar por la cuesta abajo.

—Espera —dije, un nuevo recuerdo estaba en camino, pero era difuso y extraño—. Algo marrón y blanco —murmuré—, quizá unas letras.

Seguíamos lejos del restaurante. Como sumido en un trance, contemplé el edificio que estaba por debajo de nosotros. La hierba a lo largo de la fachada. La pequeña escalera en ángulo.

—¿Perca y algo marrón y blanco? —dijo Gwen.

Dije sí. Sí, como si estuviéramos ante el altar.

Nos apresuramos a bajar.

—Mira —dijo—. En la pared. El menú.

Estaba dentro de un marco de metal marrón oxidado, a una altura a la que habría que levantar a un niño para que lo viera. La palabra MENÚ estaba escrita con letras blancas.

—Ahí está —dijo Gwen, señalando el menú—. *Perche en sauce safranée*. Perca en salsa de azafrán.

Mi padre, que no debía de hablar mucho francés, me había levantado para que viera el menú. Luego mi madre había acudido para traducírnoslo.

Y así emergió el reconocimiento. Un brumoso recuerdo que hizo que me vibrara el estómago. Me agaché a la altura de un niño, noté el olor de la hierba que me penetraba en las fosas nasales, oí cómo cambiaba el tono del río al estar más bajo y, de pronto, mis recuerdos encajaron. En Francia había otro tipo de hierba, flores que no teníamos en casa y, más adentro, en la niebla del pasado, me pareció oír el eco de las voces de mis padres.

Perca.

La palabra seguía rebotando en mi memoria, como si botara por un sótano lleno de maleza, desprendiendo el mantillo de las paredes. De repente volví a oír

la voz de mi padre. No con claridad, solo el eco. Estábamos en la casa pequeña de Hirifjell, mirando una lámina de peces.

Por fin lo tenía. Un regalo eterno. Un recuerdo genuino de mi padre. Estábamos en Hirifjell, pronunciando los nombres de los peces. El recuerdo se afianzó y, enseguida, flotamos de nuevo hasta Francia, donde sus manos me sostenían por las axilas y decíamos *perca*.

—Siguen sirviéndola —dijo Gwen—. Debe de ser una especialidad de la casa.

La puerta estaba cerrada, pero seguí intentando abrirla y, al poco, una señora un tanto arisca de unos cincuenta años entornó la puerta.

—*Nous n'avons pas encore ouvert. Avez-vous réservé?*

Habló tan rápido que no comprendí lo que dijo y, a los pocos segundos, se le agotó la paciencia y cerró la puerta.

—Ya han cerrado el servicio del almuerzo —tradujo Gwen, mirando su reloj—. Ha preguntado si habíamos reservado mesa para esta noche.

No dije nada. Simplemente me aferraba a la imagen de mi recuerdo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Gwen—. Pareces muy... contento.

—Es la primera vez que tengo un recuerdo claro de mi padre. Su voz pegada a mi oreja, no se había afeitado y me raspó la mejilla sin hacerme daño. Mi madre estaba muy animada. Estaban tan... enteros...

Dio un paso hacia mí. Sonrió. Como si tuviera la esperanza de que con eso me bastaría.

—Una cosa —dije—. La mujer ha hablado de reservar una mesa. Eso lo escriben en un libro, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Quizá guarden los libros?

Diez minutos más tarde, gracias a un despliegue de encanto y francés de colegio privado, por no mencionar unos cuantos francos que le había pasado por debajo del mantel de ganchillo, Gwen había conseguido que la mujer fuera a buscar un viejo libro de color azul claro. Antes de entregárnoslo, frunció la nariz y sopló el polvo de las tapas por la ventana.

—*Perca en salsa de azafrán* —dijo Gwen—. ¿Hace mucho que lo tienen en el menú?

—De toda la vida —dijo la mujer, mientras dejaba el libro ante nosotros.

Los encontramos en la fecha del 22 de septiembre de 1971. Una mesa reservada a nombre de Nicole Daireaux, para tres adultos y un niño.

Miré a mi alrededor. Manteles amarillo claro, el entrechocar de la cubertería que estaban clasificando. Intenté evocar más recuerdos apoyándome en aquellos

sonidos, pero no me vino nada.

—Aquí aparece de nuevo su nombre —dijo Gwen, sacándome de mis pensamientos.

—¿Cómo?

Había pasado a las reservas del día siguiente.

—También reservaron mesa para el día siguiente. Pero ya solo para tres adultos. Igual que la víspera, pero sin niño.

Me quedé mirando el nombre de mi madre.

—Hum —dije.

—Sí. ¿Con quién iban a cenar?

—Tiene que haber sido con tu abuelo —dije—. Quizá yo iba a quedarme con Einar. Pero la mesa se quedó vacía. Ya estaban muertos.

ESA TARDE PEDÍ LA ÚLTIMA CENA DE MIS PADRES.

Perca en salsa de azafrán. Una especia tan nueva para mí como debió de serlo para ellos. Pequeñas partículas del aroma de las briznas anaranjadas que se desangraban en una suave salsa clara. El olor de la comida me penetró profundamente, generando una comunicación de larga distancia con el pasado. Las imágenes surgían y permanecían unos segundos. Los sabores se parecían a las imágenes. Un plato sencillo que no prometía demasiado, una salsa que exigía entrega, no un intenso sabor de especias que obnubilaran los sentidos. Solo un olor suave e inimitable que vibraba en mi cerebro, sintonizándolo con 1971.

Era solo un difuso juego de sombras, sueños brumosos y, aun así, me sentía más cerca de mis padres que nunca. Entendí lo perdida que debió de sentirse mi madre la primera vez que fue a Authuille, cuando llegó a la granja y la echaron de malas maneras. Tuve la sensación de encontrarme en el interior de su cabeza cuando regresó para cerrar una historia.

Sabía que tenía que continuar, repetir nuestros movimientos paso a paso y salir a la luz de la mañana para resucitar de la muerte.

Pero no dejé que la idea me dominara. Todo lo que había en aquel momento era apacible y seguro. No había sido un viaje arriesgado, ni loco. Habían venido para poner punto final, para encontrar la paz.

Una persona apenas no pide perca en salsa de azafrán.

Apenas me percaté de que, por el camino, estaba perdiendo a Gwen. Comía en silencio y, en medio de la cena, dijo algo a lo que le daría muchas vueltas los días siguientes. Era una amonestación, pero no lo pareció, sonó más bien como un amable consejo, algo que dijo después de echar un vistazo a mi vaso de agua.

—Edward —dijo—. Cuando tomas una comida como esta y te ponen unos vasos así de relucientes, hay que llevarse la servilleta a la boca y secarse los labios *antes* de beber. Así no dejas la marca.

Fue como si Gwen tuviera la premonición de que aquella era la última cena que compartiríamos.

ESA NOCHE NO LO HICIMOS. Gwen se cubrió con el edredón y me dio la espalda.

Yo no lograba conciliar el sueño. El runrún del viaje me rondaba en la cabeza, así que me vestí y me di una vuelta por los pasillos. Habíamos cogido una habitación en el Hôtel de la Basilique, pero los ánimos no estaban como para contarle a Gwen que, probablemente, en 1971 había dormido allí con mis padres.

El hotel solo tenía diez habitaciones y, mientras pasaba las puertas lacadas en blanco, me preguntaba detrás de cuál nos habríamos alojado. También allí debían de tener un libro de reservas de hacía veinte años. Salí al aire fresco de la noche y paseé hasta la iglesia. Un par de juerguistas vociferaban en la calle de al lado, un Citroën gris claro con faros amarillos dobló una esquina y desapareció.

Jocelyne Berlet vivía a una hora escasa de distancia. Durante el viaje, le había hablado a Gwen de ella. Quizá podíamos intentar contactar con ella al día siguiente, aunque cabía la posibilidad de que nos contara que habían interrogado a un manco. Yo nunca había albergado resentimientos hacia Duncan Winterfinch, tampoco allí, en Francia. Era como si algo lo excusara. Así que empecé a planificar cómo continuar el viaje, hacia Le Crotoy, a la consulta del médico donde me encontraron.

Cuando volví, Gwen seguía durmiendo y pensé en Shetland, me acordé de una noche que nos emborrachamos en el Captain Flint's y cogimos una habitación en Solheim Guest House. Las risas y los tocamientos en la escalera antes de que nos metiéramos en el cuarto, echáramos la llave y nos desvistiéramos a la pálida luz que se colaba entre las cortinas.

La misma luz que nos rodeaba ahora, en la habitación número 8 del Hôtel de la Basilique, su cuerpo teñido de un brillo amarillento. Me eché en el sofá y me dormí con la vieja tensión y la vieja distancia de las primeras noches en Shetland. La habitación del hotel se había transformado en Haaf Gruney y Quercus Hall, el suelo era un mar revuelto entre nosotros.

Me despertó un lloriqueo. Estaba sentada con el albornoz puesto, en las manos tenía las fotos que le había ocultado.

—Esto no me lo habías enseñado —dijo sin entonación en la voz, como si hablara con las tablas del suelo.

Me incorporé. Mi maleta estaba vacía. Las camisas colgaban rectas en el armario. Los pantalones estaban doblados en los estantes.

—En Quercus Hall, le saqué una foto a su mapa de guerra —dije—. Cuando todavía pensaba que tenías... otro plan.

Pero la foto que estaba mirando no era la del mapa de guerra, era la foto en la que salía yo con el perrito de juguete.

—Eras *tú* el que tenía otro plan —dijo—. Me importa una mierda que hicieras fotos a escondidas. Lo que me pregunto es por qué nunca me has enseñado *estas* fotos.

—¿Y tú qué? ¿No podrías admitir que has estado aquí antes? Teníais una casa de veraneo aquí.

Mis palabras no parecieron llegarle. No lograba desprender la mirada de la foto, dobló la espalda y ahogó unos sollozos.

—No sé lo que les pasó a tus padres —dijo, en un tono casi inaudible.

—No me has respondido —dije—. ¿Teníais una casa aquí?

—¿Una casa de veraneo? —murmuró con aire ausente, como si le hubiera preguntado dónde estaban mis calcetines.

—Einar lo escribió en una de sus cartas.

—Chorradas —dijo al tiempo que negaba con la cabeza—. No teníamos ninguna casa de veraneo aquí.

Me estiré para coger la ropa del día anterior. Gwen seguía con la foto del perrito de juguete en la mano.

—¿Qué pasa con esa fotografía? —le pregunté, ajustándome el cinturón.

Gwen sacó un cajón de la cómoda. Manoseó los frasquitos biselados de perfume y la sombra de ojos. Fue por el neceser de Judith Leiber y guardó el maquillaje en su sitio, bajo los elásticos negros. Murmuraba para sus adentros. De pronto cerró el cajón de golpe. Vino hacia mí rodeada de una nube de rabia y crema de noche de Elizabeth Arden, me empujó con ambas manos contra la pared y me dio una bofetada.

—Te voy a decir una cosa, Edward. Allí arriba, en la granja, vestida con ropa de trabajo y sin ducharme, he pasado los mejores días de mi vida. Esas tortas de patata con ese queso raro es lo mejor que he comido nunca.

Me quebré. Me senté y me llevé las manos a la cabeza. Me maldije a mí mismo por no habérselo contado todo. Las semanas en Hirifjell habían sido auténticas para mí también. Me acerqué a ella y le acaricié el pelo. Pero Gwen se apartó y sacó un cigarrillo. Clavó una uña en el papel y fue abriéndolo lentamente, hasta que tuvo una pirámide de tabaco en la mano. Se levantó, abrió la ventana y sopló el tabaco hacia fuera. Me dirigió una mirada a través del espejo.

—Prométeme una cosa —dijo—. Que nunca entrarás en ese bosque.
Yo miraba fijamente por la ventana. Gwen me dio un beso en la frente y dijo:
—Date una vuelta, *mon chéri*. Baja al Ancre y fúmate un Gauloise. Haz algo teatral. Invoca la lluvia y la tormenta. Y déjame sola.

LA LARGA MIRADA DEL RECEPCIONISTA. Las amarillas hojas del otoño que el viento desprendía y luego pegaba a las ventanas.

La cama estaba hecha. Las sábanas, estiradas. Sobre el escritorio, las fotografías. Una cajetilla vacía de Craven A. Sobre la silla, la chaqueta de Duncan Winterfinch.

Me había dejado una carta.

Edward. Me vuelvo a Unst. No me busques. Voy a poner Haaf Gruney a la venta. Usaré el dinero para el mantenimiento de Quercus Hall. Haz el favor de ahorrarnos a ambos las protestas.

Procura volver a casa tú también. Quédate la chaqueta del abuelo como recuerdo.

Of the summer when we were forever young.

Gwen

Me senté en la cama a esperar un sentimiento que nunca llegó. Quería sentir que se me rompía el corazón, algo brusco y desquiciado, la necesidad de salir corriendo hacia la estación de tren, mirar como un loco por todas partes, coger por el hombro a una chica que llevara una ropa parecida y llevarme una decepción cuando la cara no fuera la de Gwen. Quería gritar su nombre entre los andenes.

Pero me pasaba lo mismo que con mi madre, a quien dibujaba en el aire preguntándome si la echaba de menos tal como debe hacerlo un hijo. Del mismo modo, ahora dibujaba en el aire mi mal de amores preguntándome si sería verdadero o falso. Estaba solo en una habitación de hotel, mirando el vacío, mirando las maletas que ya no estaban y sintiendo el olor del perfume que se desvanecía. Pero el empuje y el anhelo eran vagos y pusilánimes.

Quizá porque intuía que la cosa no acababa ahí.

Porque Gwen me había dejado un regalo: la pregunta de por qué se había marchado.

¿Realmente se había derrumbado solo porque le había ocultado unas fotografías? ¿O ponía mi secreto como excusa para romper la baraja e impedir que la siguiera?

Estudié de nuevo las fotografías, preguntándome si se me habría escapado algo, algo que indicara a Gwen dónde se encontraba el nogal. Pero no nos veía más que a nosotros de viaje. No había sombríos bosques ni extraños almacenes. Solo nosotros, una familia, en autopistas y áreas de descanso. Y la fotografía que llevaba la huella dactilar de Gwen, marcada por la grasienta crema de manos. Yo con el perrito de juguete delante de una pared de ladrillo.

¿Qué era lo que no estaba viendo?

8.

INTUÍA MOVIMIENTOS DETRÁS DEL CRISTAL TRASLÚCIDO del frondoso invernadero. Su silueta se movía entre las plantas, parándose de vez en cuando para hacer algo que no podía ver. Solo a ratos, cuando se acumulaba una gota de agua y caía por el cristal, la veía con claridad.

La exagente de policía Jocelyne Berlet.

Mientras me acercaba al invernadero vi que los movimientos del interior se interrumpían y la mujer abrió la puerta. Era alta y delgada como una corredora de larga distancia y no intentaba disimular su edad. Franjas de pelo blanco se ondulaban hacia una sencilla coleta en la nuca. Las arrugas en torno a los ojos eran profundas y limpias, pero por lo demás era casi la misma que aparecía en la fotografía del periódico.

Jocelyne Berlet me estudió. La mujer que me puso en manos de la vida parecía preguntarse si habría podido hacer algo más para ayudarme.

—Durante muchos años me he preguntado si te reconocería —dijo en francés.

—¿Me reconoces? —dije.

Me miró con intensidad. No parecía haberse percatado de que me había olvidado de hablarle de usted. Asintió brevemente.

—Sí —dijo—. La boca y la nariz. Es extraño verte.

Me sentí violento.

—¿Hablas francés? —preguntó—. ¿O prefieres que hablemos en inglés?

—Mejor en inglés —dije—. Aunque de pequeño hablaba un poco de francés.

Me mordí el labio. Quizá hubiera escogido la palabra equivocada, vaciando de sentido el mensaje.

—Todavía hablas bien en francés —dijo, su inglés era más rudimentario que mi francés.

Del invernadero salían oleadas de aire cálido. En el interior había largas hileras de hortalizas y muchas rosas. En el techo, los respiraderos podían regularse con un intrincado sistema de cuerdas y poleas. Entornó las compuertas, no se quedó muy satisfecha y cerró dos de ellas del todo. Me pareció que en el interior de Jocelyne Berlet tenía lugar un ajuste similar, como si calibrara cuánto aire fresco podía dejar pasar a una vieja historia sin hacer que enfermaran las frágiles plantas.

—Subamos a mi piso —se quitó el delantal, luego enjuagó una tijera de podar en un bidón de agua, introdujo el acero en un cubo de arena y lo volvió a sacar limpio y reluciente.

Miré con curiosidad el cubo. Ella pasó de nuevo al francés.

—Arena normal —dijo—. Empapada con aceite de motor viejo. La arena desprende la tierra y el aceite evita que el acero se oxide.

En la entrada pequeña y oscura del piso, colgó mi chaqueta de *tweed* de una percha. Me pregunté si se fijaría en la marca, si su experiencia como policía la capacitaba para ver que las letras estaban desgastadas por una espalda diferente a la mía.

—Vamos a sentarnos en la cocina —dijo—. Este relato no es propio de sillones mullidos. Y la verdad es que de esos tampoco tengo.

—LO QUE SÉ —dijo Berlet— es que tus padres murieron en torno a las seis de la mañana. El aviso lo dio un hombre que estaba pescando carpas en la otra orilla. Queda bastante lejos y había mucha maleza, pero aun así era un buen testigo. El mejor que se podía pedir.

Ladeé la cabeza.

—La pesca de carpas requiere paciencia y observación. Hay que quedarse muy quieto. Sobre las seis de la mañana, oyó gritos y vio a alguien con chaqueta roja correr hacia el agua. Primero pensó que serían otros pescadores de carpas, alguien que acudía corriendo para subir a tierra un pez grande, pero luego se hizo un extraño silencio. El testigo pensó: ¿qué se hace cuando consigues que un pez entre en el salabre? O lo subes a tierra o intentas conseguir otro. Pero los pescadores de la otra orilla habían desaparecido. Como si fueran invisibles. El testigo se levantó y le pareció ver algo rojo flotando en el agua.

Entonces el pescador cogió su bicicleta, volvió a casa y llamó a la policía. Empezaba a resultarme doloroso escucharla. Relataba la historia con sobriedad, pasando de vez en cuando al francés, aunque luego retornara al inglés.

—Y entonces —dije en francés—, ¿entraron en el bosque?

—No enseguida. Cuando el testigo llamó, busqué el sitio en el mapa y me llevé una sorpresa. Era un bosque clausurado, estaba lleno de bombas. Así que otro agente y yo llevamos una de las lanchas de la policía hasta el lugar donde pescaba el testigo y cruzamos a remo.

—¿No había barreras? —pregunté—. ¿Una alambrada?

—Por aquí y por allá, pero en muy mal estado. Después del accidente, instalaron una alambrada nueva y más alta, pero hoy te seguiría sorprendiendo lo mal asegurados que están los bosques del Somme. Los franceses nos

conformamos con los carteles de advertencia. Aunque no le son muy útiles a quien no sabe leer.

Empezó a rascarse el brazo.

—¿Quién de los dos —pregunté después de una pausa opresiva— llevaba la chaqueta roja?

—Tu madre —respondió Berlet enseguida—. Llevaba una especie de anorak. Tu padre llevaba ropa oscura y fue un poco más difícil encontrarlo.

Me miró fijamente, valorándome del mismo modo en que el abuelo valoraba una cuerda deshilachada.

—Al cabo de un rato, conseguimos subirlos a una balsa. Creíamos que habían pisado un obús de metralla y nos sorprendió que estuvieran ilesos. No vimos ni una herida. Las huellas en la hierba conducían directamente hasta el lugar donde los encontramos. Era como si hubieran corrido hacia al agua y se hubieran forzado a hundirse, para ahogarse.

—El gas —murmuré—. *Le gaz*.

—¿Cómo?

—Un obús químico. ¿No fue un obús con gas...?

Con el índice, Berlet frotó algo invisible sobre el tablero de la mesa.

—Sí, pero eso lo averiguamos mucho más tarde, en la autopsia. Tenían una sustancia extraña en los pulmones, que no era ni gas mostaza ni fosgeno. Era un compuesto que a los químicos les costaba identificar.

—¿El pescador de carpas no vio a nadie más? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Pero la maleza era bastante tupida. Lo que seguramente llevas preguntándote toda la vida, que es lo mismo que me pregunté yo, es qué hacían tus padres en ese bosque. El problema fue que no nos concedieron permiso para entrar. Tuvimos que esperar a los artificieros del ejército. Llegaron al cabo de unas horas, pero, a esas alturas, yo ya había dado la alarma. Evidentemente, habíamos aprovechado la espera para inspeccionar la zona circundante y encontramos un coche que llamó nuestra atención.

—¿El Mercedes?

—Exacto. Uno negro. Estaba aparcado en un camino de grava, no muy lejos. Matrícula noruega. El capó estaba frío, así que debía de llevar allí un rato, o no había ido muy lejos. Corrí el riesgo y ordené que forzaran el maletero.

Las palabras del abuelo resonaron en mi interior. *Alguien quiso entrar en él*, me había dicho muchos años antes, cuando le pregunté por qué el Estrella tenía muecas de óxido alrededor de la cerradura del maletero.

—Lo que vi me conmocionó —continuó Berlet—. Juguetes y ropa de niño. Un pequeño chubasquero azul. Encontramos vuestros nombres en los billetes del

ferri. Tres pasajeros. Apostamos voluntarios alrededor del bosque y cerramos las carreteras para que el jaleo del tráfico no impidiera oír el llanto de un niño. Pero debido al lugar del hallazgo, nuestra teoría principal... Espero que me disculpes... Pensábamos que también te habías ahogado. Así que mientras esperábamos a los artificieros, sondeamos el agua desde unos botes y te buscamos por los prados circundantes. Pero seguía resultándonos incomprensible que tus padres estuvieran en el bosque.

—¿Encontraron nuestras huellas? —pregunté.

—Sí, iban del coche al bosque. Ahora que me acuerdo, lo cierto es que desobedecimos la orden que nos habían dado. Soltamos en el bosque a un pastor alemán que había olido tu ropa, pero enseguida pisó un obús de metralla que le arrancó las patas traseras. Hubo que sacrificarlo en cuanto regresó. Se requerían perros adiestrados y, cuando llegaron, la hierba ya se había levantado. Resultaba todo muy difícil porque teníamos miedo de que tú también pisaras un obús. Los artificieros usaron máscaras de gas durante la búsqueda.

—¿Encontraron un perrito de juguete? —pregunté, sin darme cuenta de lo estúpido que sonaba.

—¿Un perrito de juguete?

—Sí, uno de madera —dije, pensando en el pobre pastor alemán—. Creo que yo lo llevaba, pero nunca apareció.

La mujer necesitó unos segundos para asimilar que me preocupara un juguete.

—Supongo que el equipo de búsqueda lo habría encontrado —dijo—. Si es que no cayó al agua. Pero eso solo lo saben las carpas.

Para vivir sola, Jocelyne Berlet tenía una sorprendente cantidad de álbumes de fotos. Llenaban dos estantes de la librería que colgaba sobre un pequeño televisor. Los veía desde la mesa de la cocina, donde estábamos sentados. Por teléfono me había contado que dejó la policía en 1975. Lo que no me dijo hasta avanzada la conversación fue que después había empezado a trabajar en adopciones. Su motivación era tan obvia que ninguno de los dos la mencionó. Pero no me cabía la menor duda de que yo aparecía en su primer álbum, el que conservaba en la memoria.

En mi interior, yo guardaba un archivador del mismo calibre. Un relato sobre un ebanista y un maderero manco. Mis deseos de contarle toda la historia iban en aumento. Pero ¿quería ella realmente conocerla? Me resistía a ser un testigo principal que acudía con veinte años de retraso a una persona que en su día hizo cuanto estaba en su mano. Para ella, la paz reinaba sobre el caso, del mismo modo que reinaba sobre los niños adoptados de sus álbumes de fotos, destinos que ella acompañaba hasta una puerta de salida y que, después, por el bien de

todos, abandonaba.

En ningún momento me preguntó si yo sabía algo más. Me contó lo que sabía ella, pero sin mostrar más curiosidad. Otra persona que le da la espalda al pasado. El empuje de Einar debe de ser lo que me mueve, me dije, a recorrer el camino hasta el final, a pesar de que están todos muertos.

Sobre la encimera había un jarrón con tulipanes frescos, los había visto en el primer banco del invernadero. Jocelyne se levantó y los colocó entre nosotros.

—Ni siquiera te he ofrecido algo de beber —abrió una nevera espartana—. ¿Quieres un té?

Llenó una cacerola rayada de agua y prosiguió su relato:

—Conseguimos reconstruir los movimientos de tus padres. Se alojaron en el Hôtel de la Basilique. Cenaron en el Auberge. Esa noche, el restaurante estaba muy lleno porque había llegado un autobús de una escuela de cadetes americana. Sirvieron la mesa para tres adultos y un niño, pero el cuarto invitado nunca se presentó. Los camareros creían recordar que un hombre muy alterado se había acercado a la mesa, pero estaban demasiado atareados para proporcionar una descripción detallada. Después tus padres pidieron la cena, reservaron mesa para el día siguiente y les retiraron el cuarto plato. Esa misma noche, el recepcionista los vio regresar. Era tarde y, al parecer, tu madre estaba poco habladora y de mal humor. Tú te habías quedado dormido y tu padre te subió en brazos por las escaleras. Todo indicaba que se iban a la cama. El siguiente acontecimiento que llamó nuestra atención fue que el recepcionista de noche, medio dormido, les pasó una llamada telefónica a la habitación.

—¿Esa noche llamó alguien?

—Sí, y esto abría varias posibilidades. Como que hubieran quedado con alguien en el bosque.

—¿Averiguaron quién había llamado?

—Solo que era un hombre que hablaba francés. La hora era muy extraña. Incluso consideramos la posibilidad de que fuera alguien de la parte francófona de Canadá, alguien que hubiera olvidado la diferencia horaria, pero era una teoría un poco peregrina. El recepcionista volvió a dormirse. Sin embargo, al cabo de un rato lo llamó el huésped de la habitación contigua a la vuestra, quejándose por el llanto de un niño. El hombre se vistió y subió al pasillo, pero se lo encontró todo tranquilo. Así que, entre tanto, o bien habíais salido o bien tú te habías quedado dormido.

Me envalentoné y le pregunté:

—¿Qué habitación teníamos? Ahora estoy alojado en el mismo hotel.

Jocelyne Berlet me miró largamente, antes de sacudir la cabeza despacio.

—No lo recuerdo. Lo siento. Pero solo hay diez habitaciones, así que la

probabilidad... En fin, en cualquier caso, dentro de la habitación encontramos el equipaje y la ropa de tus padres. Estaba todo ordenado. No presentaba indicios de que la hubieran abandonado deprisa y corriendo. Los cepillos de dientes estaban en los vasos, las camas hechas, la ropa bien guardada. La habitación estaba reservada para cuatro días y en el hotel se preguntaban por qué no habrían bajado a desayunar esa mañana.

En Hirifjell, mi cerebro tenía algunos puntos de anclaje. La terraza acristalada, donde me sentaba a mirar los abetos de la linde del bosque y el solitario pino con un nido de urraca. Un buen lugar en el que reposar la mirada mientras pensaba. En la clase del colegio era un gráfico que nunca desenrollaban, que colgaba entre el mapa del mundo y el mapa de Noruega, amarilleado por el sol que pasaba por las ventanas durante las vacaciones de verano.

Jocelyne Berlet también tenía un punto así, la unión entre las tuberías del agua de la pared de la cocina. Estaba bajo, justo por encima del rodapié. Se me ocurrió que estaba acostumbrada a aquella postura, con las manos trenzadas alrededor de la rodilla izquierda, dejando que los razonamientos fluyeran libremente. Pensó un buen rato antes de soltarse la rodilla y desprender la mirada de la unión.

—Permíteme preguntarte una cosa, Édouard. ¿Qué pretendes con esta visita? ¿Quieres encontrar la paz? ¿O estás... buscando algo?

—Supongo que sonará raro. Pero tengo que averiguar lo que pasó.

—Sí, pero ¿por qué? Discúlpame de nuevo, pero ¿*deseas* esto? Hay una razón por la que tendemos a recordar solo lo bueno que nos ha pasado en la vida. Las personas tienen una increíble capacidad para deshacerse de lo doloroso, y lo amargo adquiere el dulce brillo de la sana experiencia. Los niños logran adaptarse a casi todo. Pero ahora estás regresando al lugar donde, en su momento, estuvo la verdad. Y eso podría causarte unas heridas que serías incapaz de soportar.

Lo cierto es que tenía razón. Según ella, mi madre estaba de mal humor cuando volvimos al hotel. Mientras que yo me había dicho a mí mismo que una persona apenada no pide perca en salsa de azafrán. Quizá el único recuerdo auténtico fuera el que yo diera por verdadero.

—¿Me está usted ocultando algo? —pregunté.

—En absoluto. Son las *suposiciones* acerca de lo que pasó las que quizá sean demasiado para ti.

El agua empezó a hervir y ella apagó la placa.

—Es tan... injusto —dije—. Sé que hubo gente que entró en el bosque en 1943 sin sufrir daños. Mientras que mis padres fueron directos a una bomba.

Berlet negó con la cabeza.

—No es nada raro porque las carcasas de los obuses son de hierro y se oxidan, pero el proceso es lento. Durante la última guerra, quizá fuera posible pisarlos. Sin embargo, cuando tus padres entraron en el bosque, los obuses llevaban más de cincuenta años abandonados.

—¿Y ahora?

—Ahora se han oxidado todavía más. Es la propia naturaleza la que trabaja. El bosque es cada vez más peligroso.

Se daba cuenta de lo que estaba tramando.

—Ni se te ocurra —dijo—. La gente sigue muriendo por pisar explosivos no detonados. Tuvimos un incidente cerca de Thiepval hace tan solo un par de semanas. Hubo que llevar al hospital a dos hombres que estaban arreglando la carretera, de tan aturridos y ofuscados. Habían rozado un obús químico tan oxidado que solo le quedaban un par de milímetros de espesor. La verdad es que, al leerlo, pensé en el caso, en *tu* caso.

Se interrumpió y me dirigió una mirada oblicua. Un misterio sin resolver que había crecido. Un niño pequeño que había vuelto a su cocina, vivito y coleando. Cada vez me quedaba más claro que no le gustaba revivir los recuerdos que llevaba dentro.

—¿Qué cree usted que pasó en realidad? —me forcé a preguntar—. Si se permite pensar con libertad.

—Tengo una teoría, pero para comprenderla has de comprender el territorio en el que nos encontramos. Somme despierta los anhelos de las personas. Los campos de batalla producen una impresión tan profunda que hay gente que se deja arrebatar. Las historias de este lugar generan una búsqueda de vida y de sentido, de algo humano. Sé lo que es no poder tener niños. El vacío que se produce dentro y fuera de uno mismo. Así que creo que te secuestraron. Aquí, en el peor matadero de la historia de la humanidad.

—¿Quiere decir que alguien... sencillamente me cogió?

—He visto esa desesperación una y otra vez en las oficinas de adopción, aunque llegara disfrazada con ropa de vestir y la tensa cortesía con la que se envuelven los años de deseos frustrados. De modo que sí, creo que te separaste de tus padres y que ellos estaban buscándote. Probablemente te desorientaste y luego alguien te encontró, asustado y desesperado. Quizá su primera intención fuera solo ponerte a salvo, pero luego surgió otro impulso. Hay millones de personas muy cortas de miras. Ciertas ideas pueden parecer buenas durante unos minutos, pero después llega la reflexión y empiezan a preguntarse qué dirán los vecinos. Al poco, al niño le entra hambre y empieza a llorar. Piensan en el certificado de bautismo que no tienen. Y el enamoramiento por el plan empieza a

diluirse. Normalmente, al cabo de media hora se recupera la sensatez. En ocasiones, se tarda un par de días. Luego están los que piensan que pueden ganar dinero con la desaparición de un niño. Pero ese plan se habría ido al traste al día siguiente, en cuanto leyeran un periódico y se enteraran de que tus padres habían muerto.

—En los hoteles se habrían sorprendido —dije— si alguien apareciera de pronto con un niño de más, ¿no?

—Exacto. Estuviste desaparecido durante varios días y quienes te llevaron consigo tuvieron que vivir en algún sitio. Por eso interrogamos a los empleados de todos los alojamientos de la provincia. Sospechábamos que te había secuestrado una pareja sin niños de entre treinta y cuarenta años. O una mujer soltera de la misma edad. Revisamos las listas de huéspedes de toda la provincia. Pero, más allá de que encontramos hasta diez casos de infidelidad, no averiguamos nada. Creo que te llevaron a Le Crotoy porque estaba lejos del núcleo de la investigación. Y que aguardaron hasta el lunes porque todas las oficinas estaban cerradas. Te dejaron en una consulta médica, en un lugar con gente despierta y responsable. Quizá se sentaran a cierta distancia y esperaran a que llegara el coche patrulla. Probablemente sigan vivos, con o sin hijos. De lo que estoy segura es de que viven muy, muy lejos de Le Crotoy.

—¿Recuerda cómo se llamaba el médico? —pregunté.

—No, lo siento. Solo recuerdo que era viejo y que tenía autoridad. Alguien había llamado a su puerta y, cuando la recepcionista salió, te encontraron a ti solo en la sala de espera. Te hicieron una revisión al instante. Te habían reconocido por el periódico. Averiguaron que habías comido recientemente y vieron que estabas tranquilo. Llevabas la ropa sucia, pero las únicas lesiones eran los moratones.

Fruncí el ceño.

—¿Moratones?

—Sí. Muchos.

—¿Yo? ¿Dónde?

Jocelyne Berlet se levantó y se acercó a mí. Se detuvo y vi que se esforzaba por controlar una ternura reprimida.

—Evitamos dar detalles a los medios —dijo, y me tocó el brazo derecho—. Estaban aquí —continuó, pasándome el dedo desde el hombro hasta el antebrazo—. Fuertes hematomas. Tenías la piel casi negra, pero, del codo para abajo, no había nada, tampoco en el brazo izquierdo. Algo te había aplastado.

Su mano permaneció un segundo de más sobre mi brazo. Estuve a punto de poner mi mano sobre la suya, pero debió de notarlo y dio un paso hacia atrás.

—Me senté a tu lado —dijo—. Intenté que me hablaras, que me dijeras algo

que me diera una pista. Pero tú callaste. Como si el suceso hubiera bloqueado tu memoria.

Ese fue el día en que dejé de hablar francés, pensé.

—Y luego... ¿vino el abuelo?

—Fui testigo de vuestro reencuentro. Corriste hacia él y él te cogió en brazos. Tuvo que esperar unos días en Amiens hasta que quedaron arregladas las formalidades.

—¿Después mi abuelo y yo nos marchamos a casa?

—Sí. En el coche negro. Primero tuvo que identificar a tus padres, que fueron enviados por avión. Tu abuelo no era muy sentimental, pero, hasta cierto punto, parecía estar... buscando algo. Como si esperara que sucediera algo más.

Me lo imaginé. El odio que se forjó ese día. Hacia un hermano con buenas intenciones, pero que acababa embrollando la vida de todo el que lo rodeaba, como un perro que menea la cola con demasiado ímpetu y acaba rompiendo la porcelana.

—Parece que se me ha olvidado servir el té —dijo.

CUANDO SALÍ A LA CALLE, me encendí un Gauloise y miré el Bristol. Quizá debería haberle hablado de Oscar Ribaut a pesar de todo, pero no se había presentado la ocasión. En cualquier caso, su profesión debía de haberla curtido para las despedidas. Al llegar a la puerta, había asentido brevemente con la cabeza, sin dejar traslucir sentimiento alguno.

Me quedé allí, fumando de espaldas a su piso. Pasaron un par de autobuses, me pareció oír unas voces y de pronto sentí un duro golpe en el hombro, seguido del sonido de algo que rodaba por el asfalto. Era Jocelyne Berlet, que me había tirado un pequeño fusible desde una altura de tres plantas y había atinado. Estaba en la ventana de la cocina, con las manos apoyadas sobre el alféizar, como sobre la borda de un buque.

Al poco, me encontraba de nuevo en su vestíbulo.

—Te has quedado ahí fumando —dijo.

—Sí.

—¿Quizá no me lo has contado todo?

—Quizá usted tampoco —dije.

Recogió del suelo un guante de piel negro que se había caído.

—Acabamos recurriendo a la explicación de que se trataba de un secuestro espontáneo —dijo conforme reunía el par de guantes sobre una mesita—. Era la única respuesta que nos permitía cerrar el caso.

—¿Funcionó? —pregunté.

—No. Yo nunca me quedé tranquila.

La continuación flotaba en el aire. Cerrar un antiguo caso requería un trueque. Así que fui a buscar las fotografías y le conté todo lo que sabía. Estudió la fotografía en la que salía yo con el perrito de juguete con una mirada parecida a la de Gwen. Apenada, pero al mismo tiempo afectuosa. Un niño pequeño, poco antes de desaparecer y perder la memoria.

Cuando acabé mi historia, Jocelyne se llevó cuatro dedos a la frente y se frotó despacio de arriba abajo, como pidiendo al cerebro que pusiera en marcha un nuevo cálculo.

—En realidad esto no me aclara gran cosa —dijo—. Pero en una investigación siempre quedan cabos sueltos. Por ejemplo: aunque tus padres tenían dos juegos de llaves de la habitación, solo encontramos uno. En el bolsillo de la chaqueta de tu madre.

—Creo que ese día iba a ocuparse de mí —dije— el que se llamaba Einar.

—Quizá —dijo—, o quizá perdieron el otro juego mientras te buscaban. Es imposible desenmarañar todos los hilos. La otra cosa que me agobiaba a mí era lo del vestido.

Me quedé frío. Noté una tensión en la nuca.

—¿Vestido? —murmuré.

Berlet se rascó la mejilla.

—Durante un tiempo, sospechamos de la limpiadora del hotel, pensamos que podía haberlo cogido ella, pero al final lo descartamos. Cuando encontramos a tus padres, llevaban ropa normal de excursión, pero la víspera, la camarera del restaurante se había fijado en que tu madre llevaba un precioso vestido azul de corte antiguo. Tu padre... ¿Qué? ¿Pasa algo?

—Es que... No, nada, continúe.

—Tu padre llevaba traje, un traje que encontramos al registrar la habitación. El vestido, en cambio, no estaba. ¿Quién se colaría, poco después de una muerte, en la habitación del hotel de los fallecidos para robar un anticuado vestido de verano?

9.

UN MATRIMONIO BIEN VESTIDO ESTABA PASEANDO A UN perro. Eché en falta la Leica, la cámara me habría convertido en un turista cualquiera de la guerra.

—Estoy buscando una granja —dije—. En su día perteneció a la familia Daireaux.

Se miraron y negaron con la cabeza. Quizá lo pronunciara mal. Lo intenté de nuevo, esta vez retorciendo las aes, pero se encogieron de hombros y continuaron su camino.

El Bristol estaba parado en el arcén. Los deslucidos faros me recordaban la mirada de un perro viejo y fiel, de movimientos lentos, pero con un buen olor que inspiraba confianza. Ojalá pudiera contarme lo que había visto a lo largo de todos los kilómetros que recorrió con Einar.

Abrí la puerta y me senté con las piernas hacia fuera. Encontré una cinta de Bob Dylan y la pasé hasta llegar a «Mr. Tambourine Man». Me agaché y me até los cordones. Por la mañana había estado un poco perezoso y solo me había hecho un lazo simple. Esta vez, preparé los cordones para un *turquoise turtle*. Por eso, pensé de repente, Gwen sabía hacer nudos que duraban todo el día, porque los mancos no pueden atarse sus propios zapatos.

Me levanté con las lazadas recién hechas y la intuición de que Gwen no andaba muy lejos. Crucé un puente por encima del Ancre, subí por una ladera y me topé con una oxidada línea férrea. La seguí hasta un viejo edificio de ladrillo con el tejado arqueado. La foto en la que salía con el perrito de juguete tenía una pared parecida de fondo. ¿Cuántos millones de edificios así habría?

Me di una vuelta por allí, dando patatas a la chatarra semienterrada en la hierba, luego me asomé a las ventanas para mirar la desastrada sala de espera. En el suelo había un enorme reloj de pared hecho añicos. No había nadie por los alrededores, lo único que se oía eran los pájaros y el tráfico a lo lejos.

Continué andando, en busca de alguien a quien preguntar. Por fin vi a una anciana encorvada e inmóvil en la cuneta con una pelota de playa amarilla en los brazos. De pronto, una niña salió corriendo de detrás de un seto y la anciana le pasó el balón entre risas.

Esa mujer había vivido lo suficiente como para saber. Me indicó la dirección.

—Pero la familia Daireaux... ya no está —dijo.

—¿Los conocía? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Después de la guerra, vivió allí otra familia. Pero creo que hace algunos años que se marcharon.

Seguí sus indicaciones. Si la mujer tenía razón, la granja estaba a un par de kilómetros del nogueral.

Y así era. Un viejo camino de gravilla, apenas distinguible ya, corría entre unos árboles retorcidos. Casi no era transitable, los torrentes de primavera lo habían usado como cauce y, por el centro, la hierba crecía muy alta.

Me vino una imagen en la que caminaba junto a mi madre. Fue solo un producto de mi imaginación, una imagen que surgió allí y que allí valía. Ese camino lo habíamos recorrido cada uno por su lado, pero con las mismas expectativas. ¿Encontraría allí algo que me perteneciera? ¿O, en el fondo, podría haberme criado en cualquier sitio?

De pronto la imagen de mi madre se desvaneció y tuve la sensación de estar agarrado a algo, al mismo tiempo que no hacía pie. Igual que la piña en el árbol, que no sabe que está atada a una raíz hasta que cae y suelta las semillas que acabarán brotando.

Cincuenta metros más allá vi la granja Daireaux. Una vivienda con el tejado hundido. Un establo sin portones. Cobertizos con las puertas colgando ladeadas de los goznes. La descripción de la carta de Einar encajaba. El gallinero. La escalera en la que mi bisabuelo había recibido al enigmático Oscar Ribaut.

Me senté en el último peldaño y recorrí el patio con la mirada. Allí habían estado, Einar e Isabelle, con la esperanza de que acabara la guerra. Y allí, exactamente allí, se había presentado la Gestapo para arrestar a toda la familia. Pero Einar se libró.

Ahora los arbustos habían proliferado junto a los muros y los hongos de la hojarasca habían deteriorado la pintura de las paredes. Una lona ondeaba al viento. Dentro del establo encontré una paloma muerta. En la cuadra, el suelo estaba cubierto de paja grisácea y excrementos de ratones. Sobre la encimera de la cocina, una rueda de bicicleta. Debía de hacer años que allí no olía a comida.

Quería ser alguien en quien los muertos pudieran confiar, pero, en ese instante, ninguno de ellos dio un paso al frente para ayudarme a mí.

En ocasiones me había preguntado si, en caso de encontrar el nogal y conseguir el dinero, debería comprar aquella granja. ¿Debía usarla como casa de verano, exprimir las últimas gotas de sangre de la tragedia y anunciar a los fantasmas familiares que el círculo se había cerrado? Ahora que había llegado hasta allí, merodeaba por las casas con la esperanza de sentir algo: una

pertenencia o una responsabilidad. Pero aquel lugar no me tocaba. Era como mirar un marco al que le faltara el cuadro.

Solo al alejarme de la granja Daireaux, sentí que me apenaba marcharme. Algo es algo, me dije.

Regresé al coche y de repente tuve la sensación de que me sobraba el tiempo. La gente no me miraba, parecían acostumbrados a los autobuses turísticos, a los que se paseaban con sus cámaras, señalando los prados, y a los coches ingleses que se detenían en medio de la carretera.

Unos colegiales corrían entre las tumbas de un cementerio dando voces. Me pregunté qué habría pensado de ellos Duncan Winterfinch. En ese momento pasó un taxi, que frenó junto a un desvío al otro lado del cementerio. La pasajera se inclinó hacia el conductor y le dijo algo.

Era Gwen.

Llevaba una chaqueta azul nueva y se había arreglado el pelo. En las manos sostenía un mapa en el que señalaba algo. El taxi continuó su marcha. Intenté seguirla en el Bristol, pero no la encontré y me metí en una cafetería con una iluminación chillona y muebles de plástico blancos. Se me hizo un nudo en la garganta. Recordé su rostro por encima de los platos del Raba, el olor de su piel y sus pequeños suspiros antes de quedarse dormida, el ardor y la voluntad cuando aceleraba el *Zetland*. Lo nuestro había acabado, estaba vacío y muerto, tan perdido como los árboles de Shetland, tan insostenible como un pegadizo estribillo de pop. Gwen estaba buscando una partida de madera desaparecida. Eso estaba claro.

Una hora más tarde me encontraba ante el bosque Daireaux. Siguiendo el mapa de guerra, había tomado un camino de gravilla que se adentraba entre unos prados pedregosos y me había detenido en el lugar donde pensaba que mis padres podían haber aparcado el Mercedes. Me limité a echar un vistazo, no quise fijarme en los detalles. Iba a regresar a la mañana siguiente.

Seguí adelante y empecé a buscar la casa de veraneo de Duncan Winterfinch. Me paraba en los cementerios, cruzaba las chirriantes verjas de hierro y me paseaba entre las tumbas, intentando que me penetrara la tragedia de 1916, tratando de pensar como el viejo capitán. En un muro de piedra, vi una puertecilla de latón en la que no me había fijado hasta entonces. Sobre el latón había una cruz grabada. Al abrirla, encontré un fino libro encuadernado.

Un libro de visitas, en el que se escribía la fecha, el nombre, el país y, si alcanzaban las fuerzas, algún comentario. Escribí mi nombre en una línea vacía. Con cuidado, para que el bolígrafo no atravesara el papel: Édouard Daireaux. Volví a dejar el libro en su sitio y contemplé la tumba de un soldado

desconocido. *Known unto God*.

Entonces se me ocurrió una posibilidad. Abrí de nuevo la puerta de latón y saqué el libro de visitas.

LOS LOCALES DE LA COMMONWEALTH WAR GRAVES Commission parecían uno de esos sitios donde se alquila maquinaria cara. Cortacéspedes, miniexcavadoras y hormigoneras estaban almacenados con gran orden en enormes barracones. Lo único que tenía un aire solemne eran las banderas de los aliados, que ondeaban en lo alto de las astas que flanqueaban la entrada de coches. En ese momento llegó una camioneta de gran tamaño. Un hombre con mono detuvo el vehículo y dejó el motor al ralentí mientras se bajaba de un salto de la cabina y recogía unos rollos de alambrada. Las rejillas de ventilación de la parte alta de la camioneta me indicaron que debía de transportar animales. Me acerqué y oí los balidos.

Tenía la impresión de que, por aquella zona, las ovejas constituían la mayor parte de la plantilla a jornada completa. Había visto rebaños junto a los monumentos conmemorativos. Pastaban en los terrenos en que era demasiado peligroso pasar los cortacéspedes.

La camioneta siguió su camino. Evité pensar en mis propios animales y llamé a la puerta de la oficina. Al no obtener respuesta, entré. Tres hombres y dos mujeres, vestidos con trajes verdes de jardinero, estaban sentados alrededor de una mesa. Sobre una lámina se veía su plan de trabajo. Su labor consistía en mantener los monumentos, limpiarlos, plantar flores y cambiar las banderas cuando el sol las deterioraba.

—Los libros de visitas de los cementerios —dije en francés—. ¿Dónde se guardan cuando están llenos?

Después de intercambiar miradas de desconfianza, uno de los jardineros me llevó al sótano y abrió una puerta de acero. El tubo fluorescente más cercano parpadeó y, poco a poco, la luz fue extendiéndose por los tubos del interminable archivo. Una colección de libros escritos a mano que glosaban las incontables formas que había tomado la añoranza a lo largo de setenta años. Gastados libros de visitas que parecían periódicos dejados a la intemperie: aunque ya se habían secado, las hojas estaban arrugadas.

—Aquí cayeron seiscientos treinta mil hombres —dijo el señor—. Y eso solo contando a los aliados, y solo a los que cayeron aquí, en la batalla de 1916. Los alemanes tienen sus propios cementerios con el mismo número de caídos.

Me preguntó por qué quería ver aquellos miles de libros de visitas que nadie hojeaba nunca, pero que nadie era tampoco capaz de tirar. Le expliqué que mis padres murieron allí en 1971 y que estaba buscando su última firma.

Era solo parte de la verdad. También estaba buscando otro nombre: el de un hombre manco. Me señaló las estanterías donde se guardaban los libros de visitas de los alrededores de Authuille y High Wood, los lugares en los que el Black Watch luchó en 1916. Había cientos de tomos por cada cementerio. Nombres escritos con la densa letra que producen las plumas estilográficas. Páginas desgarradas por el viento. Las firmas de la década de 1920 eran rígidas y enhiestas, a veces había centenares de firmas de un solo día. La gente debía de hacer cola. Pequeños comentarios al margen. «*We miss you dearly. Sarah is nine years old now and she is doing fine.*»

Padres de soldados. Viudas de soldados. Las personas que detentaban los derechos sobre un fondo vacío en el Scottish Widows.

Saqué un libro de los años treinta, otro de 1953 y observé los cambios en el tipo de letra que enseñaban en los colegios británicos. Vi cómo se iban transformando los patrones del dolor a medida que los padres envejecían o morían, cómo la guerra fue pasando de ser una sangrienta tragedia familiar a un acontecimiento histórico y nacional.

Pero no leía detenidamente. Pasaba las hojas buscando una firma erguida, que ya había visto antes, en el contrato que otorgaba a Einar el derecho a vivir en Haaf Gruney *until the end of time*, quizá la firma de la que más se hubiera arrepentido en su vida.

Con todo, las columnas eran interminables y podría llevarme horas encontrarla. Así que empecé a pasar las hojas hasta septiembre, el mes en que por fin se ganó la batalla del bosque Daireaux.

Y ahí estaba.

Cpt. Winterfinch, The Black Watch, y ret., que indicaba que había pasado a la reserva. Seguía firmando con rango y regimiento, a pesar de que dirigía una empresa con sedes por todo el planeta.

La visita se repetía cada año. Siempre encontraba su firma en el mes de septiembre, una época que por aquellas tierras debía de ser húmeda porque los libros de visitas de otoño presentaban más manchas de moho y hongos que los de verano. Las páginas estaban arrugadas y las firmas malogradas porque los bolígrafos no querían escribir. Las fechas aparecían en la primera columna y me di cuenta de que, a partir de 1928, adquirió ciertas rutinas. Desde ese año siempre estaba entre los primeros que llegaban por la mañana, era un hombre que quería estar solo con su dolor. Su firma ocupaba dos líneas y nunca lo acompañaba nadie.

Cada año, el capitán Duncan Winterfinch había visitado las tumbas de sus soldados, y a partir de 1931 era siempre el primero en llegar. Empezaba por Thiepval, y a continuación recorría sistemáticamente todos y cada uno de los

cementerios. Abría las chirriantes verjas de hierro y entraba. La tarea era tan importante que no confiaba en los utensilios de escritura que había junto a los protocolos, él siempre llevaba el suyo: una pluma de punta ancha con tinta verde.

Empecé a pasar las páginas a mayor velocidad. Me salté los cinco años de ausencia durante la Segunda Guerra Mundial y volví a encontrar su nombre en septiembre de 1945. Ese año, su firma estaba un poco ladeada. ¿Quizá se había acercado al bosque Daireaux y había visto los boquetes dejados por los nogales? Para él, debió de ser una mezcla de traición y blasfemia.

Avancé metódicamente. 1968, 1969. Seguía siendo el primero. Seguía firmando como Cpt. Winterfinch. Lo mismo hizo en 1970. Ya me había familiarizado con su sistema y abrí el libro del otoño de 1971. Comencé en octubre y fui pasando las hojas hacia atrás, acercándome al punto en el que empezaba mi propia existencia, mi propio año cero.

Y entonces descubrí que la última vez que Duncan Winterfinch visitó a sus compañeros caídos fue la mañana del 23 de septiembre de 1971, a primera hora.

En esta ocasión, y por vez primera, fue acompañado a Thiepval. Debajo de su firma, vi un nombre que no me esperaba ver, y menos me esperaba lo que decía. Se trataba de la última voluntad de mi madre, escrita justo antes de morir.

N. Daireaux. Que en paz descansen.

10.

ME DESPERTÉ A LAS TRES DE LA MAÑANA. Me parecía notar una presencia en la noche. Encendí la luz, clavé la mirada en la pared blanca y luego en el teléfono, como si esperara que alguien me llamara. Estaba abierto a la posibilidad de que me visitaran los espíritus de veinte años atrás.

Pero no. Estaba solo. Yo era el único que sabía todo lo que pasó aquella mañana, que oyó cada palabra que se pronunció.

Me vestí, calenté agua en el hervidor y me preparé una taza de café soluble. Comprendí que nunca podría recrear con exactitud lo que pasó. Y sin embargo, sabía lo *suficiente*. Lo que necesitaba era una verdad lo bastante verdadera para darme la paz.

Debieron de citarse con Duncan Winterfinch en el restaurante, pero el local estaba demasiado ajetreado y el jaleo era molesto. Un hombre que construye un palacio de madera en el lugar más desolado de Gran Bretaña no está dispuesto a negociar rodeado de voces. Sobre todo, tratándose del gran negocio de su vida, aquel que sacaría de nuevo a la luz la madera de *the sixteen trees of the Somme*. Así que debió de abandonar el restaurante con una mezcla de alteración e indignación y pasar la noche atormentado por la rabia reprimida durante décadas. Según Gwen, se despertaba siempre a las tres de la mañana. *Y entonces quería que todo estuviera a su gusto.*

Esa noche, Duncan nos llamó a la habitación del hotel. El estridente sonido de un teléfono viejo. Probablemente, propuso que se reunieran en Thiepval al amanecer. Allí podría hablarles libre del estruendo de los coches y las miradas curiosas. Sin más ruido que el canto de los pájaros, podría relatarles cómo avanzó el Black Watch en 1916. La última narración de un veterano de guerra. A la misma temperatura, en el mismo aire, con la misma luz.

Según los británicos, un soldado es propietario de la tierra en la que cae. *Eso* Einar nunca logró entenderlo, cegado por su historia con Isabelle en ese mismo bosque.

Quizá Duncan Winterfinch tuviera buenas intenciones. Ya estaba debilitado por la edad y es probable que no exigiera demasiado. Simplemente no seguía los horarios de los demás. Quizá lo propuso mi madre: *Veámonos ahora*, es probable que dijera. Dado que el niño estaba despierto de todos modos, no tenía

sentido pasarse la noche esperando en una habitación de hotel.

FUERA HACÍA FRESCO. Me senté en el Bristol y conduje en la penumbra. Las calles estaban vacías, el dorado campanario apenas era visible contra el cielo. Seguramente aquel día, veinte años antes, estaba igual. Un niño desvelado y dos padres medio dormidos, de camino a un monumento de guerra. Los espera un manco. Recreé las sensaciones, evoqué el reflejo de las farolas sobre el capó, el suave zumbido del motor, el brillo amarillento de los instrumentos de medición, a mis padres dirigiéndose hacia la muerte.

Sobre un alto vi la silueta de Thiepval. Era un monumento descomunal, imposible determinar si feo o bello, destinado a permanecer en pie para la eternidad y reproducir los gritos de los muertos.

El aparcamiento estaba vacío. El único sonido, mis pasos sobre la gravilla. El monumento fue creciendo a medida que avanzaba y me dije: Has estado aquí antes. ¿Recuerdas el arco contra el cielo, el canto de los pájaros de fondo?

Me detuve e inspiré el húmedo frescor de la mañana. Continué. Tanteé la idea de que Gwen también pudiera encontrarse allí. Llegué ante el coloso de ladrillo, di el primer paso sobre los anchos escalones y me penetró la fría emanación de la piedra consagrada. Había llegado, me hallaba entre los muertos. El eco de mis pasos reverberaba entre los arcos. Todo estaba en penumbra, frío y viejo.

Pasaron diez minutos. La claridad empezó a asomar. La luz de la mañana acarició las superficies de las piedras, sacando a flote una infinidad de signos tallados, que formaban una hilera tras otra. Cuando por fin llegó el sol, setenta y tres mil nombres dieron un paso al frente y me rodearon.

Busqué el pilar de piedra del Black Watch. Allí estuvieron también ellos, Winterfinch y mi madre. Él, respaldado por su compañía; ella, por la historia de su vida, que comenzaba en Ravensbrück. El amanecer daba rienda suelta a sus relatos. Un anciano que quería organizar las cosas antes de morir. Una mujer que estaba en deuda con una madre a la que no recordaba.

De modo que yo hice lo mismo que ellos. Me acerqué a los peldaños de piedra del pedestal y encontré la caja empotrada de latón viejo, con su cruz por fuera. Saqué el libro de visitas y lo firmé. Aquella mañana fui el primero.

¿Por qué no decidirlo todo en ese momento? ¿Por qué tuvieron que ir al bosque? Quizá Winterfinch le hiciera una oferta a mi madre y le propusiera una suma de dinero. El posterior traslado en coche, mis padres a solas, quizá quisiera darles tiempo para hablar.

Abandoné Thiepval y conduje hasta el nogueral de mi familia. Tenía aproximadamente el mismo tamaño que el bosque de abedules flameados, pero

estaba rodeado de arbustos y maleza que presionaban la alambrada. Unas hayas crecían algo más allá, las copas se distinguían contra el cielo azulado. Los pájaros guardaban silencio. El aire estaba condimentado por la humedad del suelo.

Al llegar al oxidado alambre de espino, una aversión casi me tumbó. Un sudor frío me pegó la ropa al cuerpo y me vinieron a la mente los nombres de mis padres sobre una deteriorada lápida muy lejana, tallados en el granito azulado de Saksum, una tumba en la que yo era incapaz de poner flores.

Fue entonces cuando el bosque me respondió. Pasó un viento que trajo el sabor del otoño. Un murmullo de los árboles. La ráfaga de un valioso recuerdo.

En una mano, la mano de mi padre, firme y fuerte. En la otra, algo nuevo y divertido. El perrito de juguete. Después el esbozo de otro recuerdo. Carecía de detalles, no era más que una inquietud corporal. Yo estaba impaciente porque alguien hablaba y hablaba y no acababa nunca. Luego me vino a la mente un niño de tres años que pensaba: Ya va siendo hora de que esto trate sobre mí. El mismo niño inquieto que cada mañana quería esconderse entre los manzanos. *Y aunque estoy muy cansada, lo acompaño en el juego, porque cada reencuentro me parece un recordatorio de que ahora la vida tiene sentido.*

Nunca pretendieron entrar en el bosque. El trato estaba cerrado, habían ido allí a poner el punto final. La firmeza de la mano de mi padre que se aflojaba un segundo. Y entonces nos soltamos para siempre. De pronto el niño había echado a correr. A la carrera, como había estado toda mi vida, me había adentrado entre los troncos de los árboles.

La verdad era que yo había matado a mis padres. Si no hubiera salido corriendo hacia el bosque, seguirían vivos.

ME FORCÉ A ENTRAR, pese a que el corazón se me salía del pecho y el cuerpo ofrecía tanta resistencia que se me subieron los testículos. Y al mismo tiempo, no era más que una de las decenas de miles de personas que se habían sentido así en ese preciso lugar.

Salté por encima de la valla y me descolgué lentamente por el otro lado. Me pegué tanto a la alambrada que el metal se me enganchó a la ropa por la espalda. El rocío de las ramas me acarició el rostro, como si me encontrara frente a una fila de ciegos que me untaran un líquido en una ceremonia secreta. Era imposible encontrar el sendero. Seguramente, nadie habría entrado allí desde 1971. Así que empecé a desplazarme hacia un lado, sin separar la espalda de la alambrada. Las púas del alambre me fueron raspando hasta que llegué a una zona de viejos álamos temblones.

El álamo temblón. El primer árbol que crece después de que se tale un bosque, o en los senderos abandonados. Empecé a avanzar entre ellos, aparté una rama, dejé que me guiara la senda de los álamos. Pasé unas trincheras cubiertas de vegetación, agujeros de obuses, troncos partidos, los matorrales con los que la naturaleza cubría las heridas de la guerra.

Y salí a un claro. Un llano desnudo en el que la hierba crecía de mala gana. Dieciséis grandes boquetes, más pequeños y de contornos más rectos que los agujeros producidos por las bombas. Las raíces de los nogales. Miles de soldados muertos bajo mis pies. Mezclados con la tierra, como la harina y el agua en una masa.

El silencio seguía siendo sepulcral. Pensé que si hubiera llegado allí por casualidad, sin saber nada de la historia, habría sentido lo mismo: que aquello ya no era un bosque y que nunca podría volver a serlo. Aquel lugar era una fosa común.

Por todas partes había protuberancias que parecían pequeños montones de piedras. Aunque estaban cubiertos de décadas de hojarasca, entreví el metal oxidado. Eran las carcasas de los obuses que habían apilado los artificieros.

Un poco más allá había un árbol retorcido. Debajo, el suelo estaba cubierto de nueces. Aquel árbol debió de brotar antes de 1944. Era descendiente de los dieciséis nogales de la familia Daireaux.

Las nueces parecían sanas, como las que comíamos en casa en Navidad, con la forma y los pliegues que recuerdan a un cerebro bajo la cáscara. Recogí unas cuantas y me las metí en el bolsillo. Más abajo, entre los arbustos, veía los destellos del agua.

El lugar donde se ahogaron. Aquel día, veinte años antes, debí de correr hacia el estanque. La noche anterior, en el hotel, me había impuesto la obligación de bajar hasta el lugar, pero una vez allí, las enredaderas de mi propia razón se me agarraron a las piernas, recordándome el pastor alemán con las patas traseras reventadas. La hojarasca crujió. Tuve la sensación de oír una voz en mi interior, una voz que me pedía que recordara algo concreto. Que recordara lo primero de todo.

El viaje a través de mi memoria me llevó de vuelta a Hirifjell, hasta un recuerdo que probablemente procedía del primer invierno que pasé sin mis padres. Estaba sentado sobre la escarcha, mirando a Alma y al abuelo. Ellos estaban en la puerta de la casa, con poca ropa de abrigo e iluminados por el farol. Decían algo y comprendí que era por mí. Pero lo que ahora me resultaba importante era que la escarcha me sostenía, que mi peso no la quebraba. Y que, por debajo, se ocultaba la primavera.

No dejaba de mirar entre los troncos de los árboles, hacia el agua que relucía

al fondo del valle, a los pies de una tierra de nadie llena de obuses químicos y muerte segura. Y de pronto comprendí lo que había pasado. Tuve la sensación de que llevaba toda la vida con un sedal flojo en las manos, sin saber qué hacer con él, y de repente entendía que era la cuerda de un arco, trenzada con cordón umbilical.

Salí del bosque y conduje hasta la otra orilla del estanque. Me abrí paso entre los arbustos y el barro, y llegué al punto en el que debió de estar apostado el pescador de carpas. El barro pisoteado y apelmazado, los sedales de pesca y las colillas indicaban que todavía debía de ser un buen sitio para pescar.

Me quité corriendo la chaqueta de *tweed*, los zapatos y el pantalón. Me adentré en el agua. Los pies se me hundieron enseguida y sentí un olor a putrefacción vieja. Un sapo se alejó dando un salto. Me tumbé de espaldas en el agua sucia, las algas de la superficie se me pegaron a los brazos y avancé por el lodo.

Habría unos doscientos metros hasta la otra orilla. Todo estaba desierto y silencioso, solo se oía el chapoteo de mis propias brazadas. Giré la cabeza, miré a mi alrededor. Mi rastro trazaba una línea irregular entre las algas. Tuve la sensación de que me estaban observando, como si me dirigiera hacia el centro de una diana.

Empezaba a acercarme a la otra orilla. Los árboles se inclinaban sobre el estanque, las ramas rozaban el agua.

Y entonces, llegué al sitio donde murieron.

El agua me sostenía. Flotaba por encima de los obuses en busca del pasado, cada brazada parecía descorrer un sinfín de cortinajes de mi propia memoria, hasta que por fin logré apartar el último.

Recordé.

Recordaba.

No una secuencia, más bien una serie de impresiones profundas.

Mis padres entre la maleza. Dos figuras que gritaban mi nombre y agitaban los brazos. Al mismo tiempo, aquel día, igual que en el presente, crecía dentro de mí un sentimiento que primero era juego y emoción, y luego se tornó terror y oscuridad.

Corrieron hacia la orilla mientras emergía una sustancia de un color verde venenoso. Mi madre se encogió y cayó al suelo, se agarró a mi padre y se levantaron, pero enseguida ambos cayeron al agua desde el lodo, intentaron volver a tierra, pero sus cuerpos no les obedecían.

Tardaron mucho en morir. Mi padre fue el último que dejó de manotear. La superficie del agua recuperó la calma. Quedó flotando con los brazos abiertos, el agua tembló sobre su frente, una débil vibración, como un reflejo de los

pensamientos en el interior. Mi madre yacía de costado, con el pelo desplegado y señalando la dirección de la corriente; su rostro estaba tranquilo, miraba hacia tierra y sus ojos decían:

Estás a salvo, puedo morir.

Después de eso, nada. No logré evocar ningún otro recuerdo. Solo un gran vacío negro.

Sumido en un trance, nadé de vuelta, me agarré a una rama y salí entre los sedales y las cajetillas de tabaco pisoteadas.

El corazón me retumbaba en el pecho, intenté secarme con la camisa pero no lo logré, comprendí que estaba sudando de miedo. Entonces me puse la vieja chaqueta de *tweed* y fue como si un flash iluminara fugazmente un recuerdo importante. Reconocí cierto olor. La mezcla del sudor del miedo con el *tweed* húmedo y el Balkan Sobranie.

No recordé más, pero de pronto era evidente lo que había pasado.

Los gritos de mis padres. Un estallido sordo en el bosque. Una silueta extraña que se acercó a mí y me alejó de allí.

A partir de ese momento, una cortina enrollable ante mi memoria.

Fue Duncan Winterfinch quien me salvó. Debió de seguir a mis padres cuando salí corriendo, quizá estuvo buscándome con ellos. Después debió de oír a cierta distancia el silbido del gas venenoso y ver la niebla verde que envolvió a mis padres. Se apoderaría de él la desesperación. Había ocurrido de nuevo. Un suceso tan carente de sentido como los que vivió a diario en 1916. Gente que caía redonda al suelo. Inútil tratar de salvarles la vida.

Supongo que en ese momento yo saldría de mi escondite. Duncan pensaría que había que salvar lo que se pudiera, así que me cogería en brazos y me apretaría contra su pecho, con tanta fuerza que me dejó moratones. Mi nariz contra su chaqueta ahumada.

Me había convertido en su brazo arrancado.

Corrimos hacia Speyside Avenue. Contra el gas venenoso no había protección alguna, salvo salir corriendo. Me metió en el coche y se alejó de allí. Un viejo asustado, el propietario de un imperio maderero, con un niño que no dejaba de llorar. ¿Adónde ir a las seis de la mañana con la muerte de dos personas sobre la conciencia? A su casa de veraneo, sin duda.

Más tarde, Einar debió de llegar a Authuille. Debió de oír las sirenas y se enteró de que mis padres estaban muertos y yo, desaparecido. Debió de entrar en la habitación del hotel con la otra llave. Se quedaría parado en el cuarto vacío, asimilando la certeza. Y a continuación hizo lo mismo que en 1944. Cogió un único recuerdo precioso, que llevaba consigo un olor querido: el viejo vestido de

verano de Isabelle.

Después debió de dirigirse a casa de la única persona que podía saber algo: Duncan Winterfinch. Quizá yo corriera hacia él, contento de ver una cara familiar. Una sensación desconocida para Einar, que alguien corriera a su encuentro con alegría.

De pronto recordé un detalle de la carta de Einar. En 1944 se había refugiado en casa de un amigo que se llamaba Charles Bonsergent. *Procedía de una familia de pescadores que vivía a un día de viaje de Authuille.*

Una familia de pescadores. Por fin el rastro correcto. ¿Dónde viven quienes se nutren de la pesca durante una generación tras otra? Desde luego, no viven cerca de la tierra fértil. Viven en la costa. En lugares como Le Crotoy.

11.

UN DÍA DE VIAJE EN 1944. Un par de horas en coche hoy en día.

Le Crotoy me recordó a Lerwick. El mismo olor a sal, barcos parecidos zarpando. No esperaba encontrar gran cosa, solo algún tipo de confirmación de que realmente fue Einar quien me llevó hasta allí. Llegué ese día, después de conducir a lo largo de la desembocadura del río Somme, un enorme territorio de acuíferos con dunas de arena, humedales y aguas estancadas, un terreno en el que la gente podría pasar semanas deambulando a la caza de patos.

Una estrecha calle principal, unas cuantas casas cerca de una costa arenosa, pequeños comercios y un colegio cerrado. Empecé a dar vueltas, buscando la consulta de un médico. Pasé por delante de dos pescadores sentados en un banco. Estuve a punto de preguntarles, pero me desanimó lo cerradas que eran sus miradas. Sin embargo, al poco vi un kiosco situado en un mirador sobre el mar, con pinta de llevar allí al menos veinte años, igual que la rolliza señora que lo regentaba.

—Gauloises —le dije—. Y un mechero, si es tan amable.

Sin girarse, la mujer alargó un brazo hacia atrás, cogió la cajetilla de diecinueve correcta y la dejó sobre el mostrador.

—¿Cuántas consultas de médico hay en el pueblo? —pregunté.

—Dos —dijo—. ¿Estás intentando dejar de fumar?

—Por ahora no. En realidad estoy buscando a un viejo médico. Uno que estaba aquí en 1971.

—¿En 1971? En aquella época solo teníamos uno. *Docteur Boussat*. El hombre trabajó hasta el día de su muerte.

—¿Y eso cuándo fue?

—En 1980, creo. Quizá en 1978. No me acuerdo. También pudo ser en 1979.

—Dígame, ¿dónde estaba su consulta?

—Está cerrada.

—Pero ¿dónde estaba?

—Pared con pared con el taller de Citroën —dijo, señalando por la ventanilla del kiosco—. Iba mucho a verlo cuando mis niños eran pequeños, cogían muchas laringitis agudas. Sigue esa calle hasta el final.

La sala de espera donde me encontraron era ahora una sala de descanso del taller. Encontré allí a cuatro mecánicos que primero dijeron que me había equivocado de sitio y luego negaron con la cabeza, sin poder, o querer, interesarse por mi asunto.

Llevaban calzado de seguridad y ropa de faena cubierta de manchas de grasa. Hombres libres que no necesitaban afeitarse ni responder ante nadie; al mismo tiempo, su camaradería implicaba cierta desconfianza hacia los forasteros como yo.

—¿Para qué quería ver al médico? —me preguntó uno—. Murió hace mil años.

—Me ayudó cuando era pequeño —dije—. Solo quería volver a ver su consulta.

Los hombres negaron de nuevo con la cabeza. Lo que sucedió en el pasado, lo que ya había acabado, carecía de interés para ellos.

Observé el lugar. Paredes desnudas, unas banquetas alrededor de una mesa de formica y el calendario Pirelli de mujeres medio desnudas, abierto por el mes de verano en el que salía la chica más guapa. Me dejaron en algún sitio de aquella habitación en la que ahora solo había ceniceros llenos, piezas de repuesto por los rincones y suelos sucios. Podría haber entrado en cualquier sitio y habría sentido lo mismo. Nada.

Los hombres se sacudieron las cenizas de los monos de trabajo y se levantaron. Solo uno de ellos se quedó sentado. Era un viejo con el labio torcido, que estaba en un extremo de la mesa y no había dicho una palabra, ni a los demás ni a mí. Vigiló mi mirada cuando empezó a tartamudear, probablemente buscando una sonrisa socarrona.

—El doctor Boussat me ayudó después de la guerra —dijo con esfuerzo—. La Gestapo me golpeó con un bate —las palabras salían muy despacio—. En realidad me dedicaba a vender pescado, pero de mecánico no necesitaba hablar tanto. ¿Por qué buscaba *usted* al señor Boussat?

Contárselo no iba a perjudicarme. Cuando acabé, miramos a nuestro alrededor como si la estancia se hubiera transformado en una sala de espera también para él.

—Creo recordar algo de una desaparición, algo que leí en el periódico —dijo—. Pero dudo que a estas alturas pueda encontrar ya nada por aquí.

Mi mirada recayó sobre un mueble que había en un rincón. Una cómoda estilo *art déco* de color marrón oscuro, que se había salvado de los duros cantos de las herramientas y las piezas de repuesto. En su lugar, habían colocado encima una vieja colección de catálogos de repuestos de Citroën. Me agaché y la miré por debajo, pero la marca del carpintero no era la de Einar. En su lugar, vi un

pececillo, las iniciales CB y el año 1940.

Charles Bonsergent. Y aquel pueblo era más pequeño que Saksum. El recuerdo de la gente perdura más cuantas menos calles haya en un lugar.

—Eso era de Boussat —se esforzó en decir el mecánico—. Nos daba pena ti-ti-ti-rarlo.

—Aquí pone CB —dije—. ¿Puede ser del carpintero Charles Bonsergent?

No comprendió mi pronunciación. Lo intenté de nuevo.

—Ah, sí, Charles —ladeó la cabeza, a la espera de que le contara por qué lo conocía.

—¿Lo conoce? —me apresuré a preguntar.

—No, tampoco podría decir eso —volvió a tartamudear, se tomó unos segundos y dijo—: Pero sabía quién era, claro. Le Crotoy no es un pueblo grande.

El mecánico tenía un coche esperándolo, pero probablemente se le había despertado la curiosidad. Así que se forzó a pronunciar algunas frases entrecortadas, como ramillas con las que alimentar la hoguera.

—Charles era un poco mayor que yo, de una familia de pescadores, pero tenía talento para la artesanía, así que se marchó a París y se hizo carpintero. Se quedó allí hasta que estalló la guerra. Cuando volvió, le hacía muebles a la gente.

—¿Fue él quien le hizo el mobiliario al doctor Boussat?

—Puede ser. Recuerdo que era bonito. Todo en el mismo estilo que esa cómoda.

El viejo esperaba que le contara algo, algo que hiciera encajar algunas historias incompletas del pueblo. Le pregunté si Charles tenía un amigo noruego o alguien llamado Oscar Ribaut. El mecánico sacudió la cabeza y dijo que tampoco lo conocía tanto. Me daba cuenta de que estaba perdiendo el interés.

—Charles solo fue carpintero de joven —dijo—. Después de la guerra, no volvió a hacer carpintería.

—¿Y eso?

—Era miembro de la Résistance. A él también lo cogió la Gestapo y lo torturaron. Le cortaron dos dedos y le rompieron algo que le dejó un tembleque. Como el que yo tengo en el labio, solo que el suyo era en los brazos. Tampoco es que se diera por vencido. Tenía una casa grande y escondió en ella a saboteadores hasta el día de la liberación. Solo que ya no podía hacer carpintería fina.

—Qué interesante —dije, de pronto consciente de que ya estaba completa la verdad que me daría la paz.

Intenté ponerme en el lugar de Einar. Él con un niño. Nublado por la tragedia. Nadie cerca que pudiera entenderlo. Todo patas arriba y sin vuelta atrás. Su hija

había muerto. Su sobrino había muerto. Su nieto estaba aterrado. Solo cabía recurrir a un amigo, al hombre que ya lo había escondido en otra ocasión.

Einar Hirifjell continuó la huida de 1944, que también le llevó a Le Crotoy. Quizá fuera el propio Einar quien llamó al abuelo. Tuvo que decirle algo que sabía que lo derrumbaría y que forjaría un odio que duraría de por vida. Pero yo estaba a salvo. El abuelo bajaría a buscarme, aunque Einar quería que esperara al lunes por la mañana, cuando abrieran la consulta del médico. Sverre se haría el ignorante para no debilitar su papel de padrastro y no desvelar que el secuestrador era su propio hermano.

Probablemente, Charles Bonsergent llegó a un acuerdo con el médico para que Einar pudiera pasar unos días conmigo, tantos como fuera posible antes de tener que volver a las piedras y la lluvia de Haaf Gruney.

Cuatro días no dan para ser un misterio, no tienen la envergadura suficiente. Solo daban la medida del sentimiento de justicia de mis abuelos.

El mecánico había estado mirándome, pero de pronto rompió el silencio.

—A propósito de Charles —dijo—. El doctor Boussat intentó ayudarlo al acabar la guerra, pero nunca logró deshacerse del temblor. Por eso Charles retomó la profesión de su padre y se dedicó a la pesca.

—¿Su familia sigue con vida? —pregunté.

—¿La de Boussat o la de Charles?

—La de Charles.

—Vivir, viven.

—Pero ¿aquí?

Negó con la cabeza.

—Se mudaron. Charles fue el último pescador de la familia. La verdad es que la historia es curiosa.

Me sumí en mis pensamientos. El mecánico se levantó e hizo ademán de volver al trabajo.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—¿Hum?

—Ha dicho que la historia era «curiosa».

—Bueno, lo primero que hicieron los alemanes cuando ocuparon la costa fue destruir todos los barcos pesqueros. Los quemaban o los rompían, para que la gente no huyera a Inglaterra ni los usara para traer armas de contrabando. Después de la guerra, Charles fue el primero que volvió a la pesca.

—Pero ¿eso fue... curioso?

—No, lo digo por la embarcación. Consiguió construir una barca de remo enorme con la que hacía pesca de bajura. Lo ayudó un constructor de barcos que

apareció por aquí. No sé de dónde sacarían los materiales justo después de la guerra. Apenas había madera ni para las cruces del cementerio. Así que el barco se hizo muy popular. La gente pasaba hambre.

El mecánico llevaba un bolígrafo en el bolsillo del mono. Le pedí que me lo prestara, rompí el paquete de Gauloises, solté los cigarrillos en el bolsillo de mi camisa y dibujé el *Patna*.

—¿El barco era así? —pregunté.

Ladeó la cabeza para ver mi dibujo.

—Ha dibujado usted un barco normal. Cualquiera de los que hay por aquí se parece a ese.

Arrugué el papel hasta formar una bolita. Me levanté y miré por la ventana.

—Su primer barco —dije—. ¿Sigue por aquí?

—No, solo lo usó una temporada. Al año siguiente, se hizo con uno más grande, apto para alta mar. Quizá fuera lo mejor. A su mujer no le gustaba el primero. Así que lo dejó en uno de los diques secos de los bancos de arena de la desembocadura del Somme. Un sitio inaccesible lleno de madera de deriva. En los setenta estuve por allí cazando patos y ya no estaba.

Le pregunté por qué a la mujer de Charles no le gustaba el primer barco.

—Es tradición bautizar los barcos con los nombres de las mujeres de la familia. La esposa, la madre o la hija. La mujer de Charles se llamaba Danièle.

—¿Y qué?

—La gente se extrañaba por el nombre de la proa. El barco se llamaba *Isabelle*.

Abandoné el lugar en el que me encontraron. Al salir de Le Crotoy, las bolsas de plástico volaban por las cunetas. Seguí la costa en dirección norte, hacia el estrecho de Calais. Había llegado a Francia con una pregunta y me marchaba con dos respuestas.

Me imaginaba a Einar en los días de la liberación. Habían ejecutado a la familia Daireaux. Isabelle había desaparecido y debía de saber que le llevaría tiempo encontrarla y que Winterfinch no tardaría en mandar gente para coger el nogal.

¿Cómo esconder una partida enorme de una valiosa madera que, en su opinión, pertenecía a Isabelle?

Construyendo con ella un barco.

La última prueba de un ebanista lastrado por el dolor, que había aprendido a reparar barcos para el grupo de noruegos de Shetland. Regresó a Authuille con un leal compañero, talaron los árboles, sacaron los troncos del bosque por el sendero seguro y lo trasladaron todo a la costa.

Einar y Charles Bonsergent, dos hombres que diez años antes hacían *art déco* sobre un banco de carpintero, cogieron una sierra circular y cortaron los mejores materiales que habían visto jamás. Les dieron la forma de los tacos para culatas, solo que un poco más grandes, así podrían usarlas para las cuadernas, con la curvatura que necesitaban.

El húmedo clima de la costa permitiría que la madera secase despacio y no se agrietara. Einar bautizó el barco como *Isabelle*, para que ella pudiera encontrarlo en caso de que él faltara. Luego lo echaron a la mar. Calaron redes, recogieron pescado y ganaron dinero para comprar un barco más grande. Arrumbaron el *Isabelle* en un banco de arena del desolado delta del Somme. Un barco de madera al uso tarda varios días en mojarse lo suficiente como para que las planchas se hinchen y sean de nuevo estancas, de modo que era poco probable que lo robaran. Allí permaneció hasta 1971.

Si yo no hubiera salido corriendo hacia el bosque, Winterfinch habría podido reencontrarse con los materiales para las culatas. En su lugar, su vida dio un vuelco y consagró el tiempo que le quedaba a Gwen. En Haaf Gruney, Einar empezó a fabricar ataúdes. Los vecinos, los pocos que había, se quejaban de su imagen fantasmal en la penumbra, decían que tenía que buscarse otro barco. Una buena excusa para traerse el *Isabelle* a casa. La pintura del nombre ya se habría borrado, así que lo rebautizó *Patna*.

Me lo imaginaba con claridad. En algún momento a principios de la década de 1970, dos hombres de casi sesenta años cruzaron el canal, probablemente en un barco pesquero que remolcaba una gran barca de remo, como un bote salvavidas. Una imagen inofensiva. Una travesía factible. Con buen tiempo, quizá cuatro o cinco días. Remontando la costa hasta llegar a Shetland. Y al final, a los pocos años de que muriera Winterfinch, Einar acabó sus días bajo el *Patna*.

UN VIENTO GÉLIDO SOPLABA SOBRE EL MAR. Las olas del canal estaban blancas.

Pensé en el tiempo que haría en Noruega. La nieve estaba al caer. Tal vez las ovejas empezaran a bajar hacia el bosque. En cualquier caso, no seguirían pastando por la alta montaña si había viento y aguanieve. Para un granjero, era una gran vergüenza ser el último en recoger las ovejas.

No había tiempo que perder.

12.

DOS DÍAS MÁS TARDE, estaba en el ferri rumbo a Unst. El *Geira*, tan fuerte y pesado, avanzaba con gran estruendo. Había poca visibilidad y la nieve se sentía en el aire, el viento era frío y húmedo. Me agobiaba la urgencia. Si hacía este tiempo en Shetland, en casa las ovejas debían de estar hundidas hasta el pecho en nieve.

Unst había pasado a ser un lugar familiar. Estaba en la proa del ferri, comiéndome una chocolatina que había comprado en una máquina expendedora cuyos achaques ya conocía, recordaba hasta el peculiar sonido de las monedas al caer. Detrás de mí trabajaban los mismos hombres, con los mismos impermeables.

El Bristol estaba quemado. El motor vibraba, la luz de los indicadores se había apagado y uno de los ventiladores hacía un ruido feo.

Pero si me llevaba hasta la caseta de las barcas, lo dejaría descansar.

Bajé corriendo. La hierba estaba húmeda, las piedras oscurecidas por la lluvia. Sobre mi cabeza pasó una golondrina de tormenta. Me agarré a la cuerda que corría por debajo del tejado de la caseta y llegué hasta el portón. La cruz blanca resplandecía contra el gris del cielo.

El candado había desaparecido. En su lugar, un palito bloqueaba el pasador. Dentro no había barco. Solo el eco del chapoteo del agua. Me enderecé y miré hacia Haaf Gruney. La distancia parecía infinita, la isla parecía un borrón gris y desierto a través de la bruma. Como si nada de lo que había vivido hubiera pasado. Como si la foto del carrete del abuelo nunca hubiera existido.

Poco después me encontraba ante Quercus Hall. No había visto coches ni personas. Incluso las ovejas mantenían las distancias. El caserón parecía más frío y más viejo. La hierba se inclinaba en la dirección del viento, una liebre joven de color marrón grisáceo salió brincando de un escondrijo cercano a los cimientos.

De nuevo tuve la sensación de que había pasado mucho tiempo, diez o veinte años.

Bajé hasta la casita de piedra. Allí, por fin, vi algo del presente. Junto a la puerta había una bolsa de basura rebosante y cerrada con un nudo, una bolsa de plástico de Clive's Record Shop.

La puerta estaba abierta. La casa estaba caldeada, pero no vi a Gwen. En el salón zumbaba un calentador. Sobre la placa, una cacerola con agua y, junto a ella, una taza. Era evidente que Gwen había dormido en el sofá, envuelta en una manta. Me llevé la tela de lana a la nariz y sentí su olor. El perfume del Hôtel de la Basilique, un olor que allí se había desvanecido gradualmente y que ahora me envolvía de nuevo.

Quedaba un sitio, la caseta de las barcas, y hacia allá me dirigí. La nevisca aumentaba, los copos de nieve se me derretían contra la cara. Y por fin la vi. Estaba en el mar oscuro, con los remos levantados, y el *Patna* se mecía al ritmo de las olas.

Llevaba un gorro negro de lana, y el pelo mojado se le pegaba a las mejillas.
—¡Gwen! —grité.

Se volvió. No pareció sorprendida de verme, solo distanciada, desapasionada. A cuarenta metros de distancia, era obvio que todo había terminado.

Gwen bajó los remos y empezó a remar. Había que reconocérselo: Gwendolyn Winterfinch y los barcos eran todo uno, parecían fundirse con la costa de Shetland. La imagen podría haber tenido cuatro siglos, era tan antigua como la madera del barco en el que iba sentada.

Pero no dirigió el barco hacia la caseta, sino hacia una gran piedra plana que había a mis pies. ¿Querría que me subiera a bordo? Al poco oí el chapoteo de los remos y Gwen colocó el *Patna* en paralelo a la piedra. Agarré la regala, metí un pie y di impulso, noté cómo el cuerpo se convertía en parte del movimiento del mar.

—¿No te pedí que no me buscaras? —dijo en voz baja, antes de levantar la vista.

No conseguí interpretar su mirada, parecía mantener una pelea consigo misma sobre lo que iba a hacer a continuación.

—Sí —dije.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó con dulzura.

—Quería ver Unst una vez más —respondí dirigiendo una mirada sesgada a las maderas cubiertas de brea, a las tablas del fondo y a los desgastados escálamos.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no usas el *Zetland*? —pregunté.

—Me han entrado ganas de remar. Pero ¿quizá tú pretendías remar hasta Noruega?

Me encogí de hombros. Estaba claro que solo había dos razones para regresar a Shetland tan pronto. Una era verla a ella, la otra hacerme con el *Patna*. Pero la verdad era que, esta vez, yo quería las dos cosas.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Bueno —dijo—. ¿Qué te parecería Haaf Gruney? ¿Por los viejos tiempos?

Ya no era la chica furiosa y humillada que se marchó del hotel de Francia. Ahora parecía al mando de la situación, casi un poco enajenada, como si le hubiese aliviado tomar una gran decisión.

—Gwen —dije—, creo que Einar...

—He reconocido los faros del Bristol —me interrumpió—. Creía que no ibas a volver nunca. No sé qué habrás averiguado en Francia, pero, ya que estás aquí, voy a darte algo que te pertenece.

Soltó el remo izquierdo y rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, luego me tendió un objeto y agarró otra vez el remo. Empezó a remar con fuerza renovada.

—Lo intuí la primera vez que nos vimos —dijo—. Tuve una extraña premonición sobre tú y yo.

Lo que me había dado era el perrito de juguete que hizo Einar en 1971. Era distinto a como me lo había imaginado, más pequeño y esbelto. Pero era el mismo, idéntico al perro de la fotografía. Mis manos también lo recordaban: la sensación de la madera pulida, el arco del lomo y las articulaciones de las patas.

—¿Cómo demonios...? —dije, antes de notar que volvía a sintonizar con el pasado.

El perrito estaba sobre una tabla con muelles, y cuando la presionabas, el animalillo movía la cabeza, doblaba las patas y meneaba el rabo. Luego mis dedos se toparon con algo familiar. Un dibujo tallado. Una ardilla que escondía el hocico bajo la cola.

—Toda la vida he creído que me lo había regalado el abuelo —dijo Gwen a través del viento, tenía el aliento entrecortado, hablaba entre esfuerzo y esfuerzo con los remos, ya estábamos lejos de la costa de Unst—. Pero se ponía muy raro cada vez que lo cogía, así que no lo sacaba de mi cuarto de Quercus Hall. Lo encontré antes de ayer entre mis juguetes. Es tuyo. Por eso no pude quedarme en el hotel. Cuando vi la foto en la que salías de pequeño, fue imposible eludir la verdad. El abuelo estaba allí cuando desapareciste. Y ese otoño de 1971, yo estaba en la casa de verano.

Se produjo un largo silencio. Todo lo que se oía era el crujido de los remos y el chapoteo del agua alrededor del barco.

—¿Así que teníais una casa de verano? —dije.

—No lo recordaba. Después de abandonarte, me senté a llorar en Amiens. Luego llamé a nuestro gestor. Me contó que vendieron la casa en 1972 y me dio la dirección. Estuve buscándola con un taxi y al final la encontré. Ahora vive allí un tarado sin empleo, y la tiene muy vieja y descuidada. Cuando llegué, reconocí

el olor de la tierra del jardín.

Pensé que todo encajaba. A la vez, se apoderaba de mí un oscuro remordimiento por el modo en que había tratado a Gwen.

—Al entrar —dijo—, me vino un vago recuerdo de haber jugado con alguien en el suelo. Debiste de llegar con el perrito. Probablemente Einar llegó justo después. Y en ese momento debí de coger el perrito y esconderlo. Nunca había tenido que compartir nada con nadie. Así que el juguete volvió conmigo a Shetland.

Presioné la base por el centro, las cuatro patas se colapsaron y el perro se tumbó. Si presionaba por delante, levantaba la cabeza, como hacen los perros cuando se dan cuenta de que su dueño va a sacarlos de paseo y se ponen contentos.

—No hace falta que esa historia te atormente —dije—. Fue tu abuelo quien me salvó la vida.

Ya estábamos cerca de Haaf Gruney. Las olas rompían contra el escollo, pronto vería las casas. Yo recorría constantemente el *Patna* con la mirada, las juntas y las tablas del fondo.

Le conté que había entrado en el bosque y le hablé de los hematomas que debió de producirme Duncan al sujetarme con su único brazo. Gwen me escuchó, pero su mirada vagaba, era como si ya nada tuviera significado para ella.

—¿Por qué no acudió Einar a la policía? —preguntó con aire ausente.

—Tal vez ni se le ocurrió. ¿De qué iba a servir? Su hija había muerto. Sabía que tendría que entregarme y que su hermano lo odiaría para siempre. Lo único que quería era que los últimos días le duraran lo más posible.

—¿Crees que se perdonaron? —preguntó—. ¿Einar y mi abuelo?

—Quién sabe —dije, balanceando el perrito sobre mi rodilla—. ¿Quieres que reme un poco?

—No.

Se produjo otro silencio. A ratos caía agua y a ratos nieve. El mar chapoteaba contra la quilla. Gwen tenía las manos empapadas sobre los remos, la piel se le arrugaba alrededor de las uñas.

—¿Por qué vamos a Haaf Gruney? —pregunté—. ¿Qué vamos a hacer allí?

—Podríamos quedarnos unos días —dijo—. Tú y yo.

—No puedo, Gwen. Tengo que volver a casa para recoger a las ovejas de la montaña.

Volvió la cabeza hacia la isla, corrigió el rumbo y siguió remando.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó.

Hace mucho que nos despedimos, me dije. Pero de lo que responda ahora

dependerá cómo nos recordaremos el uno al otro.

—Porque este barco está hecho de nogal —dije.

Reaccionó de un modo extraño. Pareció... ¿decepcionada?

—Tiene que ser así —dije, y le conté que, en su momento, el barco se llamaba *Isabelle*—. Por eso cuesta tanto manejarlo. Probablemente, las cuadernas son de nogal.

Gwen dejó de remar. Recolocó los remos para liberar una mano, se quitó el gorro y se pasó los dedos a través del pelo.

—No solo las cuadernas —dijo—. El barco entero es de nogal. Incluso el banco sobre el que estás sentado. Contiene suficiente madera como para construir dos barcos, pero cuando flota en el agua no se nota. Es un trampantojo genial. La quilla es muy profunda. Probablemente de nogal macizo. La madera de peor calidad está por fuera, e incluso esa es magnífica. Las piezas tienen un grosor de tres pulgadas, la medida estándar de las culatas de una escopeta de caza.

Llegamos al extremo sur de Haaf Gruney. Las casas de piedra ocuparon su lugar en la imagen, junto con las aguas de poco calado de la orilla, donde se acumulaba la madera de deriva.

—¿Cuándo lo averiguaste? —dije.

—Al volver de Francia. Un día estaba en casa, pensando en todo lo que había pasado, y empecé a pensar en el *Patna*, en que Einar lo trajo cuando empezó a construir ataúdes. Un barco de arenques tenía que ser sólido, pero ¿tan sólido? Bajé a la caseta. Raspé la brea. Y, efectivamente, era de nogal.

—¿Estás segura?

—Mira por debajo del banco.

Apoyé la rodilla en el fondo y miré por debajo. En la oscura madera, Gwen había limpiado una franja ovalada. Incluso en la penumbra, veía que la madera era tan espléndida como la de la Dickson. Era como si hubiese frotado una polvorienta ventana con los dedos y abierto las vistas hacia un palacio de cuentos.

Volví a mi sitio. Gwen se había agachado para coger algo entre las maderas del fondo, volvió a agarrar los remos y los mantuvo en alto un momento para que corriera el agua. Nos mecíamos lentamente frente a las aguas poco profundas de Haaf Gruney. Intenté pensar hacia delante, hacia una especie de futuro.

—Dividamos a partes iguales —dije—. Crecieron en la granja de mi abuela, así que creo que la madera es de mi familia. Pero la veta pertenece a los soldados.

Gwen sacudió la cabeza. El barco empezó a alejarse de nuevo de Haaf

Gruney.

—Eso solo haría que el abismo entre nosotros fuera aún más flagrante —dijo—. En el fondo, tú también sabes que es así. Si esto fuera un barco normal, nos iríamos a Lerwick, cogeríamos el ferri a Noruega y recogeríamos a las ovejas. Yo no tengo prisa. Si me quieres, puedo pasar allí el invierno contigo. Pero el dinero siempre se interpondrá entre nosotros.

—Pues quédatelo todo —dije.

—Eso es fácil de decir, pero este pobre barreño vale una fortuna. Alcanzaría para comprar una y dos veces tu granja. Yo podría, si no acabar Quercus Hall, al menos adecentarlo. El dinero te cambia, Edward. Al decirme que puedo quedármelo, te mientes a ti mismo. Nadie hace esas cosas. Ni siquiera tú. En el fondo crees que esto te pertenece, que pertenece a tu familia. Si me lo quedara, te dedicarías a observar cómo gasto el dinero y te parecería que malgasto tu herencia. Detestarías cada bolso que me comprara. Pregúntate a ti mismo: ¿qué habrías hecho si el *Patna* hubiera estado en la caseta cuando llegaste?

—No sé. Probablemente lo habría desmontado. Y... me habría sentado a pensar.

—Ya. Pero lo interesante es lo que habrías hecho después de pensártelo.

Me acordé de lo que había escrito mi madre en el libro de visitas del cementerio de guerra.

—Creo que mi madre quería vendérselo a tu abuelo. Y que no hubiera más conflictos.

—Tu madre sí, pero ella no estaba liada con alguien de la familia Winterfinch. A ti no tardarían en surgirte las dudas. En cuanto discutiéramos un poco, pensarías que habías traicionado a Einar y a toda la familia Daireaux, y que la familia Winterfinch nunca cumplió su parte del acuerdo. En algún momento en la vida te haría falta dinero y entonces te maldecirías a ti mismo por haberlo regalado y me maldecirías a mí por haberlo aceptado. Pero lo que más me dolería *a mí* ¿sabes qué es?

—Cuéntamelo tú. Empiezo a tener muchas cosas entre las que elegir.

—Tu desconfianza. Nunca dejarías de pensar que me había liado contigo para encontrar el nogal. Nunca me has creído, pero ¿me crees ahora? ¿Notas que se te están mojando los pies?

Miré hacia abajo. Estaba entrando agua entre las tablas del suelo. Gwen dio un fuerte impulso con los remos y el movimiento hizo que el agua me salpicara los zapatos.

—¿Qué has hecho? —grité.

—Quiero ahorrarnos la elección. Mientras mirabas por debajo del banco, he sacado los tapones del fondo —levantó dos gruesos pernos de latón.

—*Have you gone mad?* —exclamé, intentando cogerlos—. Vuelve a ponerlos en su sitio.

Me esquivó. Nuestros movimientos desestabilizaron el barco, tuve que agarrarme a la regala para no caer por la borda.

Gwen lanzó los pernos al mar. El latón relumbró un segundo antes de ir hacia las profundidades. Busqué el achicador. No estaba.

—El *Zetland* está allí —señaló con la cabeza la caseta de las barcas de Haaf Gruney—. Remolqué el *Patna* hasta aquí, amarré el *Zetland* y regresé a remo. Así podremos volver a casa después de esto.

Ya nos habíamos hundido un poco, Haaf Gruney no quedaba lejos, pero el barco cada vez se movía con mayor dificultad, derivábamos hacia el escollo y Gwen no hacía ademán de remar.

—¡Por Dios, Gwen! No se tira por la borda algo así.

—Lo que yo te decía —replicó—. Ahora estás demostrando quién eres en realidad. Por fin veo en ti un poco de codicia.

—No —dije al tiempo que agarraba los remos—. No vamos a dejar que se hunda. ¿Solo ves el dinero? Esta madera tiene cuatrocientos años. Y toda una historia de guerra detrás.

De pronto Gwen se levantó, desenganchó los remos y los arrojó al mar.

—¡Te equivocas! Este barco se va a perder en el mar. Y nosotros dos vamos a nadar a tierra y empezar de nuevo. Podemos hacerlo, llegaremos hasta la playa. Luego nos secamos, nos acostamos y estiramos la cosa hasta donde llegue. Todo a nuestro alrededor indica que es imposible. ¡Pero yo quiero que funcione!

Intenté recuperar el remo. El barco se escoró y el agua me empapó las mangas. Estuve a punto de caer al agua, pero logré agarrar el remo y subirlo a bordo, luego comencé a golpear el agua para tratar de recuperar el otro. Sin embargo, este empezó a alejarse a la vez que el agua subía; la ropa se me estaba poniendo negra.

—Déjalo, Edward. El *Patna* se hunde. Una tumba mojada para una triste historia.

En ese momento, Shetland hizo lo que mejor se le daba. El tiempo cambió. Llegó un golpe de viento y el aguanieve pasó a lluvia intensa.

—¡Siéntate en mi sitio! —grité, a la vez que me ponía de pie en el barco—. Yo remo hacia la costa.

Pero Gwen se quedó donde estaba. El agua le llegaba ya por los tobillos.

—Es a ti a quien quiero —dijo.

Se levantó y se subió a la regala, el mar entró a chorros, como el agua por encima de un dique. Me lancé hacia el otro lado para compensar el barco y ella perdió el equilibrio y cayó al agua. Las olas ahogaron el zambullido. El barco

volvió pesadamente a su sitio y siguió meciéndose.

De repente, el otro remo chocó contra el casco. Lo saqué del agua, coloqué ambos remos e intenté remar hacia Gwen. Pero el crujido de los toletes cambió de tono, ya no era un crujido seco, sino un gruñido pesado y reluctante. El agua entraba a borbotones, el pantalón se me empapaba por segundos.

Desenganché un remo y empecé a golpear uno de los escálamos, le arreé hasta que conseguí partir la pieza, luego la metí en el agujero del fondo y la aporreé con el remo para ajustarla. El agua salpicaba por todas partes. Logré partir otra pieza y la usé para tapar el otro agujero. Y sin embargo, era demasiado tarde. El mar entraba a chorros con cada movimiento y, de pronto, todo había acabado: el *Patna*, el mar y yo éramos todo uno.

Me di impulso y nadé hacia Gwen. El agua estaba helada y la chaqueta me frenaba. A mi lado, flotaba el perrito de juguete. La cabeza era lo único que asomaba. Gwen había llegado lejos, le quedaban pocos metros para alcanzar tierra. Pero el mar estaba cada vez más revuelto y las brazadas no me impulsaban, como si el agua ya no me ofreciera suficiente resistencia.

Al cabo de unos metros, volví la cabeza y miré hacia atrás. El *Patna* todavía no se había hundido. Flotaba sobre la superficie del agua como una bañera llena. En ese momento Gwen cambió el rumbo. En vez de nadar hacia la orilla, la corriente la arrastraba hacia el punto más cercano, el escollo, donde el agua rompía contra las piedras formando espuma blanca.

—¡Ahí no! —grité, tragando agua salada—. ¡Tienes que ir hacia la orilla!

No sé si sería una elección o si una ola la arrastró hacia allá. No había nada a lo que agarrarse. Cuando se encontraba a un par de metros del escollo, una ola fuerte la levantó y la lanzó contra aquellas piedras eternamente negras y mojadas. El estruendo del oleaje ahogó su grito, y por un instante vi una mancha de sangre, antes de que la siguiente ola se la llevase.

13.

LA NIEVE SECA SE COLABA POR LAS RENDIJAS FORMANDO pequeños remolinos blancos por el suelo. En el alféizar de la ventana había unas macetas vacías con restos de tierra. Debían de ser de Alma. Supongo que el abuelo sacaría las flores cuando se secaron tras la muerte de Alma y, desde entonces, nadie había adornado aquello. La cabaña de la montaña se resistía a calentarse. Cargué de nuevo la estufa con un escalofrío. Se había despertado una mosca, que se arrastró por la plancha de latón bajo la estufa hasta llegar al suelo de madera, donde se quedó parada y aturdida.

En el prado de fuera, oía a las ovejas balar. Por ahora, no había encontrado más que a doce. Todas tenían témpanos de hielo en las vedijas y apenas eran capaces de moverse por la nieve. No les gustaba la corriente ni el mal tiempo y la mayoría se habían replegado hacia los bosques y rehuían a las personas. Tan pronto como intentaba acercarme a ellas, echaban a correr espantadas, a pesar de que era evidente que tenían hambre.

Salí y continué buscando. Al cabo de unas horas, solo había encontrado una más. El resto iba cada una por su lado, tan temerosas de los humanos que era imposible llevárselas para casa.

Me detuve en una zona donde habían talado unos árboles. Al fondo del valle veía Saksum. La última vez que me hice notar en el pueblo había sido con el Bristol y una forastera. Habíamos comprado salsa Worcestershire como si fuera una protesta, aunque en realidad fue un mero carnaval. El coche era demasiado raro; la chaqueta, demasiado estudiada; la respuesta, demasiado larga.

Lo que quería ahora era aparentar normalidad por fuera, para que mi verdadera vida pudiera transcurrir por dentro. Bajar al café de la estación sin que la gente me mirara, no tener que correr detrás de chicos que me pintaran esvásticas en el coche, participar en el tiro al plato sin que nadie desconfiara de lo que se me podía ocurrir hacer con la escopeta. Cosas absolutamente normales que pudieran pasarle a cualquiera. Bajar al pueblo, sentir una pertenencia y, al mismo tiempo, seguir siendo yo mismo.

En suma, ¿cómo hacerlo? Sencillamente haciéndolo. Ir a la pista de tiro al plato y, sin mayores aspavientos, sacar una Dickson Round Action y disparar unas series. Luego guardar mis cosas, dejar que la gente hablara y regresar en el

siguiente evento. Continuar así. Responder si alguien me preguntaba. Aguantar, dejarme ver.

En realidad eso era todo.

Encontré otro par de ovejas. Tenían la lana llena de ramillas, un fastidio cuando llegara la hora de esquilas. Los animales aceleraron al oír los balidos de las demás. Cuando llegamos al cercado, no me salían las cuentas. Había ya más de veinte ovejas. Alguien había traído más, pero no había nadie a la vista. Aunque vi unas huellas junto a la verja, no había oído ningún coche.

A la mañana siguiente volví a salir. Y ocurrió lo mismo. Mientras buscaba por el bosque, alguien llevó al cercado más ovejas de las que había logrado reunir yo.

En las semanas siguientes llegó el frío de verdad. La nieve cubrió los prados y el bosque. Nieve reluciente y regordeta que se acumulaba sobre las ramas de los árboles. Seguí trabajando, de sol a sol, para apartar la mente de lo sucedido en Shetland.

Encontré en el desván la vieja lámina de peces de agua dulce, vino como regalo en un número de verano de la revista *Hjemmet*. Había tenido la esperanza de que, al verla, recordaría más cosas de las que me decía mi padre, pero lo único que me parecía auténtico y verdadero era el eco de su voz.

Quizá las cosas son así, me dije. No hay que recordar literalmente lo que nos decían nuestros padres.

Me abrí paso por la nieve hasta el taller de carpintería, encendí la estufa Jøtul y fabriqué un marco para la lámina. Después subí al salón de las visitas de la tercera planta, que en invierno estaba frío y, en verano, polvoriento y abandonado, como si los fantasmas de mis antepasados anduvieran por allí. En las paredes colgaban fotografías de hombres rudos y mujeres fuertes con el pelo recogido, gente que vivía allí sin recibir visitas, abandonados y olvidados por sus descendientes.

Qué vacía puede quedarse una granja, me dije, si lo único que me reconforta es el recuerdo del salón del abuelo. Lo recordé allí sentado, rodeado de todos sus libros, junto al resplandor de los indicadores de su amplificador Grundig, las finas agujas moviéndose al compás de sus manos cuando dirigía inconscientemente la música. Y por encima de todo ello, el olor de la cena de carne que se servía a las cinco en punto, dos platos, y después el humo de los cigarrillos.

Allí arriba no había nada, solo un frío salón de visitas sin alfombras, una mesa de comedor para doce comensales que nunca usábamos y libros encuadernados

en piel con letras góticas.

Así que volví a bajar y colgué la lámina en la entrada de la casa pequeña. Me herví una trucha que había pescado ese verano y la compartí con Grubbe.

LAS RUEDAS PATINARON CUANDO ME ADENTRÉ POR EL callejón sin salida. Habían quitado tan mal la nieve de la entrada de coches que tuve que aparcar afuera. El Rover estaba en el garaje, aún con los neumáticos de verano. Ese invierno, sus expediciones más largas no pasarían del buzón junto a la verja.

Aunque eran ya las doce, no se había vestido y estaba aún más flaco que la última vez que lo vi.

—¿Has comido algo desde este verano? —le pregunté.

Thallaug se pensó la respuesta, pero de pronto tuvo un ataque de tos que le obligó a encogerse y me indicó con la mano que entrara.

—Ya no le encuentro sabor a nada —dijo mientras se adentraba en la casa arrastrando los pies. Sus zapatillas resonaban contra el desgastado parqué del salón.

—¿Café? —pregunté—. Puedo prepararlo yo.

—Cuentas con la bendición de la Iglesia. También para recoger el periódico. Aunque cada día es de peor calidad. Me acabaré pasando al *Dagningen*.

Los armarios de la cocina estaban vacíos, solo encontré unas bolsitas de té y un paquete de galletas. Sobre la mesa de formica había una taza sucia y unas migas de pan. Lo oí toser más dentro de la casa.

Fui al supermercado de la cooperativa y compré como quien va a pasar el invierno en una cabaña. Cogí dos periódicos, *Aftenposten* y *Vårt Land*, y llené dos cajas de comida.

Al volver a su casa, oí que tenía puesta Radio Oppland. Metí la comida en los armarios, preparé el café y seguí la procedencia del sonido. El viejo párroco estaba tumbado en su despacho, en un diván bajo un estante de libros colgado de la pared.

—¿Huele a café? —preguntó, incorporándose—. ¿O es que ha venido Él a buscarme?

—Es el café rojo de la cooperativa —dije—. Afortunadamente.

Apagó la radio.

—Tendrá que valer. ¿Has hecho mucho?

—Litro y medio.

—Bien —dijo—. Ahora cuéntamelo todo. Hasta el último detalle.

CUANDO ACABÉ, se quedó mucho rato callado, con los ojos cerrados y meciendo lentamente el cuerpo.

—¿Estás dormido? —pregunté.

Abrió los ojos:

—En absoluto. Pocas veces he estado tan despierto.

El viejo párroco echó los codos hacia atrás y estiró la espalda.

—Como sacerdote de Saksum, he visto y oído muchas cosas que me han hecho dudar de la calidad del plan del Señor para la humanidad. Pero hoy no me siento así —fuera había caído ya la oscuridad invernal cuando me preguntó—: ¿Te sigue atormentando? ¿Que salieras corriendo al bosque?

—Sí —dije.

Se hizo un silencio.

—Pues tienes que dejarlo ir, Edvard. Carezco de palabras divinas para expresarlo. Pero somos inocentes al soñar y somos inocentes de pequeños.

—Ya lo sé —dije—. Pero no puedo evitarlo.

—Has cumplido con creces una condena a la que nadie te ha sentenciado. Piensa en tu abuelo. Ahora lo entiendo mejor, sentado solo en los conciertos de órgano. Quizá supiera lo que había pasado y tuviera miedo de que te reprocharas la muerte de tus padres cuando más los echaras de menos.

Volvió a hacerse un silencio, pero esta vez fue más corto. La silla crujió cuando el párroco se dio la vuelta. Quedaba un poco de café en el termo y lo compartimos.

—Me interesan las dos mujeres —dijo el viejo párroco—. ¿Por cuál de las dos latía más tu corazón?

—Quién sabe. Era como si latiese por Hanne cuando latía hacia dentro y por Gwen cuando latía hacia fuera.

Se levantó con rigidez de la silla.

—Yo tuve una novia cuando iba a la facultad, pero la cosa no salió adelante. Vacilé. No estuve ágil en el momento decisivo —su mirada recorrió las pilas de viejos sermones de las librerías—. Echa un vistazo en la caja verde, junto al escritorio.

Hice lo que me decía. Me agaché y empecé a pasar amarillentas hojas corregidas de la revista parroquial: *Menighetsblad for Saksum prestegjeld*.

—La hacía con Letraset y una máquina de escribir. Pero mira un poco más abajo y encontrarás algo mucho más cercano a Dios. Tienes que prometerme que no te encerrarás.

Lo que encontré fue un fajo de desgastados números de verano de *Playboy*.

—Como soltero, me he orientado en las publicaciones del celibato —dijo el viejo párroco—. Las publicaciones normales no son gran cosa, no me gusta el

perfil hedonista. Pero todos los años, en mayo, sacan una edición especial. *Girls of Summer*. Llevo muchos años abonado. Como ves, solo hay chicas, nada de texto. Nada explícito. Solo el *opus* supremo de la creación. La mujer tal como nos la ha dado Dios. Lamentablemente, la versión en papel nunca sale del todo bien, a diferencia de la Biblia.

A PRINCIPIOS DE FEBRERO, subí solo al bosque de abedules flameados con un hacha de talar. Sin tabaco, ni bocadillo. Escogí uno, puse el hacha en horizontal y le asesté el primer golpe. La nieve empezó a caer de las ramas, levanté la vista y mantuve los ojos abiertos, dejando que los copos se derritieran sobre mi cara.

Fui rodeando el tronco, haciendo cortes limpios hacia dentro, de modo que, al final, el abedul se balanceaba sobre una fina franja, como un reloj de arena a medio recorrido. Luego apoyé la mano contra el árbol y lo empujé con suavidad, como si fuera la espalda de un niño al que quisiera enseñar a zambullirse en el agua, la mano solo presente para demostrar que lo acompañaría mientras pudiera. Con un lento crujido, el abedul flameado se derrumbó. La nieve amortiguó su caída, pero las ramas se partieron produciendo crujidos de todas las tonalidades.

Corté las ramas, marqué las longitudes en el tronco, lo trocéé y fui por el viejo Deutz. Cuando se extendió la luz azulada de la noche, tenía ocho troncos en la parte trasera del tractor. Salí del bosque en una marcha corta y vi aparecer la granja a mis pies. Estaba envuelta en una trémula luz invernal, la nieve se acumulaba entre los troncos de la casa grande, rayas blancas que trazaban el rastro de una antigua construcción.

Me pasé tres días trabajando, solo usé el hacha y la sierra de mano, para poder trabajar sin protectores de oídos. Una faena dura y fría que mantuvo a raya mis pensamientos. Algunos anillos de hierro reventaban cuando caía el árbol, otros tuve que partirlos con una palanca una vez que llevé los troncos a la granja. Los reuní en una pila de chatarra.

Al cuarto día, prácticamente había acabado. Estaba limpiando las ramas cuando empezó a caer la nieve. Se levantó el viento y, entre la nevisca, vislumbré algo rojo entre los árboles. Venía por la senda que había marcado yo con mis pasos, el pelo rubio estaba recuperando su tono castaño claro.

—Recogiste las patatas pronto y trajiste las ovejas tarde. Como granjero, vas cuesta abajo, Edvard Hirifjell —se detuvo a cinco metros de distancia y añadió—: Aunque quizá no ha sido una época fácil para ti.

—Gracias por ayudarme con las ovejas este otoño —dije.

—Lo hice por ellas —respondió.

—Ya me imagino, veterinaria Solvoll.

Llevaba unas botas de montaña recién engrasadas, la nieve formaba gotas sobre el cuero. Se subió al tronco de un abedul. El cuero de las botas generaba un fuerte contraste contra la corteza blanca, empezó a mecerse y balancearse, como quien lleva un tronco río abajo.

—¿De verdad vas a talar todos los árboles? —preguntó.

—Ese es el plan.

—No estoy tan segura —dijo, bajándose del tronco—. De que ese sea el plan. Tú mismo ves cuál has dejado en pie.

Hanne avanzó hasta el abedul grande bajo el que nos habíamos acostado el verano anterior. La corteza estaba agrietada, los grandes anillos de hierro hundidos. Pasó el dedo por el metal oxidado.

—Aquí estás, con la misma ropa de trabajo con la que te he visto tantas veces —dijo—. Y sin embargo estás transformado. No sé si me gustas o no. Y tampoco sé si lo *quiero* averiguar.

Hiné el hacha en la nieve.

—Nunca en la vida seré la Solveig de *Peer Gynt*, no pienso pasarme la vida esperándote aquí, en el pueblo. He aceptado unas prácticas en el norte durante dos años. Así que no pienso darte nada gratis, Edvard. Aunque tampoco me debes nada.

Dos años, pensé. En cierto sentido, me parecía menos que dos meses.

—¿No vas a decir nada? —insistió.

—Estoy buscando algo bonito que decirte —respondí—. Pero hay demasiadas cosas entre las que elegir.

Me enderecé, agarré el mango del hacha por el extremo, la levanté y, con la hoja, dibujé dos lazos contiguos en la nieve.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Yo tampoco lo sabía. ¿Sería un infinito o solo un ocho cualquiera?

Se enroscó el pelo alrededor de un dedo.

—¿Qué fue de la otra? —preguntó.

Levanté un poco el hacha, seguí moviéndola con el mismo trazo, pero ya no dejaba huella en la nieve.

Hanne no podía saber lo que había pasado, pero yo podía contárselo.

—Si alguna vez quieres mencionarla —dije—, nunca la llares «la otra». Llámala Gwendolyn Winterfinch.

14.

AQUEL DÍA EN HAAF GRUNEY, nadé hacia ella, conseguí agarrarla del brazo y me impulsé hacia las piedras de la orilla para llevarnos a tierra. Tenía el cuerpo dolorido y entumecido, la piel me escocía, y me empezó a sangrar una mano cuando me agarré a una piedra afilada para arrastrarnos hacia dentro.

Fue inútil. Perdí el agarre y Gwen volvió a alejarse por el mar, estaba inconsciente. Las olas la arrojaban de un lado a otro como una bolsita de té mojada y tenía el pelo desplegado como un ventilador. Siguió alejándose hasta que el siguiente golpe de mar nos empujó a los dos hacia las piedras de la playa. En ese momento cayó en mis brazos, logré sujetarla y nadé de espaldas hacia las aguas poco profundas, intentando mantener su cabeza por encima del agua.

Una ola nos arrojó a tierra y me acurruqué sobre las piedras. Me colgaba el jersey y el agua me corría por el pelo y las axilas. Arrastré a Gwen tierra adentro y traté de reanimarla. Primero un masaje cardíaco, como me habían enseñado en el servicio militar. Luego el boca a boca. De nuevo, firmes apretones contra el pecho. Por fin Gwen empezó a regurgitar agua. Intentó levantar un brazo, pero enseguida lo dejó caer, sin fuerza, como una rama cortada. Lo que me sorprendió fue que el reloj de Duncan Winterfinch siguiera funcionando, a pesar de estar sobre un brazo sin vida.

Saqué el *Zetland* de la caseta, logré subir a Gwen a bordo y avancé tan rápido como me permitió el motor hasta el muelle de los ferris de Yell. Por el camino, solo era capaz de pensar en su entierro y en que tenía que convencer a su familia para que le permitieran descansar en el ataúd negro que estaba en el cobertizo. Después, lo único que recordaba era una gran mano sobre mi hombro y dos médicos que me vendaban las heridas.

Tres días más tarde, Gwen recuperó la consciencia. Entonces, ya la había perdido. Fue como si saliera de nuestro mundo de sueños y entrara en la realidad, en una cama de hospital, en manos de los médicos. Pasó a ser *suya*. Los médicos y la familia alrededor de su lecho, un muro de ropa cara y miradas de preocupación. No quisieron hablar conmigo, solo que les repitiera lo mismo que ya le había explicado al sheriff. Todo pasaría a ser un secreto de familia, la historia sobre aquella vez en que la hembra de pura raza se escapó y pasó el

verano con un perro callejero. Yo, en cambio, sí quería hablar y que me contaran cosas sobre ella, oír a otros hablar sobre una persona que de pronto parecía haber conocido solo yo. Pero los médicos se limitaron a negar con la cabeza y me dijeron que debía marcharme.

Me llevé el *Zetland* de vuelta a Haaf Gruney y me senté a esperar a que vinieran a reclamarlo, que me amenazaran con un abogado y me pidieran responsabilidades. Pero no vino nadie. Seguí esperando mientras la casa se iba quedando a oscuras.

A la mañana siguiente, me senté sobre una piedra a mirar el *Patna*. Las mismas corrientes que llevaban la madera de deriva a Haaf Gruney lo habían arrastrado a las aguas poco profundas y allí lo había abandonado la marea, como una ballena encallada. El casco estaba dañado y parecía un cadáver podrido, olía a brea y a agua salada.

Al final no aguanté más. Regresé a Lerwick, corrí hasta su cama de hospital y la encontré sola.

—¿Eres tú? —dijo enderezando un tubo de plástico que salía bajo una tirita en el dorso de su mano.

—Sí —dije—. Soy yo.

Ladeó la cabeza mirando hacia la ventana. Le habían cortado el pelo y, alrededor de las heridas, se lo habían afeitado para poder darle unos puntos en el cuero cabelludo. Tenía un vendaje desde la oreja hasta la nuca y dos grandes esparadrapos sobre la piel desnuda, moteada por las raíces del pelo.

—Quiero arreglarlo —dije—. Me iré contigo a donde quieras. Déjame arreglarlo.

Gwen tenía la mirada apagada y los labios agrietados. Todo a nuestro alrededor olía a medicinas.

—¿Quieres algo? —le pregunté—. ¿Agua? ¿Comida?

—¿Por qué no me preguntas si te quiero *a ti*? —respondió somnolienta.

—Sí —dije—. Te lo pregunto.

—Pues te quiero, pero nunca serás mío.

—Oye —dije—. No...

Gwen tosió, se retorció y durante un momento se quedó quieta, reuniendo fuerzas.

—Estos días en que he estado sola —dijo— soñaba con que vinieras a decirme precisamente esto, quería que vinieras corriendo y me dijeras lo que has dicho. Pero resulta que no, que ahora siento otra cosa. Eres como un animal herido, pero cuando te recuperes saldrás corriendo y nunca podré seguirte el ritmo.

—No digas eso. Perdona que haya dudado de ti.

—Querido Edward, todo lo que te dije en el barco lo dije en serio. Pero, en última instancia, lo que nos unía era la búsqueda. Ahórrame ese desagradable día en el que entiendas que lo nuestro no puede ser.

Estiró la mano y la puso sobre mi brazo. Se me erizó la piel.

—¿Sabes cuál ha sido mi mayor miedo en la vida, Gwen?

Negó apenas con la cabeza.

—Ser frío e insensible. Siempre he tenido miedo de no sentir nada, de que nada pudiera entristecerme. Y ya no es así.

—Entonces, por fin, sentimos lo mismo —dijo cerrando los ojos.

Cogí su mano y la sostuve hasta que una enfermera me pidió que me marchara. Luego regresé a Haaf Gruney y dormí un rato, pero el frío me despertó. La mañana era blanca y despejada. Al otro lado de la ventana, el *Patna* seguía volcado en la playa, tal vez como quedó al aplastar a Einar.

¿Qué habría hecho yo si Gwen se hubiera ahogado? Probablemente habría rociado el *Patna* de gasolina y le habría prendido fuego. Lo que había sentido por ella había sido verdadero, verdadero y genuino. Realmente era capaz de ver un futuro para nosotros hasta bastante avanzada la vida. Un futuro sin esperanza, pero aun así auténtico.

Mis lágrimas empezaron a formar manchas en el polvo. Al poco, sollozaba con tanta fuerza que me dolía el estómago. Estaba enfadado con ella porque no quería intentarlo y enfadado conmigo por no haberme zambullido enseguida tras ella y no haber dejado que el *Patna* se llenara de agua. Me la imaginé con otros hombres y me pregunté cómo les hablaría de mí.

Habíamos sido duros el uno con el otro. No duros en el sentido de insensibles, sino más bien porque lo que se había encontrado entre nosotros era duro. Recordé un párrafo de una de las cartas de Einar, donde contaba cómo se entretenían en el taller de Ruhlmann durante los descansos de la comida. Competían para ver quién lograba cortar dos tarugos lo bastante planos para que una gota de agua bastara para mantenerlos unidos.

Quizá fuera así como habían sido las cosas entre Gwen y yo: habíamos estado muy juntos y lo que nos había mantenido unidos era la tensión de la superficie.

Bajé hasta el *Patna*. Parecía que nunca iba a dejar de gotear. El viento traía un frío intenso y húmedo y, por el estrecho, se acercaba un pequeño aguacero.

Los muertos se congregaron a mi alrededor. Dieron un paso al frente y dijeron:

Ha llegado la hora. ¿Qué vas a hacer?

Acabé haciendo caso al abuelo, a ese hombre que se sentía más cerca de Bach

después de pasarse un día entero recogiendo piedras.

La madera procedía de la tierra. No aprovecharla sería como no segar el trigo, como no reunir las ovejas, como no recoger las patatas.

Me recordé junto a él. El otoño era nuestra estación. Nos vi entre las plantas lacias de las patatas, cuando se tumbaban sobre la tierra después de chupar la luz y los nutrientes con los que alimentaban los tubérculos que crecían en la oscuridad debajo de ellas. El zumbido de su tractor de dos ruedas en la ladera. Mis manos en la tierra negra, penetrando en mis uñas, la ropa mojada mientras yo sacaba las patatas y las iba colocando en las cajas de madera, y el abuelo avanzando por delante, compartiendo sin palabras mi alegría. Teníamos un mundo propio y segregado, en el que sacábamos una patata tras otra y apartábamos las mejores para Navidad.

Cuando el recuerdo llegó a su fin, me puse manos a la obra.

Cogí una palanca y un serrucho del taller de carpintería y empecé a trabajar, intentando primero desprender parte del revestimiento del casco. Pero la madera estaba firme como el hierro y se negaba a soltarse. Las costillas me dolían donde estaba herido y me pasé un día entero trabajando sin lograr revertir la minuciosa labor de construcción de Einar. Todo estaba remachado y ensamblado con la idea de soportar los golpes y el mar revuelto. El *Patna* era una obra cerrada a cal y canto, como una pirámide sin entradas, y cuando aplicaba la palanca con demasiada fuerza, la madera se astillaba.

A la mañana siguiente tuve la sensación de que la carpintería de Einar intentaba contarme algo. El casco del *Patna* crujía y se quejaba, pero por fin logré soltar un par de tablas y desprender una pequeña parte del revestimiento.

Continué desmontando el barco, pero ya no por la fuerza y de manera aleatoria, como el día anterior, sino intentando *ver* cómo había pensado él.

A partir de ese momento, Einar me acompañó en la labor. Su plan se reescribió para mis manos, su medida ocular pasó a ser la mía y, al poco, sabía dónde colocar la palanca para separar las juntas e ir desprendiendo las tablas. Entonces me di cuenta de que las cuadernas, las costillas del barco, estaban compuestas por piezas ensambladas de medio metro de longitud, que se extendían de forma simétrica por el barco, compactas, negras y bastas.

Durante cinco minutos enteros me limité a *mirar*. A continuación empecé a desprender dos tarugos de culata, cortados a la perfección y cubiertos de brea.

Me pasé los siguientes tres días trabajando, el primero con nieve, el segundo con sol y el tercero bajo la lluvia. Con los últimos rayos de luz del atardecer y las gaviotas chillando sobre el peñasco de los pájaros de Fetlar, logré desprender las últimas piezas.

El *Patna* había desaparecido.

Lo que quedaba era una pila de tarugos de culata. Veinte piezas a lo alto y dieciséis a lo largo. Eludí hacer el resto del cálculo mental. Con un cepillo de carpintero, eliminé la capa superficial de brea y luego lijé las piezas hasta que asomó la madera.

Una leve nevisca llegaba por el mar. Estaba arrodillado. Levanté la cara hacia el cielo, dejando que la humedad me refrescara la frente. La nieve se derretía al caer sobre el nogal y, a los pocos segundos, penetraba en la madera y sacaba la veta y los colores.

Cargué el nogal en el *Zetland* y crucé a Unst. Allí entré en Quercus Hall con la llave que aún conservaba, crucé los largos pasillos que olían a mohó y pulimento de muebles reseco, y fui subiendo la madera al despacho de Duncan Winterfinch. Cuando acabé de llevarla toda, me quedé un ratito parado, inspirando el olor del viejo Balkan Sobranie. Miré la achatada fotografía del Black Watch y eché un vistazo al arboreto, donde las copas de los árboles estaban desnudas y sin hojas.

Dirigí una última mirada al nogal y mis ojos se adentraron en los siglos del bosque Daireaux, reflejados en los sinuosos anillos de crecimiento negros y anaranjados. Fue en ese momento, en la penumbra, cuando me di cuenta de que la madera estaba fluorescente, como una manecilla de reloj que por la noche devuelve la luz que ha acumulado durante el día.

Del mismo modo, la veta me devolvía todo lo que aquella madera había visto durante sus cuatro siglos de vida. Y, al mismo tiempo, me abría las vistas hacia algo que quedaba infinitamente más adentro, por medio de unos cambios de color tan marcados que parecían de otro mundo.

Lo que veía era el brillo del reino de los muertos en el que todos ellos habían entrado.

Los soldados del Black Watch, Isabelle, Einar, Duncan Winterfinch, el abuelo.

Mis padres.

V.
Isabelle

PASARON LOS AÑOS. Años de sarna de la patata, años de cosechas copiosas, años de sequía. El tractor nuevo pasó a ser el tractor viejo, y el tractor viejo acabó en el pajar.

Vivíamos con la tierra y los cambios de temperatura, con las plantas que brotaban y se marchitaban. Pero en mi interior, el cambio de estaciones era más lento, tenía un brote que necesitaba muchos años para florecer.

Un día, hacia el final de una primavera templada, sentí que había llegado el momento. Me encontraba cerca de la carretera regional y me paré a mirar Hirifjell. Aún no había llegado el correo y agucé el oído por si se acercaba el coche, pero todo estaba en silencio, solo se oía el leve sonido del Laugen que fluía al fondo del valle y el viento silbando entre los árboles.

En ese instante supe que debía suceder. Cogí el atajo hacia casa, pasé entre las ortigas y entré en el taller de carpintería. Allí saqué un cofre envuelto en una lona.

Ella estaba en la cocina; los mensajes con el móvil iban y venían.

—Tengo algo para ti —le dije—. Pero vas a necesitar mejores zapatos.

Cruzamos la verja, nos adentramos entre los patatales y el nuevo huerto de coles de verano, y subimos hasta el bosque de abedules flameados. Yo lo seguía llamando así, a pesar de que ya no quedaba más que un abedul. A su alrededor crecían dieciséis pequeños nogales. Procedían de las nueces que recogí en el bosque Daireaux. Brotaron en unas macetas que coloqué en la casa pequeña y, en realidad, deberían haberse marchitado el primer invierno, cuando los trasplanté al exterior, pero los arbolitos se cimbrearon con el viento y lograron sobrevivir en la templada solana del interior de la umbría.

Lo último que hice antes de marcharme de Haaf Gruney fue desenterrar el ataúd de Isabelle de entre la turba, limpiarlo y pulirlo. En Lerwick encontré una funeraria y les encargué que lo guardaran hasta que los avisara.

Y con eso, prácticamente, di el asunto por acabado. La única vez que regresé a Shetland fue al morir Agnes Brown. La enterramos en Norwick, al lado de Einar, y entonamos su salmo mientras luchábamos con los golpes del viento. Formamos una pequeña comitiva. En la iglesia, el ataúd estuvo rodeado de

tulipanes naranjas y azucenas blancas, iguales a los que había tallado Einar. Solo yo sabía que Agnes descansaba en realidad en el ataúd de mi abuela, que por fin podía dar reposo a alguien que realmente había querido a Einar, un hombre que acabó siendo un fantasma en vida y que persiguió sin tregua una perfección que solo era posible conseguir ante el banco de carpintero. Con las personas, era inalcanzable. Mientras el ataúd descendía hacia la tierra, tuve la esperanza de que, en otro tiempo y lugar, Einar pudiera corresponder a lo que Agnes quiso darle. Igual que Gwendolyn Winterfinch y yo, en otro tiempo y lugar, podríamos haber estado juntos.

De pie junto a la tumba, vi la figura de Gwen bajar por el sendero que conducía al faro de Muckle Flugga. Llevaba un ramo de flores en la mano, se sentó en la ladera y siguió la ceremonia desde lejos.

Confié en que el viento le llevara el último verso de *Kjærlighet fra Gud*, y de que las palabras pudieran valer no solo para ella y Agnes, sino también para todos los que venían detrás de nosotros.

Y AL FINAL LAS PALABRAS SE DEMOSTRARON VÁLIDAS.

Porque mucho más tarde, aquel día en el bosque de abedules flameados, saqué el cofre de la lona y se lo tendí a mi hija. Ella se quedó un buen rato callada. Esa es una de sus muchas cualidades, deja que sus reacciones maduren tras un rostro cerrado antes de mostrárselas al mundo. Cuando giró el cofre hacia la luz, los rayos del sol penetraron en la madera de color amarillo coral y mostraron los interminables giros de la veta.

—Está hecho de abedul flameado de aquí —dije.

—Anda. ¿Es un joyero?

—El regalo no es el cofre. Tienes que mirar dentro.

Un crujido se extendió entre los troncos de los árboles en el momento en que levantó la tapa. El interior brilló con el ímpetu de una madera más profunda, salvaje y antigua que la del abedul flameado. Dentro había un paquete envuelto en papel de seda gris.

Mi hija se agachó, se colocó el cofre sobre las piernas y abrió el paquete. Cuando se levantó, un brillo azul marino acompañó sus movimientos.

—¿Un vestido? —preguntó.

—Sí —respondí, cogiendo el cofre, que de pronto se había quedado extrañamente vacío.

—Qué bonito —dijo mientras sostenía el vestido ante sí—. ¿De dónde lo has sacado?

—Ha estado siempre en la familia —respondí.

Lo levantó hacia el sol, luego se adentró entre los troncos y se metió detrás del abedul viejo, que era lo bastante robusto como para que pudiera cambiarse con intimidad.

Cuando salió, iba de azul y había llenado el vestido de vida.

Las hojas de los nogales murmuraron con la brisa. Pero por encima de ellos se erguía el abedul, grande, alto y robusto, con las ramas tan gruesas que el viento no podía moverlas. Y entre el follaje, el sol arrojaba sobre nosotros sus eternos juegos de luces y sombras.

La novela ganadora del Premio de los Libreros de Noruega.

Tras éxito de *El libro de la madera* (Libro del Año según *Cinco días*), llega la gran obra de Lars Mytting, estrella de la literatura noruega junto a Knausgård.



«Mi madre era para mí un olor. Era un calor, una pierna a la que me aferraba, un soplo de algo azulado, un vestido que creía recordar que usaba.»

En 1971 una pareja muere al pisar una vieja granada en el antiguo campo de batalla de Somme, escenario de uno de los episodios más cruentos de la Primera Guerra Mundial, y su hijo de tres años es encontrado cuatro días más tarde en un pueblo a muchos kilómetros de distancia.

Edvard crecerá con su abuelo Sverre en una solitaria granja escandinava ignorándolo todo acerca de aquel enigmático suceso, hasta que un día un hombre hace entrega de un ataúd destinado a su abuelo, una espléndida pieza de carpintería tallada en madera de abedul. El muchacho intuye que es obra del hermano de Sverre, Einar, de quien se perdió el rastro hace tiempo tras abandonar a su familia rumbo a Francia. En una búsqueda desesperada de un posible vínculo entre este nuevo misterio y la trágica muerte de sus padres, decide emprender un viaje que le llevará a las islas Shetland, Edimburgo y el campo de batalla de Somme.

Una historia épica sobre el amor y la pérdida que recorre la vida de tres generaciones de una familia. Un apasionante viaje por el pasado de Europa pero también por los árboles y la naturaleza.

La crítica ha dicho...

«Una novela de misterio donde todo encaja como en una pieza de marquetería

fina.»

Christian House, *The Guardian*

«Una historia de guerra, familia, secretos y, sí: madera. [...] Una lectura cautivadora.»

Antonia Senior, *The Times*

«Probablemente la novela más fascinante del año.

Rune Hallheim, *Aftenposten*

«Después de leerlo, no volverás a ver un antiguo nogal de la misma forma.»

Roger Cox, *The Scotsman*

«Una revelación encantadora y trágica.»

Tiziano Fratus, *La Stampa*

«Una historia épica sobre la culpa personal y colectiva.»

James Mackenzie, *Shetland News*

«Una novela brillante... ¡Qué narrador espectacular! Su intensidad y su ímpetu son perfectos. ¡Una historia maravillosa!»

Geir Vestad, *Hamar Arbeiderblad*

«Una escritura con nervio, instinto, perspicacia.»

Steinar Lillehaug, *Klassekampen*

«Magníficas escenas y un bello simbolismo.»

Stein Roll, *Adresseavisen*

«Si El libro de la madera no ha convertido ya a Lars Mytting en una celebridad, esta novela lo hará.»

Maja Troberg Djuve, *Dagbladet*

Sobre el autor

Lars Mytting (Fåvang, Noruega, 1968) trabajó como periodista y editor antes de dedicarse por completo a la escritura. En 2006 publicó su primera novela, *Hestekrefter*, que fue un éxito de ventas en toda Escandinavia, y en 2010 *Vårofferet. El libro de la madera. Una vida en los bosques* (Alfaguara, 2016, Libro del Año según *Cinco Días*) vendió más de 300.000 ejemplares solo en Suecia y Noruega, y se convirtió en una serie de televisión de gran audiencia. En el Reino Unido alcanzó los 100.000 ejemplares vendidos y obtuvo el British Industry Award. *Los dieciséis árboles del Somme*, ganadora del Premio de los Libreros de Noruega, es su última novela, que está siendo traducida en doce países y será llevada a la televisión por la productora de *The Imitation Game*.

Título original: *Svøm med dem som drukner*
© 2016, Lars Mytting
© 2017, Cristina Gómez Baggethun, por la traducción
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ESTA TRADUCCIÓN HA SIDO PUBLICADA CON LA AYUDA ECONÓMICA DE



ISBN ebook: 978-84-204-2677-8

Imagen de cubierta: © Mark Owen / Trevillion

Diseño de cubierta: Adaptación PRHGE a partir de la edición de Gyldendal Norsk Forlag

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[Los dieciséis árboles del Somme](#)

[Cita](#)

[I. Tal como el viento esparce la ceniza](#)

[II. Solsticio de verano](#)

[III. La isla de las golondrinas de tormenta](#)

[IV. Proyectiles no detonados](#)

[V. Isabelle](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[Los dieciséis árboles del Somme](#)

[Cita](#)

[I. Tal como el viento esparce la ceniza](#)

[II. Solsticio de verano](#)

[III. La isla de las golondrinas de tormenta](#)

[IV. proyectiles no detonados](#)

[V. Isabelle](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)